



TONYA HURLEY





Para Isabelle y Oscar



ÍNDICE

ARGUMENTO.....	5
Capítulo 1.....	6
Capítulo 2.....	13
Capítulo 3.....	23
Capítulo 4.....	31
Capítulo 5.....	39
Capítulo 6.....	53
Capítulo 7.....	64
Capítulo 8.....	81
Capítulo 9.....	90
Capítulo 10.....	98
Capítulo 11.....	107
Capítulo 12.....	113
Capítulo 13.....	126
Capítulo 14.....	138
Capítulo 15.....	145
Capítulo 16.....	152
Capítulo 17.....	159
Capítulo 18.....	169
Capítulo 19.....	175
Capítulo 20.....	184
Capítulo 21.....	192
Capítulo 22.....	201
Capítulo 23.....	207
Capítulo 24.....	215
Epílogo	223
Agradecimientos	227

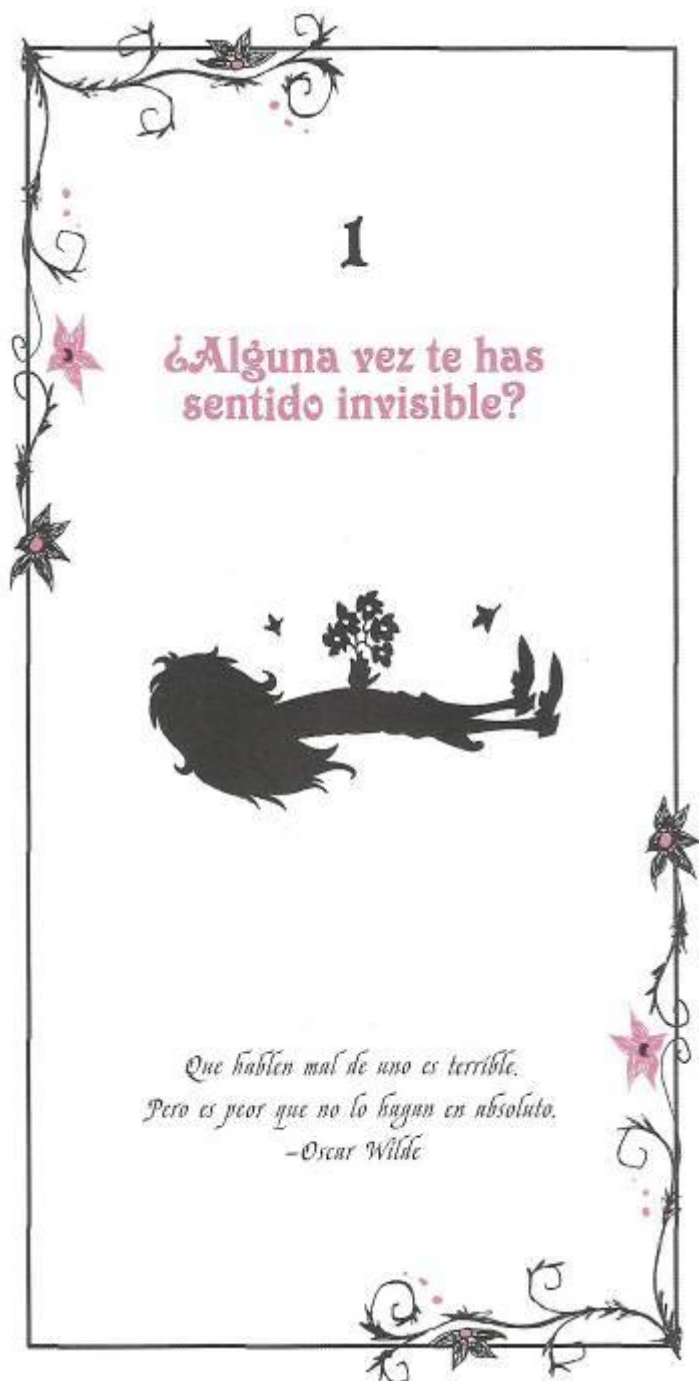


ARGUMENTO

Charlotte Usher se siente prácticamente invisible hasta que un día lo es de verdad. Peor aún: está muerta. Se ha atragantado con un osito de goma. Pero la muerte no impide que Charlotte siga con su plan. Todo lo contrario, se vuelve mucho más creativa y hará cualquier cosa por conseguir su objetivo: ser popular para seducir al chico que ama...



Capítulo 1





**Nunca piensas que te pueda
pasar a ti.**

Piensas cómo será. Le das vueltas una y otra vez, alterando el escenario un poco en cada ocasión, pero en el fondo no crees que te vaya a pasar nunca, porque siempre es a otro a quien le sucede, no a ti.



Charlotte Usher cruzó con paso decidido el aparcamiento en dirección a la puerta principal de Hawthorne High repitiéndose su mantra positivo: «Este año es diferente. Éste es mi año». En lugar de permanecer grabada para siempre en la memoria de sus compañeros de instituto como la chica que sólo ocupaba espacio, la ocupasillas, la que succionaba ese aire tanpreciado al que bien podía haberse dado otra utilidad mucho más provechosa, este año empezaría con otro pie, un pie enfundado en los zapatos más exclusivos y más incómodos que el dinero puede comprar.

Había malgastado el año anterior sintiéndose como la hijastra no deseada del alumnado de Hawthorne High, y no tenía la menor intención de darse por vencida. Este año, el primer día de curso iba a ser el primer día de su nueva vida.

Al acercarse a la escalinata de entrada, contempló cómo destellaban contra las puertas los últimos flashes de las cámaras de los repórteros del anuario del colegio mientras Petula Kensington y su pandilla se adentraban altivas en el vestíbulo. Siempre llegaban las últimas y luego succionaban a los demás tras ellas en una especie de resaca de popularidad. Su entrada marcaba el arranque oficial del curso. Y Charlotte estaba sola allí fuera y empezaba con retraso. Como siempre. Hasta entonces.

El bedel encargado de la puerta asomó la cabeza y echó un vistazo por si faltaba alguien por entrar. No había nadie. Bueno, sí que había alguien pero, como siempre, no se percató de Charlotte, que apretó el paso cuando él empezó a cerrar la gigantesca puerta metálica. A ella se le antojó la de la cámara de seguridad de un banco. Pero sin dejarse intimidar, por una vez, Charlotte alcanzó las puertas a tiempo de poder colar por el resquicio la punta de su zapato nuevo y evitar así que se cerraran del todo.

—Perdona, no te había visto —murmuró el bedel con indiferencia.

Nadie la veía, lo que era de esperar, pero por lo menos había conseguido cierto reconocimiento y una disculpa. Al parecer, su «Plan de Popularidad», una larga lista que había confeccionado meticulosamente con el fin de atrapar al objeto de su deseo, Damen Dylan, empezaba a funcionar.

Al igual que muchos otros de su condición, Charlotte había pasado el verano entero trabajando, sin embargo, a diferencia de la mayoría, ella había estado trabajando para sí. Se había dedicado en cuerpo y alma a estudiar el anuario del año anterior, casi como si le fuera la vida en ello.

Había estudiado a Petula, la chica más popular del instituto, y a las dos lameculos que tenía por mejores amigas, las Wendys —Wendy Anderson y Wendy Thomas—, del mismo modo que algunas fans estudian a su famoso predilecto. Quería que todo le saliera a la perfección. Justo como a ellas.

Se dirigió confiada al primer destino marcado en su agenda: la hoja de inscripción para las pruebas de animadora. Animadora. *La* hermandad más cotizada y exclusiva



de todas las hermandades femeninas, el Billeto Dorado con el que conseguir no sólo que se fijaran en ella sino que la envidiaran. Charlotte agarró el viejo bolígrafo que pendía del tablón de anuncios colgado de un cordel deshilachado remendado con cinta adhesiva de papel y se dispuso a inscribir su nombre en el último recuadro que quedaba en blanco.

No había terminado de escribir la *ce*, cuando sintió unos rudos golpecitos en el hombro. Charlotte dejó de escribir y se giró para ver quién osaba interrumpir su primera tarea del día, o, mejor dicho, la primera tarea de su nueva vida, y vio una fila de chicas que habían *acampado* toda la noche para inscribirse. Mas que para una prueba parecía que estaban allí para un casting.

La chica de los golpecitos la miró de arriba abajo, le arrebató el bolígrafo y de un plumazo inscribió su nombre y tachó el de Charlotte. Luego abrió la mano y dejó que el bolígrafo se precipitara sin remisión cuan largo era el cordel del que pendía.

Charlotte contempló cómo el bolígrafo se mecía contra la pared como un ahorcado.

Mientras se alejaba, escuchó a su espalda las risitas de la jauría de aspirantes a animadoras. Charlotte ya había experimentado antes esa clase de crueldad, tanto a la cara como a sus espaldas, y siempre había tratado de que no le afectase lo que los demás pensaban o decían de ella. Pero ni maquillada había conseguido dotarse de una piel tan gruesa como para soportar la peor de las humillaciones.

Se sacudió su malestar, decidida a no perder los nervios ni su dignidad. Consultó la agenda y murmuró para sí: «Asignación de taquillas». Lo tachó de la lista y se dirigió a toda prisa hacia su próximo destino.

Mientras caminaba, por su mente se sucedía a toda velocidad el itinerario que había seguido aquel verano. Para hacer honor a la verdad, debía reconocer que había hecho un esfuerzo desmesurado en su intento por lograr que él se fijara en ella. Se diría que se había pasado y mucho. No es que hubiera recurrido al bisturí, no, a tanto no llegaba la cosa, pero pelo, régimen, armario, preparación y estilismo habían consumido la totalidad de sus vacaciones. Después de todo, se estaba dando una oportunidad, y con todo lo dicho y hecho, ¿qué daño iba a hacerle una gigantesca dosis de autosuperación?

Naturalmente, sabía que aquello era casi todo... está bien, que era *todo* superficial, pero ¿y qué? Si su vida hasta ahora servía de ejemplo, era evidente que, de todas formas, toda esa historia de la belleza interior no era sino una bobada. La «Belleza Interior» no sirve para que te inviten a las mejores fiestas con la gente guapa. Y está claro que no sirve para que Damen Dylan te invite al Baile de Otoño.

En definitiva, Damen era prioritario, y las fechas tope como ahora lo era el baile siempre conseguían motivar a Charlotte. La vida es una sucesión de elecciones, y ella había hecho la suya.



Justificaba su deriva hacia la superficialidad como jugada estratégica. Desde su punto de vista, sólo había dos maneras de acceder a Damen. Una era a través de Petula y su pandilla. Pero dada la reputación de Charlotte, o más bien la ausencia de ella, las probabilidades eran ciertamente escasas. Aquellas chicas siempre habían sido populares. Y lo iban a ser siempre. Es más, la esencia misma de la popularidad radicaba en su cualidad de inalcanzable. No era algo a lo que uno pudiera optar o que pudiera conseguir. Era algo que le era otorgado a uno; cómo o por quién, pensó Charlotte, era todo un misterio.

Pero, y era aquí donde el plan de actuación de Charlotte adquiriría tintes más sutiles, si lograba un *aspecto* lo suficientemente parecido al de Petula y las Wendys, si conseguía *actuar* de forma similar a ellas, *pensar* como ellas, «encajar» con la gente con la que Damen encajaba, tal vez entonces tuviera alguna posibilidad. Había muchas razones por las que bien valía la pena cambiar de aspecto, y ella pensaba que hasta ahí lo había conseguido.

Esto la llevaba a la otra manera de acceder a Damen. La mejor de las dos opciones. La que ella prefería: evitar a las chicas por completo y abordar a Damen directamente. Se trataba de una jugada arriesgada, sin lugar a dudas, puesto que a ella lo de ligar no es que se le diera demasiado bien. El cambio de apariencia era el primer paso necesario, pero la fase siguiente suponía la diferencia entre el éxito o el fracaso. Se había apuntado a todas las clases a las que tenía la certeza de que él asistiría y había planeado rondar su taquilla, la cual tenía intención de localizar acto seguido.

Como los demás, Damen nunca le había prestado a Charlotte la menor atención, y un poco de maquillaje y un alisado profesional era poco probable que fueran a cambiar su actitud. Aun así, Charlotte no perdía la esperanza. La esperanza de que si conseguía pasar un tiempo valioso con él, sobre todo ahora que había mejorado su aspecto exterior, la cosa saldría bien.

Y no era sólo que se hiciera ilusiones, se trataba de una conclusión a la que Charlotte había llegado después de observar a Damen detenidamente. En los centenares de fotografías que le había hecho a escondidas a lo largo de varios años, Charlotte creía haber detectado cierta decencia, por qué no decirlo, en él. Estaba en sus ojos, en su sonrisa.

Damen era imponente y atlético y se comportaba como puede esperarse de un auténtico guaperas, es decir, con superioridad, aunque sin que por ello dejara de ser agradable. No era de sorprender que fuese esa decencia el rasgo de Damen que menos le gustaba a Petula. Quizá era la cualidad que más detestaba por tratarse precisamente de aquella de la que más carecían ella y todas sus amigas.

Con la risa de las candidatas a animadoras resonando todavía en sus oídos, Charlotte, de camino al gimnasio, deseó con todas sus ganas que la suerte se pusiera de su parte. Las asignaciones de las taquillas estaban expuestas en la doble puerta, y Charlotte se dirigió directamente hacia ellas. Recorrió despacio con el dedo la



columna de nombres dispuestos por orden alfabético en la hoja de la pe a la zeta, echando un vistazo a los números de taquilla correspondientes mientras buscaba el suyo.

Todos los nombres le eran familiares; eran compañeros con los que había crecido, a los que conocía desde preescolar, primaria o secundaria. Sus rostros se encendieron y apagaron sucesivamente en su cabeza como un pase de diapositivas. Luego llegó a su nombre: «USHER, CHARLES. TAQUILLA 7».

«¡Siete! ¡Número de buena suerte!», se dijo interpretando aquello como un buen augurio. «Un número bíblico, es más.» Rebuscó en su mochila y extrajo un lápiz, lo devolvió al interior y pescó un bolígrafo. Corrigió su nombre de forma permanente de «Charles» a «Charlotte». No quería ningún error, y menos en este día.

Otra inspección con el dedo por la lista le reveló que la taquilla de Damen estaba en la otra punta del edificio. Echó a andar hacia la suya propia, dándose ánimos mentalmente.

«No pasa nada», se consoló Charlotte, que probó la combinación de su candado un par de veces, abriendo y cerrando la puerta de su taquilla cada vez, antes de salir en busca de la de Damen.

Continuó andando y hablando para sí, mientras gesticulaba como un histrión que ensaya un monólogo, y de repente sintió como si se ahogase.

Preocupada, advirtió que había alcanzado la pasarela, la cual aparecía atestada de fumadores que daban una última calada antes de clase. La exhalación sincronizada de monóxido de carbono producía una densa niebla acre y ya era demasiado tarde para contener la respiración. Así que apretó el paso. Las conversaciones fueron apagándose una a una al paso de Charlotte. Las colillas, extinguidas en vasos de café extragrandes o pisoteadas en el cemento mientras las últimas virutas de humo se elevaban en torno a ella.

Cuando hubo dejado atrás la neblina y se acercaba a las puertas del extremo opuesto de la pasarela, Charlotte vio cómo un puñado de estudiantes se arremolinaba y retrocedía por el corredor, igual que cazadores de autógrafos a la puerta de la entrada de artistas de una representación que ha colgado el cartel de localidades agotadas.

—¡Damen! —exhaló sobrecogida.

Por encima de la multitud no acertó a divisar más que su espesa y hermosa cabellera, pero era cuanto necesitaba ver. Tenía la certeza de que era *su* pelo. Ni moldeador, ni cera, ni crema, ni gomina, gel, champú de volumen, espuma o rastro alguno de metrosexualidad. Nada más que una imponente cabeza de pelo ondulado. Sin perder de vista su presa, Charlotte echó a andar con aquella insólita modalidad desesperada de paso atropellado que ya empleara esa mañana para alcanzar la parada del autobús, y se precipitó jadeando hacia la taquilla contigua a la de él. Llegó



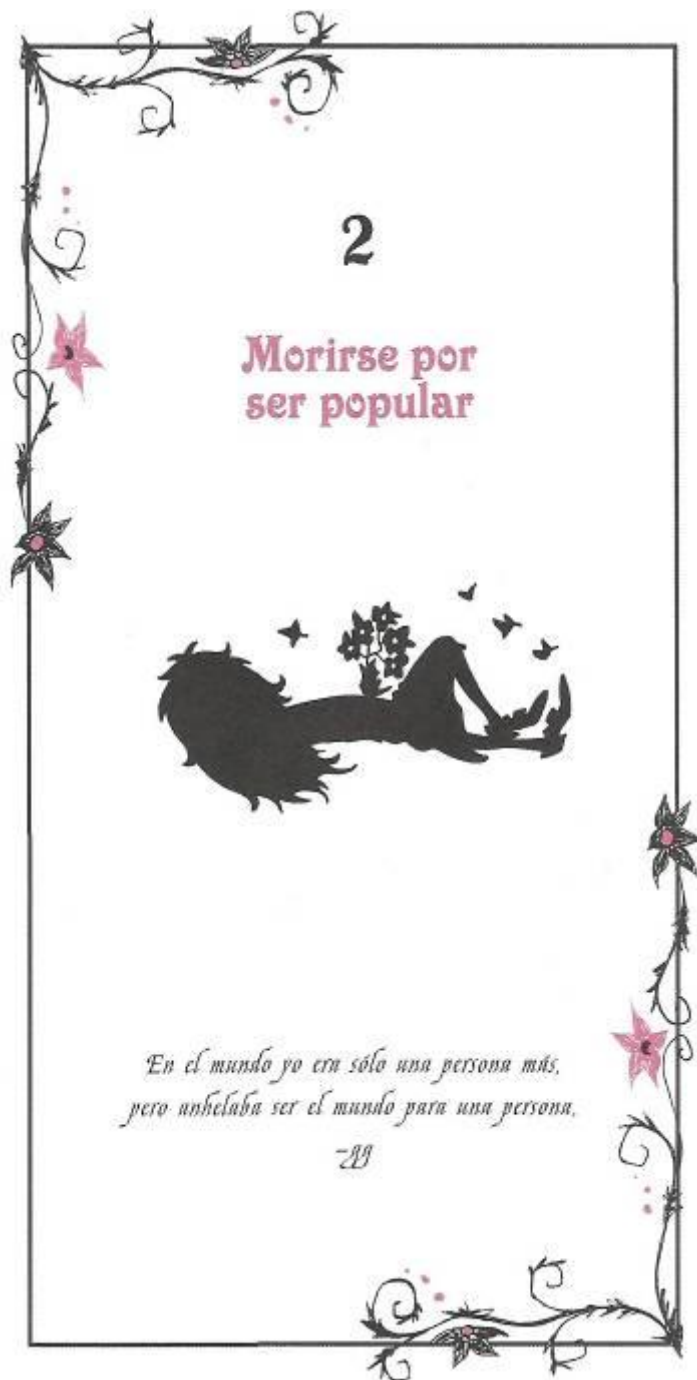
un instante antes que Damen y su multitud de adoradores, que había abierto una brecha para dejarle paso.

Hacía mucho que no estaba tan cerca de él, y aquello la afectó más de lo que habría pensado. Le había visto, en fotos al menos, durante todo el verano, pero ahora lo tenía allí, en persona.

Se sentía deslumbrada. Al aproximarse, la muchedumbre se cerró en torno a él. Cuanto más cerca lo tenía, menos divisaba. Se internó en el tumulto que le rodeaba, tratando de acercarse algo más, pero a cada intento acababa asfixiada por la vorágine. Así, en su primer día, Charlotte se descubrió ocupando una posición sobradamente familiar: en el exterior mirando hacia dentro.



Capítulo 2





Que pase lo que tenga que pasar.

—

Crear en ello puede ser bueno y no tan bueno. Puede servir de consuelo cuando nos cuesta asimilar o dar explicación a un suceso. Pero también puede desposeernos por completo de toda voluntad, pues nos exime de responsabilidad. Si todo sale a pedir de boca, entonces el empeño para conseguirlo habrá sido inútil porque lo que fuera tenía que pasar de todas formas, con o sin nuestra intervención. Charlotte trataba de decidir si tenía más fe en sí misma que en el Destino.



Sonó el timbre para la primera clase, y la muchedumbre que rodeaba a Damen se dispersó. El parloteo del pasillo se fue apagando al tiempo que los estudiantes se dirigían a clase, y el único sonido que se podía escuchar ya era el eco metálico de los portazos en las taquillas y el de la banda del instituto entonando un ridículo arreglo de lo que parecía ser el *Why Can't Be You* de The Cure.

A pesar de los contratiempos matutinos, Charlotte se esforzó por conservar el optimismo. Después de todo, su primera clase era Física, con el profesor Widget. Y con Damen. Y con Petula también, todo hay que decirlo. La clase de Física se le presentaba a Charlotte como un documental de *mundo animal*. Tendría la oportunidad de estudiar el exótico comportamiento de chicas tan populares como Petula, las Wendys y sus amigas, y lanzarse a la caza de Damen.

Charlotte se coló discretamente en clase y a su izquierda vio cómo los estudiantes ocupaban sus sitios preferidos, dejaban caer bolsas y abrían y cerraban las cremalleras de sus mochilas en busca de cuadernos, bolígrafos, lápices, calculadoras. Se podía adivinar que era el primer día de clase porque todos estaban... tan bien preparados, por no decir que completamente felices de estar allí.

Los únicos asientos libres que pudo localizar se hallaban al fondo, detrás de Petula y las Wendys. Uno de ellos era probable que se lo estuvieran reservando a Damen, pensó. ¡Genial! El resto del curso pasaría la primera hora al ladito de la Lista A de Hawthorne. Una situación perfecta. Mientras se dirigía hacia el fondo del aula, sin embargo, Charlotte se percató de que su presencia no era precisamente bienvenida.

Ni un «choca esos cinco», ni un «¿qué tal el verano?», ni siquiera un «hola» por parte de los compañeros a su paso. Ni un solo comentario acerca de su tan trabajado cambio de aspecto ni tampoco el más mínimo gesto de cortesía. Únicamente desaprobación en el ceño fruncido de las dos Wendys y cara de «¿quién se ha tirado un pedo?» por parte de Petula cuando se aproximó al pupitre que permanecía desocupado detrás de ellas.

Charlotte tomó asiento y miró al frente con ojos inexpresivos mientras contaba cabezas. ¡Ni rastro de Damen! ¡Al final iba a resultar que no estaba en esa clase! Pero tenía que estarlo. Al menos eso era lo que ponía cuando abrió al vapor el sobre de su preinscripción. Hacerse con ese retazo de información había sido el único objetivo de las prácticas de verano en la oficina del director. Sintió que se le revolvía el estómago.

En la pizarra se podía leer en grandes letras mayúsculas ATRACCIÓN Y MAGNETISMO y debajo aparecían los cuatro pelos repeinados del a todas luces decrepito y calvo profesor Widget.

Estaba encorvado, y lucía su camiseta LA FÍSICA MOLA UN ION que se ponía cada año a principio de curso.



—Buenos días a todos. Soy el profesor Widget —dijo levantándose de un salto al sonido del timbre. Su pose sufrió una repentina transformación. De la de viejo científico loco a la de presentador de un concurso. Su nombre siempre levantaba alguna que otra risita cuando se presentaba, y ese año no iba a ser la excepción. Pero las risas se apagaron con la misma rapidez con que habían brotado y dieron paso a un mar de miradas entornadas y cuellos estirados. Todos estaban al tanto de los rumores, pero muy pocos habían tenido la oportunidad de observarle así de cerca.

Aunque no resultara obvio a primera vista, a medida que el profesor Widget continuó hablando, advirtió cómo paseaba la mirada sin mover la cabeza un ápice. Es más, parecía capaz de observar a todos los estudiantes a la vez. «Una herramienta muy útil para un profesor», pensó Charlotte, salvo que no se trataba ni mucho menos de una habilidad. Tenía un ojo de cristal.

—Todos ustedes cuentan con algunos conocimientos básicos sobre biología, química y ciencias o de otro modo no estarían aquí, ¿verdad? —dijo con cierto sarcasmo—. De modo que el primer tema que tocaremos este cuatrimestre será —y para acompañar sus palabras se giró de medio lado con una gracia inusitada y señaló, con la palma levantada, la pizarra— atracción y magnetismo, las leyes de la atracción.

»A todos ustedes les interesa la atracción, ¿correcto? —continuó haciendo vibrar las erres. Charlotte tuvo que sujetarse el brazo para evitar que éste saliera disparado hacia arriba y expresar cuan de acuerdo estaba con él—. Y puesto que yo siempre he creído que la mejor forma de aprender es la *experimentación*... nuestra primera tarea será escoger pareja para las prácticas de laboratorio. De modo que levántense, por favor, y busquen pareja.

Los alumnos empezaron a mirarse unos a otros y señalaban a sus amigos en diferentes puntos del aula, algunos gritaban y daban saltitos como si acabaran de entrar en la Academia de *Operación Triunfo*. Las Wendys ya formaban un combo y Petula seguro que quería a Damen, aunque no lo suficiente como para esperarle mucho más tiempo. Pasados unos breves segundos de impaciencia, tiró hacia sí de la más próxima de las dos Wendys, Wendy Thomas, para no quedarse colgada y emparejada a un perdedor.

Wendy Anderson, a su vez, se emparejó a toda velocidad con el último guaperas que encontró, mientras los demás hacían su elección frenéticamente. Charlotte se quedó sola, la única a la que nadie había escogido. Tanto la había distraído la ausencia de Damen que no había prestado atención a nadie más. Pero ahora, al verse allí humillada hasta el tuétano, la totalidad de su historia escolar se le vino encima como un jarro de agua fría.

«¿Cómo es posible sentirse tan sola en una habitación repleta de gente?», pensó al tiempo que sentía que sus orejas empezaban a arder.



Widget paseó la mirada por el aula y detectó a unos cuantos rezagados que entraban en el último minuto, y procedió a hacer un llamamiento nada entusiasta en favor de Charlotte.

—Vamos, chicos, parece bastante... capaz.

Charlotte estaba esperando que se lanzara a dar voces como un subastador, pero se equivocó, a Dios gracias.

—¿Nadie que quiera emparejarse con...? —Widget la señaló y farfulló torpemente tratando de dar con el nombre de Charlotte, pero no consiguió recordarlo—. Esto... ¿con ella?

Pero antes incluso de que acabara de formular su pregunta, los estudiantes estaban ya todos emparejados. El sonido de la banda de música que ensayaba en el pasillo pareció ganar intensidad ahora en los oídos de Charlotte. Y las risas que dejara atrás junto a la hoja de inscripción para animadoras retumbaron de nuevo en su mente.

Justo cuando la situación no podía ser más embarazosa, la puerta se abrió de golpe.

—Siento llegar tarde —se apresuró a disculparse Damen ante el profesor Widget.

¡Allí estaba! Las nubes se habían dispersado y el sol volvía a brillar.

—Vaya, precisamente la persona que andábamos buscando —contestó Widget, consciente de que emparejarle con Charlotte era castigo más que suficiente por su tardanza. Y continuó—: Le presento a la que será su pareja este cuatrimestre.

—Tengo una nota —imploró Damen con la mirada desorbitada.

Charlotte no cabía en sí de gozo. Ya era una suerte que él estuviera en su clase, pero que además fuera su pareja de laboratorio era el culmen de la felicidad. ¿De veras estaba sucediendo? Sin saber cómo, consiguió mantener la compostura cuando Damen se dirigió hacia ella, resignado.

El profesor Widget se acercó para decirle algo a Damen pero, debido al ojo de cristal, Charlotte pensó que tal vez fuera a ella a quien se dirigía. Ninguno de los dos estaba seguro del todo y ninguno quería empezar con mal pie, de modo que ambos prestaron atención.

—Creo que debería aprovechar este emparejamiento. Yo diría que es cosa del Destino —dijo Widget, guiñando su ojo sano.

Charlotte estaba loca de contenta y completamente conforme, mientras que Damen parecía algo deprimido y un poco confuso, tanto por la afirmación como por el ojo de cristal de Widget, el cual veía de cerca por primera vez. El profesor Widget se inclinó hacia Damen en un gesto muy suyo.



—Le diré algo, van a presionar mucho a los estudiantes atletas este año. Hay una nueva política. O conserva una media de aprobado en todas las asignaturas o le echan del equipo —advirtió.

Charlotte, viendo una oportunidad para avanzar en su estrategia, sonrió y espetó:

—¡Me encanta la física!

El profesor Widget y Damen la miraron con cara rara, como quien observa a un loro amaestrado graznando palabras absurdas desde su jaula. Widget se alejó con una sonrisita burlona en el rostro y empezó a recoger sus cosas. Damen se inclinó hacia Charlotte, tratando de ser discreto.

—Oye... —susurró Damen—, esto... —tartamudeó, al tiempo que trataba con torpeza de dar con su nombre.

—... Charlotte —contestó ella amablemente, apuntándose a sí misma con un dedo.

—Eres lista... —continuó él como si tal cosa.

—Gracias —repuso ella, y cruzó las manos a la espalda de forma modesta, como si él le hubiese hecho un cumplido insinuante.

—Me pregunto si... —prosiguió.

—¿¿¿Sí?? —contestó ávidamente Charlotte, ¡como si él fuera a pedirle salir en ese mismo momento y lugar!

—¿Estarías interesada en, bueno, ya sabes, en darme unas clases o así? —le preguntó.

Charlotte no era tan ingenua como para interpretar aquello como un gesto romántico, o amistoso siquiera. Sabía que él tenía un motivo oculto primordial. Con todo, desterró la idea y se concentró en el lado bueno. No era una invitación al baile, pero sí una oportunidad para pasar algún tiempo a solas con él, y aquello la tenía emocionada.

Reprimió el temblor de su voz y estiró con decisión las rodillas, que le flojeaban desde el momento mismo en que Damen había entrado en clase. Trató de hacerse la dura por un segundo obligándole a aguardar una respuesta a su ofrecimiento. Su deseo se estaba convirtiendo en realidad, no como ella pretendía, pero se estaba convirtiendo en realidad de todas formas. Era el Destino, como había dicho Widget. Tenía que serlo.

Estaba a punto de decirle que sí, cuando Petula, con una Wendy a cada lado, se acercó a Damen y los interrumpió.

—¿Dónde estabas? —le preguntó enfadada a Damen.

—Se te acabó el tiempo —le espetó malévolamente Wendy Anderson a Charlotte, echándola de la conversación con un golpe de cadera.



Charlotte se quedó por allí de todas formas y empezó a echarse ositos de goma a la boca mientras recogía el portátil y los libros. Había decidido intentar «quedarse rezagada» como si fuera una más del grupo, mientras aguardaba a darle su última palabra a Damen.

—Estaba taaaaan preocupada —dijo Petula con un arrullo.

Que Petula se preocupase tanto por el bienestar de otra persona, Damen incluido, era tan ridículo que hasta las Wendys tuvieron que darse la vuelta y morderse el labio para no echarse a reír.

—Aunque no lo suficiente como para esperarme, por lo que se ve —dijo Damen de manera sarcástica, volviéndose hacia Charlotte y dejándole claro a Petula que sabía cuánto más le preocupaba quedarse colgada con una pareja de laboratorio de la Lista D que lo que le pudiera haber ocurrido a él.

—¿No pensarías que iba a esperarte, así, como para siempre, no? —dijo Petula con egoísmo. Las palabras de Petula sorprendieron a Charlotte, quien en su lugar habría esperado para siempre y más.

—¿Para siempre? —se mofó Damen—. Te dije que quizá me retrasara un poco.

—¿Ah, sí? Pues no he recibido tu SMS —contestó Petula, que a estas alturas ya apenas prestaba atención.

—Y entonces ¿cómo has sabido que era un SMS? —dijo Damen sacudiendo la cabeza, a la vez que cerraba la cremallera de su mochila.

En un intento por ganar tiempo para dar con una excusa creíble, Petula empezó a irse por las ramas:

—Tenía el móvil en el bolso y el bolso está...

—Aquí mismo —una voz impertinente la interrumpió desde fuera del aula. Petula se giró hacia aquel sonido tan familiar e inoportuno y vio a una chica que sujetaba su bolso como si fuera radiactivo. Puso los ojos en blanco en un gesto de profundo desprecio y se dirigió hacia la puerta.

—¡Te he dicho que no toques mis cosas! —le espetó Petula en un susurro más que audible.

—Te lo has dejado en el coche de papá y no quería que te entrara el mono de los SMS, Dios nos libre —dijo la chica sosteniendo el carísimo bolso de diseño lo más alejado de sí que le permitía el brazo—. Además, ya sé lo duro que te resulta pasar un día entero sin tu relleno de labios.

—¡Yo no uso relleno! —le espetó Petula.

Charlotte estaba estupefacta tanto por el descaro de la chica como por su atuendo, a medio camino entre los estilos gótico y burlesque: una camiseta rosa y negra de los Plasmatics que asomaba por debajo de un largo jersey de pico, un enorme anillo antiguo con una piedra rosa para recalcar su tan socorrido dedo corazón, una



minifalda negra de lentejuelas, medias rojas de rejilla, bailarinas de tachuelas plateadas y pintalabios rojo intenso mate. Nada más verla supo que se trataba de Scarlet Kensington, la hermana pequeña de Petula. Y por lo que se veía, lo único que tenían en común era el ADN.

Petula le arrancó el bolso de mala manera y lo registró para cerciorarse de que no faltaba nada. Una vez hubo confirmado que todo estaba intacto, extrajo del interior una cuchilla que utilizaba para afeitarse las piernas, suaves como la seda.

—Toma, te la regalo —dijo con sorna—. Una pequeña muestra de agradecimiento. A lo mejor la puedes usar dentro de un rato para liberar algo de estrés.

Las Wendys estallaron en carcajadas ante la pulla y Damen se limitó a sacudir la cabeza como diciendo «ya estamos otra vez».

—La única forma de que yo libere algo de estrés sería rajándote la garganta con ella, claro que no sé por dónde ibas a vomitar luego la comida —dijo Scarlet con una sonrisa falsa.

Charlotte no podía creerse la audacia de Scarlet y se le escapó un grito ahogado que pasó desapercibido a todos salvo a la propia Scarlet.

—¿Y tú qué miras? —ladró ésta, su corta melena teñida de negro se le arremolinó ante el rostro como una cortina cuando, con toda brusquedad, se giró y lanzó una mirada asesina a Charlotte. Ella se quedó totalmente paralizada ante aquellos ojos avellana, otro rasgo que compartía con su hermana, que parecieron abrassarla.

Antes de que Charlotte pudiera pronunciar un «¿quién?, ¿yo?» de respuesta, Scarlet dio media vuelta y se fue, el sonido metálico de las cadenas de su cazadora de cuero debilitándose mientras se alejaba.

Petula, que estaba perdiendo protagonismo rápidamente, sacó su brillo de labios y se los pintó con ese rosa tan característico suyo.

—Estoy pensando en cambiar el tono de mi vestido para el Baile de Otoño por un rosa más oscuro —anunció Petula, como si se tratara de una noticia bomba. Sin esperar a la reacción de Damen, levantó la polvera, giró su rostro de un lado a otro, arrugó los labios de manera seductora, decidió que su aspecto era de muerte y besó el espejo, dejando, como siempre, una perfecta huella de pintalabios rosa.

Charlotte, detrás de Petula y lo suficientemente cerca como para poder verse reflejada en la polvera, encajó sus labios a la altura del beso que Petula había marcado en el espejo y pretendió por un instante que eran los suyos.

Sam Wolfe, un compañero «lento» a quien Petula y sus amigas apodaban con cariño Efecto Retardado, sacó a Petula y a Charlotte de sus respectivas ensoñaciones cuando sin venir a cuento colocó el monitor de vídeo en la parte de delante del aula, junto a ellas. Petula, que seguía parlotando sobre el tono de su vestido para el baile, cerró de golpe la polvera y se giró hacia Sam sin previo aviso.



—No sabes la suerte que tienes de ser de efecto retardado —le dijo Petula a Sam.

Sam sonrió con indiferencia, pero Damen la miró asqueado. Charlotte tomó nota, el chico le gustaba cada vez más.

—¿Qué pasa? —Petula reaccionó a la mirada de desaprobación de Damen completa y genuinamente confundida.

Luego se volvió de nuevo hacia Sam y, echando mano de una seudosensibilidad muy suya, intentó disculparse.

—Oh, perdona... quería decir *retrasado* —le dijo con un tono cargado de falsa condescendencia.

Sonó el timbre y todos se apresuraron a salir de clase. Todos excepto las Wendys, Damen y Petula, que siempre se tomaban su tiempo a la hora de salir y dirigirse a la clase siguiente. Charlotte también se entretuvo, inmóvil en su pupitre, echándose a la boca más y más ositos de goma mientras crecía su preocupación por la conversación de Damen y Petula, y crecían sus deseos de que ella y Damen pudiesen acabar la suya.

Vio cómo Petula le lanzaba un beso superficial al aire, mientras se disponían a partir por separado. Damen salió primero, y al pasar junto a la mesa del profesor, Widget también se levantó para irse, aunque antes se tomó unos segundos para prevenir a Damen.

—Recuerde la nueva política, señor Dylan —le advirtió Widget mientras cerraba su maletín y se dirigía hacia la puerta.

El comentario le sirvió a Damen de recordatorio de su encuentro con Charlotte minutos antes. Miró hacia atrás con indiferencia y levantó el libro de Física en dirección a Charlotte. Abrió los ojos de par en par y se encogió de hombros, como si esperara de Charlotte una respuesta.

—¿Me ayudarás? —vio Charlotte que articulaban sus labios mientras cruzaba de espaldas y a cámara lenta el umbral, seguido de cerca por Petula y su pandilla.

Charlotte se echó un último osito de goma a la boca, y al echar a andar y a articular su respuesta aspiró sin querer la golosina, que se le quedó atascada en la garganta.

Empezó a andar más aprisa hacia la puerta, gesticulando desesperadamente con las manos, pero era tanta la gente que rodeaba ya a Damen que, tan pronto éste puso un pie en el pasillo, dejó de verla. Charlotte tosía con todas sus ganas para expulsar el osito y poder gritarle su respuesta, pero justo cuando estaba a punto de desalojarlo de su garganta, Petula le cerró la puerta de un portazo en las narices.

Charlotte se dio de bruces contra ella, haciendo que el osito penetrara aún más en la tráquea. Intentó sin éxito practicarse el Heimlich, haciendo pedorretas por el aula



como un globo perdiendo aire. Empezaba a ahogarse y el aula estaba totalmente vacía. No había nadie que se fijara en ella. Nadie que la pudiera ayudar.

Se echó una mano a la garganta y apoyó la otra en la ventanilla de la puerta para no perder el equilibrio. Sin poder respirar, trató desesperadamente de llamar la atención de Damen golpeando con la palma de la mano en la ventanilla, pero éste interpretó el gesto como mera despedida.

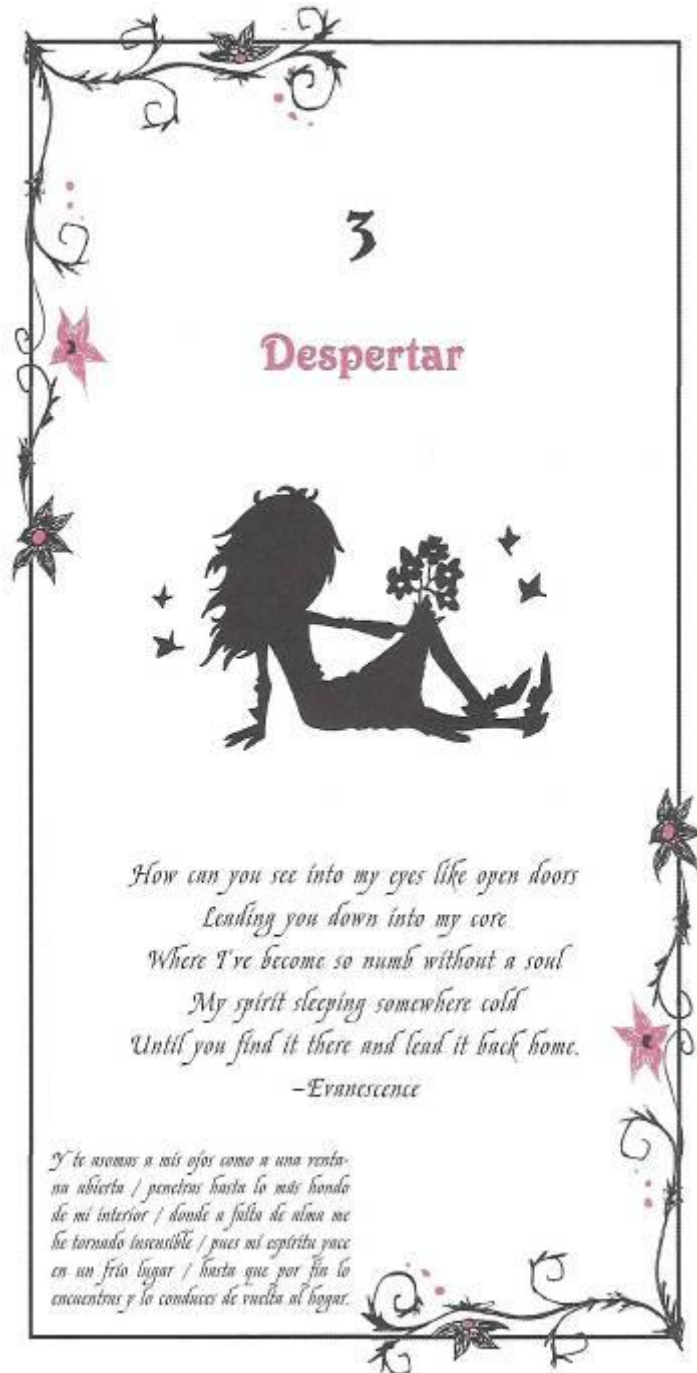
Él levantó la mano brevemente modo de saludo, rodeó con su brazo a Petula y se dirigió a su próxima clase.

Ella pegó la cara contra el cristal como Tiny Tim en *Cuentos de Navidad* ante el escaparate de la tienda de juguetes e, incapaz de mantenerse en pie, se fue escurriendo puerta abajo. Mientras se deslizaba alcanzó a ver a los estudiantes que reían y charlaban de camino a su siguiente clase, la mirada fija en Damen y Petula que se alejaban.

Su mano, que esperaba que alguien llegara a ver, perdió lentamente su sudoroso agarre en la alargada ventanilla rectangular y su desmayada huella fue dejando atrás su rastro antes de llegar abajo, donde se reunió, en el suelo, con el resto de su cuerpo.



Capítulo 3





¿Cómo saber?

—•••—

¿Cómo saber si no es más que una fantasía o un sueño absurdo, un delirio producto de tu mente? No hay ensayos generales en la vida y aún menos en el amor. De eso sí que tenía ya la certeza Charlotte.



Un torbellino de pensamientos sobre Damen giraba de manera frenética en la mente de Charlotte cuando se despertó con el suave zumbido de los fluorescentes que se alineaban en el techo del aula. Muy despacio, abrió un ojo y luego el otro, y se percató de que a pesar de la intensidad con que lucía la luz blanca no le molestaba mirarla directamente.

Parpadeó unas cuantas veces y se incorporó hasta quedar medio tumbada, con el cuerpo apoyado sobre los codos. Observó las sucias manchas marrones de humedad y las pelonías de papel pegadas a los paneles cuadrados de espuma rígida del techo que se cernían sobre ella. Sintió que se mareaba un poco, pero lo achacó a la emoción de los acontecimientos.

—Genial, me pide que le eche una mano. *A mí.* ¿Y voy yo y qué hago? Me desmayo —se reprochó.

Todos aquellos cambios por los que tanto había luchado, razonó Charlotte, no habían transformado a quien ella era en realidad por dentro. ¿Qué era lo que decía Horacio? ¿Que «podemos cambiar el cielo pero no nuestra naturaleza», o algo así? Tú eres tú y tu circunstancia. El triste hecho de que un poeta romano de hace dos mil años comprendiera mejor su vida que ella misma era... decepcionante, como mínimo. Y lo que era más raro todavía, ¿a santo de qué se le ocurría pensar en eso precisamente en ese momento? En ese momento, el escenario se le apareció, de pronto, bajo una luz mucho menos desmoralizadora.

«¡Seguro que ha sido un bajón de azúcar!», pensó recordando que se había olvidado de desayunar en su afán por no perder el autobús e incluso después, en el instituto, con tanto encontrón premeditado con Damen.

Charlotte volvió la cabeza de un lado a otro y se dio cuenta de que se encontraba completamente sola. No le sorprendió, puesto que a decir verdad no esperaba que nadie la hubiese echado en falta. Luego, al bajar la mirada, comprobó que no estaba tan sola como pensaba. Allí estaba el Osito de Goma, inocente y sin vida, tan provocador como la muñeca parlante de aquel viejo episodio de *La dimensión desconocida*. No presentaba el típico color rojo opaco, sino ese rojo transparente que adquieren después de haberlos chupado un tiempo.

Permaneció mirando la gominola durante un buen rato, inexplicablemente recelosa de ella, se llevó la mano a la garganta y tosió. La tenía allí delante, en el suelo, pero todavía podía sentirla en la laringe.

—Esto sí que es... curioso —dijo Charlotte, perpleja por completo.

Justo cuando empezaba a recordar todo lo ocurrido, se oyó un anuncio por megafonía.

«Charlotte Usher, preséntese por favor en la sala 1.313», requirió la voz apagada.



Reunió sus cosas y salió al pasillo desierto, cabe decir que de bastante buen humor. Como esperaba que la acosaran con preguntas de camino a secretaría, casi le decepcionó comprobar que el aviso pasaba desapercibido, pero claro, todos estaban en clase, así que continuó como si nada.

«¿La sala 1.313?», se preguntó, todavía aturdida por los desencuentros con Damen y el osito de goma.

Al doblar una esquina y adentrarse en uno de los largos pasillos, una lectura del *Annabel Lee* de Edgar Allan Poe inundó el corredor desde una de las aulas del fondo. Era su clase de Literatura de segunda hora, el lugar donde supuestamente debía estar ella, que ya había comenzado. Las palabras resonaron en el pasillo vacío, su eco rebotando contra los suelos recién encerados y pulidos del primer día de curso.

*Pero nuestro amor era más fuerte
que el amor de nuestros mayores,
que el de muchos más sabios que nosotros,
y ni los ángeles del Cielo, allá arriba, ni los demonios, en las profundidades del mar,
podrán jamás desgajar mi alma del alma de la hermosa Annabel Lee.*

Por alguna razón, parecía conocer el camino a la extraña sala, a pesar de no haber estado allí antes. Se vio arrastrada hacia una puerta sin numerar situada al fondo del pasillo. Abrió, y se encontró con una escalera que descendía hasta una zona del sótano, que más que asustarla la desorientó. Mientras bajaba, vio las descascarilladas tuberías expuestas que recorrían el techo, sobre su cabeza, y el suelo de cemento a sus pies. Charlotte respiró hondo y se pinzó la nariz como medida preventiva, pensando que ya había aspirado suficiente contaminación por ese día en la pasarela.

—Sígueme —se dijo a sí misma con voz quejumbrosa, pinzándose la nariz, en su más fiel imitación de *El jovencito Frankenstein*, e inició el descenso. Sus pisadas golpeaban el suelo en silencio.

Las tuberías parecían brillar por la condensación de agua, pero, curiosamente, no goteaban y no olía a moho ni a humedad. Se retiró los dedos de la nariz para volver a tomar aire y enseguida se dio cuenta de que no había necesidad de seguir pinzándose.

Mientras avanzaba por el estrecho corredor de tuberías, conductos de aire y cableado, vio una luz que iluminaba el camino y se detuvo. Era brillante, aunque pálida, como la luz de la luna. Parecía provenir de detrás de la vieja caldera, que estaba fría por encontrarse apagada. Se asomó y vio una habitación en una esquina. En el cristal de la puerta aparecía grabado el número 1.313.



Charlotte empezaba a inquietarse, no tanto a causa de la siniestra oficina y la fría luz que de ella emanaba, sino más bien porque comenzaba a retrasarse en el horario que se había impuesto. Este pequeño rodeo estaba consumiendo buena parte del tiempo que había planeado destinar a acosar, bueno, a «conocer» a Damen. Y aun así, sintió más curiosidad que irritación cuando cayó en la cuenta de a qué podía venir esto.

«¡Seguro que es aquí donde hay que inscribirse para las clases avanzadas! ¡Menudo día, las cosas no podrían salir mejor!», se dijo distraídamente mientras franqueaba la puerta y se dirigía al mostrador con la exuberancia de Sharpay Evans en *High School Musical*.

Lo primero que vio fue un viejo transistor y unos jarrones de flores marchitas que descansaban sobre una mesa. Lo primero que oyó fue la canción *Seasons in the Sun* de Terry Jacks sonando a volumen muy bajo. No se sabía toda la letra, pero al escucharla en ese momento, flotando en el aire húmedo, en una habitación tan silenciosa, fría y vacía, le costó creer que hubiese llegado a ser todo un éxito. Incluso en los setenta.

Goodbye to you, my trusted friend.

We've known each other since we're nine or ten.

Together we climbed hills or trees.

Learned of love and ABC's,

Skinned our hearts and skinned our knees¹.

«Qué mal rollo», pensó Charlotte mirando a su alrededor y haciendo tamborilear los dedos sobre el mostrador, con la esperanza de que alguien la oyera.

—Hola, eo, ¿me ha llamado alguien? ¡Soy Charlotte Usher! —gritó por fin hacia el fondo de la oficina tratando de que alguien le hiciera caso.

Una secretaria con un moño medio deshecho y una blusa de encaje de cuello alto surgió como por encantamiento de debajo de la mesa.

—Oh, lo siento, no era mi intención gritar. No se me ha ocurrido mirar hacia abajo.

—Ni a ti ni a nadie, cielo —ironizó la secretaria.

Sin mirarla a los ojos, la secretaria le tendió un portapapeles con un montón de hojas.

¹ Adiós, mi amigo fiel. /Nos conocemos desde los nueve o diez. / juntos escalamos colinas y árboles. / Aprendimos sobre el amor y el abecé, /Raspamos nuestros corazones y raspamos nuestras rodillas.



—Toma, rellena esto y no olvides... —la secretaria dejó la frase a medias y tiró de Charlotte hacia sí, como si fuera a darle un valiosísimo consejo—... devolverme el BOLÍGRAFO.

El extraño proceder de la secretaria desconcertó a Charlotte, pero luego pensó que de haberse tratado de una «persona afable» no estaría encerrada en el sótano de un instituto, trabajando sola, prácticamente a oscuras.

Antes de que Charlotte tuviera tiempo de formular su primera pregunta, la secretaria cerró la ventanilla de golpe. Charlotte ordenó las hojas en el portapapeles y fue a sentarse junto a una chica de largos tirabuzones pelirrojos ataviada con un vestido de *majorette* verde intenso. Charlotte habría jurado que la chica no estaba allí cuando entró, pero se había sentido tan preocupada en ese momento que ahora no podía estar segura del todo.

Se puso a revolver entre los papeles un momento y luego se volvió e intentó contactar visualmente con ella, aunque sin éxito.

—Hola. Soy Charlotte —dijo a modo de tentativa, ofreciéndole la mano. Pero... nada.

La chica pareció hacer oídos sordos, o al menos desinteresados, ante el saludo y continuó mirando hacia abajo, con la nariz pegada a su libro. Charlotte estaba demasiado acostumbrada a que la trataran con desdén, no obstante ¿también iba a hacerlo una chica *nueva*? ¿Es que las cosas iban peor de lo que imaginaba?

Decidió echarle arrojo y extendió su mano aún más, pero la chica prosiguió con la lectura sin prestar la menor atención a la muestra de bienvenida de Charlotte Usher. Charlotte pensó que quizá conociese ya a alguien en el instituto. Tal vez se había incorporado en verano y ese «alguien» le había hablado de Charlotte. No, no podía ser; no le cabía en la cabeza que alguien hablara de ella en verano, ni siquiera para hablar mal.

Un débil silbido sacó a Charlotte de su ensoñación. Sonaba como un solista de flauta ensayando en la sala de música. Charlotte miró a su alrededor incapaz de adivinar de dónde provenía el sonido. Se metió un dedo en la oreja y lo hizo girar, para ver si así cesaba. Pero no lo hizo, de modo que trató de ignorarlo con todas sus fuerzas, concentrando de nuevo toda su atención en los formularios. En lo alto de la primera página se podía leer «Nuevo alumno».

—¡Ah, así que *sí* voy a poder apuntarme a clases avanzadas para el curso que viene! —anunció orgullosa en voz alta, deseando poder impresionar de ese modo a la chica.

Tan entusiasmada estaba, que empezó a rellenar los formularios a toda prisa, sin apenas leer las preguntas.

Mientras sus finos dedos se deslizaban a la velocidad de la luz sobre las preguntas, empezó a sentir un recelo creciente al leerlas en alto:



—Nombre y apellidos, fecha de nacimiento, lugar de nacimiento, sexo... ¿Sexo?... ¡Sí, por favor! —dijo en voz alta, tratando una vez más de llamar la atención de la chica, aunque infructuosamente—. *¿Donante de órganos?* —leyó Charlotte, ya no tan a la ligera—. Vaya, pues sí que lo quieren saber todo.

Continuó rellenando el formulario lo mejor que pudo hasta que llegó al final de la hoja, lo que coincidió también con el límite de su paciencia. En la última casilla se podía leer «C.M.».

—¿C.M.? —dijo en voz alta Charlotte, completamente fuera de sus casillas—. ¿Cobro en metálico? ¿Y por qué voy a tener que pagar por las clases avanzadas? Esto es un instituto público.

Dejó la casilla en blanco y entregó los formularios y el bolígrafo a la secretaria, quien a su vez le hizo entrega de una etiqueta con el nombre de Charlotte prendida de una diminuta goma elástica.

—Aquí tienes tu identificación —le espetó la secretaria.

—Ah, gracias —contestó Charlotte, no muy segura de por qué necesitaba una nueva identificación, aunque demasiado intimidada para preguntar.

Tiró de la etiqueta para liberarla de la garra fría y tenaz de la secretaria y se la puso en la muñeca. Le apretaba muchísimo, pero se la dejó puesta y no dijo nada.

La secretaria estampó los formularios de Charlotte con un sello de «entrada» y a continuación se aproximó a un archivador de acero inoxidable de grandes dimensiones.

—Muy bien. Otra cosa... Necesito que me confirmes... —hizo una pausa, se volvió y con indiferencia abrió un enorme cajón—... que ésta eres *tú*, y que pongas aquí tus iniciales.

Charlotte se quedó paralizada. No podía creer lo que veía. Allí estaba. Su cuerpo, mudo y gris y ataviado aún con la ropa del primer día de curso, yacía inmóvil sobre la camilla de metal ante sus propios ojos. Quiso desmayarse, pero estaba petrificada.

Por vez primera sintió el frío de la habitación recorrer su piel. Se cogió de la muñeca y apretó los dedos buscándose el pulso. Nada. Se llevó las palmas al pecho tratando de sentir su corazón, que para entonces debería de estar desbocado. Pero no detectó latido alguno. Aterrada y temblando, se acercó al cadáver y lo tocó cautelosamente con un dedo en ambas piernas, aguardando una reacción. Pero nada tampoco. Y la última gota: un paquete abierto de ositos de goma sobresalía de su bolsillo, y el culpable, el asesino, aparecía en una bolsa de zip prendida a su pecho. No se trataba de un truco. *¡Era ella!*

—C.M. Causa de la muerte —la instruyó la secretaria señalando la gominola y esbozando una sonrisita.



Charlotte retrocedió tratando de alejarse del cuerpo, tropezó y golpeó un enorme ventilador eléctrico de metal que había sobre la mesa. Este se precipitó sobre su antebrazo y le atrapó la mano entre las hojas.

Observó impotente cómo, uno a uno, sus dedos eran seccionados justo a la altura de los nudillos por las guadañas giratorias. Sus falanges salieron despedidas en todas direcciones, salpicando la habitación. Apretó los ojos y esperó a que la vencieran el dolor y la nauseabunda calidez de la sangre al brotar. Pero no ocurrió.

Desconcertada, hizo acopio de valor y, abriendo los ojos muy despacio, miró. Su mano, que debiera de haber estado destrozada, mutilada y despedazada, aparecía completamente intacta. La levantó y la contempló del derecho y del revés, hipnotizada.

La chica de la sala de espera se aproximó a Charlotte en el instante en que ésta trataba con desesperación de asimilar la realidad de aquel momento surrealista.

—Nada puede hacerte daño nunca más —dijo la chica con indiferencia—. Soy Pam... Y tú, bueno, tú... —dijo Pam mientras se agachaba para ayudar a Charlotte a levantarse.

—No, por favor, no lo digas... —suplicó Charlotte.

—... estás muerta —le susurró Pam a Charlotte directamente al oído.

Sus palabras surcaron el oído de Charlotte y se internaron en su mente como una violenta ráfaga de viento gélido, y con ella, la neblina del olvido comenzó a disiparse. Al mirar entonces a su alrededor fue como si alguien hubiese pulsado el botón de «retroceso» de su día. Todo se le apareció bajo otra perspectiva, casi como la de una tercera persona, y pudo percatarse de detalles que antes le pasaron desapercibidos.

Todo era tan obvio. La llamada por megafonía, el frío sótano, la sala de espera. Miró a su alrededor y empezó a fijarse en cosas en las que antes no había reparado, como la coloración anormalmente violácea de las uñas de la secretaria, las cámaras de depósito de la parte de atrás, las lámparas de exploración. Y, cómo no, el osito de goma.

Charlotte gritó con tantas ganas que de su boca no emanó sonido alguno. Fue un grito de otro mundo, un grito que sólo podía estar motivado por el terror en estado puro.

El eco de las palabras «estás muerta» retumbaba en su mente y sacudía su alma cuando salió despavorida de la sala y se precipitó escaleras arriba.



Capítulo 4





**El Destino es el mejor
mecanismo de defensa.**

Ofrece el consuelo de que existe un orden en el universo y ahorra mucho tiempo y esfuerzo explicando lo inexplicable, sobre todo a uno mismo. Charlotte estaba dejando de ser una escéptica para convertirse gradualmente en una creyente. Sin duda era mucho más fácil, y lo que era más importante todavía, le resultaba más ventajoso. Creía porque tenía que hacerlo.



«¿Por qué yo? ¿Por qué yo?», se repetía Charlotte, no porque confiara en hallar la respuesta, lo hacía con la esperanza de que cuantas más veces formulara la pregunta, más clara tendría su situación y sólo entonces daría quizá con la solución. Era así como se planteaba los deberes de Trigonometría, repitiéndose en voz alta el problema, y siempre había dado resultado. Se ufanaba de esa confianza en sí misma.

Recordó la estadística que sostiene que la mayoría de las personas sufren ataques de corazón en lunes, el primer día de la semana. Ella había muerto el primer día de curso, cuando parecía que las cosas iban a empezar a salirle bien. ¿Por qué le pasaba esto? ¿Por qué ocurría después de que el Destino los emparejase a ella y a Damen como compañeros de laboratorio? Necesitaba respuestas.

Charlotte corrió escaleras arriba gritando como una posesa, abrió de golpe la puerta sin número, emergió como una exhalación en el corredor y se detuvo bruscamente al encontrarse con Pam justo delante. Por un momento pensó que si corría lo bastante rápido escaparía de la pesadilla que estaba viviendo, o no viviendo, como podía ser que fuera el caso.

—No puedes huir de esto... —dijo Pam de forma sosegada al tiempo que Charlotte, presa del pánico, daba media vuelta y lo intentaba. Al doblar la esquina del pasillo recién encerado, se percató de que no resonaba el eco de sus pisadas, de que no rechinaba la goma de las suelas de sus zapatos.

A cada giro, ¡pam!, allí estaba Pam. Charlotte se llevó la mano al corazón, pero recordó que allí no había nada que agarrar. Su corazón no latía. Sintió el pecho como una cavidad hueca que encerraba una roca dura y fría.

—No puedes huir de esto... —repitió Pam a la vez que Charlotte echaba a correr.

En su intento por escapar de la aparición y de la realidad que se cernía sobre ella, Charlotte se dirigió instintivamente hacia el aula de Física. ¿Qué mejor lugar para obtener respuestas que el escenario del crimen? Al entrar, Charlotte se percató de que había pisado algo, aunque no estaba muy segura de qué. Echó la vista atrás y allí, en el suelo, vio pintada con tiza la silueta de un cuerpo. Su cuerpo.

—Un caparazón vacío. Así es como me recordarán ahora —dijo abatida, contemplando la posibilidad de que aquella genérica, asexuada y burdamente esbozada figura en forma de galletita de jengibre había de convertirse ahora en su última, y definitiva, impresión en el alumnado de Hawthorne.

Era el escenario del crimen, desde luego que sí. El crimen contra cuanto hay de injusto en la sociedad. El crimen contra la humanidad. El sistema de jerarquía social tendido allí mismo, en el suelo, para que todos lo pudieran pisotear.

Morir era terrible de por sí, pero morir de forma tan patética y estúpida... atragantada con una golosina gelatinosa semiblanda con forma de osito era una



injusticia que Charlotte apenas podía soportar. No haría sino ratificar lo que siempre habían pensado de ella y confirmar sus peores sospechas sobre sí misma. Ni siquiera sabía masticar como es debido.

¿Qué le quedaba sino castigarse todavía un poco más? Así que se tumbó de espaldas, desplegados los brazos y las piernas, con figurándose exactamente al perfil de la silueta, en un gesto de derrota. Como una especie de ángel de nieve mórbido, si se quiere.

Y sólo por un instante, todo ello llegó a parecerle hasta un poco gracioso. Cruel e irónicamente gracioso. La última y más oportuna de la larga serie de bromas embarazosas que le habían gastado jamás, y ella salía en el chiste. El profesor Widget tenía razón. El Destino había intervenido en su día, su vida, aunque no exactamente de la manera en que ella había deseado. Ni por asomo.

—Dios debe de tener un gran sentido del humor —pensó levantando la mirada.

Entonces, al mencionar a «Dios», se le pasó por la mente una idea no tan divertida. No había visto ni tenido noticia alguna del Gran Tipo, o Gran Tipa, comoquiera que fuera el caso. «Mejor ser políticamente correcto», pensó con cautela, «puesto que ahora todo cuenta».

La habían estado juzgando toda una vida. ¿Es que acaso podían ir las cosas peor? La mera idea de que su suerte pudiera empeorar fue motivo más que suficiente, no obstante, para empujarla a levantarse del suelo del aula.

Charlotte se enderezó, se demoró circunspecta ante la silueta como uno lo haría ante una tumba, y caminó muy despacio hacia la puerta. Al salir al pasillo, vio a Pam señalando algo de forma inquietante, como una especie de fantasma de la Navidad como-se-llame de éstos. Era su taquilla. La número siete.

—Sí, menudo número de buena suerte —dijo Charlotte con toda su ironía.

La taquilla se encontraba perfectamente precintada con cinta de peligro. Ni rastro de haber sido forzada por los otros chicos, lo que era bastante insultante, la verdad. Significaba que a nadie le interesaban lo suficiente sus cosas —ella— como para robar algo. Se alejó, con un pedazo de cinta adhesiva de peligro pegado al pie igual que un caprichoso trozo de papel higiénico.

—Esto *no* está pasando —gimió Charlotte, y cerró los ojos queriendo borrarlo todo de su mente. Cuando los volvió a abrir, Pam reapareció, pero Charlotte se sobresaltó algo menos que las veces anteriores—. ¿Cuánto hace que... me fui? —vaciló.

—No lo sé con exactitud —contestó Pam con indiferencia—. No es que el tiempo importe demasiado aquí.

—¿Me estás diciendo que podría llevar... fuera... algo así como mil años? —reflexionó Charlotte.



—Probablemente no —dijo Pam, y volvió a señalar en silencio, en esta ocasión hacia una ventana—. Mira.

Charlotte se asomó al aparcamiento de delante del instituto, donde un grupo de compañeros de clase se estaba reuniendo en torno a un microbús, cuando por megafonía pudo escucharse un nuevo anuncio.

«¡Atención, alumnos! Los que quieran asistir al acto en memoria de Charlotte Usher que por favor acudan al patio. El autobús saldrá en breve.»

Charlotte no daba crédito a sus ojos. De haber sido posible, es probable que se le hubiese escapado una lágrima. Había un grupo reducido de gente que aguardaba a subirse al autobús para asistir al acto en memoria *suya*.

¿Acaso la muerte la había hecho más popular de lo que jamás había imaginado? En su mente empezaron a sucederse de manera frenética un millar de posibilidades. ¿Qué dirían sobre ella en el acto? ¿Derramaría alguien, se atrevió a desear, lágrimas por ella? ¿Produciría su muerte un estallido de dolor en la comunidad? Días de luto oficial. Estaba rebosante de expectación. De pronto todo resultaba tan... emocionante.

Un acontecimiento aún más asombroso removió a Charlotte de su ensoñación. Allí, en medio de la muchedumbre, estaban Petula y las Wendys ¡llorando! Charlotte no daba crédito, ¿Estaba en el cielo después de todo? Tal vez fuese ella ahora como todos esos escritores y artistas ignorados en vida pero reverenciados al final. Había alcanzado la perfección en la muerte. Canonizada, incluso por sus mayores detractores. Puede que hasta Damen la echara de menos ahora.

Estos reconfortantes pensamientos duraron lo que tardó Charlotte en henchir de orgullo su pecho plano. No era el duelo colectivo lo que había atraído a Petula y a las Wendys después de todo, sino las cámaras y libretas del cuerpo de reporteros del periódico del instituto, y la promesa de salir antes de clase. Charlotte hizo de tripas corazón y prestó oído, a través de la ventana abierta, a las preguntas del reportero... y a las respuestas de Petula.

—Ayer mismo me comí medio osito de goma para el almuerzo —dijo Petula entre «sollozos» mientras se retocaba aplicadamente la raya del ojo con la punta de la uña con manicura francesa del dedo índice y comprobaba de reojo el estado de su maquillaje en el monitor de vídeo de Sam Efecto Retardado—. Podía haberme pasado a mí.

—¡Es una superviviente del efecto osito de goma! —canturreó Wendy Anderson a los reporteros como una publicista júnior, mientras ella y la otra Wendy abrazaban a Petula, en un desesperado intento de consolarla.

¡Allí estaba Petula debatiéndose por chupar cámara, tan egoísta, haciéndose la víctima y succionando el aire a costa del acto en su memoria! Y por detestable que le resultara, Charlotte admiró su descaro. Lo envidió, incluso. Charlotte no estaba muy



segura de si Petula era incapaz de ceder el protagonismo a otro o si, por el contrario, no podía dejar escapar tan fabulosa oportunidad para promocionarse. Fuera como fuese, el resultado era el mismo en ambos casos, pensó. Se trataba de Petula y nada más que de Petula.

Agotada la oportunidad con la prensa, y mientras los cámaras recogían el equipo y Petula dirigía a las Wendys al TiVo, el canal local de televisión por cable, Charlotte observó cómo los demás gandules se echaban las mochilas al hombro como paracaídas y chocaban las manos en el aire, señal inequívoca de que daban por concluido el día. Claro que les importaba. Les importaba saltarse las clases.

—O sea —recapituló Charlotte dando la espalda a la ventana—, que estoy muerta y olvidada.

Pam observó cómo se venía abajo y no dijo nada. Charlotte se lamentaba de su suerte, lo que era normal, pero también comenzaba a presentar un desequilibrio inusual. Al menos Pam no tenía que preocuparse por que Charlotte echara de menos a su familia. Los adolescentes muertos no lo hacen. Están *demasiado* envanecidos.

El mantra «¿por qué yo?» de Charlotte se transformó ahora en un «¿y por qué no yo?» mientras retazos de su personalidad grotesca y fracasada reafloraban a la superficie. Ya no había necesidad alguna de reprimirla. El verano era cosa pasada y todo, literalmente todo, estaba perdido.

—¿Por qué no ha podido ocurrirle algo malo a Petula? —se quejó Charlotte con rencor—. Aunque todavía podría pasarle algo —deseó—. Pero, claro —continuó, atajándose a mitad de frase—, si hubiera de sucederle algo así a alguien como Petula, entonces la noticia recorrería el mundo entero. Los ositos de goma serían retirados de los estantes de todos los comercios. Se emitirían avisos de ámbito nacional advirtiendo sobre el peligro de los ositos de goma. La CNN convertiría los ositos de goma en la nueva gripe aviar. Se daría una «cobertura especial» a la crisis de los ositos de goma. Por no hablar de actos conmemorativos televisados todos los años. Damen enviaría de forma anónima rosas rojas a su tumba cada semana durante el resto de su vida. Hawthorne High sería rebautizado en su honor. Las iglesias tañerían las campanas para conmemorar el momento exacto de su expiración. No por lo que hubiese hecho en vida, sino por quién era. Se convertiría en una heroína.

Charlotte siguió parloteándole a Pam y quejándose lastimeramente.

—¿Y yo? —meditó Charlotte—. Yo soy una silueta de tiza que *pisan*, y no evitan, los demás. Una molestia para las autoridades. Un montón de papeleo, desmerecedor siquiera de un minuto de silencio.

Se sentía estafada.

—¿Has acabado? —preguntó Pam.

—Casi —dijo Charlotte.



—Tómate tu tiempo —contestó Pam, con las primeras notas de condescendencia en su voz.

Pero fueron las otras notas que escuchó Charlotte las que en realidad captaron su atención. Un leve silbido. Similar al que había escuchado en la oficina. Esta vez no albergó dudas sobre la fuente de la que brotaban tan melancólicos acordes.

—¿Qué rayos es el ruido ese que te sale de la boca? —preguntó Charlotte.

—Permíteme que me presente formalmente —dijo al tiempo que le tendía la mano a Charlotte—. Soy Piccolo Pam.

—¿Piccolo? —dijo Charlotte con una risita.

—Es mi nombre de muerte —contestó Pam.

—¿Nombre *de muerte*? —preguntó Charlotte, a la vez que caía en la cuenta de que ella no tenía uno y volvía a sentirse excluida una vez más.

—Sí, es una especie de apodo que recibimos algunos de nosotros, salvo que suele estar relacionado con la forma en que morimos —dijo Pam—. No siempre se adquiere de buenas a primeras. No te lo tomes como algo personal.

¿Cómo no iba a hacerlo? Charlotte pensó en cuál podría convertirse en su «nombre de muerte» y sintió cómo cundía en ella el desánimo ante el potencial que un estúpido nombre de muerte podía llegar a tener a la hora de someterla a una humillación perpetua.

—Yo soy Piccolo Pam porque mientras alardeaba, supuestamente, de mis dotes con el flautín en el desfile de bandas del condado, tropecé y me lo tragué.

—Oh, lo siento —dijo Charlotte.

—Sí, yo también, pero al menos acabe mis días haciendo algo que adoraba y que se me daba realmente bien —contestó Piccolo Pam.

—Ya... —dijo Charlotte con un hilo de voz.

—Y fallecí mientras tocaba mi solo, de modo que nadie lo olvidará jamás. Eso es lo que cuenta —añadió Piccolo Pam con orgullo.

—Ya... —repitió Charlotte, ausente. Se sentía abrumada por completo, mientras trataba desesperadamente de encontrarlo algún sentido a todo aquello.

Piccolo Pam sonrió y abrazó a Charlotte por los hombros. Le dio unos cuantos apretones, en un intento de animarla.

—Tampoco es para tanto —bromeó Pam—, ¡al menos no tienes que depilarte nunca más!

Charlotte no estaba todavía muy segura de si Dios tenía o no sentido del humor, pero era evidente que Pam sí.



—¿Que no es para tanto? —dijo Charlotte con los ojos desorbitados de indignación—. ¡Me conocerán como una «atorada» para toda la eternidad!

La mera idea agravó su irritación, y la garganta de Charlotte se contrajo e hizo que tosiera varias veces seguidas, como a propósito.

—No te agobies con eso del nombre —dijo Pam internando aliviar la inseguridad de Charlotte—. Ahora lo que necesitas es que te orienten.

Pam agarró a Charlotte de la mano y, tirando de ella, se alejaron de allí.



Capítulo 5





El tiempo dirá.

El pasado carecía ya de importancia —una puerta cerrada—, salvo por el hecho de que había sido éste el que la condujo al presente. El presente era terriblemente incierto, un lugar de temores y dudas, inquietante. Pero el futuro estaba allí para despejar aquellos temores y hacer soportables pasado y presente. El futuro era el lugar donde Charlotte tenía depositados todos sus sueños y esperanzas. Y ahora el futuro estaba totalmente fuera de su alcance.



Era tanto lo que Charlotte todavía deseaba hacer, tanto lo que deseaba conseguir. Deseaba ver una nevada más, ver las mejillas rosadas de Damen tras un partido improvisado de fútbol después de clase, recibir otro boletín de calificaciones. Pero, claro, todos morimos con una lista de cosas pendientes, admitió. Nunca se tiene bastante.

Una nevada más no sería bastante, y ver a Damen una última vez, bueno, eso tampoco le bastaría jamás. Toda esta tristeza y demás le nublaban la mente mientras seguía a Pam por el pasillo.

—¿Quién eres tú... en realidad? —la apremió Charlotte.

Pam parecía bastante normal, pero ¿y si era una especie de demonio mutante enviado para escoltarla a las Tinieblas? Entonces quizá tuviera que afrontar una eternidad empujando una roca montaña arriba o algo por el estilo.

—Estoy aquí para ayudarte —le aclaró Pam—. Al principio, todos necesitamos que nos echen una mano con la adaptación, y la transición, de «allá» a «acá», es la peor parte.

—¿Y dónde o qué es *acá*? —preguntó Charlotte.

—Hallarás las respuestas a cuanto quieras saber en Orientación —le desveló Pam.

—¿Orientación? —preguntó Charlotte, irritada, levantando las manos al aire en un gesto de frustración.

Antes de que Charlotte tuviera oportunidad de insistir sobre el tema, Pam se detuvo y le hizo una señal con la cabeza, contestando a Charlotte con el gesto. Señaló hacia un leve resplandor que irradiaba de detrás de la puerta de un aula, pero no pronunció palabra.

Pam se dirigió hacia la puerta, pero Charlotte estaba clavada en el sitio. Contempló pasmada cómo Pam desaparecía gradualmente en el aura, cómo volvía la cabeza hacia Charlotte con una sonrisa compasiva justo antes de que la luz se la tragara por completo, dejando a Charlotte totalmente sola.

—¡Pam! —gritó nerviosa—. ¿Qué tengo que...? —dijo Charlotte con voz temblorosa, y sus palabras quedaron suspendidas en el aire.

Enfrentada a semejante adversidad, Charlotte, como casi siempre, adoptó una actitud completamente racional. Podía aplazar el dolor si no perdía de vista la verdadera dimensión de las cosas. No era sino la manifestación del instinto de autoprotección del espíritu científico y matemático que llevaba dentro.

«Ya está», pensó Charlotte, mirando hacia el fondo del pasillo.



El momento había llegado. Estaba M-U-E-R-T-A, seguro; por mucho que le costase pronunciar la palabra. Había visto la prueba en la camilla de la oficina y a través de la ventana, en el patio. Había conocido a Pam, su guía espiritual o ángel de la guarda o comoquiera que uno desee llamarlo. Y ahora la señal más reveladora de todas: la Luz. Se parecía mucho a como le habían contado que sería, lo que le resultó insólitamente reconfortante. Estaba asustada, pero el factor sorpresa se había desvanecido contribuyendo a minimizar el factor miedo de forma considerable.

Es más, hasta empezaba a sentir cierta satisfacción personal. Todo el mundo tiene curiosidad por saber qué ocurre después de la muerte, y ahora ella lo sabía. Por fin miembro de un club exclusivo, bueno, semiexclusivo. «Todos morimos, pero muy pocos lo hacen tan jóvenes», teorizó, insistiendo en sentirse especial. Éste era su momento.

Sin embargo, lamentablemente no había nadie a quien contárselo. No había forma alguna de intercambiar la información por algún cotilleo, una invitación a una fiesta, ni siquiera por un carné de identidad falso. El secreto sería enterrado con ella para siempre, como con toda probabilidad había sucedido con quienes la precedieron. No había nadie que, tras afrontar lo que ella estaba a punto de afrontar, viviese para contarlo; a excepción, claro, de toda esa gente con Experiencias Próximas a la Muerte que no deja de parlotear sobre «la Otra Vida» y hacia lo que de pronto sintió una profunda aversión.

«Si tan genial es estar muerto, ¿por qué no se matan y dejan de hablar del asunto de una vez por todas?», pensó. Qué no daría ella a cambio de un billete de vuelta por cortesía de las palas de un desfibrilador y un sanitario o médico de Urgencias entusiastas.

—¡Pelagatos! —Charlotte se rió con sarcasmo para sí, fantaseando con que aquélla sería su última carcajada—. Gracias, amigos —murmuró—. Estaré aquí... por siempre.

Y con ese amago de chiste fácil, una oleada de soledad como nunca hasta entonces había sentido atravesó su cuerpo. Pam se había ido no hacía más que un instante, pero fue tiempo suficiente para que Charlotte reviviera, como un DVD en rebobinado, cada decepción, cada error, cada fracaso, cada oportunidad perdida, experimentados a lo largo de su vida. De pronto, las tan manidas escenas de lecho de muerte omnipresentes en los telefilmes de sobremesa de las que tanto se había reído se le antojaron no tan manidas.

Naturalmente, el último fotograma constituía la mayor y peor pérdida de todas: Damen. La palabra «fin» bien podía haberse superpuesto sobre su conciencia. Ahora supo con absoluta clarividencia cuan diferentes podían haber sido las cosas, pero ya era demasiado tarde para cambiar lo pasado. Como desde luego no se sentía era «en paz».



—La vida se desperdicia con los vivos —citó, y echó a andar por el pasillo, despacio, indecisa, con las rodillas temblorosas, hacia «la Luz».

Al aproximarse, Charlotte se vio bañada por la luminiscencia de la Luz, por su pureza. Se sintió como un sobre levantado a contraluz en un soleado día de verano. Translúcida. El resplandor la cegó por completo y podía haber jurado escuchar un coro de voces celestiales cantando sólo para ella. La amargura se esfumó.

«Es tan hermoso... tan apacible», pensó, gozando de aquel instante de nirvana.

Vio partículas de polvo brillando como diminutos fragmentos de purpurina, flotando vaporosas en los rayos. Según se aproximaba, comprobó que veía con más claridad. Distinguió el contorno de una puerta, ligeramente entornada. Cerró un ojo con fuerza pero dejó el otro entreabierto, espiando por la rendija como si estuviera mirando una película de terror, y franqueó el umbral, temerosa pero intrigada, no obstante.

Su momento zen se vio de pronto interrumpido cuando tropezó con una cuerda o algo similar y cayó al suelo de espaldas. Al caer, la Luz que tan mágicamente la atraía se precipitó también al suelo. Ahora se reflejaba en el techo y había dejado de cegarla.

Allí estaba de nuevo, tirada en el suelo boca arriba, asimilando lo sucedido. Abrió los ojos muy despacio y parpadeó varias veces, tratando de enfocar la vista.

Al ladear la cabeza descubrió que la Luz emanaba de un viejo proyector de 16 milímetros atornillado a un carrito metálico. Charlotte no había visto una reliquia semejante salvo en una única ocasión, cuando le encargaron que ayudara a Sam Wolfe a ordenar el viejo cuarto de material del Club Audiovisual situado en el sótano de Hawthorne.

Alzó la cabeza levemente sobre el nivel del suelo y se topó con una visión del todo inesperada: un mar de pies engalanados con etiquetas identificativas. Charlotte abrió unos ojos desorbitados al percatarse de que la etiqueta que le había sido entregada en la oficina, la que ella se había encajado a la fuerza en la muñeca, era, de hecho, su «etiqueta identificativa». Se encontraba en un aula repleta de otros compañeros muertos.

Antes de que tuviera tiempo de salir despavorida, una voz masculina adulta la distrajo.

—Mike, enciende la luz —pidió.

Un chico que estaba cerca de la puerta encendió las luces, tampoco es que importara demasiado porque veía bastante bien sin luz, pero ahora pudo fijarse en otros detalles. Como el aula, por ejemplo. Con las luces encendidas, la pudo ver en toda su... obsolescencia.

Era arcaica, literalmente, gris y anticuada, como un cruce entre una tienda de segunda mano y un centro de veteranos de guerra. Las mesas y sillas de madera clara daban la sensación de estar talladas a mano y ser perfectamente robustas, pero



estaban todas desaparejadas. Sobre la pizarra aparecían colgados mapas obsoletos con territorios tiempo ha desaparecidos. Unas estanterías, disimuladas en parte por raídos cortinajes de terciopelo, cubrían la pared del fondo del suelo hasta el techo atestadas de libros de texto anticuados y obras enciclopédicas incompletas. Fragmentos de fósiles y criaturas extintas conservadas en formol se hallaban expuestos en largas repisas de mármol negro.

Plumas, tinteros, lacre y papel de pergamino ensuciaban la rayada tarima del suelo. Una máquina de escribir con ventanilla lateral de cristal y cinta de tela, una regla de cálculo, una báscula de precisión, un compás y un ábaco compartían estante con una victrola a cuerda y varias pilas de discos de 78 revoluciones rayados.

Se volvió hacia atrás y miró al espacio encima de la puerta, donde debía de haber podido encontrar un reloj, pero no lo había. El único instrumento a la vista que calculara el tiempo era el reloj de arena que descansaba sobre la mesa del profesor, pero la arena no caía. Charlotte recordó cómo Pam había comentado que «aquí» el tiempo no tiene sentido y por lo que se veía no bromeaba. Le dio la sensación de que nada en la habitación tenía sentido... ya. Aquella aula estaba decorada como si por ella no hubiera pasado el último siglo o así.

«¿Cómo? ¿No hay reloj de sol?», pensó Charlotte.

Lo que la impactó no fue que la decoración estuviera ajada, que lo estaba, sino que estuviera... caduca. Todos los objetos en los que se había fijado, incluido el proyector, habían sido auténticos hitos tecnológicos en algún momento u otro, vitales incluso, pero hacía mucho que habían sido mejorados, reemplazados o, sencillamente, *olvidados*. Sólo había visto esos objetos en los documentales de la PBS o en el mercadillo de trastos viejos a la puerta del garaje de alguna abuelita difunta.

El conjunto daba una insólita especie de sentido horrible a las cosas. Todos los desechos de la vida cotidiana que habían sido descartados parecían encontrarse allí expuestos. Por ponerlo con palabras bonitas, el lugar se describiría como «atemporal», pero todo y todos podían ser descritos con mayor concreción como «extemporáneos», dolorosa, obvia y totalmente «extemporáneos». Ella incluida.

—Gracias, Mike —dijo la voz masculina con sinceridad, y esta vez Charlotte se volvió para ver de quién se trataba.

Una mano pálida se extendió hacia ella para saludarla y ayudarla a ponerse de pie. Ella alargó la suya no muy convencida y la apretó.

—Ah, la nueva alumna —afirmó estrechando con suavidad sus dedos, mientras ella se levantaba, completamente pasmada—. Bienvenida. Soy el profesor Brain —dijo articulando su nombre con una buena dosis de orgullo—. Te estábamos esperando.

Charlotte no tuvo tiempo de registrar la palabra «alumna» en su mente, antes ya la había distraído por completo el aspecto de Brain. Al igual que sucedía con el aula,



había algo de atemporal en Brain que resultaba desconcertante y reconfortante a la vez.

Era alto, delgado y atento e iba vestido meticulosamente, como si estuviera a punto de salir a cenar en lugar de impartir clases en el instituto. Es más, despedía un cierto aire a empresario de pompas fúnebres, con su traje de sastre color negro, camisa blanca almidonada y corbata burdeos.

—Toma asiento —invitó a Charlotte con hospitalidad.

Charlotte miró a Brain con ojos inquisidores y escudriñó la habitación en busca de un lugar donde sentarse. La única silla y pupitre desocupados se encontraban al fondo del aula. Y, a diferencia de lo que ocurriera con la hoja de inscripción para animadoras, aquella plaza parecía reservada para ella y nadie más que ella.

—Claro —dijo Charlotte con entusiasmo, recordando que sólo los más populares se sientan en la parte de atrás. Orgullosa, caminó hasta el fondo y se sentó.

—Y ahora, alumnos, permitidme que os presente a Charlotte Usher. Por favor, dadle la bienvenida a la asignatura de Muertología, o, como a mí me gusta llamarla, *Cómo ser un muerto y no fallecer en el intento* —bromeó.

—Bienvenida, Charlotte —coreó la clase algo mecánicamente.

Brain se rió tanto de su propio chiste, incluso durante el saludo de la clase, que el «tupé» —es decir, parte importante de su cuero cabelludo y su cráneo— se le despegó y escurrió de la cabeza, quedando colgado del más ínfimo y frágil hilo de piel y dejando expuestas las esponjosas crestas exteriores de su cerebro ante toda la clase. Visiblemente apurado, sofocó su risa con rapidez y se lo echó hacia atrás para colocárselo en su sitio (más o menos), se estiró de la chaqueta de forma nerviosa, se atusó la corbata y se aclaró la garganta como si nada. A juzgar por la nula reacción de los demás chicos, los meneos de cabeza de Brain no debían de ser cosa poco corriente.

—Claro... Brain... —murmuró Charlotte para sí, una vez, resuelta al menos una parte de aquel rompecabezas post mortem.

Brain se acercó a la pizarra como una mantis religiosa, ligero de pies pero un tanto encorvado —por las vértebras C-5 y C-6, constató específicamente Charlotte—, y dio inicio a la clase escribiendo de manera atropellada una frase en la pizarra.

Non sum qualis eram. (No soy el que fui.)

Completada la frase, el profesor Brain la subrayó con la tiza y luego se dirigió a la clase como un director de orquesta al comienzo de una pieza. A la señal, una vez más, todos los estudiantes entonaron a coro:

—*Non sum qualis eram.*

Charlotte no había estudiado nunca latín, pero, sin saber cómo, lo supo. Horacio, otra vez.



—Profesor muerto. Compañeros muertos. Poeta muerto. Lengua muerta — murmuró—. Tiene sentido.

Intentó establecer contacto visual con sus compañeros, pero la mayoría miraba fijamente a Brain; Pam incluida. La mayoría salvo una persona: una chica con el gesto enfurruñado que lucía una corta melena negra y un flequillo perfectamente escalonado, pintalabios descolorido y un arrugado vestido rojo repleto de manchas, y que estaba sentada justo delante de ella. Charlotte juraría haber oído a la chica decir «Perdedora», pero los demás seguían mirando hacia delante, los labios sellados.

«¿Quién? ¿Yo?», pensó Charlotte en silencio, mirando de un lado a otro en busca de la fuente de la pulla.

«Sí, tú», la réplica retumbó con estruendo en la cabeza de Charlotte. Para remachar la respuesta, la chica giró el rostro por completo y le lanzó a Charlotte la mirada más perversa que ésta había visto jamás, y eso que había visto unas cuantas extremadamente perversas.

Charlotte, paralizada, bajó la mirada hacia los pies de la chica para consultar su nombre en la etiqueta identificativa, donde pudo leer «Prudence», sin embargo lo más notable era que sólo llevaba un zapato. Observó la desgastada sandalia e hizo memoria de todas las noticias terribles que había visto en su corta vida. Aquellas en las que, tras un fatídico atropello y fuga, la única imagen que se mostraba era la de un zapato solitario tirado en el asfalto, mientras un reportero relataba los detalles horribles del accidente. Ese zapato, «el zapato», era la imagen que hipnotizaba a la gente. La que encendía una bombilla en su mente. Aquel zapato pertenecía a alguien. Ese alguien había escogido ese zapato para pasar el día. Se lo había puesto esa misma mañana. Iba a algún lugar con ese zapato, ese zapato iba a llevarle hasta donde necesitaba ir, y ahora, ahora yacía huérfano en medio de la carretera. Una lápida temporal.

—Bueno, como verás, estaba preparando el proyector de cine para cuando llegases; una breve película de orientación, digamos que para ¿edificar el espíritu? — explicó el profesor Brain.

Cuando se dirigía a recoger el proyector del suelo para terminar de embocar la película, saltó la alarma de incendios del instituto.

El timbre ensordecedor impulsó a Charlotte a salir corriendo de manera instintiva hacia la puerta, pero los demás siguieron en sus asientos, impertérritos. Mike, que se encontraba tocando frenéticamente una guitarra imaginaria, extendió la mano y agarró a Charlotte de la muñeca antes de que pudiera huir. Ella se asustó, pero al instame percibió que era más para protegerla que para contenerla. Llevaba unos auriculares embutidos en los oídos, pero no estaban conectados a ningún aparato.

—Ya has abandonado el edificio —dijo Mike, marcando el ritmo con los pies como si estuviera tocando una batería de doble pedal.



—La fuerza de la costumbre —repuso Charlotte—. ¿Puedes oírme con esos chismes retumbándote en los oídos?

—Sí—contestó Mike, aunque casi a voz en grito.

Mike contuvo a Charlotte, pero nada podía contener la marea de tristes recuerdos que de repente había empezado a inundar su mente. Tal vez fuera la alarma de incendios, recuerdo de una ínfima parte de su vida cotidiana, pero las punzadas de dolor, al igual que las del miembro fantasma de un amputado, permanecieron.

Piccolo Pam se acercó hasta ella y la presentó formalmente a Mike.

—Éste es Metal Mike. Llevaba el estéreo a demasiado volumen mientras hacía el examen de conducir —explicó Pam—. Se... distrajo. La cosa no acabó bien.

—Ah, entonces ¿su nombre de muerte le viene de escuchar heavy metal? —preguntó Charlotte.

—No —la corrigió Pam—, le pusieron ese mote porque escucharla le mató... Y porque, además, tiene literalmente esquirlas de metal en la cabeza a causa del accidente —añadió.

—¿Aprobé? —le preguntó Mike a Pam, simulando que punteaba un imaginario bajo eléctrico de doble mástil.

—No deja de preguntar lo mismo una y otra vez. Se ha quedado estancado en eso, así que yo le digo que sí —le susurró Piccolo Pam a Charlotte—. Sí, Mike, *aprobaste* —dijo Piccolo Pam en su tono de voz más condescendiente, el cual, en apariencia, tuvo el efecto deseado en Mike y en Charlotte también.

Mike soltó a Charlotte de la muñeca y Piccolo Pam la escoltó de vuelta a su pupitre. De camino iba mirando al suelo, a los pies de los demás compañeros, en busca de nombres, y se enteró de más de lo que quería saber de ellos por su calzado.

«Mike» llevaba botas gastadas, cómo no, con sus gruesos dedos gordos al aire. «Jerry» llevaba unas Birkenstock muy hippies. «Abigail», chorreando agua sucia, llevaba chanclas, las venas verdiazuladas claramente visibles en los empeines y en sus pálidas piernas desnudas; Charlotte no pudo abstenerse de levantar un poco la vista y observar que la chica llevaba un bañador del colegio. «Suzy» iba descalza y tenía el cuerpo cubierto de pies a cabeza de rasguños; con nerviosismo, se cercioraba de que ninguno de los demás compañeros la miraba y a continuación clavaba una afilada uña en sus costras. Charlotte fingió no haberla visto.

Eran a cada cual más repulsivo, pero en el contexto de la clase todos encajaban a la perfección. «¿Cómo me verán a mí?», se interrogó. «¿Acaso *encajo* yo también?»

No es que ella se sintiera en modo alguno diferente, la verdad, desde que «llegara», salvo por la «voz de rana» que le brotaba de la garganta. ¿Seguía siendo la misma chica rara, alta y delgada que había sido en vida? ¿Con la misma mata de pelo



rebelde que sólo había sido capaz de dominar con una estantería de supermercado completa de acondicionadores, suavizantes y fijadores?

—Como decía, seguro que os hacéis muchas preguntas... —dijo el profesor Brain, como si le hubiese leído el pensamiento, al tiempo que volvía a accionar el haz de luz del proyector.

—Sí, yo tengo una —interrumpió Jerry antes de que Charlotte pudiera formular la suya—. ¿Tenemos que ver esta película otra vez?

—Pues sí, chamuscado —espetó Prudence—. ¿Es que acaso tienes algo mejor que hacer? La veremos una y otra vez hasta que cale hondo en ese cerebro muerto que tienes, tú y todos los demás.

Prudence o Prue, como al parecer la conocían sus compañeros, puso así punto final al asunto, no sólo para Jerry sino también para el resto de la clase. A excepción de Charlotte, cómo no. Charlotte tenía una pregunta específica que le rondaba en su mente de piñón fijo, y antes de que pudiera corregirse se le escapó.

—¿Sabe cómo va a afectar esto a mi clase de Física? —preguntó—. Hoy mismo me han asignado mi pareja de laboratorio y detestaría tener que dejarle colgado.

La clase entera se echó a reír desenfrenadamente ante la ingenuidad de Charlotte; todos salvo Prue, quien a duras penas pudo contener su indignación.

—Ay, Dios... Tenemos una «viva» por aquí —se mofó, poniendo los ojos en blanco.

Charlotte se hundió en su silla, consciente de que lo que acababa de decir debía de haberles sonado a todos como una necesidad. Pero ¿y qué? No la conocían. No conocían su situación. Ella todavía estaba interesada en saber de Damen. Curiosamente, era lo único que le interesaba.

—Hagamos una cosa, veremos la película y si acaso —se detuvo para soltar una risita y celebrar su ingeniosidad, de nuevo—, perdón, si *acaso* queda alguna duda, podemos discutirlo después...

El profesor Brain le hizo pasar un libro hasta el fondo. Se titulaba *Guía del Muerto Perfecto*.

—Es para ti, Charlotte —dijo amablemente—. Para que te vayas poniendo al día con tus estudios.

—¿Estudios? —preguntó ella.

Charlotte abrió el libro y echó un vistazo al índice. Leyó para sí los encabezamientos de los capítulos en voz alta, mientras el profesor Brain ponía en marcha el proyector.

¿«Levitación»? ¿«Telequinesia»? ¿«Intangibilidad»? ¿«Teletransporte»? No podía creer lo que estaba leyendo, pero no había duda de que le intrigaba, y mucho; además, a estas alturas ya estaba curada de espanto. Hojeó rápidamente el libro



mientras Mike atenuaba la luz, y la película, una parpadeante proyección de cine industrial al más puro estilo años cincuenta, con cuenta atrás 5-4-3-2-1 y narración moralista de fondo y todo, empezó.

Deadhead Jerry —el chico de las Birkenstock— ya estaba dormido, sólo que con los ojos abiertos. Mientras roncaba, Charlotte vio por el rabillo del ojo cómo Piccolo Pam extendía su mano con suma delicadeza y le cerraba los ojos del mismo modo en que se le haría a una persona que acaba de morir.

«Qué encanto», pensó Charlotte, reconociendo la gentileza de Pam.

La sala quedó entonces completamente a oscuras y, de nuevo, el iracundo bramido de Prue sobresaltó a Charlotte.

—Más te vale prestar atención, Usher —le advirtió Prue, dando ruidosos golpecitos con el pie en el suelo—. Si vemos esto otra vez es por ti.

—Ya me he enterado —contestó Charlotte, y tosió. Se le cruzó por la mente pedir que la excusaran para ir a enfermería, pero no le pareció que tuviera demasiado sentido.

Pam lanzó a Charlotte una mirada muy seria, como si la advirtiera de que más le valía no irritar a Prue. Por lo que parecía, ya era demasiado tarde. Era más que evidente que «aquí» Prue era la abeja, o lo que es peor, la avispa reina de Muertología, y Charlotte ya había probado su picotazo.

Lo que Charlotte no tenía aún muy claro era la *razón* de que Prue la odiara tanto. Prue apenas había tenido tiempo para fijarse en ella, cuando no para detestarla. En Hawthorne hubo compañeros que tardaron hasta un cuatrimestre entero en rechazarla por completo. Era una pequeña estadística de la que estaba muy orgullosa. Pero con Prue, el odio había sido instantáneo y parecía motivado por algo mucho más profundo que su mera apariencia o las cosas que decía.

En la pantalla apareció una insignia en forma de corona acompañada de una anticuada sintonía escolar.

Una adolescente como salida de los años cincuenta, con pelo corto y rizado, falda azul marino, bailarinas y camisa blanca almidonada, apareció en escena.

La voz masculina del narrador la llamó: «¿Susan Jane?, ¿Susan Jane?».

Susan Jane miró en torno suyo buscando la procedencia de la voz y pareció que la desorientaban el aula en la que se encontraba y los libros que sostenía en la mano.

«Susan Jane descubrirá enseguida que a pesar de estar muerta todavía tiene que graduarse», dijo el narrador.

Susan Jane se mostró decepcionada.

Charlotte no pudo evitar reaccionar del mismo modo.



—¿Estudiar? —preguntó Charlotte—. Genial, la vida es un asco y luego va, te mueres, y vuelve a ser un asco.

—Estoy muerto, no sordo —la amonestó el profesor Brain, invitándola a que permaneciera callada.

Charlotte se arrellanó en la silla y continuó viendo la película.

«¿Cómo te sientes, Susan Jane?», preguntó el narrador a Susan Jane.

«Pues creo que bien, ¿no? Aunque ahora que lo dice, algo rara sí que me siento», contestó.

«Hay razón para ello, Susan Jane», dijo el narrador.

Entonces, apareció una imagen partida con dos Susan Janes: una viva y una muerta. Su aspecto era el mismo en ambos estados.

«Aquí tenemos dos imágenes de Susan Jane», indicó el narrador, y mientras lo hacía, una diminuta flecha roja señaló a las imágenes correspondientes al «antes» y al «después».

«Visto desde fuera, se diría que apenas hay diferencias, pero en el interior, su cuerpo ha experimentado muchísimos cambios», continuó el narrador.

En la pantalla, los cuerpos fueron reemplazados de pronto por siluetas, una mostraba la circulación y el movimiento internos con cientos de diminutas flechas rojas, y otra no.

«El cambio más evidente es que el cuerpo físico de Susan Jane ha dejado de trabajar, pero que su cuerpo no trabaje no significa que ella no tenga trabajo que hacer», anunció.

La cámara se acercó entonces a un manual de la *Guía del Muerto Perfecto*, cuya cubierta se abrió arrastrando con ella las primeras páginas. El encabezamiento del capítulo «Aproximación a la muerte» saltó a primer plano. En el libro aparecían las imágenes de dos chicos esbozados con sencillez. Billy, se diría que un educado, obediente y bien vestido adolescente de los años cincuenta con pelo engominado, y Butch, otro adolescente de los años cincuenta de aire más rebelde, desastrado, algo lerdo y desobediente.

«Éste es Billy —dijo el narrador presentando a los "compañeros"—. Y éste, bueno, éste es Butch. En vida, Butch y Billy eran unos "chupones". Tenían que ser los que más tantos marcaran, los favoritos del entrenador, las superestrellas del equipo, ahora tienen que aprender a "jugar en equipo", una transición muy dura, y más si se tiene en cuenta que están muertos».

La película mostraba a los dos «compañeros» en el patio de un colegio. Se apreciaban dos grupos jugando al kickball, uno de vivos y otro de muertos. La cámara ofreció un primer plano del partido de los vivos, y el marcador reveló un empate en la última manga.



«Hoy, Butch y Billy están aprendiendo a dominar la telequinesia —al pronunciar el narrador esta palabras, apareció en pantalla una entrada de diccionario correspondiente a la palabra *telequinesia*—, una de las principales habilidades espirituales, a través de un sencillo partido de kickball».

La pelota rodó hacia la posición del pateador, quien la golpeo con todas sus fuerzas sacándola del campo. Mediante telequinesia, Butch propulsó la pelota por encima de la cabeza del jugador exterior para poder atraparla él, pero con ello sólo consiguió que el equipo contrario anotara una carrera. El equipo perdedor, enojado con el jugador exterior, se retiró del campo a toda prisa amargado y triste, mientras que Butch se quedaba plantado con la pelota en la mano sintiéndose fatal. Butch arrojó la pelota y apretó a fondo el acelerador de su motocicleta, enojado y avergonzado.

«¿Qué pasa, Butch? Parece que eso ha estado algo fuera de lugar», le echó en cara el narrador, al tiempo que Butch se alejaba a toda velocidad.

Mientras tanto, el jugador exterior que había fallado la captura se sentó en el banco solo, llorando.

«Y ahora observad a Billy. Está jugando con los otros chicos muertos», anunció el narrador con entusiasmo.

En el campo muerto la situación del partido era la misma. Billy jugaba en tercera base. La pelota rodó hacia la posición del pateador y éste la golpeó con fuerza hacia el espacio del campo interior situado entre la tercera base y el jugador medio. Billy se giró hacia la pelota y empleó sus poderes para colocarla en manos del jugador medio, cediéndole la jugada. ¡El medio consiguió eliminar a dos jugadores del equipo contrario! ¡El partido concluyó y el equipo de Billy salió victorioso! La muchedumbre gritaba entusiasmada. Sus emocionados compañeros de equipo lo rodearon con los brazos levantados entre gritos de júbilo, y Billy fue elevado sobre sus cabezas.

«¡Así es, Billy! ¡Así se hace!», dijo el narrador.

«¿Por qué no le fueron bien las cosas a Butch y sí a Billy? Bueno, Butch recurrió a las artimañas de siempre y empleó sus poderes para intentar seguir conectado a los vivos, mientras que Billy, bueno, Billy superó su egoísmo y empicó sus poderes para conducir a su equipo a la victoria».

Los dos «compañeros» fueron reemplazados de nuevo por Susan Jane, sentada ante su viejo pupitre de madera.

Susan Jane se encogió de hombros cuando los «compañeros» aparecieron a su lado. Billy se había graduado, Butch sostenía en la mano una cartilla marcada con un enorme y negro Muy Deficiente.

«No lo olvidéis, estas habilidades especiales deben ser empleadas solamente con el propósito de alcanzar la resolución que os permitirá cruzar al otro lado. Vuestro



profesor se encargará de entrenaros, pero es responsabilidad vuestra emplearlas como es debido», dijo.

La música ganó intensidad y la *Guía del Muerto Perfecto* se cerró. En la contracubierta se podía leer *FIN*.

La cinta aleteó contra el metal del proyector y Mike encendió de nuevo las luces.

—¿Alguna pregunta? —preguntó el profesor Brain, dirigiéndose a Charlotte.

—¿Cómo sabemos cuál es nuestra meta? —preguntó Charlotte.

—Toda la clase está aquí por alguna razón —dijo el profesor Brain—. Todos tenéis un asunto pendiente que habéis de resolver antes de seguir adelante.

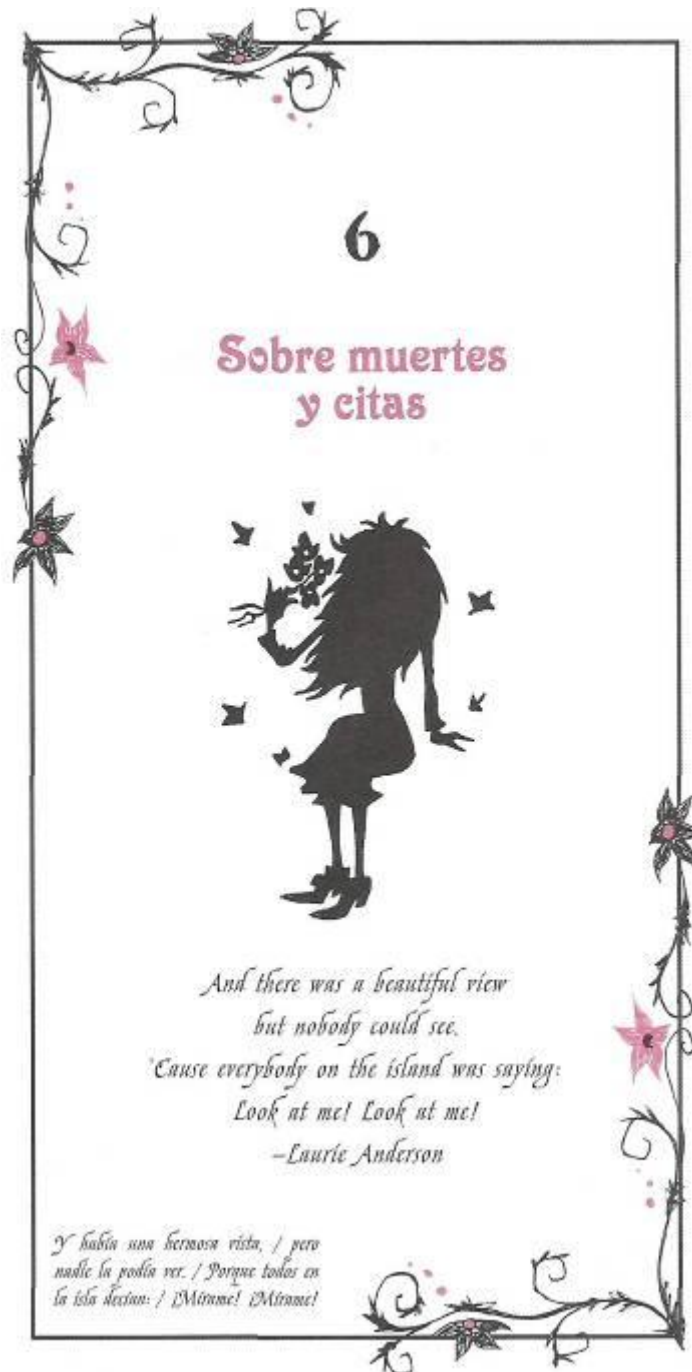
Sonó el timbre, pero Charlotte no se movió de la silla. No sabía si al levantarse volvería a hacer el ridículo como cuando había sonado la alarma de incendios. Cuando los demás estudiantes empezaron a salir de clase, ella reunió sus cosas y los siguió sin dejar de darle vueltas a lo que Brain acababa de decir.

—¡Atención todos! Deberes. Esta noche hay reunión en Hawthorne Manor. ¡A las siete en punto y no es opcional! —chilló el profesor Brain a sus espaldas, mientras se apresuraban por alcanzar la libertad.

«¿Deberes?», pensó Charlotte.



Capítulo 6





Identificate.

Charlotte no sabía muy bien quién era ella en realidad, ni antes ni menos aún ahora. Pero sabía muy bien quién quería ser. El caso es que, en el instituto, a nadie le interesa saber quién eres, sino más bien quién no eres. Es mucho más fácil clasificarte y encasillarte de ese modo. A ella la habían encasillado bajo el epígrafe «Nadie», pero eso estaba a punto de cambiar si la dejaban. Estaba dispuesta a ver el mundo a través de otros ojos. De todos, salvo los suyos.



Scarlet, la hermana pequeña de Petula, recibió un inesperado encargo de la redacción del periódico del instituto: escribir una noticia, la primera de toda su vida, sobre «una chica que había muerto en el instituto». Se dirigió a la oficina presa de los nervios, tanto por el encargo como por la perspectiva de tener que tratar con el profesor Filosa, el estricto carcamal que dirigía el panfleto, perdón, el *periódico* del instituto como si del *Daily Planet* se tratase.

—¿Dónde diablos se había metido, Kensington? —le espetó el profesor Filosa con impaciencia—. Se nos acaba el tiempo y hay que publicar esta necrológica.

—Pues sí que tiene chiste la cosa —bromeó Scarlet—. Acabarse el tiempo... Necrológica...

A Filosa no le impresionaron ni el sentido del humor ni la evasiva de Scarlet.

—No es que esté muy por la labor, ¿verdad?

—Pues, ahora que lo dice, ¿qué pinto yo en esto? —preguntó Scarlet—. Se supone que soy la crítica de música.

—¿Estará de broma, no? —la reprendió, mirándola de arriba abajo—. Le va que ni pintado.

—Nunca he tenido que escribir una —dijo Scarlet con sorprendente inseguridad—. Además, no es mi fuerte hablar bien de la gente que no conozco, ni tampoco de la que *conozco*, todo hay que decirlo.

—Pues aguántese, Kensington, y haga algo bonito por alguien por una vez en su vida —ladró Filosa—. Aquí tiene las fotografías del acto en memoria de... esto... cómo se llamaba... Usher, eso es, del acto en memoria de Usher de esta mañana. La página de composición está en el ordenador —agarró el sombrero de paja y la chaqueta de mezclilla y salió dando un portazo.

Scarlet se sentó al ordenador, la mirada fija en el cursor intermitente. No se le ocurría nada. Se encasquetó su sombrero de fieltro, con el ala claveteada de piercings, en busca de inspiración, abrió la carpeta jpg con las fotografías del acto conmemorativo y observó que en ellas no había ni un alma.

—¿Dónde está la gente? —dijo Scarlet, con un levísimo deje de compasión en su voz.

Scarlet sacó el informe de la policía y leyó por encima la escasa información que ofrecía la ficha oficial. Al llegar a su retrato escolar se quedó de piedra.

—Oh, no —soltó Scarlet—. Es la chica con la que fui tan borde el otro día.

Estudió la fotografía detenidamente durante un minuto, como en un acto de reconocimiento hacia la persona que había tratado con tanto desdén. Y decidió que la



mejor disculpa sería una bonita necrológica, incluso aunque se tratara más de una lista que de otra cosa.

—Supongo que ahora tengo tu vida en mis manos — dijo, y empezó a escribir.

* * * *

A Charlotte la reconfortaba saber que si no había más remedio que ir a clase, al menos también había tiempo de recreo. Tiempo para salir de aquella aula y darse un respiro. Tiempo para dejarlo todo «de lado» y asimilar la primera parte del día, todo salvo la jerarquía universal cuya evidencia no puede quedar más al descubierto que en las mesas del comedor de un instituto.

Una realidad que a Charlotte no se le pasó por alto cuando ella y Piccolo Pam entraron en la cafetería. Charlotte apenas pudo contenerse cuando vio pulular por allí a todos los chicos vivos, disfrutando de su semilibertad.

La cafetería del Hawthorne siempre le recordaba a un supermercado, tan ostentosamente dividido en secciones. Era imposible perderse. Nada de surtidos. Los Populares aquí, los Cerebritos ahí, los Deportistas acá, los Porreros allá. En clase, la integración era casi inevitable, puede que hasta obligatoria incluso, debido a la asignación de sitios por orden alfabético. Pero en la cafetería podías elegir, y qué mejor expresión de tu capacidad de elección que el lugar y la gente con la que te sentabas.

Una vez decidido quién era uno o, para ser más exactos, quien había decidido Petula que era uno, entonces resultaba fácil encontrar tu sitio. Bien mirado, lo que antes le parecía tan intencionado y cruel, le resultó ahora completamente natural. Después de todo, podía ser que fuera cierto eso de que «Dios los cría y ellos se juntan». O podía ser que la muerte hubiese amortiguado su envidia.

—Las personas no son como imanes —dijo Charlotte en voz alta, y luego, percatándose de su exabrupto, se llevó rápidamente la mano a la boca para contener sus palabras.

—No te preocupes —dijo Pam—. No te oyen.

—Nunca lo han hecho —contestó Charlotte con sarcasmo.

Al examinar el comedor, observó que todos los que allí estaban tenían asignado el séptimo turno de comedor. Era increíble. Cuando estaba viva, comía en el sexto turno, y ahora estaba en el séptimo. El exclusivo séptimo turno de comedor. El turno de Damen. ¡Oh, dulce muerte! Al menos algo de bueno tenía.

Distraída como estaba con sus pensamientos, Charlotte «chocó» accidentalmente con un chico que pasaba por allí con su bandeja. De hecho, fue más como si lo



atravesara. Sin perder un instante, Piccolo Pam agarró a Charlotte del brazo para evitar la interacción.

—¡No! —gritó Pam. Pero ya era demasiado tarde.

Una expresión del más puro terror nubló el rostro del chico, que se quedó paralizado un momento, miró a su alrededor como un conejo asustado, dejó caer la bandeja y echó a correr hacia la salida. Tenía la cara tan desencajada que casi daba risa. Tan pronto la bandeja se estrelló contra el suelo, la cafetería entera irrumpió en carcajadas y aplausos, para asegurarse así de que le humillaban como sólo los estudiantes de instituto saben hacer.

—¡Jamás atraveses a los vivos! —dijo Pam, increpando a Charlotte.

—¿Perdón? —contestó ésta, sin comprender.

—La interacción con los vivos está estrictamente prohibida —le advirtió Pam—. *Casi todos* lo sabemos por instinto cuando llegamos.

A Charlotte le dolió el inesperado golpe bajo de Pam.

—¿Por qué? —preguntó inocentemente—. Nosotros podemos *verlos*. Podemos *oírlos*. ¿Por qué no pueden ellos sentirnos?

—Nosotros coexistimos con ellos, aunque en realidades distintas—explicó Pam con voz cortante—. No son nada para nosotros y viceversa.

—Para mí sí que son algo —dijo Charlotte.

—¿Es que no has visto lo que acaba de pasar? —preguntó Pam—. Tus sentimientos te los guardas para ti, Charlotte.

—Está bien —dijo ella tímidamente.

Mientras tiraba de Charlotte para apartarla de las mesas del comedor, Pam continuó:

—Nosotros estamos *aquí*.

«Aquí» era una cola de cafetería distinta que nunca hasta entonces había tenido que hacer. Una cola reservada a los estudiantes muertos. Invisible a los vivos.

—¿Y esto no es una forma de segregación o algo así —preguntó. Pero Pam no contestó. Estaba demasiado ocupada llenando su bandeja con comida basura.

De pronto, una chica intentó colarse.

—Perdona, Kim —murmuró.

—Quita —dijo Kim en tono agresivo.

De porte estirado, brillante pelo largo y bonito perfil, Kim lucía todo un arsenal de PDA. Por su aspecto y su forma de hablar se diría que estaba preocupada y tenía mucha prisa, lo que resultaba del todo chocante, dadas las circunstancias. La lentitud de Charlotte la alteró todavía más.



—¿Te quieres apartar? —le espetó Kim—. ¡Tengo prisa y espero una llamada muy importante!

Mientras Kim se abría hueco a empujones, Charlotte vio caer algo en su bandeja. No era un pelo, no, era un pedazo de carne. Carne quemada y putrefacta. Charlotte reuló y dejó que Kim disfrutara de cuanto espacio pudiera necesitar, a la vez que enseñaba sus dientes en una de esas enormes sonrisas forzadas a las que recurre uno para no vomitar, por ejemplo.

Las náuseas de Charlotte se disiparon cuando, de la nada, empezó a sonar un teléfono móvil. Miró a su alrededor y en un acto reflejo se llevó las manos a los bolsillos, sorprendida ante la posibilidad de que en aquel lugar pudiera darse semejante sonido.

—¿Es que no va a contestar nadie? —bromeó Charlotte.

—Es para mí —dijo Kim, quien al volverse reveló en el lado opuesto de su cabeza un teléfono móvil que sobresalía de una herida abierta que le llegaba desde la sien a la mandíbula inferior. Aparentemente, la radiación le había erosionado parte de la cabeza y el cuello, donde ahora exhibía una importante lesión en carne viva.

—Vaya, a eso sí que lo llamo yo tener un lado «malo» —le susurró Charlotte a Pam.

—Para Call Me Kim, todas las llamadas son urgentes —le musitó Piccolo Pam a Charlotte—. No hizo caso de las advertencias sobre su obsesiva utilización del móvil y mira cómo acabó. Su asunto pendiente es prestar atención cuando se le dice algo y tratar de reprimir su impulsividad.

—Pensaba que lo de la «radiación del móvil» era un cuento —dijo Charlotte mientras hacía un autentico esfuerzo por no mirar directamente hacia Kim.

—Pues parece que no —dijo Pam, señalando y sacudiendo la cabeza hacia Kim, que no dejaba de parlotear.

Charlotte trató de cambiar de tema pero no podía dejar de mirar a la chica.

—Espera —Kim atajó abruptamente a su interlocutor, se volvió hacia Charlotte y le lanzó una mirada furibunda—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—No, no creo que puedas —contestó Charlotte muy seria.

—Nuevos... —dijo Kim poniendo el ojo en blanco y retomando su conversación unidireccional.

—No acabo de entender la historia esta del «asunto pendiente». ¿Será que yo no tengo ninguno? —le preguntó Charlotte a Pam.

—Los asuntos son como los culos, todos tenemos uno —dijo Pam con voz cortante.



—¿Todos? —preguntó Charlotte, especulando para sí qué les podría quedar por resolver a Petula y las Wendys que no fuera anular una cita previa para hacerse la cera.

—Fíjate en DJ, por ejemplo —dijo Pam apuntando con la barbilla hacia la mesa de los chicos muertos—. Parece supertranquilo y entero. Nadie diría que tenga muchos asuntos que resolver.

—Pues sí —admitió Charlotte.

—Pues no —aclaró Pam—. Se creía todo un artista y se negó a pinchar temas de moda en una fiesta para la que le contrataron en casa de unos pandilleros.

—Así que no bailaba ni un alma y... —dijo Charlotte con voz entrecortada.

—Alguien se puso nervioso. Se montó una pelea, y DJ quedó atrapado en el fuego cruzado —continuó Pam—. Recibió diez tiros, uno más que 50 Cent.

—Pues vaya un récord que fue a batir —dijo Charlotte con lástima.

—Y que lo digas —convino Pam—. Su arrogancia le mató.

—Se acabó el breakdance para DJ —concluyó Charlotte, que había entendido perfectamente a qué apuntaba Pam.

Mientras avanzaban en la cola, Charlotte examinó la oferta de dulces, fritos y ácidos grasos del bufé. Patatas fritas con salsa, pizza pepperoni, macarrones con queso, tortitas, hamburguesas, perritos en pan de maíz, cubitos petrificados de gelatina Jell-O con nata montada, patatas de bolsa, fritos de maíz, bizcochos rellenos Twinkies fritos, Marshmallow Fluff, cubas de salsa de chocolate, sirope de arce y crema de queso fundido Velveeta. Comida basura de la mejor. Un auténtico McWilly Wonka Hut. Prácticamente todo lo que acaba engrosando los michelines estaba allí, friéndose en la plancha.

Las camareras muertas llevaban redecillas de cuerpo entero, en lugar de las omnipresentes redecillas de pelo de las vivas, supuso que para «mantenerse enteras» y evitar que cayera algún pedazo de carne en la comida durante la elaboración de aquellos platos tan decadentes. Las bebidas eran todas carbonatadas: Fresca, Shasta, marcas imposibles de encontrar ya salvo en las camisetas de los modernillos. Muy buenas, sí, pero... olvidadas. Desde luego que nada parecido al pan de pita integral relleno y el bufé de ensaladas de la sección viva del comedor.

Charlotte se hizo con un buen cargamento de comida y culpabilidad. ¿Qué habrían pensado Petula y las Wendys, sus anoréxicos modelos a imitar? Estaban tan obsesionadas con su IMC como otros lo están con las notas del examen final de aptitud.

Además, ¿qué importaba ya? ¿Qué mal podía hacerle? ¿Matarla? El control de raciones no es que fuera a estas alturas una prioridad, que digamos.



Sintió cómo una oleada de depresión post mórtem la invadía de nuevo. ¿A quién le importaba nada ya? Desechó toda precaución y aceptó cada cucharón de comida que le ofrecían las camareras. La única razón para mejorar, hacer dieta, practicar ejercicio, bla, bla y demás, era Damen, y éste era ya, literalmente, una causa perdida. Después de todo, ¿de qué le servía un cuerpo diez a una chica muerta?

—No es que nada importe ya, Charlotte. Lo que pasa es que ahora tienes otras prioridades. Una meta distinta —le explicó telepáticamente Pam, que se encontraba bastante adelantada en la cola.

—¿Como *cuál*? —preguntó Charlotte en voz alta, perdiendo los estribos y girándose por completo para localizar a su amiga.

Charlotte empezó a pensar que deseaba poner fin a todo aquello, especialmente al rollo ese de que le leyeran la mente. Era una intrusión en toda regla. Primero Prue, luego Brain y ahora Pam. Trató desesperadamente de no pensar en ello, porque no quería ofender a Pam y porque el buen juicio con que Pam abordaba la situación era de agradecer. Pero cuantas más vueltas le daba, más le costaba evitar pensar que odiaba a Pam y a todos los demás por entrometerse de aquel modo en sus pensamientos privados. Percibiendo el malestar de Charlotte, Pam la invitó a acercarse con un gesto de la mano y calmó las aguas.

—Oye, es tu primer almuerzo como chica muerta así que ¡invito yo! —bromeó, frenando el paralizante y obsesivo torbellino de pensamientos que rondaba la mente de Charlotte a la vez que la conducía hasta una mesa situada en un rincón. Pam se sentó, pero Charlotte vaciló.

—¿Está ocupado? —preguntó Charlotte refiriéndose al sitio que quedaba libre junto a Pam.

—Sí —dijo Pam con una sonrisa—. Por *ti*.

El hecho es que Charlotte no estaba acostumbrada a respuestas tan cordiales. Con frecuencia se sentía a falta de un lugar donde sentarse, y se quedaba plantada de pie durante un lapso de tiempo penoso, bandeja en mano, buscando sitio. Pam percibió la desazón con que Charlotte intentaba asimilar y aceptar cuanto estaba ocurriendo. Decidió que lo mejor que podía hacer era ser su amiga.

—No te angusties. Ya verás como acabas encajando —dijo Pam mientras Charlotte rodeaba la mesa.

—La última vez que lo intenté acabé muerta —contestó.

Ambas asintieron conformes y al levantar la mirada de su conversación se percataron de la presencia de una chica que estaba sentada sola en la mesa de al lado, toda encorvada, y que se subió las mangas de su jersey de cuello alto para inspeccionar los cortes que exhibía en muñecas y antebrazos.

—¿Y ésa? —preguntó Charlotte con sorna—. ¿Se murió de tanto rascarse o qué?



—¿Suzy? —explicó Pam—. Era una *scratcher*. Ya sabes, se hacía cortes aunque no lo bastante profundos como para hacerse daño.

—O eso creía, supongo —dijo Charlotte.

—Sí. Una «llamada de auxilio», o algo así, que acabó por salirle fatal —continuó Pam—. Al final se pasó con los cortes y acabó en el hospital. Murió de una de esas infecciones por estafilococos resistentes a todo.

—Parece tan reservada —dijo Charlotte—. Y triste.

—Tiene que aprender a comprometerse, para eso está aquí —dijo Pam—. Hacer las cosas a medias puede resultar peligroso.

Ambas asintieron y volvieron a concentrarse en sus respectivos almuerzos, sin percatarse apenas de otra chica que ahora estaba plantada delante de ellas. Era un palillo. Una muñequita rebosante de complementos, con enormes gafas de sol, vestido vintage y collar de Chanel. En la bandeja llevaba un bote diminuto de frutos secos variados y un café tamaño maxi.

—Qué hay, CoCo —dijo Pam—. Tú siempre tarde para estar a la moda, ¿eh?

—Es mi sello —le recordó CoCo—. ¿Hay hueco para una más? —preguntó retóricamente, con voz afectada y sin apenas abrir la boca.

—Una auténtica *fashion victim* —le susurró Pam a Charlotte.

—¿Y? ¿La pisotearon en una liquidación de excedentes o qué? —preguntó Charlotte.

—Muy bueno, pero no, fue mucho peor —dijo Pam, acercándose a Charlotte—. Se emborrachó en una fiesta, devolvió en su bolso extragrande, se desmayó sobre él y se ahogó en su propio vómito. Lo grande no siempre es sinónimo de mejor. Descanse en Prada —afirmó con sorna mientras CoCo tomaba asiento.

Inmediatamente, CoCo empezó a devorar su ración impresa diaria de blogs de cotilleo al tiempo que abría un Red Bull y rellenaba su taza de café.

—Entonces ¿qué te pasó a ti, exactamente? —le preguntó Pam a Charlotte.

CoCo fingió indiferencia, oculta tras sus gafas de sol, aun así no pudo resistir la tentación de escuchar disimuladamente un nuevo y jugoso cotilleo. Llevaba siglos sin hacerlo.

—Pues lo que pasó es que mis sueños empezaban a hacerse realidad... —empezó Charlotte.

—¿Y? —repuso Pam.

—Me emparejaron con Damen Dylan, el chico más guay del instituto, para las prácticas de laboratorio. Estaba convencida... de que si llegaba a conocerme de verdad, pues, bueno, que tal vez él... —Charlotte se quedó callada un instante, molesta por una necesidad acuciante de aclararse la garganta.



—¡Vamos, sigue! —exclamó CoCo, quien recibió sendas miradas asesinas por parte de Pam y Charlotte.

—... me pediría a mí que lo acompañara al Baile de Otoño en vez de a su novia, Petula —continuó Charlotte, tosiendo un poco.

—¿Y ya está? —dijo decepcionada CoCo, que se levantó dejando atrás la bandeja para que otros la recogieran.

Pam también miró a Charlotte con ojos inquisidores, como diciendo «seguro que hay algo más». Pero no lo había.

—¿Así que tiene novia? Qué le vamos a hacer, no estaríais predestinados a estar juntos —dijo Pam como si nada.

En ese momento, Damen pasó junto a Charlotte para vaciar su bandeja y ésta no tuvo tiempo de dolerse del golpe bajo de Pam. La carcajada espontánea que soltó él en respuesta al chiste de su amigo embebió a Charlotte por completo.

—Mira, Pam, a mí eso del Destino siempre me ha parecido una chorrada —dijo Charlotte, elevando el tono de voz palabra tras palabra—. No es más que una comedura de coco. ¡Hagas lo que hagas es imposible equivocarse!

—Pues no exactamente —contestó Pam—. El Destino no es cien por cien circunstancial. Es algo predeterminado. El resultado no se puede cambiar. Punto. Por eso se llama... Destino.

—¡Pues claro! —exclamó Charlotte entre tos y tos.

—¿Cómo que claro? —preguntó Pam, absolutamente confundida.

—Me sonrió justo antes de morir yo... Estábamos a punto de conectar. Era mi oportunidad para que él me conociera y para que, al final... puede que hasta... me pidiera que lo acompañara al baile —divagó Charlotte—. El Destino —proclamó.

—Pero ¿de qué hablas? —preguntó Pam, que no salía de su asombro y se esforzaba por comprender a qué apuntaba Charlotte con todo aquello.

—Hablo de que... Damen... y yo... —dijo Charlotte, que rompió a toser estrepitosamente. Pam le dio un manotazo en la espalda, ávida por escuchar la gran revelación—... estamos predestinados a estar juntos —dijo Charlotte a duras penas.

—¿No dices que eso del Destino es una chorrada? —le recordó Pam, tratando de asimilar tan insólita revelación.

—¿No dices tú que no lo es? —dijo Charlotte apuntándose un tanto.

* * * *



De regreso a su mesa, Damen pasó junto a ellas de nuevo y Charlotte le siguió con los ojos, como un decidido postor observando un bolso de Chloé en eBay.

—¿Y no has contemplado la posibilidad de que el Destino haya intervenido precisamente con el fin de *separaros* al dejarte morir? —intervino Pam—. ¿De qué tu Destino sea *éste*?

Charlotte no contestó; estaba sumida en sus pensamientos. La negativa de Charlotte a aceptar su situación tenía ya muy preocupada a Pam, de modo que decidió tomar cartas en el asunto.

—Además, Charlotte, tienes otro problema y gordo —dijo Pam, y sin más se puso de pie sobre la silla y empezó a chillar, a hacer caras y a agitar los brazos en dirección a Damen—. ¡¡¡DAMEN!!! —gritó Pam con todas sus fuerzas.

—¡Pam! ¡Por favor! —suplicó Charlotte.

Cuanto más le rogaba Charlotte que cesara, más insistía ella. Y cuanto más se entusiasmaba, mayor era la intensidad con que el sonido del flautín brotaba de su garganta.

—¡¡¡SOPLAGAITAS!!! —le chilló Pam a Damen señalándose la laringe.

Charlotte esperó a que Damen se acercara hecho un basilisco, pero no hizo nada parecido. Es más, no reaccionó en absoluto. Nadie lo hizo.

—Las cosas han cambiado, Charlotte —dijo Pam tomando asiento—. Ya no es cuestión de si Damen te pide salir o no. Es que ni siquiera te ve.

Dicho esto, la frustración en la voz de Pam se metamorfoseó en un tono más suave.

—No te queda otra que aceptarlo —dijo, y extendió el brazo para apoyar la mano sobre el hombro de su amiga—. Por algo lo llaman vida sentimental. Los sentimientos amorosos son para los vivos.

En vez de mostrarse defraudada o desalentada, la mirada de Charlotte adquirió un brillo inusitado, como si Pam acabara de descifrar el enigma de la Esfinge.

—Tienes razón... —proclamó Charlotte, y abrazó a Pam y le plantó un beso de agradecimiento en la mejilla—. ¡Ni siquiera me ve!



Capítulo 7





**Enamorarte de alguien
que ni siquiera sabe que existes
no es el fin del mundo.**

De hecho es todo lo contrario. Casi como entregar un examen que sabes que has cagado y, sin embargo, disponer de ese periodo de tiempo en el que todavía no te han dado la nota —la clase de alivio que te da no haber sido rechazado, aunque sabes muy bien lo que pasará al final—. En lo que atañía a Damen, Charlotte quería dilatar al máximo la devolución del examen. Pero aguardar hasta la muerte puede que sea, digamos, demasiado... O puede que no.



Charlotte decidió sacar partido de este «periodo de gracia». El «momento bombilla» que experimentara en la cafetería con Pam resultó, cuanto menos, motivador. Tenía planeado convertir su peor desventaja —estar muerta— en ventaja y servirse de ella para acercarse a Damen. Si de verdad no podía verla, tampoco podía poner reparos en que ella invadiera su espacio vital. En resumidas cuentas, podía ir donde quisiera y hacer cuanto se le antojara sin ser delectada, podía «meterse» en la vida de Damen, literalmente.

—¡Meterme en sus clases, su taquilla, su coche, hurgar en sus calzoncillos! —gritó, y entonces se detuvo abruptamente—. Bueno, no *en los calzoncillos...* en *los cajones* de los calzoncillos y otras cosas... en la cómoda de su dormitorio... o donde sea —se ruborizó, en la medida en que le es posible a una chica muerta, ligeramente sorprendida y avergonzada de descubrirse tan calculadora. Estaba ansiosa por contarle a alguien su ingenioso plan, pero no podía.

Charlotte se sentía poderosa de un modo hasta entonces desconocido para ella. Se sentía «renacida». Es más, la infinitud de posibilidades, aunque atosigantes, era prácticamente abrumadora, siendo «prácticamente» la palabra clave. Desechó la crisis momentánea de mala conciencia por tan repugnante invasión de la intimidad de Damen, y decidió, de forma egoísta y descarada, poner su plan en práctica en el mismo momento en que Damen apareció por la esquina del corredor.

Allá donde fuera Damen, Charlotte iba también: a su taquilla, en cuyo interior ella se aposentaba (no tan incómoda como cabría pensar); a la sala de estudio, donde le observaba quedarse dormido desde la silla de al lado, la cabeza apoyada en su hombro hasta que él despertaba sobresaltado al gélido contacto; a las taquillas del vestuario —sanctasanctórum de los chicos—. Sabía que era así como remataba el día, con un entrenamiento de fútbol y un poco de pesas y, si Dios quiere, una ducha. Se aseguró de llegar antes que él para conseguir un buen sitio. La muerte se ponía mejor y mejor en lo que a gratificación instantánea se refiere.

Charlotte aguardó pacientemente fuera del gimnasio por razones que ni ella misma podía explicar del todo. Podía haberse colado por la rejilla metálica de ventilación o incluso haber traspasado las puertas del vestuario, así, sin más, pero no lo hizo. En su lugar, siguió de cerca a unos musculitos que llegaban temprano a entrenar. Entró en el vestuario con una mezcla de temor y curiosidad. Después de todo, para ella aquél era territorio virgen.

No es que quisiera verle desnudo, per se, pero *sí* que quería ver algo más de él. Damen llegó y dejó caer su bolsa de deportes Adidas Blanca y negra sobre el banco. Charlotte se sentó junto a ella y aguardó, como una primeriza espera el comienzo de su primer concierto de rock. Quería ver bien de cerca sus brazos, sus hombros, su torso.



El factor bochorno se había desvanecido, pero se quedó quieta. Tan sólo quería ver cómo era en un ambiente más informal e íntimo.

—¿Y qué tiene de malo, de todas formas? —se preguntó en voz alta—. Como si fuera a enterarse —ya habían «dormido juntos» en la Sala de Estudio—. O casi... —se sintió obligada a precisar para que constara.

Ni siquiera el olor a calcetines sucios, vaporosos y enmohecidos y a sobaco sudado lograron disuadirla, aunque a punto estuvieron de hacerlo.

Damen abrió la cremallera de su bolsa de gimnasia, se volvió hacia el candado de combinación, hizo girar el rodillo un par de veces y lo abrió de un tirón. Quizá fuera el sonido de la cremallera al abrirse, pero de pronto se puso extremadamente nerviosa cuando él cruzó los brazos delante del cuerpo y se sacó la sudadera con capucha por la cabeza, dejando a la vista la camiseta interior de tirantes. La llevaba tan ajustada que pudo distinguir cada curva de sus perfectos abdominales, bellamente esculpidos.

Era alto, delgado y fornido, ancho de torso y espalda, suficiente para desmayar a cualquier chica. Sus brazos eran fuertes, aunque no voluminosos, de esos en los que una puede sentirse segura y cómoda. Nada deseaba más que apoyar la cabeza sobre su pecho, pero temió que, al hacerlo, tal vez él volviera a sentir su fría presencia y se apresurara a ponerse de nuevo la sudadera. Ajeno a todo, Damen continuó desvistiendo, para deleite de Charlotte, que le miraba con ojos desorbitados. Estaba tan acostumbrada a fantasear con él, que casi sintió la necesidad de cerrar los ojos para poder experimentar lo que acontecía ante ellos.

Damen se quitó los zapatos y, al agacharse, los músculos de los hombros se flexionaron de tal forma que en ese instante deseó verse envuelta por ellos. Sacó los pantalones del chándal de la bolsa y se desabrochó los botones de los vaqueros. Charlotte estaba completamente ida.

—¿Boxers o slips? —se preguntó haciendo rebotar nerviosamente las piernas sobre las puntas de los pies.

La respuesta no se hizo esperar. Al resbalar sus pantalones hasta el suelo y sacar él la pierna izquierda y luego la derecha del gurrúño que ahora formaban los holgados vaqueros en torno a sus tobillos, quedaron al descubierto sus boxers a cuadros. Desahogados pero, por fortuna, no tan anchos como los tipo hip-hop. Eran sencillos y modestos, se diría que austeros, incluso. Justo como Damen.

El clima se rompió cuando vio a un par de deportistas acercarse a la taquilla contigua a la de Damen y escuchó un sonoro quejido.

—Inspección de suspensorios —oyó que gritaba Bradley Grayson, un arrogante jugador novato de lacrosse, a la vez que le estampaba el antebrazo, sin previo aviso, a Sam Wolfe en la entrepierna.



Sam, desnudo, se dobló en dos y se agarró la entrepierna, plantándole su enorme y pálido culo peludo de oso lleno de granos delante de las narices.

Fue como si la peor pesadilla de toda chica se hiciera realidad. Se habían abierto las Puertas del Infierno. Pensó que jamás la dejarían disfrutar de un instante de placer sin tener que padecer a cambio una eternidad de sufrimiento. A cambio de un poco de Damen, tendría que soportar un *mucho* de Sam. La metáfora no le pasó desapercibida a Charlotte.

Y fue a peor. Mientras se agarraba la entrepierna se le escapó una leve e involuntaria ventosidad de gas sulfuroso. Por primera vez se alegró de estar muerta, dado que su trasero olía tan mal como feo era su aspecto... ¿Se puede uno morir dos veces?

Se sintió fatal por Sam; lo mismo que Damen, por la cara que puso, pero Brad siguió andando y riéndose. Charlotte, asfixiada, salió pitando por la ventana que permanecía abierta encima de la taquilla de Damen, agitando el húmedo vapor que llenaba la estancia lo suficiente como para que Damen se diera cuenta. Este se estremeció levemente, parpadeó, sacudió la cabeza y concluyó que la aparición que creía haber visto no era más que la poscombustión del pedo de Sam. Cogió su protector bucal y se dirigió al gimnasio.

Charlotte estaba disgustada, aunque no descorazonada. Aguardó fuera a que finalizara el entrenamiento, con la esperanza de poder regresar a casa en coche con Damen. A casa de él. Damen salió del gimnasio en dirección al aparcamiento, se echó la bolsa al hombro y extrajo de su bolsillo las llaves de su Viper descapotable rojo. Antes de que tuviera tiempo de abrir el coche, Charlotte ya se había acomodado en el asiento del acompañante. Echó mano al cinturón de seguridad, cayó en la cuenta de que ya no lo necesitaba y lo soltó despreocupadamente.

—El lado bueno de la mortalidad —razonó—. ¿Qué, a tu casa o a la mía? —le preguntó Charlotte a Damen con sarcasmo mientras él se abrochaba el cinturón.

Obviamente, Damen no podía oírla, pero no por ello dejó de dolerle un poco que no contestara. Así y todo, lo estaba pasando en grande con toda la situación. Iba de copiloto en el deportivo de Damen, circunstancia que sin duda habría disparado el coeficiente de celos entre las demás chicas a niveles astronómicos. Y en el caso de Petula, era muy probable que a niveles homicidas.

Sí, cualquier chica habría dado la vida por ocupar su lugar —la única diferencia era que, en su caso, ella había tenido que dar la vida, en sentido literal, para conseguirlo—. Charlotte desechó por el momento tan dolorosa revelación para seguir desempeñando el papel de «novia».

—¡Tuyo es! —dijo Charlotte mientras Damen sacaba el coche de su plaza reservada.



Damen extendió el brazo derecho, el mismo que ella había admirado en el vestuario, sobre el respaldo del asiento del acompañante mientras conducía. Charlotte imaginó que lo hacía sobre sus hombros, se enderezó un poco y se recostó contra él. Estaba ocurriendo de verdad. Al aproximarse un poco más, pareció que el antebrazo y la mano de él descendían un tanto, estrechando el hombro de ella y pegándose a su pecho. Jamás le había tenido tan cerca ni había gozado de tanta intimidad con nadie.

—¿Es que quiere meterme mano? —dijo Charlotte esperanzada con una risita.

Echó la cabeza atrás disfrutando de la brisa, pero un silbido rompió bruscamente el clima romántico y los ojos de Charlotte se llenaron de temor.

—¡Por Dios, Pam! —gritó a la vez que se volvía hacia el asiento trasero.

Allí estaba Pícolo Pam, mirándola como un padre que acabase de encender las luces del sótano para interrumpir una sesión maratónica de besos y revolcones.

—¿Qué pasa? De alguna forma tengo que comunicarme con él, ¿no? —le dijo a Pam en su tono de voz más persuasivo—. Bueno, ya sabes, a lo mejor esto de la muerte consigue unirnos.

—Ya veo, ¿así que crees que estar muerta va a *ayudarte* en el terreno sentimental? —refunfuñó Pam—. Vas a ver cuando se enteren las que se han operado las tetas.

Como Charlotte no diera muestras de ceder, Pam puso los ojos en blanco y desapareció tan rápido como había aparecido. Estaba claro que no iba a desperdiciar su muerte haciendo de carabina.

Charlotte estaba tan obsesionada con ver dónde dormía Damen y revolver entre sus cosas que ni por un instante no se le ocurrió pensar que tal vez no se dirigía directamente a casa. Cuando el coche se detuvo junto a la acera delante de una gran mansión, Charlotte se percató de que el acceso al garaje estaba vacío. Aquélla no era su casa. Se trataba, no obstante, de una casa por delante de la cual Charlotte había pasado con su coche en sobradas ocasiones, sólo para ver su rutilante deportivo rojo aparcado delante tardes, e incluso a veces noches, enteras.

No, no era un caserón cualquiera. Era la casa de Petula.

Y por si no fuera suficiente, allí estaba Petula para confirmarlo: bajó a toda prisa el largo y cuidado paseo de pizarra para recibir a Damen y frenó de golpe contra la puerta del acompañante.

—¡Date prisa, mis padres están a punto de llegar! —dijo, instando a Damen a salir del coche a la velocidad de la luz y correr tras ella paseo arriba.

La idea no es que fuera muy brillante, pero Charlotte los siguió. Camino arriba se fue hasta delante de la casa, a toda prisa, ajena a la agitada bandada de mirlos que ahora revoloteaba sobre su cabeza. Llegó a la puerta una milésima de segundo tarde



—de nuevo— y vio cómo Petula, inconscientemente, le daba con la puerta en las narices.

—Esto ya lo he vivido antes —se dijo.

Giró en redondo para irse y observó cómo los pájaros se alejaban, aunque no sin antes dejar caer una lluvia de excrementos justo encima de su cabeza. Cerró los ojos y esperó resignada el impacto. Pero éste no se produjo. Los excrementos la atravesaron de parte a parte y fueron a estrellarse sobre el porche de entrada a la vez que, en su lugar, batía contra ella una inesperada ola de optimismo.

—Pues claro —se recordó a sí misma—. ¡Estoy muerta!

Charlotte pensó en la clase de Orientación y en los primeros capítulos de su libro de texto *Guía del Muerto Perfecto*, mientras se volvía de nuevo hacia la puerta de entrada de la casa de Petula. Los había hojeado nada más y no había tenido tiempo de practicar, pero la desesperación a veces engendra confianza, y Charlotte era, después de todo, un espíritu entusiasta.

—¿Cómo era? —se preguntó retóricamente—. Invisibilidad. No, tonta, no. ¿Mutación? No técnicamente... —no acordarse hizo que creciera su frustración—. ¿Intangibilidad? Sííí. Eso es. ¡Atravesar cosas!

Charlotte se colocó en posición, con valentía, de cara a la puerta. Sus conocimientos básicos sobre las propiedades de los sólidos, por no hablar de su experiencia como fantasma, la ayudarían a atravesar la puerta, o al menos eso esperaba.

—De acuerdo —empezó—, cuanto más denso es el objeto, más juntas están las moléculas y menor es su capacidad de movimiento. Pero ¿y si me quedo atascada? —dijo—. Sería un de sastre. Un gran desastre.

Pasara lo que pasara, Charlotte concluyó que aquél no era el mejor momento para teorizar sobre los aspectos más sutiles de la densidad molecular.

De modo que hizo acopio de valor y empezó a concentrarse.

—Sé que puedo hacerlo... —dijo, y evocó las palabras del gran filósofo Bruce Lee: «Vacía tu mente, libérate de las formas, como el agua», eso profesaba. Naturalmente que él no entraba en el temario de Muertología, ni aún menos era profesor de ciencias, pero era lo mejor que podía conjurar para salir del apuro. Además, él también estaba muerto—. Sé la puerta, sé la puerta, sé la puerta... —recitó Charlotte a la vez, que extendía la mano abierta hacia la puerta de madera maciza y cristal de plomo.

Para su sorpresa, ¡las puntas de sus dedos, seguidas inmediatamente de los nudillos, la palma de la mano, el codo —el brazo entero— estaban atravesando la puerta! Luego la pierna. La cosa iba de maravilla. Hasta que llegó al hombro. Y ahí se atascó. Medio cuerpo dentro de la casa y medio fuera. Estaba atrapada, atrapada en una puerta. Charlotte forcejeó para rematar la faena, pero sin éxito.



«Mierda» fue la palabra que se le ocurrió que definía mejor su situación, plantada como estaba en un charco de excremento fresco de pájaro.

Mierda, sí. Permanecer medio atrapada en una puerta para el resto de la eternidad no era una perspectiva demasiado atractiva, que se diga, y el inconveniente del asunto este de la intangibilidad era que tenías que entrar y salir pero que muy rápido.

—¡Esperemos que la cosa vaya poniéndose más fácil! —gruñó Charlotte mientras tiraba lentamente del resto de su cuerpo hacia el otro lado de la puerta.

Charlotte subió las escaleras y buscó a Damen y Petula. Escuchó unas voces al otro lado de una puerta en el pasillo y se dirigió hacia ella. Este allanamiento de hogar se le antojó, al igual que la visita anterior al vestuario, más que excitante. Era como leer el correo electrónico de otra persona. Aun así, el sentimiento de culpabilidad no era tan profundo como para echarse atrás. Asomó la cabeza a través de la puerta, que en esta ocasión presentó menos batalla.

La habitación era un auténtico santuario de Petula a sí misma. Tan exento estaba de modestia que daba miedo, repleto como aparecía de fotografías suyas y otras no tan favorecedoras de sus amistades. Ella eclipsaba al resto, intencionadamente. Después de todo, era *su* habitación. Damen estaba tirado en la cama mientras Petula andaba enredada en el vestidor, cambiándose de ropa.

—Oye, y qué me dices de la chica esa que se ha muerto en el instituto... —le gritó Damen a Petula.

—Se ha acordado —dijo Charlotte, la cabeza asomada a la puerta como la de un alce en la pared de un cazador.

Petula no contestó. Imposible saber si es que no escuchaba o es que no le importaba lo más mínimo. Fuera como fuese, Damen se levantó para acercarse al vestidor y se detuvo ante un maniquí en el que Petula había estado diseñando y probando su vestido para el Baile de Otoño. Tiró de un par de hilos sueltos e insistió en el tema.

—Es... Bueno, *era* mi compañera de laboratorio. Qué mal rollo, ¿eh? —le preguntó a Petula, con leve pesar.

Y nada.

Entre tanto, Charlotte atravesó la puerta del todo y se acercó al busto, ante el cual se encontraba Damen. Lo rodeó y se plantó de cara al Hombre de sus Sueños, sin nada que los separara salvo el torso del maniquí y el vestido encajado en él. Con sólo un paso, Charlotte hizo desaparecer la distancia entre ambos, introduciéndose en el busto, y en el vestido también.

—Bonito vestido —murmuró Damen, inspeccionándolo más de cerca.

—Gracias —susurró Charlotte con una sonrisa.



Damen, sintiéndose algo extraño, se entretuvo un segundo más examinando el busto con detenimiento y a continuación se dirigió hacia el vestidor.

Al apartarse, Charlotte contempló el reflejo del maniquí en el espejo de cuerpo entero que él le había estado tapando de la vista. Se sintió hermosa por primera vez en su vida, tal y como siempre había imaginado que sería ataviada con un fabuloso y carísimo vestido a medida —justo como Petula—. Se sintió tan feliz y, al mismo tiempo, tan, tan triste, y entontes observó que Damen tenía los ojos clavados en el espejo; la mandíbula desencajada. ¿Acaso podía ver su reflejo?

Decidida a aprovechar la oportunidad, corrió hasta el espejo, sopló y escribió «¿Puedes verme?» sobre la superficie empañada. Como por arte de magia, la expresión de Damen se tornó en otra de pura felicidad a la vez que se acercaba.

Pero no era el mensaje de Charlotte lo que miraba. Era Petula, allí en el vestidor, a medio vestir, quien le hacía babear. Al desempañarse el espejo, obtuvo una clara imagen de Damen y Petula besándose en el vestidor. Aturdida, Charlotte contempló petrificada cómo Petula pasaba a su lado prácticamente arrastrando a Damen del vestidor a la cama.

Damen sujetaba a Petula de uno de sus mechones de pelo rubio platino y tiraba de él a cada beso, forzándola a pegarse más y más a él, insaciable.

La tórrida escena dejó sin aliento a Charlotte. Era todo tan... físico. La única pincelada romántica la aportó Damen, que mantenía los ojos cerrados, lo que probablemente debía de ser algo bueno, puesto que Petula no lo estaba haciendo. Mientras se besaban ella examinaba cada milímetro de su cuerpo en el espejo, no tan pendiente del beso como de la instantánea *sexy* que ofrecían en conjunto.

Charlotte fijó la mirada en los párpados cerrados de Damen e imaginó cada pensamiento que estaría pasando por su mente. Se le veía insólitamente relajado, en medio de aquel frenesí. Podía ser que pensara en otra persona. Petula estaba allí mismo. ¿Qué necesidad iba a tener de fantasear con ella? Quizá pensase en ella, «la chica que había muerto en el instituto».

Aunque quizá no fuera así. Tal vez se tratara de una reacción involuntaria, comparable a la que nos impide mantener los ojos abiertos cuando se estornuda. Quizá es que aquella era su forma de besar, y nada más.

El único modo que había de averiguarlo era estando con él, en ese instante, como Petula debiera haber estado. Y eso era imposible. Resultaba irónico que ahora que estaba muerta y tenía la libertad de moverse a su antojo no pudiera meterse en dos lugares en concreto: entre sus brazos y en su mente.

Charlotte cerró los ojos e imaginó que eran los suyos, no los de Petula, los labios que se deslizaban sobre los de él mientras sus manos la acariciaban. Y cuanto más se dejaba llevar por su fantasía, más borrosa se hacía la presencia de Petula y mayor intensidad ganaba su beso «virtual».



Sintió sus manos. Su calor. Sintió deseo, pasión, por primera vez. No volvería a tener que imaginar cómo era él cuando estaba con una chica. Lo sabría de primera mano. Bueno, de segunda mano. Digamos que gracias a una experiencia extracorpórea.

Charlotte continuó respirando su aliento, sintiendo su tacto. Se pasó la lengua por los labios y echó la cabeza atrás en el mismo instante en que Petula echó atrás la suya y cerró los ojos de nuevo. Solamente los abrió de manera esporádica y por unos segundos para echar una ojeada a lo que ya estaba sintiendo. Si se demoraba mirando, su fantasía se desvanecería.

Cuando volvió a abrir los ojos buscando una actualización se encontró con que Petula estaba despatarrada todo a lo largo de Damen muy a la guisa de una auténtica animadora. Charlotte siempre había albergado sentimientos encontrados hacia las animadoras, siendo como era su principal cometido reforzar el ego masculino valiéndose de estúpidos saltitos y ridículos pasos, asistidos por pompones y toneladas de maquillaje. Pero a la vez deseaba que a ella, también, se la comieran con la mirada. Deseaba ser un regalo para la vista.

Charlotte comprendió al instante las ventajas de ser animadora y por qué los chicos las tienen en tan alta estima. Quizá Petula no fuera la chica más lista de la habitación, pero sí era probable que fuese la más flexible, olímpicamente, y esa habilidad le estaba reportando grandes beneficios. Poco a poco empezó a comprender la realidad de lo que allí sucedía. Aquello no era una película ni un videojuego, era real y estaba ocurriendo delante de sus narices. Incapaz de soportar los celos, salió al pasillo, corrió hasta el baño contiguo y cerró la puerta de un portazo, sollozando de forma incontrolable.

—Ni siquiera sabe que estoy viva —gimoteó, hundiendo la cabeza en el lavabo y olvidando que no estaba viva.

Tras unos instantes de lamento, levantó la cabeza para mirarse al espejo. Charlotte estaba tan acongojada y distraída, que no supo si las gotas que se deslizaban por la empañada superficie eran el reflejo de sus lágrimas o no, como tampoco se percató de la nube de vapor de ducha que llenaba la estancia.

—Debe de ser así como ocurre —dijo mientras el reflejo de su rostro se desvanecía entre el vapor—. Voy a desaparecer, así, como si nada. Pluf.

Extendió la mano hacia la cortina de la ducha y se aferró a ella como una niña a su mantita inseparable. Enterró el rostro en el plástico opaco y respiró tan hondo como pudo. Era una chica muerta y estaba sufriendo el peor ataque de pánico de su vida. Y no porque tuviera miedo a morir, sino porque sabía que no volvería a vivir nunca más.

Durante un segundo, la cortina húmeda se le quedó pegada al rostro como una bolsa para cadáveres, y entonces, casi automáticamente, su rostro la atravesó y se



asomó al cubículo de la ducha. Aparcó las lamentaciones por un momento y se fijó en un bote de champú con la indicación «Para cabellos apagados y sin vida».

—Apagada... Sin vida... —dijo en tono de derrota absoluta.

Lo siguiente que vio entre la asfixiante neblina fue a alguien que en ese momento se daba una ducha. De haber podido sonrojarse, lo habría hecho. Con el pelo negro teñido cortado a cuchilla, mojado y jabonoso pegado a la cara, Scarlet se enjuagó lo que quedaba de champú y abrió los ojos muy despacio, para encontrarse con la cabeza de Charlotte asomada a la ducha a través de la cortina.

Scarlet gritó con todas sus fuerzas a la vez que trataba de cubrirse con brazos y codos, sorprendiendo a Charlotte, que respondió gritando también.

Charlotte hacía cuanto podía para liberarse de la cortina, pero a cada giro y a cada tirón que daba, sólo conseguía enredarse más en ella.

Aterrorizada, Scarlet se percató de lo que a todas luces parecía un reguero de sangre que se escurría por uno de los lados de la bañera esmaltada de blanco y descendía hasta el desagüe. No pudo evitar pensar en la escena de la ducha de *Psicosis*. Se miró de arriba abajo en busca de heridas, se encogió en un rincón de la bañera y esperó el golpe mortal. No eran más que los restos de su lápiz de labios rojo Decadente Urbano, pero Scarlet, aficionada a los cines cutres de sesión doble, era propensa a dramatizar.

Entre tanto, Charlotte, que había conseguido zafarse de la cortina, se apartó tambaleando de la ducha en el mismo instante en que Damen entraba como un rayo en el baño para comprobar el motivo de tanto escándalo. Este sorprendió a Scarlet saliendo de la ducha, desnuda, y no se percató de la presencia de Charlotte, quien, encaramada al inodoro, temblaba de miedo.

—¿Y tú qué diablos haces aquí? —preguntó Scarlet a la vez que echaba mano rápidamente a una toalla negra y se envolvía en ella.

—He oído gritar —farfulló él.

Damen se esforzaba por no «fijarse» en Scarlet, pero le costaba hablar. Era la primera vez que la veía sin maquillaje, ni ropa, ni abalorios. Estaba desnuda en todos los sentidos. Vulnerable.

—Tú no... Ella—espetó.

—¿Ella, quién? —preguntó él.

Señaló a Charlotte, pero él sólo vio el inodoro.

—¡Ella! —dijo Scarlet con un tono de frustración total en la voz.

—Yo —dijo Charlotte completamente desesperanzada.



Scarlet se percató de que Damen no podía ver a Charlotte, así que volvió a soltar un grito, esta vez de miedo e impotencia, y salió corriendo. A Damen le confundió su extraño comportamiento, pero lo dejó estar y volvió con Petula.

Scarlet entró corriendo en su dormitorio y cerró de un portazo. Se enfundó como pudo en un vestido vintage de seda color magenta delicadamente bordado con cuervos negros y reanudó su precipitada carrera en dirección al vestidor contiguo, cuya puerta cerró también de golpe para protección extra.

La habitación parecía un reservado del club punk y new wave neoyorquino CBGB, con poemas, dibujos y letras de canciones pintarrajeados en la pared. La taza del inodoro y el tocador estaban forrados de adhesivos de grupos de música, todos con algún mensaje. Scarlet rebuscó frenéticamente entre sus cajones en busca de algo, lo que fuera, con que defenderse del demonio de la ducha.

En décimas de segundo se escucharon unos suaves golpecitos en la puerta. Agarró su collar con la cruz negra de plástico, la levantó en actitud defensiva al más puro estilo Buffy, y se encogió de hombros.

—No. ¡Tiene que ser una de verdad! —dijo a la vez que arrojaba la de plástico, como quien desecha un pececillo, a un mar de cruces.

Cogió una cruz de plata de ley y corrió hasta la puerta con ella, adoptando una vez más la pose de la cazavampiros.

—¿Qué quieres? —preguntó ante la puerta cerrada.

—Puedes verme —susurró Charlotte.

—Un momento, sé quién eres —respondió Scarlet con nerviosismo, y abrió la puerta un resquicio.

—¿De verdad? —preguntó Charlotte, gratamente sorprendida de que alguien la reconociera.

—Eres la chica que la diñó en el instituto —dijo Scarlet—. La de la clase de Física de Petula.

—¡Sí! ¡La misma! —respondió Charlotte loca de contenta. Al parecer, la muerte sí que le había granjeado cierta popularidad.

—¿Qué? ¿Entonces vienes a vengarte por lo borde que fui contigo? —se quejó Scarlet.

—No, qué va —le aseguró Charlotte.

—¿O por mi mierda de necrológica? —preguntó Scarlet, pasando el periódico por debajo de la puerta.

—¡He salido en el periódico del colegio! —trinó Charlotte

Bajó los ojos al diario y leyó con avidez. Su vida entera había quedado reducida a dos oraciones junto al ordinario icono on line de «foto no disponible»,



CHARLOTTE USHER, ESTUDIANTE DE HAWTHORNE HIGH, FALLECIÓ EL DÍA DE HOY TRAS UN INCIDENTE ABSURDO CON UN OSITO DE GOMA. SE HA CELEBRADO UN ACTO EN SU MEMORIA.

—¿Y ya está? —preguntó Charlotte, abatida.

—No he tenido tiempo de entrar en detalles —balbuceó Scarlet, convencida de que no había ninguna necesidad de mencionar la escasa asistencia al acto, ni que el personal del anuario no dispusiera de fotografías archivadas bajo su nombre, ni que nadie había contestado a sus solicitudes de comentarios.

Scarlet abrió la puerta muerta de miedo y con la cruz siempre por delante.

—Es de verdad —dijo Scarlet muy seria, como si apuntara con una pistola a un ladrón de bancos.

—Caramba, pues sí que debía de ser pequeñito Jesús —dijo Charlotte.

Scarlet no pudo evitar soltar una risilla.

—No soy un vampiro —le dijo a la vez que tomaba el crucifijo de la mano de Scarlet.

Scarlet se quedó plantada mientras Charlotte entraba en la estancia. Miró a su alrededor y se fijó en los viejos carteles de películas de culto, como *Harold y Mande*, *La noche de los muertos vivientes* y *Delicatessen*, que colgaban de las paredes y entre los cuales aparecían unos pintorescos marcos caja que ponían los pelos de punta debido a las grotescas figurillas que exhibían en su interior. Un CD con una grabación de William Burroughs leyendo el *Libro tibetano de los muertos* y un planificador de funerales ilustrado por Edward Gorey descansaban sobre el escritorio negro profusamente tallado.

—Vaya, me parece que se ha muerto la persona equivocada —dijo Charlotte mientras examinaba sus cosas.

—La eterna dama de honor —murmuró Scarlet para sí.

La situación se estaba haciendo más y más surrealista, pero Scarlet casi había superado del todo su miedo. Casi. Incapaces de contenerse, las dos chicas empezaron a lanzarse preguntas simultáneamente.

—¿Cómo es estar muerta? —preguntó Scarlet.

—¿Cómo es ser la hermana de Petula? —preguntó Charlotte.

La pregunta de Charlotte dejó estupefacta a Scarlet.

—¿Estás de guasa, verdad? —preguntó Scarlet.

Charlotte prosiguió con una pregunta algo más apropiada.



—¿Cómo es que me ves? Ninguna otra persona viva puede hacerlo. Bueno... exceptuando perros y bebés, tal vez —dijo.

—¿Y yo qué sé? —respondió Scarlet con sarcasmo.

—Tiene que haber alguna razón lógica —dijo Charlotte sin dejar de pasear la mirada por la habitación—. ¿Qué tienes tú que haga posible que me puedas ver? — examinó el crucifijo celta y otras reliquias góticas diseminadas por la habitación. Luego se fue hasta el vestidor de Scarlet, que era un enorme armario diáfano equipado con una araña antigua chorréante de lágrimas, de cristal coloreadas. Había una silla tapizada en terciopelo negro salpicado de lo que parecían diminutos lunares blancos, que examinados de cerca resultaron ser, de hecho, pequeñas calaveras. Y había un viejo espejo veneciano adosado a la puerta, del que colgaban amontonadas varias joyas antiguas.

El vestidor se encontraba repleto de ropa, bolsos, joyas, bufandas y demás, todo vintage. En su mayoría negro, si bien aquí y allá una explosión de color chillón conseguía destacar en el siniestro mar de lentejuelas y encajes. Se parecía más a una boutique de moda de vanguardia o, quizá, al camerino punk-gótico-cabaretero de The Dresden Dolls, que al vestidor de una chica de instituto.

—Todo con moderación —dijo Scarlet al observar cómo Charlotte admiraba su colección.

Scarlet se acercó y sacó una raída camiseta del grupo Strawberry Switchblade, que combinó con una falda escocesa y unas mallas de color negro iridiscente.

—¿Dónde y cómo has conseguido todo esto? —dijo Charlotte con un tono de voz casi acusatorio.

—De mis víctimas —espetó Scarlet.

Charlotte pareció levemente apabullada.

—Trabajo en Clothes Minded, la tienda vintage de la ciudad, en verano —dijo Scarlet mientras se vestía, detectando el incomodo de Charlotte.

—Qué bonito —dijo ésta al tiempo que deslizaba su mano sobre un vestido de lentejuelas azul noche.

—¿Te gusta? —dijo Scarlet, emocionada, pero se contuvo al instante—. Sí, bueno, no está mal.

Charlotte hurgó entre unas blusas de chiffon negras, unos tops vintage de colores chillones, y luego exploró una sección de camisetas vintage mientras Scarlet se vestía del todo.

—Eso de que puedas verme, ¿será porque... no sé... bueno... porque eres... diferente... o algo así? —se preguntó Charlotte.

—Ya estamos, venga a encasillar al personal —la acusó Scarlet.



—No iba con segundas. En serio. Es que si consigo descifrarlo, me ayudará con... bueno, con una cosa que tengo que hacer —dijo Charlotte tratando de calmar a Scarlet un poco.

—Además, ¿qué haces aquí? Podrías estar en cualquier otro lugar —preguntó Scarlet con recelo.

—He venido por... por tu hermana —respondió Charlotte.

—Pues no te entretengo... ¡Al fondo del pasillo a la derecha! —dijo Scarlet sin vacilar.

—No soy la Parca, tampoco —dijo Charlotte echando por tierra las esperanzas de Scarlet de que su hermana fuera eliminada de un plumazo.

—Ya... —dijo Scarlet completamente desilusionada—. Entonces ¿cómo es que no estás en el *backstage* de algún concierto o en el Cielo o algo así? No sé, en un sitio chulo —preguntó—. Estás desperdiciando tu... otra vida.

—Pero ¿qué dices? ¡He visto el vestido que Petula llevará al baile!

—¡¡¡¿¿¿Nooo, en serio???! —se mofó Scarlet dando saltitos con fingido entusiasmo—. ¡Qué ilu!

—¿Con quién irás *tú*? —preguntó Charlotte haciendo caso omiso de su aire de suficiencia.

—¿Ir? ¿Adonde? —preguntó Scarlet.

—Al Baile de Otoño —dijo Charlotte con vehemencia.

—Por si no te has dado cuenta, yo no formo parte de ese rebaño de cabezas huecas que son los estudiantes de Hawthorne High —le espetó Scarlet.

Charlotte desistió.

—¿Sabes que no tienes mucha pinta de muerta? Ni siquiera te comportas como una muerta de verdad —dijo Scarlet mirando a Charlotte de arriba abajo—. Pareces más una muerta de pacotilla.

Charlotte hundió la cabeza, decepcionada. Los viejos sentimientos de insuficiencia regresaron en tropel.

—Genial, ni siquiera soy capaz de morir como es debido —dijo Charlotte, y se dejó caer sobre las sábanas de satén rojo sangre de Scarlet.

—Espera, a lo mejor te puedo ayudar, ya sabes, a que al menos parezcas muerta, ¿no? —dijo Scarlet.

Agarró a Charlotte del brazo y se dirigió al aseo.

—Toma asiento —dijo solícitamente, y la sentó en el retrete, junto al lavabo. Abrió el cajón de cosméticos y se puso manos a la obra de inmediato.

—¿Qué haces? —preguntó Charlotte, mientras Scarlet revoloteaba a su alrededor.



—Necesitas un lavado de cara. Ya sabes, vive deprisa, muere joven y tendrás un bonito cadáver... —dijo Scarlet a la vez que colocaba su instrumental sobre un trapo junto a Charlotte como si fuera un cirujano preparándose para una operación a vida o muerte.

—Todos para uno —murmuró Charlotte arrellanándose y entregándose a la magia de Scarlet.

Ésta se mostró concentrada y resuelta, una chica con una misión, mientras reordenaba los tonos cosméticos y aprovechaba para aplicarse pintalabios carmesí mate en los labios y se cepillaba su corta melena de pelo liso negro y su flequillo perfectamente corto. Se aplicó un fondo de maquillaje pálido y polvos blancos para rematar la faena, consciente de que no había necesidad alguna de desperdiciarlos en la tez ya de por sí cenicienta de Charlotte.

Scarlet miró a Charlotte con la intensidad de una maquilladora profesional y esbozó su labor. Desplegó su legión de brochas y pinceles, que guardaba en el interior de un estuche de cosméticos, y los extendió ante sí para tenerlos más a mano.

«Esto es una pasada», pensó Charlotte, mientras ayudaba a Scarlet sujetándose el pelo hacia atrás.

Antes de que pudiera articular palabra o pregunta algunas, Scarlet se había puesto a calentar la punta de un lápiz de ojos de kohl con un mechero, pero cada vez que la acercaba a la piel fría e inerte de Charlotte, la punta se congelaba. Al volver a intentarlo, acercó la llama demasiado a Charlotte y se asustó.

—No te preocupes, he dejado de ser inflamable —dijo Charlotte dándole ánimos.

Scarlet acabó por mantener la llama encendida como si de un minisoplete se tratara a la vez que aplicaba simultáneamente el lápiz a los ojos de Charlotte.

—Oye, ¿y no te doy, no sé, como algo de cosa o un poco de miedo? —preguntó Charlotte, mientras Scarlet escudriñaba su extensa paleta de sombras para ojos, cuidándose mucho de escoger la combinación correcta de tonalidades. Aplicó la sombra sobre el párpado de Charlotte mientras ésta mantenía un ojo completamente abierto a la vez que hablaba.

—¿Y tú, no te doy yo algo de cosa o de miedo, incluso? —preguntó Scarlet.

—Bueno, supongo que algo de cosa sí que me da que no te dé miedo —dijo Charlotte.

—Sí, a mí me pasa lo mismo —dijo Scarlet con una sonrisita mientras se preparaba para el siguiente procedimiento.

Scarlet introdujo una espátula en un recipiente morado, la embadurnó de cera caliente y procedió a aplicarla cuidadosamente sobre la ceja de Charlotte. Al cabo de unos segundos, aplicó un pequeño pedazo de tela sobre la cera, la presionó con los



dedos y se la retiró de un tirón, esperando una reacción de dolor de Charlotte, pero ésta ni siquiera parpadeó.

—He ahí una de las grandes ventajas de estar muerta —dijo Charlotte a la vez que Scarlet se echaba a reír y asentía conforme.

Scarlet continuó el acicalamiento, pelo incluido, y Charlotte disfrutó con cada una de sus atenciones. Lo mejor de todo fue comprobar que Scarlet estaba realmente encantada con su compañía. Charlotte no estaba acostumbrada a recibir tantos cuidados; después de todo, había pasado buena parte de su vida bajo la custodia de un tutor legal.

Al cabo de un rato las interrumpió el viejo reloj de Scarlet, del cual surgió un cuervo negro que graznó un vigoroso «JDT», «JDT», en lugar del consabido «cucú».

Charlotte vio que se le hacía tarde y se levantó para irse.

—¿Adónde vas? ¡No he terminado todavía! —chilló a su espalda Scarlet, que no había culminado su retrato.

—Llego tarde a una reunión de residencia... ¡Nos vemos en el instituto mañana! —contestó Charlotte gritando.

Recorrió el pasillo a toda prisa, echando un último vistazo a Damen, que dormía plácidamente en la cama de Petula, en apariencia agotado por la sesión de morreo, mientras Petula continuaba prendiendo alfileres en su vestido. Abandonó la casa como un retrato de Mark Ryden —pelo cardado, ojos superperfilados, pintalabios carmesí y laca de uñas negra— a la luz de la luna llena.

Charlotte continuó su marcha frenética por la acera, internándose en la oscuridad, en dirección a la luna, mientras los mismos pájaros negros que habían sobrevolado su cabeza aquella tarde volvían a revolotear en torno a ella.

«¿Una reunión de residencia? ¿Al instituto mañana? Quizá la muerte no sea tan genial después de todo», pensó Scarlet mientras observaba, desde la ventana de su dormitorio, cómo Charlotte desaparecía en la oscuridad, y se preguntaba qué narices le acababa de pasar.

—¡Espera! —le chilló de nuevo a Charlotte, pero Charlotte no contestó, ya estaba bien lejos, casi fuera de vista—. Genial. No es sólo que vea muertos, no, es que para colmo tengo mono —dijo Scarlet dando otro portazo.



Capítulo 8





**El hogar está donde está
el corazón.**

Un lugar para ser uno mismo, desmelenarse y bajar la guardia. Pero, como siempre, Charlotte no daba con su sitio. Hawthorne Manor estaba bien para alojarse, pero no era un lugar donde ella pudiera vivir. Y ahora, lo que necesitaba era encontrar un hogar para su corazón más que para su alma. Quizá Charlotte ya no tenía un corazón que latiera, pero era evidente que seguía teniendo corazón.



La Residencia Muerta, así llamaban los chicos muertos a Hawthorne Manor, podría resultarles deprimente a otros, pero para Charlotte era como una comunidad. Ya nunca tendría la oportunidad de vivir en una residencia universitaria, y ésta, para ella, era lo mejor y lo más parecido.

¿Tendría una compañera de habitación? ¿Pasarían la noche en vela charlando sin parar? ¿Estudiarían juntas y tendrían códigos secretos por si alguna de ellas invitaba a un chico a pasar la noche? ¿Compartirían la ropa y sufrirían incontrollables ataques de risa? ¿Pedirían una pizza a las tantas mientras estudiaban para pasar el día siguiente entero quejándose de los kilos de más? No. En el fondo sabía que no sería así y que eran cosas a las que debía renunciar, pero al fin y al cabo se trataba de una «residencia», y eso significaba que no estaría sola. Eso, para ella, era más que suficiente.

Estos y otros pensamientos ocupaban su mente mientras se dirigía a toda prisa a la reunión. Era extraño, pero aun cuando se tratara de la primera vez que iba a Hawthorne Manor, el instinto la guió hasta allí, igual que un GPS del mundo espiritual. No había ningún Flautista de Hamelín ni, en particular, ninguna Piccolo Pam que la guiasen, pero sentía la llamada de todas formas.

Al doblar la esquina de la calle larga y solitaria, supo instantáneamente a qué casa dirigir sus pasos. Se trataba de una destartada mansión victoriana, todavía hermosa en su decrepitud, una de esas propiedades caras que fueron el orgullo del barrio hasta que las mansiones chabacanas de los nuevos ricos y el tiempo erosionaron su grandeza.

No obstante, contemplada desde la nueva «perspectiva» de Charlotte, poseía un gran carácter: una estructura formidable aún, cubierta de hiedra, con imponentes gabletes, miradores apoyados sobre ménsulas ornamentadas y ventanales de arco apuntado con vidrieras inmaculadas. La meticulosidad de detalles de mampostería parecía salida de un cuento de hadas gótico.

Ornamentados farolillos adornaban el perímetro del porche corrido, con postes como bastones de caramelo. A diferencia de la oficina de admisiones del sótano, tan estéril, y del aula de Muertología, tan fea y anticuada, Hawthorne Manor era mágica.

—Hogar, dulce hogar —dijo sombríamente, mientras apoyaba la mano sobre una roseta y dejaba que ésta se deslizara por la barandilla que ascendía hasta la maciza y oscura puerta doble.

Charlotte subió los escalones hasta el porche, se asomó a través de la ventana vidriada y contempló la gigantesca araña, al más puro estilo *Fantasma de la ópera*, que colgaba del techo del vestíbulo. Entró y se quedó plantada en la estancia, enlosada con grandes baldosas blancas y negras de mármol.



Le maravilló la profusión de tallas ornamentales en madera de cerezo que adornaban los arcos de las puertas de toda la casa. Era hermoso, distinto a cuanto había visto hasta entonces, y lo que aún era mejor, despedía calidez. Incluso el vestíbulo señorial resultaba acogedor. Deseó que los dormitorios fueran igual de confortables, porque se sentía cansada. Había sido un día largo, muy largo.

Antes de que Charlotte pudiera darse cuenta, Pam bajó silbando por la moqueta color rojo oscuro de la majestuosa escalera de madera torneada.

—¿Dónde estabas? —preguntó Pam, con más reproche que curiosidad. Ya conocía la respuesta a su pregunta, y Charlotte, naturalmente, sabía que lo sabía.

—Oh, dándome la *vida* padre, nada más —dijo Charlotte medio en broma.

—Pues es aquí donde «vives» ahora y llegas tarde a la reunión. ¡Acelera! —dijo a la vez que agarraba a Charlotte de la mano y tiraba de ella escaleras arriba—. ¡Prue no es que esté *muy* contenta que digamos!

Charlotte no había visto nunca a Pam tan acelerada. Es más, Charlotte ni siquiera sintió los escalones bajo sus pies cuando la transportó escaleras arriba como a un globo de helio.

Pam y Charlotte se dirigieron a la sala de reuniones del final del pasillo, que parecía un aula de literatura de un *college* de la Ivy League, como sacada de *El club de los poetas muertos*. Prue daba comienzo a la reunión en el momento mismo en que Charlotte entró en la sala como una exhalación.

Aunque podía sentir la mano de Pam en la suya, tirando de ella, la sobresaltó encontrarse a Pam allí sentada cuando llegó a la gran sala, como si no hubiese movido un músculo.

Antes de entrar, Charlotte paseó la mirada rápidamente por la estancia y divisó diseminados por toda la sala decenas de artefactos y reliquias propias de las hermandades. Había un estandarte con la insignia «zeta», la letra con que los griegos representaban la muerte, colgado de la pared sobre «retratos estudiantiles» color sepia enmarcados en ouroboros. Estaba encantada de hallarse en un lugar tan señorial, como si perteneciera a una sociedad secreta, aun cuando todavía no se sentía plenamente un miembro de derecho.

Al penetrar con timidez en la sala, sus compañeros de residencia recibieron su nuevo *look* con risas apagadas, bueno, todos salvo Prue, que estaba visiblemente cabreada.

—¿Te parece gracioso? —espetó Prue.

Charlotte, que había olvidado su lavado de imagen con las prisas, trató con desesperación de alisarse el pelo lamiéndose las manos y pasándoselas por el cardado. Quiso eliminar parte del maquillaje también, pero le faltó saliva, por los nervios... y porque estaba muerta y eso.



—¿Y cuando vendan la casa qué, también te parecerá gracioso, eh? —preguntó Prue, quien acaparó la atención de todos los presentes robándole el protagonismo a Charlotte y humillándola a la vez.

Charlotte se abrió paso hasta la única cara amiga de la sala, Píccolo Pam, y se sentó.

—Pero bueno, ¿y qué pasa si no conservamos la casa? —le susurró Charlotte inocentemente a Pam al oído.

—¿Que que pasa? —gritó Prue antes de que Pam pudiera articular palabra—. Pues *pasa* que éste es nuestro hogar. El lugar donde existimos.

—Pero si hay montones de casas viejas por todas partes, ¿no? —preguntó Charlotte tímidamente.

—Y hay montones de otros chicos muertos por todas partes, ¿o no? —espetó Prue devolviéndole la pregunta a Charlotte de mala manera—. Las demás casas no importan. Importa *esta* casa, que nos ha sido confiada a *nosotros* hasta que llegue el momento.

—¿Qué «momento»? —preguntó Charlotte entrecomillando el aire para mayor énfasis.

Pam, consciente de la que se avecinaba, decidió intervenir.

—Bueno, calma, calma —se interpuso—. Charlotte es nueva.

El dato no pareció tener peso suficiente para Prue.

—*Necesitamos* estar aquí, Charlotte, hasta que llegue el momento y podamos cruzar todos juntos —le explicó Pam.

—¿Adónde? —preguntó Charlotte—. Si acabo de llegar aquí.

—Ninguno de nosotros lo sabe a ciencia cierta —contestó Pam—. Resolver nuestros asuntos personales es sólo parte del proceso. Evitar que vendan esta casa es algo que tenemos que conseguir en equipo. Nuestro deber es trabajar juntos y olvidar las necesidades y deseos propios.

—Generosidad y compromiso, Usher —la reprendió Prue—. Dos cosas que tú, como resulta obvio, desconoces por completo.

A Charlotte la enfureció la salida de Prue por ser completamente falsa, al menos eso pensaba ella. Después de todo, ¿no había intentado apuntarse a animadora? Llevaba la palabra «equipo» escrita en la frente.

—Si hemos de salvar esta casa, todos tendremos que poner nuestro granito de arena. Con que uno no lo haga, el esfuerzo de los demás no habrá servido de nada —dijo Prue con severidad azotándose sin parar la palma de la mano con un puntero de madera—. Y no pienso permitir que eso ocurra —concluyó lanzando una mirada amenazadora a Charlotte.



Todos los semblantes se tornaron serios, bueno, todos menos los de Metal Mike y Deadhead Jerry, que trataban de animar el ambiente haciendo gestos lascivos a Abigail, la ahogada, quien, curiosamente, seguía en traje de baño a pesar de sus varices, su nauseabunda piel pálida y transparente y sus ojos saltones.

—Me gustaría bucear en eso —le dijo Deadhead Jerry a Mike refiriéndose a Abigail; Jerry expulsaba una bocanada de humo cada vez que abría la boca.

—Cuesta creer que se ahogara con semejantes boyas —Mike soltó una risita aunque no tan por lo bajo como hubiese querido.

Charlotte trataba desesperadamente de concentrar su atención en Prue.

—Así que, ¿qué podemos hacer para salvar la casa? —preguntaba ésta.

Se hizo un silencio de ultratumba y Prue empezó a mirar de hito en hito a todos y cada uno de los estudiantes de la asignatura de Muertología allí presentes.

—¿Alguna sugerencia? —ladró como un perro rabioso.

Entre el auditorio, Charlotte trataba desesperadamente de evitar la mirada de Prue.

«Que no me pregunte a mí, por favor... Que no me pregunte a mí...», imploró para sí, mientras intentaba quitarse de la vista lo más posible, escondiéndose detrás de Simón y Simone, los fraternales gemelos que compartían pupitre delante de ella. Eran recelosos y esquivos, siniestros y retorcidos, y se movían a la par con escalofriante elegancia. Charlotte tan sólo daba gracias por que fueran tan inseparables y confió en que constituirían un escudo protector de la mirada acusadora de Prue.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? Si es nuestra querida ganadora del premio Darwin —dijo Prue, interrumpiendo el mantra de Charlotte—. Ya que te hace tantísima gracia, ¿por qué no nos cuentas cuál es tu plan, eh?

—No, no, si a mí no me hace gracia —dijo Charlotte, acobardada.

—Pues nadie lo diría —dijo Prue, refiriéndose con la mirada una vez más al nuevo *look* de Charlotte.

—No, no, esto, esto era sólo... —dijo Charlotte buscando una excusa de forma desesperada.

—¿Y bien? —dijo Prue en su empeño por someter a Charlotte al tercer grado y forzarla a responder.

Justo en ese momento, Abigail hizo saltar sus ojos de las órbitas, directamente hacia Jerry.

Charlotte lanzó un alarido.

—¡Dios mío! —chilló con toda la fuerza que le permitieron sus ya arrugados pulmones.



Charlotte sobresaltó a toda la clase con su reacción.

Al oír el grito, Abigail se encajó de golpe los ojos en su sitio y su rostro recuperó su aspecto habitual.

—Tú estás mal —le dijo asqueado Metal Mike a Abigail.

Abigail sonrió satisfecha a la vez que trataba de cubrirse la boca con sus pálidas manos violáceas.

—*¿Dios mío!* —se burló Prue de Charlotte con un agudo chillido—. Ni Dios en persona va a poder ayudarte si la jodes.

—¡No, espera! Creo que se le acaba de ocurrir algo —intervino Piccolo Pam, tratando de salvarle el culo a Charlotte.

Charlotte asintió nerviosamente con la cabeza.

—Podemos proteger la casa ahuyentando a todo el que se acerque... —añadió Pam dándole un codazo a Charlotte—. ¿No es eso, Charlotte?

—Sí, ¿por qué no nos limitamos, como dice ella...? —dijo Simón.

—¿... a ahuyentar a los posibles compradores? —terminó Simone.

—¡Ya sé! ¡Podemos decorar toda la casa de «Stuff by Duff»! Con eso bastaría —dijo CoCo con un escalofrío.

Charlotte se puso a improvisar; empezaba a captar lo que los demás ya sabían de sobra.

—Estamos muertos. ¿Por qué no, bueno ya sabes, «explotarlo»? —le dijo a Prue ganando confianza por momentos.

—¿Ése es tu plan? —preguntó Prue tratando de presionar a Charlotte.

—O sea, ya sé que es obvio, pero merece la pena intentarlo... —contestó Charlotte.

—Bueno, la casa no la podemos embrujar no sea que el tiro nos salga por la culata. Podría acabar convirtiéndose en atracción turística y recreo para universitarios borrachos o bien conseguirnos todas las papeletas para que la conviertan en un aparcamiento —la atajó Prue.

—Bueno, yo creo que como mejor podríamos ahuyentar a los posibles compradores es haciendo que la casa resulte inhabitable —sugirió Buzz Saw Bad, un chico que había muerto tras sufrir un horrible accidente en la clase de talleres y que ahora lucía heridas de sierra y un brazo parcialmente amputado.

—De acuerdo entonces, ¡dividíos en brigadas de intimidación! —dijo Prue no del todo de acuerdo con el plan de Charlotte, pero más que deseosa de darle cancha suficiente donde poder cavar su propia fosa.



Charlotte se lanzó inmediatamente a emparejarse con Pam, pero tan pronto se aproximó a ella, Prue agarró a Pam del brazo como una violenta profesora de primaria arrastrando a un alumno díscolo al pasillo.

—Pam, ponte con Silent Violet —ordenó Prue apartando a Charlotte de un golpe y colocando a Pam junto a la tétrica solitaria a la que ninguno de los demás chicos de la clase de Muertología recordaba haber oído jamás emitir sonido alguno.

—¡Suzy Manostijeras! —ordenó Prue—. Tú conmigo.

Suzy ocultó las manos bajo las mangas y cerró los puños mientras se situaba al lado de Prue. Charlotte se quedó sola, igual que en la clase de Física.

—¿Y con quién se supone que voy yo? —preguntó Charlotte.

—Y a mí qué me cuentas, *Butch* —le espetó Prue, sirviéndose de una pulla de clase—. Puede que la próxima vez llegues a tiempo y te tomes esto más en serio.

Charlotte trató de explicarse, pero sus palabras no hicieron más que resonar contra las paredes de la sala vacía.

Volvía a estar a solas, aunque no sola, esta vez. Era mucho lo que tenía que asimilar. Charlotte salió penosamente en busca de su dormitorio, sin la cháchara ni la compañera de habitación que había deseado. Ni códigos secretos, ni en entradas a hurtadillas tras una noche de desenfreno, ni ataques de risa, ni cotilleos de tíos, ni pizza. Tampoco es que importara demasiado. Enfrentarse a Prue era agotador, tanto emocionalmente como en los demás sentidos. Nunca se había sentido tan despreciada, ni siquiera en vida.

Subió hasta el siguiente rellano de la escalera, en la planta inmediatamente superior a aquella en la que se hallaba la sala de reuniones, y caminó hasta la primera puerta que encontró abierta. Era de madera y aparecía tallada de manera profusa, igual que las demás de la casa. La abrió de un empujón, no sin antes haber comprobado que no importunaba a nadie, y entró.

La habitación estaba vacía y ella se sintió como en casa al instante. Supo de forma instintiva que se trataba de su dormitorio. Revestía las paredes una tela afelpada estampada con delicados motivos florales, y Charlotte, que a primera vista pensó que sus ojos la engañaban, se percató de que a cada rato algunos de los pétalos se caían de las flores de la tela, produciendo un efecto surrealista y onírico. Una araña, hermana pequeña de la que había en el vestíbulo, colgaba hasta muy abajo desde el techo abovedado con vigas vistas.

Estanterías de caoba recorrían las paredes, y un fabuloso tocador como el de Scarlet que tanto adoraba Charlotte ocupaba un rincón junto a su cama de dosel. Estaba tan agotada que apenas podía fijarse en todo ni reunir la emoción necesaria para que el conjunto la impresionara debidamente. Se acercó a la cama y se derrumbó sobre ella.



—La muerte me está arruinando la vida —dijo mientras se envolvía en una colcha de terciopelo arrugado.

Al primer contacto con la almohada, el sueño se disipó y su mente empezó a discurrir de manera atropellada. No conseguía relajarse, y de pronto la idea de dormir se le antojó aterradora. Mientras permaneciera despierta, razonó, estaría «viva», quizá no técnicamente, pero al menos sí que estaría consciente. El presente. ¿Quién sabía qué le depararía el sueño?

Entonces recordó cómo Deadhead Jerry se había quedado dormido con los ojos abiertos en Muertología, y la imagen la aterró aún más. Pesadilla en Hawthorne Street. Registró frenéticamente la habitación buscando algo con lo que mantenerse ocupada y despierta.

El libro que le quedaba más a mano era su *Guía del Muerto Perfecto*, de modo que empezó a hojearlo. Quizá había respuestas en el libro. Tal vez había alguna esperanza oculta entre sus viejas páginas.

Mientras pasaba las hojas, se fijó en un capítulo que había pasado por alto en clase. En el encabezamiento se podía leer «Posesión».

Charlotte se enderezó en la cama.

—¡Posesión! —exclamó.

Ojeó las ilustraciones de estilo años cincuenta en las que un tipo poseía a una chica y se empapó de cada palabra de los pies de foto.

—Parece bastante sencillo —se dijo con delirante confianza.

Charlotte acabó de leer el capítulo bajo la luz de los rayos de luna que atravesaban los enormes ventanales de su habitación, cerró el libro y se dejó vencer por el cansancio que la había perseguido toda la tarde. Ya no estaba triste ni asustada.

—Si no me puede ver para pedirme que le acompañe al baile, entonces poseeré a la persona con la que tiene planeado ir... —murmuró mientras la vencía el sueño.

Charlotte se llevó las manos a los ojos y se cerró los párpados, por si acaso, mientras la suave brisa otoñal que se colaba por la ventana hizo revolotear las hojas de su libro hasta la última página del capítulo; una que no había leído todavía. Advertía: «¡Úsese con precaución!».



Capítulo 9





Pegar aquí.

Apegarse a algo o a alguien es sinónimo de aferrarse a la creencia de que algo o alguien concretos colmará nuestra existencia. El apego nos mantiene vivos. Nos induce a luchar para conservar lo que ya tenemos o para conseguir lo que deseamos. Pero en ocasiones también puede dejarnos en punto muerto, dando vueltas y sin llevarnos a ninguna parte. Charlotte estaba atascada, de eso no había duda.



Petula y las Wendys entraron en el baño con aire despreocupado, como si fueran las dueñas del lugar. Hicieron una entrada coreografiada al milímetro, como era su costumbre, por si acaso alguien las observaba. Se trataba de su sesión postutoría y preprimera-hora-de-clase, y polvos, brochas y brillos de labios empezaron a emerger de cada bolsillo y estuche de sus carísimos bolsos a una velocidad superior al parpadeo de un ojo con varias capas de Revital ash en las pestañas.

Su acceso al espejo se vio momentáneamente bloqueado por un grupo de despistadas novatas andrajosas que como era evidente no habían sido aleccionadas todavía sobre el protocolo ante el espejo. Wendy Anderson se hizo cargo sin mediar palabra, rompiendo la bandada con una mirada gélida y señalando la puerta con severidad. Las novatas captaron la indirecta a la primera y desfilaron rápido y en silencio, sin protestar.

—Wendy-aspirantes —gruñó Wendy Anderson a la vez que las tres ocupaban su legítimo lugar ante el espejo.

Petula miró de reojo a Wendy Thomas, a su izquierda, y se puso a pensar. Desenvainó una barra de maquillaje y dibujó una pequeña línea en el tabique nasal de Wendy, como un cirujano plástico en ciernes realizando un dibujo preoperatorio.

—Ves, si te limas esto y te levantas luego la punta te quedará una bonita caída, justo como la mía —dijo Petula dando un paso atrás y admirando su obra—. ¿Lo ves? —le preguntó a Wendy a la vez que la hacía volverse hacia el espejo para que se pudiera ver.

—Sí, ya veo —dijo Wendy Thomas con una risita, contemplando la diminuta pero más que visible marca.

Para Petula y las Wendys esta clase de autocrítica brutal y desvergonzada era más una afición que un juego. Y no se sintieron apuradas en lo más mínimo cuando escucharon a sus espaldas un susurro en el retrete.

De haberse molestado en apartar la mirada de sus reflejos en el espejo, quizá hubiesen advertido el tosco par de botas negras de motero que asomaban por debajo de la puerta del baño. Se oyó cómo tiraban de la cadena y un instante después apareció Scarlet remetiéndose el top mostaza y colocándose en su sitio la camiseta de tirantes negra y la falda vintage de chiffon.

Cuando Wendy Anderson advirtió en el espejo que se trataba de Scarlet, torció el gesto con desdén, actitud con la que sólo consiguió provocar a Scarlet. Esta arrancó la barra de maquillaje de la cuidada mano de Wendy.

—Yo me decantaría por el estilo María Antonieta —dijo Scarlet trazando una línea de puntos de parte a parte del cuello de Wendy—. Lo que necesitas es una amputación de cabeza radical.



—¿Qué haces que no estás por ahí sintiéndote excluida? —le dijo Wendy Anderson con condescendencia.

—Disculpa, no hablo *pendón* —contestó Scarlet, que subrayó lo último levantando con ordinareiz el dedo corazón, en un gesto tan amenazador como el que Wendy empleara antes con las pobres novatas. Wendy captó la directa.

Petula pasó rozando a su hermana, ignorándola por completo, y salió por la puerta en el instante mismo en que sonaba el timbre.

Scarlet se quedó atrás reflexionando sobre cómo era posible que estuvieran emparentadas. De pronto sintió frío y paseó la mirada por la estancia vacía.

—¿Charlotte?

No hubo respuesta. Charlotte estaba fuera, esperando a que salieran Petula y las Wendys. Sabía que las tres tenían Educación Vial a primera hora con el profesor González, y no quería dejar pasar su oportunidad.

Charlotte echaba una última ojeada a la página sobre posesiones de su libro en el instante en que el triunvirato salió por la puerta del instituto. Estaba nerviosa, al fin y al cabo era su primera vez, y trató de calmarse convenciéndose a sí misma de que sólo tenía que actuar con naturalidad. Con todo, no dejaba de ser el gran momento. Estaba a punto de meterse en Petula Kensington. De ver el mundo a través de sus ojos, de sentir con sus dedos, posiblemente de besar con sus labios. De bajar la mirada y contemplar un cuerpo perfecto de curvas en su sitio.

Quizá estuviera de moda entre las guapas presentadoras de los telediarios enfundarse en sus trajes de gorda e irse de chaboleo para experimentar «el prejuicio», pero Charlotte buscaba justo lo contrario: una oportunidad de sentirse aceptada. Admirada. Popular. Petula era el traje perfecto, con su vida perfecta y su novio perfecto, y era toda suya. Por una vez tenía la oportunidad de coger la sartén por el mango y hacer sus sueños realidad.

Entre tanto, Petula había ocupado el asiento del conductor y se retocaba el maquillaje en el espejo lateral con el motor al ralentí. Dejó la puerta abierta a fin de ofrecer a quienes quisieran verla una buena perspectiva de sí misma instantes antes de abandonar el recinto del instituto. En ese sentido era muy generosa. Wendy Thomas y Wendy Anderson se acomodaron en el asiento trasero, dejando la puerta del acompañante abierta para el profesor, que se encontraba de charla con un colega.

Petula, harta de esperar a que González diera por concluida su conversación, decidió empezar sin él la clase de Educación Vial. Solamente ella podía abandonar las instalaciones del instituto en un coche de Educación Vial, sin profesor y sin permiso de conducir, y tener la certeza de que saldría inmune.

—En honor al profesor González, andémosle a Taco Hell —les sugirió a las Wendys, como si tuvieran alguna opción.

—Suena bien —dijeron ambas totalmente conformes.



—Pues claro que suena bien; lo he dicho yo.

Petula pisó el acelerador y salió quemando rueda, con la puerta del acompañante todavía abierta.

—¡Ta luego, capullo! —le gritó Wendy Thomas al profesor por la ventanilla.

—Wendy, también es nuestro profesor de español... *¡En español, por favor!* —dijo Wendy Anderson con sorna.

—*¡Hasta la vista, señor Capulo!* —chilló Wendy Thomas.

El profesor González gritó tras el coche a la fuga, completamente humillado delante de su colega, pero es que Petula era una experta en humillar a la gente, y a los profesores en particular.

Al instante, Charlotte hundió la cabeza y corrió con todas sus ganas hacia la puerta abierta del acompañante, que Petula trataba de alcanzar para cerrarla. Embistió directamente contra Petula, y quedó mitad dentro y mitad fuera, como en el incidente de la ducha. La intrusión de Charlotte provocó un inesperado auto reflejo en Petula, como un ataque matinal de piernas inquietas, que impulsó su pie contra el pedal del acelerador y el del freno.

El coche daba sacudidas espasmódicas mientras Charlotte se debatía por «robarle el coche» a Petula. Entonces, de un zarandazo, Charlotte salió despedida de Petula y atravesó la ventanilla del conductor.

Al hallarse Petula momentáneamente libre de Charlotte, el coche aminoró la marcha y Petula creyó por un segundo que recuperaba el control. En el asiento trasero, las Wendys estaban encantadas con Petula y su decisión de largarse sin el profesor, pero les entusiasmaba menos tanto meneo. Petula siguió como si nada, adoptando al volante la posición «dos menos diez» que recomendaba el manual de conducir, y aceleró hacia la salida del aparcamiento.

Charlotte se recompuso también y atravesó el parabrisas para asir las manos de Petula. Esta dio sendos volantazos a izquierda y a derecha. Las piernas de Charlotte atravesaron el capó, penetraron en el interior del coche y se embutieron en las piernas de Petula. Estaba pegada a Petula como un chicle a la suela de un zapato.

El coche volvió a zarandearse fuera de control y el movimiento arrojó a Charlotte contra el parabrisas, de cara a Petula, que, como ella, tenía los ojos desorbitados de miedo. Charlotte, que nunca había estado tan cerca de su ídolo, estaba completamente fascinada, a pesar incluso de lo peligroso de las circunstancias.

—Lo siento, Petula —dijo con total sinceridad.

Petula, ajena a su presencia, apretaba los dientes y miraba hacia el frente, tratando de no golpearse con nada. Para entonces, las Wendys ya mostraban señales de evidente nerviosismo a la vez que eran zarandeadas de un extremo a otro del asiento trasero.



—Los accidentes en vehículos motorizados constituyen la primera causa de mortalidad entre los adolescentes —gimoteó con debilidad Wendy Thomas.

—Según los estudios, se debe a que muchos adolescentes son incapaces de regular su conducta de alto riesgo porque el área del cerebro que controla los impulsos no alcanza su plena madurez hasta los veinticinco años... —balbuceó nerviosa Wendy Anderson, impartiendo, cosa rara en ella, una patochada memorizada de manera accidental de una de sus revistas.

Wendy Thomas y Petula enmudecieron de asombro ante la salida de Wendy Anderson. Hasta Charlotte se quedó momentáneamente impresionada. El veloz zigzaguo del coche las devolvió a toda prisa a la realidad.

—Petula, no podrías aminorar...

Antes de que Wendy Thomas pudiera formular su petición, Petula la atajó.

—¡Agarraos bien, cacho putas! —gritó Petula—. ¡Al menos esta es la manera más popular de morir!

Charlotte se sintió dolida.

Petula estaba actuando con la arrogancia y temeridad habituales, pero ni por asomo deseaba morir. No tenía ni la más remota idea de lo que estaba ocurriendo y necesitaba infundir confianza en la tropa hasta lograr detener el coche. Y eso tiene un nombre: liderazgo.

Y es que Petula también iba vestida para el liderazgo jamás olvidaba enfundarse en su uniforme de animadora cuando acudía a Educación Vial. En una ocasión sorprendió al profesor mirándole de reojo sus, esto, pompones, y había llegado a la conclusión de que con cada gota de sudor pedófilo que emergía bajo sus cuatro pelos repeinados durante la clase, ella estaba más cerca de convertirse en la primera de su curso en sacarse el permiso de conducir.

Charlotte se embutió en Petula una vez más, torpe y agresiva, obligándola a pisar a fondo el freno.

El coche se detuvo con un chirrido y las chicas fueron propulsadas hacia delante y después hacia atrás. Charlotte salió despedida de Petula, de nuevo, esta vez de cabeza, contribuyendo a dotar a la expresión «atravesar el parabrisas» de un significado completamente nuevo.

—Espero por tu bien que eso no me haya dejado cicatriz —dijo Wendy Anderson, que se desabrochó el cinturón y se subió la sudadera de animadora para, a continuación, examinarse el pecho en busca de alguna marca.

—Demasiado tarde —afirmó Charlotte al ver la cicatriz de un implante que asomaba bajo el sujetador de aro de Wendy. Volvió a introducir la cabeza y los hombros en el vehículo mientras Wendy se estiraba hacia abajo la sudadera.

Petula resopló y trató de restarle importancia a la situación.



—Son los zapatos, con lo caros que me han costado no me extraña que tengan vida propia —dijo volviéndose hacia el asiento trasero y refiriéndose a sus Nike iD.

Las Wendys, patitiesas como ranas en formol, rieron la broma de Petula con sendas carcajadas serviles mientras el coche se aproximaba a la garita del Drive-In.

—Tendría que incluirse una advertencia: «No manipule maquinaria pesada mientras intenta una posesión» —afirmó frustrada Charlotte. Convencida de que a la tercera va la vencida, se encaramó a la ventanilla del acompañante, como si fuera el Hombre Araña, e intentó meterse dentro de Petula una vez más, lo que provocó que el coche se abalanzara hacia la ventanilla dispensadora y se subiera al bordillo.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó Wendy Anderson, incapaz de obviar ya el extraño comportamiento de Petula.

—No... lo... sé —contestó Petula, francamente confusa por su forma de actuar.

—Yo sí —anunció Wendy Thomas con cierta malicia—. He oído al entrenador Bures decir que si Damen no consigue, como mínimo, un aprobado en el examen de Física, no le dejará ir al Baile de Otoño.

Al escuchar la noticia, Charlotte sintió que caía en picado. Tras permanecer en suspenso un segundo, sufrió un ataque de pánico.

—¡¡¡No!!! —gritó Charlotte, mientras trataba de introducirse en Petula a empellones. El coche salió disparado una vez más, derribando el cartel del menú de oferta y cuanto halló a su paso.

Iniciaron entonces una aterradora y espeluznante carrera de obstáculos, en la que el coche atravesó marcha atrás el aparcamiento del instituto completamente fuera de control. El último y desesperado intento de Charlotte por llevar a cabo la posesión se asemejó a un insólito combate femenino de Ultimate Fighting, con los brazos, hombros, rodillas y pies —visibles e invisibles— de Charlotte y Petula volando en todas direcciones.

Mientras se precipitaban marcha atrás de regreso al instituto, la banda de música practicaba a la entrada su arreglo de *The Beautiful People* de Marilyn Manson, eso es, claro está, hasta que el coche atravesó a toda velocidad la verja metálica y cruzó chirriando el campo de prácticas, dispersó a la banda y se estampó contra el mástil de la bandera, dejando en la hierba la rodada más impresionante de la historia. Una tuba que había salido despedida de las manos de su dueño fue a estrellarse contra el capó.

—¿Qué narices es eso? —preguntó Petula completamente asqueada.

—Creo que es una... una... tuba —repuso Wendy Anderson.

—¡Esas cosas están llenas de saliva! —gritó Petula, bacteriófoba donde las haya—. ¡¡¡Los músicos de la banda escupen saliva!!!



Restablecidas sus prioridades, las tres se apresuraron a abandonar el coche como si estuviera en llamas. Extrajeron la ropa de deporte de sus respectivas bolsas y, envolviéndose la mano en varias prendas, accionaron la manecilla de sus respectivas puertas para salir. De haber sido por ellas, hubiese sido de esperar que se presentara un grupo de tíos enfundados en trajes especiales y cargados de tanques de jabón antiséptico, a fin de exterminar todo organismo viviente posado en ellas.

Charlotte se quedó allí sentada, en el coche abollado y recalentado, completamente decepcionada. No tanto por lo que había conseguido sino más bien por todo lo contrario.

Mientras la abollada tuba se mecía sobre el capó y las chicas salían como podían, el sistema de megafonía del instituto anunció:

—Petula Kensington, acuda a secretaría.



Capítulo 10





**Renunciar puede ser,
para cualquiera, en cualquier
momento, lo más difícil.**

Para algunos, además de algo deprimente constituye una aceptación de la derrota, del fracaso. Y Charlotte era de esas. Renunciar significaba que había llegado el momento de desistir de cuanto había deseado y soñado conseguir. Que sus esfuerzos habían sido inútiles. Que la vida era un juego de dados y ella había sacado un siete. No podía ser. Y su única misión pasó a ser su misión del alma.



El tiempo de prórroga «paciencia con la chica nueva» se agotaba, y Charlotte sabía que debía ponerse con el programa. Pero ¿qué era exactamente el programa? Había estado demasiado concentrada en sus cosas, y no tenía ni idea. De regreso en Muertología, la clase del profesor Brain había empezado y Charlotte llegaba tarde, de nuevo. Se coló aprovechando que Brain estaba de espaldas.

—Era tan joven —dijo el profesor, que se inclinó sobre el pupitre de Silent Violet y la miró directamente a los ojos—. El chico tenía toda la vida por delante... —continuó volviéndose hacia Mike.

—¿Cómo? —contestó Mike, que no podía oír lo que decía Brain.

—La vida, para ellos, no había hecho sino empezar —concluyó frunciendo el ceño a Simón y Simone—. ¿No arranca siempre así el panegírico? —preguntó Brain, que regresó a la pizarra mientras Violet y los demás chicos asentían lentamente con la cabeza—. Y sea quien sea el panegirista: cura, rabino, pastor, imán, padre, hijo, profesor, amigo... quien sea —dijo—... acierta, naturalmente. Morir en la adolescencia es más que triste. Es trágico. Pero no por las razones que ellos creen.

Piccolo Pam le echó a Charlotte una mirada asesina mientras ésta serpenteaba por el perímetro del aula, tratando de evitar que la pillara el profesor Brain. Sabía que Charlotte, más que nadie, necesitaba escuchar esa lección en particular.

—Desde luego. Nadie se lo creería si supiera que hay que seguir yendo al instituto —dijo Jerry muerto de risa. Prue le miró enfadada, y él se calló al instante.

—Muy bien, Jerry... —empezó a decir el profesor Brain, mientras Jerry le hacía caras a Prue y ella le ignoraba—. La razón de que haya que ir al instituto, incluso después de muerto, no es sólo para aprender sobre la vida después de la muerte, tal y como describe la película de orientación —dijo Brain a los confundidos estudiantes—. Es para aprender lo que no tuvimos oportunidad de aprender en vida.

—¿Y qué es? —preguntó Charlotte un instante después de haber conseguido sentarse en la silla que permanecía desocupada junto a Pam. Prue la miró enfurecida.

—Pues varía con cada persona, señorita Usher —dijo Brain, ajeno a su tardanza. Uno-cero para Charlotte—. Es algo que debe averiguar cada uno. Veréis, los bebés y los niños son demasiado pequeños como para haber cometido equivocaciones graves, y la gente mayor vive lo suficiente como para aprender de los suyos e incluso para corregirlos —sermoneó el profesor Brain, más como un predicador que como un profesor—. Pero los adolescentes, como vosotros, sólo viven para el momento, y a menudo actúan por egoísmo, impulsivamente y con graves consecuencias para ellos mismos o los demás.

—Y que lo diga —dijo Pam a la vez que el silbido que emanaba de su garganta ganaba intensidad.



A fin de recalcar sus palabras, Brain sondeó a la clase sobre el que debiera de haber sido un tema muy delicado.

—Los que echen de menos a su familia que levanten la mano, por favor —solicitó.

Mike, Jerry, Kim, Pam y los demás se miraron unos a otros y sacudieron la cabeza, las manos pegadas al costado. Charlotte ahora que lo pensaba, no le había dedicado a su familia ni un solo pensamiento.

—Esto —dijo Brain— no es más que una prolongación de vuestro estado natural. No les prestasteis atención, ni a ellos ni a sus deseos, cuando estabais vivos. Es lo que os... «arruinó», por decirlo de alguna manera, lo que permanece con vosotros, aquí y necesitáis afrontar.

Charlotte no lograba comprender, pero concluyó que ese vacío de índole familiar podía tener tanto de bendición como de maldición. Sinceramente, no podía tolerar mayor apego en su vida que el que ya soportaba.

—Entonces, ¿estar aquí es una forma de castigo? —preguntó Charlotte—. ¿Se trata de eso?

—De ninguna manera —recalcó Brain—. Se os ha dado una oportunidad. La asignatura de Muertología es vuestra segunda y, ojo al dato, *última* oportunidad de comprender lo que os ha pasado y por qué, y de aprender a aceptarlo —advirtió el profesor de camino a la pizarra—. De aceptar la muerte y, sobre todo, de aceptaros a vosotros mismos. Una vez lograda esta aceptación, alcanzaréis la resolución, y con ella obtendréis el descanso, la paz y...

—¡La graduación! —dijo Mike con un alarido, blandiendo sus «cuernos rockeros» sobre la cabeza.

—Exacto —dijo Brain.

«¿Graduación?», pensó Charlotte asombrada. Pero si ni siquiera tenía vestido para la ocasión.

—Lo más importante de todo el proceso es que os necesitáis unos a otros para conseguirlo. Es la razón de que estéis juntos en esta clase. La cadena sólo puede resistir lo que resista su eslabón más débil —dijo Brain.

Tan pronto hizo Brain mención del «eslabón más débil», los ojos de Charlotte escrutaron la clase entera por si detectaban a alguien acusándola en silencio. Sólo Prue aparecía con la mirada fija en ella.

Brain tiró bruscamente de una arandela que pendía de una cuerdecilla ruinosa sobre la pizarra, haciendo que se enrollase de sopetón un mapa de Mesopotamia y quedara a la vista lo que parecía ser una lista de instrucciones escrita sobre el tablero.

—Ya *sabéis* qué hay que hacer —continuó Brain, sustituyendo el tono de predicador por el de experto en charlas de motivación—, aquí tenéis el *cómo*.



Empezó a leer la lista, subrayando con el puntero cada palabra y cada línea que aparecían escritas en la pizarra mientras leía.

1. ADMITIMOS QUE NO CONTROLÁBAMOS NUESTROS IMPULSOS EGOÍSTAS Y QUE, POR ESA RAZÓN, MORIMOS.
2. APRENDIMOS A TENER FE EN QUE UN PODER SUPERIOR PODÍA RESTITUIRNOS.
3. DECIDIMOS DAR UN VUELCO A NUESTRA VOLUNTAD Y A NUESTRA VIDA.
4. REALIZAMOS UN OSADO INVENTARIO DOCUMENTAL Y MORAL DE NOSOTROS MISMOS.
5. ADMITIMOS ANTE NOSOTROS MISMOS Y LOS DEMAS LA NATURALEZA PRECISA DE NUESTRAS FALTAS.
6. EXPRESAMOS NUESTRA ABSOLUTA DISPOSICION A ERRADICAR POR COMPLETO DICHS DEFECTOS DE CARÁCTER.
7. PEDIMOS CON HUMILDAD LIBRARNOS DE NUESTROS DEFECTOS.
8. ELABORAMOS UNA LISTA DE TODAS LAS PERSONAS A LAS QUE HICIMOS DAÑO, Y EXPRESAMOS NUESTRO DESEO DE ENMIENDA.
9. DESAGRAVIAMOS PERSONALMENTE A DICHAS PERSONAS SIEMPRE QUE NOS FUE POSIBLE, SALVO CUANDO EL DESAGRAVIO SUPUSIERA UN AGRAVIO PARA ELLAS U OTRAS PERSONAS.
10. CONTINUAMOS HACIENDO INVENTARIO Y RECONOCIMOS CADA UNO DE NUESTROS ERRORES.
11. NOS EMPLEAMOS A FONDO EN MEJORAR EL CONTACTO CONSCIENTE ENTRE NOSOTROS Y EN COMPRENDER NUESTRAS DOTES ESPECIALES.
12. TRATAMOS DE TENER PRESENTE ESTE MENSAIE Y PONER EN PRÁCTICA ESTOS PRINCIPIOS EN TODOS NUESTROS QUEHACERES, ENTRE ELLOS LA UNIÓN DE NUESTROS ESFUERZOS PARA SALVAR NUESTRA CASA Y A NOSOTROS MISMOS.

Todos miraron los doce pasos como si estuvieran escritos con jeroglíficos. Charlotte simio una desazón similar a la que le invade a uno cuando le entregan las preguntas de un control sorpresa de Trigonometría y las únicas palabras que le resultan familiares son «nombre» y «fecha».

—¡Vamos, chicos, tampoco es para tanto! En resumidas cuentas se trata de admitir la razón por la que moristeis, aceptar que fue responsabilidad vuestra, y averiguar qué podéis hacer para cambiar y eliminar vuestros defectos o, como dice el programa, vuestra adicción. Si consiguierais admitir vuestros errores ante los compañeros, y más aún, si consiguierais admitirlos ante vosotros mismos, ¡entonces



podrías haceros con un billete de ida a un Lugar Mejor! En definitiva, esta clase sirve de rehabilitación para alcanzar la resolución —dijo Brain, tratando de animar a su equipo.

Nada de aquello logró tocar la fibra sensible de Charlotte.

—¿Qué tal si sacáis vuestros Muertarios e iniciamos nuestro viaje a ese lugar al que a mí me gusta llamar Éxito? —dijo Brain con entusiasmo.

Ponerse en pie y admitir tus faltas delante de toda la clase ya era de por sí bastante duro, pero leer en alto los más íntimos y oscuros pensamientos recogidos en tu Muertario personal era especialmente humillante, incluso para un chico muerto.

—Anda, Mike, ¿por qué no empiezas tú? —sugirió o, más bien, insistió Brain alzando la voz.

Metal Mike sacó su Muertario del bolsillo y arrastró los pies hasta la tarima.

—Hola, soy Mike, Metal Mike, y adoro la música —dijo sin ningún entusiasmo, obviamente sólo para complacer a Brain.

—Hola, Mike —coreó la clase con el mismo ardor.

—Me gustaría compartir con vosotros unas palabras sabias e inspiradas que me acompañan allá donde voy —Mike se aclaró la garganta, consultó brevemente su Muertario con gesto grave, levantó la vista y recitó el apunte de memoria con mucho sentimiento.

Back in black

I hit the sack

I've been too long I'm glad to be back

Yes, I'm let loose

From the noose

That's kept me hanging about

I've been looking at the sky

'Cause it's getting' me high

Forget the hearse 'cause I never die

I got nine lives

Cat's eyes

Abusin' every one of them and running wild²

² Regreso de negro /Desconecté /Demasiado tiempo ha pasado, me alegra volver / Si, ya me he librado /De la soga /Que me ha tenido por ahí colgado /No dejo de mirar al cielo /Porque me pone a cien



—Mike. Eso es una canción —dijo DJ—. No una observación personal.

—La música es... era, mi vida —confesó—. Claro que es personal. Me habla.

—Ese es el problema, Mike, que vivías por y para ella. Pero ya no estamos vivos —dijo Simone.

—¿Y qué problema hay con querer aferrarse a lo que amas, a la razón de tu vida? —preguntó Mike a la defensiva.

—Y razón de tu muerte, Mike. La música te mató. ¿Lo has olvidado? —dijo Simón.

—La música es una asesina —dijo Deadhead Jerry con desgana.

—No, su amor por la música es el asesino —intervino Call Me Kim.

—¿Y qué? ¿Por qué voy a renunciar a algo que amo tanto que hasta morí por ello? —preguntó Mike.

—¿Y no será que no es cuestión de renunciar a nada? —preguntó Charlotte retóricamente.

—Exacto, joder. Me importa una mierda cruzar al otro lado y hallar soluciones si ello supone tener que renunciar a mi música —dijo Mike con terquedad.

Con toda la clase sumida ya en una acalorada discusión, Pam aprovechó la ocasión y le dio un codazo a Charlotte.

—¿Dónde estabas? —le susurró, mientras Mike seguía despotricando.

—Oh, mi vehículo, que se ha retrasado —dijo Charlotte con una mueca.

—Venga ya, otra vez no —se quejó Pam.

—¿Os importaría compartir vuestra conversación con el resto de la clase? —el profesor Brain, perturbado por la charla paralela de Charlotte y Pam, formuló la vieja pregunta del millón.

—¿Por qué no me sale a mí ninguno de esos trucos? —espetó Charlotte para sorpresa de todos, ella incluida. El Baile de Otoño estaba a semanas vista y el reloj seguía avanzando. Sentía la presión.

El profesor Brain se giró en redondo, un tanto sorprendido de que Charlotte hubiese hablado en lugar de callarse, como él pretendía.

—¿Qué trucos? —le preguntó a Charlotte.

—Pues los trucos esos de la *Guía del Muerto Perfecto*. Es que no doy ni una —contestó.

—¡Qué raro! —dijo Prue sarcásticamente, riendo entre dientes.

/Olvida el coche fúnebre que yo no moriré jamás / Tengo nueve vidas / Ojos de gato / Agoto cada una de ellas y vivo a mis anchas.



—Silencio, Prudence —ordenó Brain con un tono serio inesperado en tan emotiva sesión—. Los demás habéis tenido vuestro periodo de adaptación ¿verdad? Pues bien, ella apenas acaba de empezar —dijo el profesor Brain, meditando con gravedad sobre el comentario de Charlotte—. Y ya que hablamos de «periodos», quizá sean la mejor forma de explicarlo —continuó crípticamente.

Jerry, Mike y DJ reaccionaron con risitas a la palabra «periodo».

—La mente y el cuerpo maduran a distinto ritmo. Sobre todo entre los adolescentes, ¿me equivoco, caballeros? —preguntó el profesor Brain a la vez que Mike, Jerry, DJ y los demás refrenaban de forma instantánea sus risas con toses apuradas. Logrado su objetivo, Brain continuó—: Sólo porque tu cuerpo esté programado hormonalmente para el primer peri... esto, para la primera menstruación, es decir, el hecho de estar físicamente capacitada para la reproducción a partir de determinada edad no implica que estés emocional o psicológicamente preparada para ello. En otras palabras, tu cuerpo es el de una mujer, pero sigue gobernado por la mente de una niña.

Llegados a este punto, todos empezaban a sentirse algo incómodos ante la profundidad y lo detallado de la lección de Brain.

Pam intervino entonces de manera inesperada.

—Lo que dice —aclaró Pam— es que estar muerta no significa a la fuerza que estés preparada para renunciar a la vida. Mentalmente, no has desconectado.

—Y hasta que así sea —aconsejó Brain—, no podrás ejercer tus poderes plena o correctamente, lo que por otra parte es esencial para cruzar al otro lado. Es más, intentarlo puede llegar a ser peligroso para ti... y para los demás.

—¿Así que tengo que estar «mentalmente muerta» para que me funcionen trucos como la posesión? —preguntó Charlotte con ingenuidad.

La clase entera tragó saliva cuando Charlotte pronunció la palabra que empieza por «pe».

—Te crees demasiado buena para estar muerta, ¿eh? —arremetió Prue, entornando los ojos como un matón a punto de liarse a puñetazos.

—No estamos en clase de cine, Charlotte —dijo el profesor Brain, visiblemente enojado.

Charlotte se mostró confundida a la vez que el profesor Brain empezaba a escribir en la pizarra como un poseso.

—Yo no enseño posesión, porque apropiarse del cuerpo de una persona viva va en contra del fin último de la aceptación, que es lo que aquí tratamos de conseguir juntos —Brain continuó apuntando de nuevo hacia los doce pasos de la pizarra—. Es la expresión máxima del egoísmo.



Era evidente que Charlotte había tocado la fibra sensible de Brain e, incluso, la de sus compañeros.

—Además, la posesión es imposible salvo en circunstancias extraordinarias —dijo Brain, con la esperanza de desactivar la fascinación de Charlotte hacia el tema de manera similar a como lo haría un padre poco preparado enfrentándose al tema del sexo.

—¿Imposible? —preguntó Charlotte, mientras en sus ojos se apagaba el último brillo de esperanza.

—Se necesita un huésped bien dispuesto, y nadie puede vernos, de modo que ni siquiera es una opción. Tiene que ser consensuado —respondió, tratando de poner punto final al asunto.

—Consensuado. Tiene sentido —murmuró Charlotte, recordando la lidia con Petula en Educación Vial—. Entonces, ¿te tiene que ver para que consienta ser poseída? —recapituló Charlotte.

El timbre no pudo sonar más a tiempo para el profesor Brain y sus compañeros, que se apresuraron a recoger sus cosas para irse.

—Sólo una cosa más. Recordad que esta noche van a enseñar la casa. *Esta noche*, chicos. Necesitáis esa casa tanto como el alma al cuerpo —gritó el profesor Brain mientras la dase se dispersaba.

Charlotte se demoró, ensimismada, tratando de sacar algo en claro de todo aquello. Al pasar junto a la mesa de Brain, éste la detuvo.

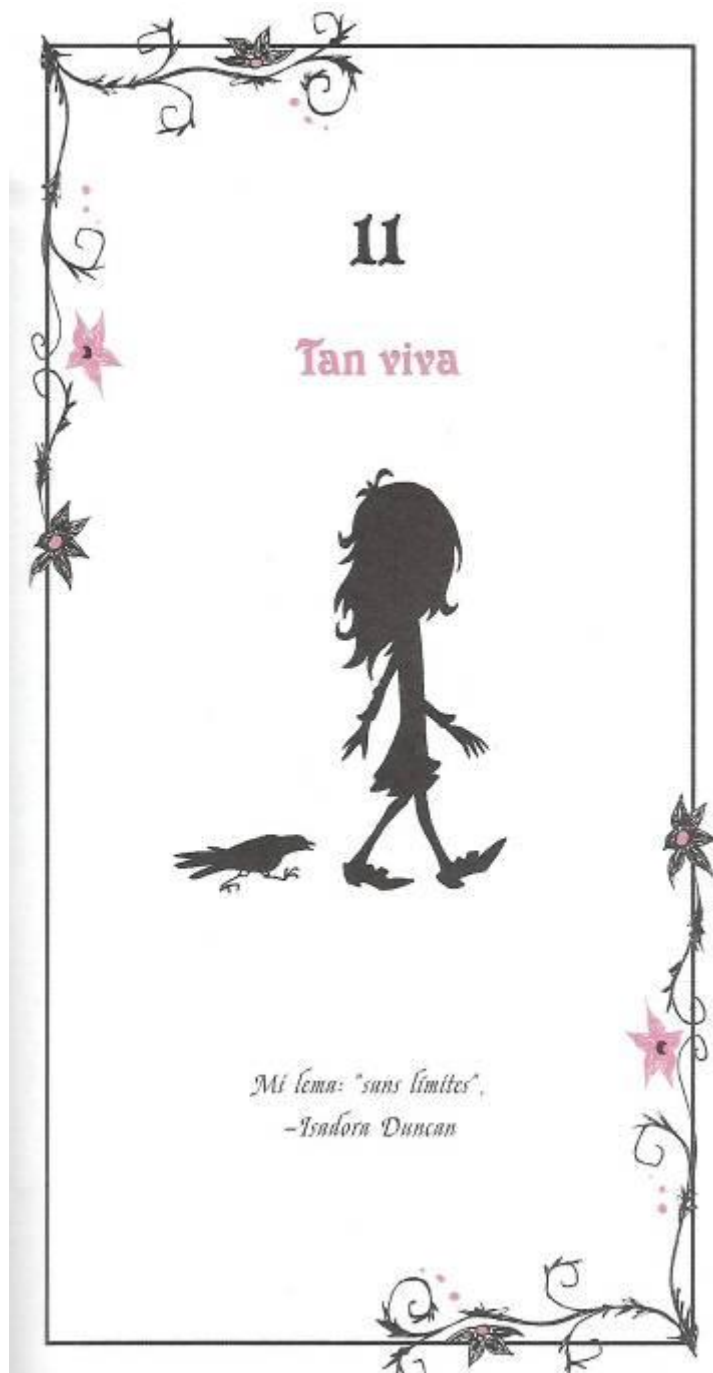
—Ha dicho que nadie puede vernos —inquirió Charlotte.

—Charlotte, ¿es que eres visible para alguien? —preguntó.

Charlotte, que no creía que hubiese llegado todavía el momento de sincerarse, se encajó su Muertario bajo el brazo, dio media vuelta y salió de clase, con la expresión «bien dispuesta» resonando en su mente.



Capítulo 11





Soporte vital.

Respiradores, monitores, goteros y desfibriladores, aunque cruciales para enfermos y moribundos, sirven de poco a los muertos. El soporte que Charlotte precisaba no era técnico, precisamente. Necesitaba a alguien que tuviera la suficiente fe en ella como para entregarse por completo. No alguien en quien tan sólo apoyarse, sino alguien que permitiese a Charlotte introducirse, alojarse, convertirse en ella. Un alma gemela.



—¿¿¿Qué quieres hacer qué??!! —Scarlet, atónita, escupió una cucharada entera de sopa de guisantes sobre la mesa de la cafetería. No podía creer lo que acababa de escuchar.

Charlotte dio un respingo, cerró los ojos como si fuera a alcanzarla la ráfaga de sopa y sonrió por un segundo ante el momento *exorcista*.

Piccolo Pam observaba el *tête à tête* desde la mesa muerta, sintiéndose algo excluida.

—Entonces, ¿qué te parece? —preguntó Charlotte de nuevo, examinándose el vestido en busca de restos de sopa que limpiarse y esperando obtener esta vez una respuesta algo más favorable.

—Me parece que esta mañana has brillado por tu ausencia en los lavabos cuando te necesitaba y que ahora pretendes utilizarme —dijo Scarlet.

—Siento no haberme presentado. Andaba metida en otro asunto —contestó Charlotte.

—¿Metida en otro asunto o en otra *persona*? —puntualizó Scarlet.

—Yo también tengo mi vida... O sea, bueno, ya sabes lo que quiero decir —repuso Charlotte a la defensiva.

—¿Y qué gano yo con esto? —preguntó Scarlet.

—Bueno, ¿es que nunca has querido ser invisible? —dijo Charlotte.

—Todos los días —repuso Scarlet.

—Pues mira, ahí lo tienes, ésta es tu oportunidad —insistió Charlotte.

Una sonrisa surcó el rostro de Scarlet de oreja a oreja, mientras Charlotte la cogía de la mano y la sacaba de la cafetería.

—Espera, ¿dónde vamos? Todavía tengo hambre —dijo Scarlet mientras Charlotte tiraba de ella.

—Ya, ¿y no prefieres comer en la sala de profesores? —dijo Charlotte, insinuando un mar de posibilidades a una Scarlet a quien ya picaba la curiosidad.

Mientras buscaban una sala desierta, prosiguieron con su conversación. A los estudiantes con los que se cruzaron por el pasillo les pareció que Scarlet hablaba sola. Como si a Scarlet le importara algo. Era una de las cosas que más le gustaban de ella a Charlotte. Esa desfachatez en público, que exhibía como una condecoración, era algo que sin lugar a dudas compartía con su hermana, aunque de manera muy distinta. Petula era una líder; Scarlet, una paria. Una buscaba el placer de sentirse



idolatrada; la otra, el de sentirse ignorada. Charlotte no era ni una cosa ni la otra: ni tan estupenda como para que la adoraran ni tan descarada como para que la odiasen.

Las chicas encontraron una sala vacía al fondo del pasillo. Charlotte entró primero para comprobar que no había ningún estudiante escondido en alguna esquina y luego le hizo una señal a Scarlet para indicarle que no había moros en la costa. Esta entró y cerró la puerta. Las luces estaban apagadas y la única fuente de luz emanaba de las soluciones químicas fluorescentes que burbujaban azules, rojas y violetas en el interior de vasos de precipitados colocados sobre mecheros Bunsen. Un sitio alucinante para tumbarse en el suelo a desconectar, con el iPod a todo volumen, pero en las circunstancias actuales resultaba escalofriante.

Ambas eran conscientes de que estaban a punto de algo que nadie había hecho antes. Algo más allá de lo conocido; más allá de la vida y la muerte. Ninguna sabía con certeza qué iba a ocurrir o cómo acabaría la cosa para ellas, pero estaban dispuestas a intentarlo porque, bueno, porque podían.

—¿Cuánto dura una sesión de posesión? —preguntó Scarlet.

—Lo que quieras —la tranquilizó Charlotte.

—Pues brindemos por que haya buena química, entonces —bromeó Scarlet con nerviosismo, mientras Charlotte consultaba en su libro por última vez el conjuro de posesión.

—El libro dice que sólo hay que hacer el ritual al comienzo de cada sesión— explicó Charlotte—. Luego, podremos intercambiarnos a nuestro antojo.

Scarlet estaba dispuesta, pero inquieta.

—No te preocupes — dijo Charlotte—. Me he encargado de todo. Te he apuntado, quiero decir, me he apuntado como tutora de Física de Damen. Va a reunirse conmigo en el campo de fútbol para su clase particular —continuó Charlotte con la precisión de una planeadísima operación encubierta del FBI.

—Espero que funcione porque... —Scarlet dejó la frase en suspenso, reacia a añadir cualquier descripción de lo que podría suceder—... no tengo ni idea de Física.

—Una vez esté dentro de ti, la tendrás —la animó Charlotte—. Confía en mí.

Pero las compuertas de la imaginación de Scarlet se abrieron de todas formas. No quería ni pensar en la posibilidad de quedar atrapada en otra dimensión, perdida para siempre. Quizá acabara sumida en un estado de narcolepsia, consciente de su situación pero incapaz de comunicarse. Una suerte de infierno donde nadie pudiese oírla y donde ella no pudiese morir ni vivir del todo, atascada por así decirlo entre ambos estados. Tal vez quedara atrapada para la eternidad. Y eso era mucho, mucho tiempo.



—Todavía no entiendo por qué razón te preocupa tanto que apruebe o no — Scarlet hizo la pregunta en parte para ganar tiempo y en parte para satisfacer su curiosidad.

—Mi asunto pendiente es ayudar a Damen. Es lo que estaba a punto de hacer antes de morir —dijo Charlotte con franqueza, a sabiendas de que con Scarlet no podía andarse uno con tonterías y era necesario tomar todas las precauciones necesarias para no hacer sonar las alarmas.

—¿Darle clases de Física a un tío es tu gran asunto pendiente? —preguntó Scarlet con recelo.

—Mira, eres la hermana de Petula... así que tiene su sentido que puedas verme — dijo Charlotte a la vez que colocaba su *Guía del Muerto Perfecto* sobre la mesa del laboratorio a fin de poder leer y mirar a Scarlet a la vez—. Eres mi único camino hacia la resolución.

—Me alegro de que estés tan segura... Mi cuerpo va camino del campo de fútbol para dar clases particulares a un chico popular —dijo Scarlet con sarcasmo.

—Nadie te va a ver, te lo aseguro —dijo Charlotte. Cogió a Scarlet de los hombros y empezó a situarlos en línea con los suyos—. Nuestros corazones deben estar perfectamente alineados —dijo consultando su libro y moviendo a Scarlet tan delicadamente como podía.

—Ahórrame los detalles —dijo Scarlet, a quien la idea de que revolvieran en su corazón palpitante rebotante de sangre la hizo encogerse.

—Venga, chica, además, ¿no dicen que la primera vez no se olvida? —dijo Charlotte, tratando de desviar la atención de lo que se traían entre manos.

—Sí, pero porque siempre es la más grotesca y horrible —contestó Scarlet.

—No tenemos que hacer nada que no quieras, y podemos parar cuando digas — aseguró Charlotte, tratando de que Scarlet se relajara y no se sintiera atrapada y sin ningún control sobre la situación.

—No hay nada más punk que una posesión —dijo Scarlet, haciéndole una señal a Charlotte para que iniciase el ritual.

—¿Estás lista? —dijo Charlotte, y empezó a leer su *Guía del Muerto Perfecto* en voz alta. Con su silueta recortándose contra los vasos de precipitado de colores, Charlotte leyó el conjuro: «Tu y yo, nuestras almas son tres...».

Scarlet respiró hondo y miró a Charlotte a los ojos, mientras se agarraban fuertemente de las manos, sacando fuerzas y valor la una de la otra.

—«Yo y tú, nuestras almas son dos...» —dijo Charlotte a la vez que sus pálidas manos empezaban a fundirse en las de Scarlet como cera caliente.



Estaban atónitas por lo que estaba sucediendo ante sus ojos. Sus cuerpos continuaron fundiéndose en una suerte de osmosis ultramundana, de los pies al torso.

—«Somos yo...» —dijo Charlotte, encajando su corazón en el de Scarlet al tiempo que desaparecía en el cuerpo de ésta.

A los ojos de Scarlet se asomaban periódicamente, como una serie de sinapsis fallidas, retazos de Charlotte en el interior de su cuerpo.

—«... dentro de *ti*» —dijo Charlotte a la vez que hacía girar sus ojos marrones de ratón y éstos desaparecían en lo más hondo de Scarlet.

Los ojos de Scarlet aparecían ausentes. Dos negros vacíos reemplazaban ahora el bonito color avellana en el interior de sus órbitas.

Un segundo después el alma translúcida de Scarlet abandonó su propio cuerpo, cediéndoselo a Charlotte por completo. Los ojos de Scarlet reaparecieron, aunque con un brillo muy distinto. Su lenguaje corporal reflejaba ahora la personalidad de Charlotte, y no la suya.

Consciente de que la posesión había sido un éxito, Charlotte respiró hondo y se palpó su nuevo cuerpo. Scarlet ascendió flotando hasta el techo, donde se demoró momentáneamente, miró hacia abajo y vio a Charlotte pasando las manos por todo su cuerpo.

—¡Oye, deja ya de manosearme! —chilló Scarlet, mientras su forma espectral empezaba a atravesar con facilidad los paneles blancos del techo.

—Perdona... —dijo Charlotte de forma distraída en el momento en que Scarlet atravesaba del todo el techo y dejaba de oírla—. Es que me siento tan... viva.



Capítulo 12





Del revés.

Ocupar el cuerpo de otra persona es comparable a que le grapen a uno el estómago como tratamiento contra la obesidad. Pierdes un montonazo de peso, pero la niña gordita e insegura de siempre sigue ahí dentro. El mismo fruto, sólo que en una cáscara distinta. Charlotte seguía siendo igual de rara. Igual de insegura. Igual de necesitada de atención, pero en el cuerpo de Scarlet, eso no contaba del todo.



Charlotte abrió la puerta del laboratorio de química y salió al pasillo con cautela. Estaba encantada de estar «viva» otra vez, y se notaba. El gesto malhumorado tan propio de Scarlet aparecía ahora atenuado, transformado en una amplia sonrisa de esperanza más parecida a la de Charlotte y los estudiantes la miraban dos veces mientras ella se dedicaba a repartir besos a diestro y siniestro, saludando a completos extraños con una vehemencia inusitada. Pero la metamorfosis no sólo se plasmaba en su actitud; bajo el control de Charlotte, el cuerpo de Scarlet también había empezado a adoptar un aspecto y una forma de moverse diferentes. Su postura se volvió más erguida, sus andares menos cansinos, hasta su comportamiento —vaya por Dios— se tornó más femenino.

A Charlotte le maravilló comprobar que era mucho más fácil alojarse en Scarlet que en Petula. Recordó la charla de Brain y la importancia de una buena disposición en todo el proceso de posesión, y se lo agradeció en silencio.

«Él lo sabe todo», pensó, mientras acariciaba con los dedos de Scarlet las paredes de bloque de hormigón pintado.

Palpó cada grieta y cada desconchón como una ciega leyendo Braille, embebiéndose de la sensación de la que había sido privada durante lo que se le antojaba una eternidad.

A pesar de la segunda oportunidad que tan generosamente le proporcionaba Scarlet, Charlotte no estaba del todo convencida de su plan. Al fin y al cabo, la posesión de Scarlet era el Plan B. Aquéllos no eran el cuerpo, el pelo, la ropa, el aspecto que Charlotte buscaba y menos aún eran rasgos que la mayoría de chicos, y por descontado el más popular del colegio, encontrasen agradables, por emplear un calificativo amable. Además, la posesión era temporal y —consideraciones morales aparte— no iba a ser nada fácil conseguir que un chico dejara a su novia de revista para irse con su gótica hermana pequeña.

Con todo, Damen había acudido al rescate de Scarlet en el incidente de la ducha, recordó. Y eso ya era algo para empezar. De vuelta al punto de partida, Charlotte empezó a sentir cierto sentimiento de gratitud. ¿Quién era *ella*, después de todo, para criticar el atractivo de Scarlet en modo alguno? Ah sí, ella era la estúpida niña rara que se había asfixiado con una golosina, según Petula.

Charlotte siguió avanzando por el pasillo, como si fuera el alma de la fiesta, dejando a su paso rostros atónitos y confundidos mientras se dirigía a las puertas traseras y de ahí al campo de fútbol.

* * * *



Entre tanto, Scarlet también se divertía. Tras atravesar el techo flotando y acceder con sorprendente facilidad al angosto espacio inmediatamente superior, vagó sin rumbo durante un rato hasta que escuchó retumbar la pedante voz de su arrogante profesor de Literatura en el aula de abajo. El profesor Nemchick parecía estar más interesado en humillar que en enseñar a los estudiantes, y con muchas ínfulas escribía cada tema en la pizarra como si estuviera dispensando los Diez Mandamientos. Scarlet no podía dejar pasar la oportunidad de fastidiarle, aunque sólo fuera un poquito.

—Hoy —empezó el profesor Nemchick—, vamos a comparar a «T-r-u-m-a-n C-a-p-o-t-e» con «H-o-m-e-r o» se cuidaba muy mucho de no hablar más deprisa de lo que escribía, lo que resultaba tremendamente irritante.

Cuando se volvió hacia la clase para iniciar el debate, Scarlet modificó los nombres para que pudiera leerse «Truman Capote» y «Homo». La clase estalló en carcajadas, y Nemchick, se quedó allí plantado, totalmente humillado y más que confundido.

A continuación, Scarlet atravesó una pared y se coló en la clase de Salud Personal contigua, donde dos cabezas de chorlito jugadores de fútbol, Bruce y Justin, se burlaban de Minnie, una chica tímida e indefensa que se sentaba junto a ellos. Scarlet garabateó febrilmente una nota en un pedazo de papel y se lo embutió a Bruce en la mano, a todas luces a la vista de la profesora.

La profesora arrancó la nota de los dedos gordos como salchichas de Bruce y procedió a leerla en alto a toda la clase.

—«Justin, me encanta meter...» —la profesora Bilitski hizo una pausa, reacia a continuar.

—En esta clase siempre hemos seguido la política de «si pasas una nota y te pillan, se lee en alto a toda la clase» —le recordó Minnie con aplomo, convencida de que la nota era incriminatoria.

Incapaz de rebatir el argumento de Minnie, la profesora Bilitski prosiguió:

—«... me encanta meter las manos entre tus piernas robustas, calientes y sudorosas cuando me entregas la pelota. Luego saboreo tu olor en mis manos hasta el momento en que volvemos a encontrarnos. Nos vemos esta noche después del entrenamiento. Con cariño, tu colega, Justin».

—¡Y una mierda! —exclamó Bruce, asqueado, a la vez que Justin se apartaba de su amiguito lo más anatómicamente posible.

—Quizá os interese ahondar en el tema «La represión del impulso homosexual entre atletas de instituto» para el trabajo de clase, ¿qué os parece? —preguntó la profesora, mientras los asombrados compañeros de clase volvían la cabeza con brusquedad y lanzaban miradas acusatorias a los sonrojados colegas, que se encogieron lentamente detrás de sus pupitres.



—Sal, sal, sal de donde estés —la débil voz de Minnie resonó en el incómodo silencio, acentuando la humillación más que merecida de los chicos. Scarlet rió de satisfacción, estiró el brazo para un choque de manos no correspondido con Minnie y se puso en marcha.

Entonces puso rumbo a los servicios, la siguiente parada en su sedienta ruta de venganza. Sobre la encimera del lavabo reposaba un café, que obviamente pertenecía a la chica que ocupaba uno de los retretes. Scarlet se asomó por debajo de la puerta y se encontró con que la chica era una pija que siempre la elegía la última en clase de Gimnasia.

Scarlet se dirigió con toda calma al retrete contiguo, que estaba desocupado, y cogió un pelo púbico del asiento del retrete. Se acercó hasta el café de la chica y lo dejó caer dentro.

* * * *

Era un día perfecto para el entrenamiento de fútbol: fresco y seco. El sol vespertino se preparaba para ocultarse, mientras los pitidos del entrenador cabalgaban sobre la brisa helada que soplaba contra los oídos de los jugadores y sembraba el campo de hojas carmesíes. Había grupos de chicos por todas las esquinas del complejo haciendo ejercicios de calentamiento y estiramientos, e incluso había algunos casos perdidos que daban vueltas de castigo al campo en lugar de quedarse dentro.

Charlotte recorrió la parte exterior de la pista de atletismo y encontró un tranquilo rincón debajo de una grada apartada, extendió la manta a cuadros que había embutido en la mochila de Scarlet y esperó a que se presentara Damen. Obsesionada, le dio una y mil vueltas a cómo colocar la manta, como si fuera una adicta al sol buscando el mejor ángulo para ponerse morena, lo que resultaba irónico, porque a la piel de porcelana de Scarlet no parecía que le hubiese dado el sol en años.

Finalmente decidió dejar la manta como cayera, y resultó ser la decisión correcta, porque fue a posarse sobre un mar de alegres flores silvestres que crecían a su antojo en la sombra, como una islita perfecta de lana y flores que aguardaba pacientemente a que una pareja naufragara en ella. Charlotte se acomodó muy despacio sobre las rodillas en el momento mismo en que Damen bajaba por las gradas que se cernían sobre ella.

Estiró el brazo a través del hueco y le agarró la pierna.

—Pero ¿qué...? —gritó Damen, apartando sobresaltado la pierna de un tirón.

Bajó la vista, vio que era la mano de Scarlet que le agarraba del tobillo y se relajó.

—Casi me matas del susto —dijo, a la vez que saltaba al suelo y se agachaba para meterse bajo las gradas.



—Vaya, no se me había ocurrido —dijo Charlotte, casi hablando para sí.

—¿Cómo? —contestó Damen sin prestar demasiada atención.

—Bueno, pues eso, que entonces, esto, no tendrías que hacer el examen de Física —improvisó Charlotte—. No es más que una pequeña broma privada mía —remató, ansiosa por cambiar de tema—. De todas maneras, perdona por lo de la pierna. Pensaba que a lo mejor no me veías —añadió en un intento de comenzar desde cero.

—Te veo —dijo Damen, sin saber cómo iba nadie a no fijarse en Scarlet; llamaba tanto la atención.

—Empecemos entonces —señaló Charlotte, adoptando un aire muy profesional—. Yo seré tu tutora de Física.

—Ya, ¿estás de broma, verdad? —dijo Damen—. Vamos, lo digo porque ya nos conocemos. Aunque sea un poco de aquella manera.

—Sí, claro, por supuesto —respondió Charlotte—. Petula, la ducha, etcétera.

—Sí... —dijo Damen, convencido de que aquélla era la forma que ella tenía de admitir que lo de la tutoría no era sino una broma.

—Sí, quiero decir, no, necesitaba ese crédito extra y tú eras el primer nombre de la lista. Me apunté antes incluso de leer tu nombre, y luego me di cuenta de que había firmado con bolígrafo, así que... —dijo Charlotte, advirtiendo que no dejaba de tartamudear.

—¿Qué tal si empezamos desde el principio y nos dejamos de formalismos? —preguntó Damen educadamente. La agarró de los brazos y, aplicando una levísima presión, la obligó a sentarse en la manta. La suavidad y firmeza del gesto dejaron a Charlotte completamente atontada. Damen se dejó caer después que ella—. Bonita manta. Creía que te traerías una toalla negra —dijo Damen, ensayando un chiste de su cosecha.

Charlotte, que al principio no estaba muy segura de a qué se refería, acabó por coger la indirecta.

—Ah... La toalla negra del baño... —dijo soltando una carcajada demasiado estrepitosa.

Damen se rió de su chiste de la toalla un instante, se puso cómodo y abrió su libro. Miró hacia Charlotte y advirtió que llevaba el libro forrado con una bolsa de papel marrón y una pegatina de LA GRAVEDAD TE CORTA EL ROLLO en la portada.

—Empecemos —dijo ella, señalando la pegatina.

—No lo entiendo —dijo él mirando la pegatina de forma concienzuda.

El silbido que escuchó justo en ese momento pudo provocarlo el viento, pero Charlotte habría jurado que era el sonido de la ironía rozando la cabeza de Damen.



—Seguro que piensas que soy idiota perdido —dijo, demostrando inusualmente estar al tanto de que, si bien era reverenciado por Hawthorne casi en pleno, existía un reducido porcentaje de chicos, él quería pensar que minúsculo y en el que se contaba Scarlet, que se burlaban sin piedad de él a su espalda. El hecho de que la sesión de tutoría de por sí transcurriera en tan veladas circunstancias demostraba que Damen sentía que al menos tenía un secretillo que ocultar.

—Qué va —se apiadó Charlotte.

—Es como raro que me dé clase la hermana pequeña de mi novia —dijo mientras miraba de reojo entre los huecos de las gradas a Petula, vestida de animadora, que se preparaba para las pruebas haciendo estiramientos en el césped—. ¿Qué te parece si mantenemos esto en secreto, ya sabes, sólo entre tú y yo?

—Todo lo que hagamos será estrictamente confidencial... —dijo ella dejando una puerta abierta a, bueno, a que se cumplieran sus sueños más salvajes—. Todo... —repitió.

Concluidos los formalismos, Charlotte y Damen se pusieron a ello. Por mucho que la impresionara Damen, Charlotte empezó la clase con soltura y seriedad. Se jugaba el Baile de Otoño, y no iba a dejar que nada se interpusiera entre ella y el premio, nada, ni siquiera sus sentimientos.

Damen estaba inquieto y al cabo de un rato, con los ojos ya vidriosos, empezó a pasear la mirada de aquí para allá. Consciente de que el chico necesitaba hacer una pausa, Charlotte levantó la mirada para ver qué le estaba distrayendo. Cómo no, eran las pruebas para animadora, que ya habían empezado en el campo de fútbol.

—¿Sabes qué? Estaba pensando en presentarme a las pruebas —espetó Charlotte, tratando de reclamar la atención de Damen.

—Sí, seguro. Ni muerta te presentarías tú a las pruebas de animadora —contestó él desechando por completo su comentario.

Sin mediar palabra, Charlotte cerró el libro de golpe y echó a andar hacia el campo de fútbol. Damen se quedó paralizado al principio, pero enseguida se echó a reír, pensando que Scarlet estaba de broma o iba a hacer una de las suyas.

Las Wendys supervisaban las pruebas a animadora como auténticas funcionarias de prisiones, cotejando los nombres de la lista con los carnés del instituto y comprobando que ninguna candidata llevara ni un mechón de sus melenas oxigenadas fuera de su sitio. Atusaban y meneaban a todas las de la fila a fin de que estuvieran perfectamente presentables para cuando Petula les pasara revista.

Desde las gradas, Damen escrutaba la hilera de candidatas y hacía apuestas sobre cuáles pasarían el corte, cuando vio a Charlotte-convertida-en-Scarlet situarse a un extremo de la fila. No parecía una buena apuesta. Allí plantada junto a las futuras Miss Jovencita de EE.UU., resultaba más gótica y fuera de lugar que nunca.



Charlotte se arrancó parte de la falda de Scarlet y rasgó la tela, con la cuchilla de un solo filo que Scarlet siempre llevaba en el bolsillo, para hacerse unos pompones. La idea era sin duda innovadora, pero resultaba difícil que le fuese a procurar la amistad o el favor de las Wendys. Las demás chicas de la fila eran indistinguibles, rigurosamente uniformadas con camiseta de tirantes y falda blancas; una procesión de cabecitas perfectamente peinadas y de cuerpos perfectamente esculpidos.

Las Wendys vieron a Charlotte cuando se aproximaban al final de la fila. Ambas se encogieron a la vista de su uniforme y pompones tan peculiares, pero en lugar de rechazarla al instante, decidieron que antes se divertirían un poco a su costa, conscientes de que era una oportunidad única para humillarla de una vez por todas.

—Anda, mira —dijo Wendy Thomas con una risita—. Satán tiene espíritu.

Las dos amigas escondieron las uñas y se volvieron hacia las candidatas.

—¿Alguna está con la regla? —preguntó Wendy Anderson, para comprobar si alguna de las chicas estaba con el periodo.

—¡No! —chillaron a coro las chicas estallando en risitas.

—¿No? Vaya, pues lo siento, Gotiquita, nada de sangre por aquí—dijo Wendy Thomas con fingida desilusión.

—Vengo a hacer la prueba —dijo Charlotte de manera tajante.

Las Wendys le dieron la espalda a Charlotte para discutir sobre cuál sería su siguiente paso o «corte».

—No sé qué es lo que intenta, pero vamos a darle cancha para que se cave su propia tumba —susurró Wendy Anderson.

—Cruza los dedos —dijo Wendy Thomas, rencorosa—. ¡Petula va a alucinar en colores!

Las chicas se volvieron hacia Charlotte y emitieron su veredicto.

—Tenemos hueco para una más, ¿verdad que sí, Wendy? —dijo Wendy Thomas con voz burlona, para sorpresa y tormento del resto de candidatas.

—Pues sí, Wendy, así es —asintió Wendy Anderson.

—No sé a qué has venido, pero sí que vas a desear no haberlo hecho —dijo Wendy Thomas.

—Vengo a animar —declaró Charlotte a la vez que torcía el característico gesto huraño de Scarlet en una sonrisa ultrabrillante.

—Pues bienvenida a... tu funeral —se mofó Wendy Anderson, que le echó una mirada al atuendo de Charlotte, garabateó un número y se lo tendió de mala manera.

Charlotte se prendió orgullosa el número: 666.



Damen las miró con escepticismo, preguntándose qué guardaban las Wendys bajo sus idénticas mangas, y en ese momento Petula se adentró en el campo.

—¿Qué narices hace su jodido y apestoso culo virgen contaminando *mi* campo de fútbol? —gruñó Petula al aproximarse.

* * * *

Scarlet se lo estaba pasando como nunca y se dirigió a la sala de profesores, sin dedicar un solo pensamiento a lo que Charlotte pudiera estar haciendo en su cuerpo.

—De modo que éste es su habitat —se dijo mientras contemplaba a los profesores almorzando y charlando entre ellos.

Reparó en dos pares de pies que jugueteaban debajo de una mesa; unos calzados con tacones y los otros con unas recias botas negras. Eran dos mujeres, haciendo un sucio bailecillo debajo de la mesa.

—¡Lo sabía! —exclamó Scarlet, entusiasmada de hallarse en posesión de semejante información y tomando asiento en la repisa de la ventana.

Una de las profesoras, sintiendo un escalofrío, se acercó a la ventana y miró a través de Scarlet hacia el campo de fútbol. Scarlet, ajena a lo que ocurría fuera, empezó a ponerse nerviosa.

—¡Ay, Dios! —chilló la profesora, y se inclinó aún más hacia la ventana, sus ojos prácticamente contra los de Scarlet.

Convencida de que la habían cazado, Scarlet se bajó de un salto de la repisa y huyó a un rincón.

La profesora abrió la ventana y llamó a los demás con un gesto de la mano para que acudieran a mirar. Los profesores acudieron raudos, y finalmente Scarlet hizo tres cuartos de lo mismo.

—Pero ¿qué narices?! —chilló ésta, al lado de los profesores, espantada por lo que estaban viendo sus ojos.

—Eso no es muy gótico que digamos, ¿eh? —dijo con sorna la señorita Pearl, una de las profesoras recién sacadas del armario, mientras Charlotte, en plena prueba, saltaba, giraba y hacía piruetas sin el menor esfuerzo, con una habilidad e ímpetu desconocidos para los profesores y Petula. Damen, entre tanto, observaba boquiabierto desde las gradas, disfrutando aparentemente con cada instante del ejercicio de Charlotte... y con la agonía de Petula.

¡A GANAR!



Sí, Sí...

—¡G*A*N*A*R*!—cantó Charlotte, deletreando la palabra y marcando cada letra con una patada o un salto.

—¿Se puede saber qué narices estás haciendo? —le chilló Scarlet a Charlotte.

Scarlet se lanzó en picado hacia Charlotte, decidida a poner fin a la humillación pública a la que ella —bueno, o su cuerpo al menos— estaba siendo sometida.

Charlotte estaba que se salía y siguió cantando, completamente ajena al hecho de que Scarlet la observaba.

¡A GANAR!

¡Sí, Sí!

¡ESTE PARTIDO LO VAMOS A...!

Aterrada por la idea de lo que pudiera venir a continuación, Scarlet decidió actuar. Se empotró en Charlotte, expulsándola de su cuerpo y dejándola suspendida en el aire. Una vez con los pies en tierra de nuevo, Scarlet recuperó el control de su cuerpo y acabó la cantinela a su manera.

—¡J*O*D*E*R*!—espetó a la vez que clavaba la pirueta, todo un logro para una animadora en ciernes.

El campo de fútbol era ya un hervidero de excitación y un pequeño grupo de estudiantes hacía corro para observar las piruetas ultramundanas de Scarlet. Así de impresionantes eran. Las demás animadoras, sintiéndose amenazadas, se agruparon rápidamente para maquinarse una respuesta.

Las animadoras rompieron el corro con una palmada y, adoptando su expresión más profesional, se colocaron en formación de animación, frente a Scarlet.

Tres de ellas dieron un paso adelante —Petula y las Wendys— para arrancar con la réplica. Aunque la superaban en número, Scarlet estaba preparada. Wendy Thomas se adelantó y disparó la primera salva.

¡TÚ DE ESO, NADA DE NADA,

NOSOTRAS AL MENOS TENEMOS BUENA CARA!

¡NI ESTAMOS A DOS VELAS,

NI EL SOL NOS DA LA ESPALDA.'



Y batió las palmas con aspereza. Scarlet, que la miraba y escuchaba impertérrita, respondió a continuación con una pulla de su propia cosecha.

¿VOSOTRAS A DOS VELAS?

¡PUES CLARO QUE NO!

¡TENÉIS CITA GRATIS

EN PLANIFICACIÓN!

Scarlet dobló el dedo índice y se «apuntó» un tanto en un marcador imaginario. Wendy Anderson era la siguiente. Hizo un puente hacia atrás con remonte y empezó:

*QUE MAS QUISIERAS TÚ,
QUE ALGÚN TÍO TE HICIERA CASO...*

Antes de que Wendy pudiera declamar el resto de su rencorosa arenga, Scarlet la interrumpió.

*¡AL MENOS NO ME AGOBIO
SI LA REGLA VIENE CON RETRASO!*

Los deportistas estallaron a reír como histéricos, alucinados con lo que Scarlet acababa de decir. Scarlet se llevó un dedo a la boca y sopló, como si fuera el cañón humeante de una pistola. El aplauso fue ensordecedor.

—Oh, no —se quejó Charlotte, que veía cómo sus esperanzas de impresionar a Damen y ganarse la aceptación de Petula se esfumaban tan deprisa como el ego de las Wendys.

La muchedumbre crecía por momentos y había ya caras aplastadas contra todas las ventanas. Se acercaba el desenlace y se podía palpar la tensión. Era el turno de Petula, y ésta decidió ser original y hacer una auténtica exhibición de liderazgo animador. En lugar de esgrimir una rima, Petula agarró a las Wendys y se pusieron a cantar. Una pegadiza canción de campamento, retorcida y vil, que hirió a Scarlet como sólo una hermana puede herir.

*SI ERES UNA APESTADA, Y LO SABES
CÓRTATE LAS VENAS.*



*SI ESTÁS DEPRIMIDA, Y LO SABES,
CORTATE LAS VENAS.
SI TE MUERES POR QUE TE HAGAN CASO,
O TU VIDA ES UN FRACASO.
¡SI ERES UNA APESTADA, Y LO SABES,
CORTATE LAS VENAS!*

Petula y las Wendys se volvieron hacia la audiencia y saludaron, para restregarle la humillación a Scarlet en la cara un poco más.

Scarlet saltó a escena, pasó junto a las Wendys con desdén, y se fue a por la Zorra Reina, su hermana, Petula.

*¡EL PRÓXIMO OTOÑO,
GORDA, SEBOSA Y SIN SOLUCIÓN,
BUSCARÁS AL PADRE DE TU RETOÑO
EN UN PROGRAMA DE TELEVISIÓN.*

«Ohhhhh», coreó la muchedumbre, abochornada por Petula.

Scarlet no había hecho más que empezar cuando Charlotte trató de meterse en su cuerpo una vez más. Ya fuera porque quería echarle una mano a su amiga o porque estaba celosa de que Scarlet le hubiera robado el protagonismo que ella se había trabajado, el caso es que estaba decidida a montar una escena.

—¿Qué haces? —le preguntó Charlotte, desesperada—. Vas a estropearlo todo.

—¿Quién? ¿Yo? —la atajó Scarlet—. ¡Oye, que no soy yo quien hace méritos para entrar en las Paraolimpiadas!

El forcejeo entre los dos espíritus lanzó el cuerpo de Scarlet hacia el cielo como una muñeca de trapo, volteándolo de aquí para allá en una danza de *Tigre y Dragón* que desafiaba todas las leyes de la gravedad. Mientras las chicas botaban, se retorcían y giraban más y más deprisa, todo lo que se alcanzaba a ver era un remolino de brazos y piernas que, como un derviche en pleno frenesí, ardían sobre el campo.

La muchedumbre se volvió loca con aquella apoteosis sobrenatural.

El espectáculo llegó a su dramático fin con Scarlet recuperando el control de su cuerpo y Charlotte tirada en el suelo, decepcionada.



Los chicos de las gradas superiores y los que miraban mudos de asombro desde las ventanas de las clases se percataron de que Scarlet había grabado con fuego una hache de «Hawthorne High» en la hierba.

—Tiene unas aptitudes innegables —dijo una candidata en el corro de emergencia.

—Bueno, es que es *mi* hermana —dijo Petula, tratando de atribuirse el mérito de la actuación de Scarlet.

No sin cierto recelo, las animadoras llegaron a un acuerdo y se acercaron a Scarlet.

—Lo hemos discutido y... bueno... ya eres una Halcón de Hawthorne —dijo Petula de mala gana.

—Y esta noche hay fiesta de pijamas en casa de Petula... bueno, en tu casa, S.P.A. —dijo Wendy Anderson.

—¿S.P.A.? —preguntó Scarlet, escéptica de la cálida acogida que le prodigaban ahora sus eternas enemigas.

—Sólo Para Animadoras —dijo Wendy Thomas.

—Ahora eres una de las nuestras —dijeron las Wendys con un tono monocorde de mujercita perfecta muy conseguido, a la vez que emparedaban a Scarlet entre ambas, absorbiéndola simbólicamente en su camarilla.

Scarlet hizo su «paseíllo de la deshonra» y salió del campo de fútbol completamente estupefacta.

—Soy una animadora —dijo Charlotte, su forma espectral levitando apenas unos centímetros sobre la hierba pero completamente en las nubes ante tan inesperada buena suerte. Permaneció allí hasta que hubieron concluido las pruebas, pensando que por fin estaba «dentro», y observó cómo Scarlet salía del campo y casi pasaba de largo junto a Damen.

—¿Cómo lo has hecho? —susurró Damen, que seguía escondido bajo las gradas, completamente fascinado por lo que acababa de presenciar.

—Demasiados años de energía reprimida —contestó Scarlet, inexpresiva, a la vez que reparaba en la manta y todo el montaje, y deseaba que todo fuera una pesadilla.



Capítulo 13





Ser quien no eres es agotador.

Pero mejor ser farol que farola solitaria. Así lo veía Charlotte. Se convenció a sí misma de que no era distinto de lo que hacían aquellas chicas en el campo de fútbol. Llegó incluso a razonar que le hacía un favor a Scarlet —un servicio— al incluirla en el círculo interno de Hawthorne, porque quedarse fuera le convertía en un pato de feria. Y sabía por experiencia que un pato de feria es pato muerto. Pero la cuestión, una vez establecido el panorama patil, era la siguiente: ¿qué era mejor, ir por ahí nadando solo y aterrado para que te cazaran en el momento menos pensado, o saberte rodeado de otros «patos» de aspecto y proceder idénticos a los tuyos, para posiblemente salvar la vida sacrificando la de ellos? «El afán de supervivencia es innato», pensó Charlotte, y el afán de ser popular es supervivencia.



Charlotte llegó temprano a la gran fiesta de pijamas S.P.A., intoxicada por la idea de que se la incluyera en la camarilla por primera vez. Empezó a llamar al timbre de casa de Petula, pero después de pensárselo mejor procedió a atravesar la puerta sin más. La cosa era cada vez más fácil.

Allí en el salón se topó con el cuerpo medio exánime de Scarlet, indolentemente tirado en el sillón, con gafas oscuras y aspecto derrotado y deprimido.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí, nada menos que al espíritu del instituto — dijo, sin apenas levantar la cabeza.

—Bonitas gafas —dijo Charlotte para romper el hielo.

—Por lo que se ve soy la única con resaca posposesión —espetó Scarlet, mirándola por encima de las gafas—. ¿¿¿La cuadrilla de animadoras???

—Damen no me estaba haciendo ni caso, así que pensé que a lo mejor se fijaba en mí si hacía las pruebas para animadora —argumentó Charlotte en su defensa.

Pero Scarlet ni se movió.

—Mira, ¡no sabía que lo conseguiríamos! Pero va a ser más fácil ahora que eres una animadora. No sabes cuánto agradezco lo que estás haciendo por mí, y me va a ayudar a alcanzar la resolución. Ya verás —dijo Charlotte.

—No, no voy a ver nada. Búscate a otro que sea fácil-de-usar. Yo ya he visto suficiente —dijo Scarlet.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunto Charlotte con nerviosismo.

—Quiere decir que se acabó. No más «Scarlet a la Carta» —dijo Scarlet, que confirmaba así el peor de los temores de Charlotte.

—¿No eras tú la que se quejaba de ser la eterna dama de honor? —suplicó Charlotte—. Venga, ¿es que no es alucinante ser invisible y hacer lo que te viene en gana?

Scarlet guardó silencio, sabiendo que lo había pasado en grande pero sin querer admitirlo.

—Venga ya, admítelo, es alucinante... Ni barreras, ni limitaciones, ni autoridad — dijo Charlotte pinchándola—. *Fight the power!*

—A mí no me vengas con consignas raperas —dijo Scarlet poniendo los ojos en blanco—. Mira, no digo que no sea alucinante...

—Oye, ¿y si rizamos el rizo, ya sabes, para hacértelo aún más emocionante? —dijo Charlotte, recuperando la iniciativa.

—Sí, ya, ¿y qué sugieres?



—Huy, pues no sé... ¿Qué me dices de tu propia fiesta de pijamas en *mi* casa mientras yo estoy en la tuya? —la provocó Charlotte.

—¿En la Residencia Muerta? —preguntó Scarlet, con la voz desbordante de emoción, para variar.

* * * *

En Hawthorne Manor, Prue se dirigió a la Asamblea Muerta, congregada para la reunión de «intimidación».

—Muy bien, entonces, ¿cómo exactamente vamos a hacer creer a los compradores potenciales que la casa es inhabitable? —ladró Prue mientras giraba la cabeza por completo y empezaba a repartir misiones—. Jerry, tú ocúpale de la fontanería.

—Sí, haz que la casa huela como los pies de Britney Spears después de salir descalza de unos lavabos públicos —añadió Coco.

Deadhead Jerry hizo la señal de la paz, indicando que podían contar con él.

—Bud. Ocúpate de que la estructura de la casa sea inestable —espetó Prue mientras Bud levantaba el muñón y asentía.

—¡Ya sabes, inestable como Paula Abdul, ni un pelo menos! —chilló CoCo divirtiendo a todos, pero sobre todo a sí misma, con sus ingeniosas referencias a la cultura pop.

—¿Dónde está nuestra pequeña estudiante alemana de intercambio? —preguntó Prue dispuesta a dar su última asignación.

Una niñita en descomposición levantó la mano muy despacio, mientras unas larvas diminutas le brotaban sin cesar de cada poro de su cara.

—Rotting Rita. Tú a la brigada de infestación —anunció Prue.

—¡Sí, eso, queremos gusanos pululando como paparazzi alrededor de Brangelina! —exclamó CoCo en un tono enfrecido.

Prue abrió las puertas telequinésicamente y todos salieron en tropel de la habitación. Se percató de que Charlotte no estaba presente.

—¿Dónde está Usher? —preguntó.

Piccolo Pam se echó a temblar y emitió un agudo silbido por la garganta mientras se apresuraba a pasar de largo.

—Pam, ¿por qué anda tu flautín tan desafinado? —inquirió Prue con autosuficiencia—. ¿Es que sabes dónde está Usher?

—Me ha pedido que, esto, que le cogiera yo los apuntes... —improvisó Pam.



—Pues apunta esto. ¡Más le vale presentarse! —amenazó Prue encarándose a Pam e intimidándola por completo—. Lo digo *muy* en serio.

* * * *

Entre tanto, las Wendys llegaban a casa de Petula para la fiesta de pijamas arrastrando equipaje para un mes: maletas, maletitas y baúles Vuitton. Después de llamar al timbre, se entretuvieron recitando la rima de Scarlet de esa tarde.

—«Buscarás al padre de tu retoño...» —canturreó Wendy Anderson.

—«... en un programa de televisión» —completó Wendy Thomas.

En la planta de arriba, la insistencia de Charlotte daba sus frutos y Scarlet accedía a ser poseída una vez más.

—Ah, una cosa más antes de que te vayas. Que no te asuste nada de lo que veas —advirtió Charlotte restándole importancia—. Es sólo algo que tenemos que hacer de deberes esta noche, ¿de acuerdo?

Scarlet asintió conforme.

—Hay una chica, se llama Prue... —empezó Charlotte.

—Prue —repitió Scarlet.

—Sí, pues bueno, tú asegúrate de no cruzarte en su camino, ¿de acuerdo? —recalcó Charlotte.

—De acuerdo —le aseguró Scarlet.

—¿Prometido? —dijo Charlotte, apoyando sus manos sobre los hombros de Scarlet y mirándola de hito en hito.

—Que sí, no me cruzaré en su camino. Me estás asustando —dijo Scarlet liberándose de una sacudida.

—De todas formas van a estar todos tan ocupados que creo que ni siquiera se darán cuenta de que estás allí —le explicó Charlotte.

—Ya, y tú no te asustes tampoco de lo que puedas ver esta noche —dijo Scarlet a la vez que salía por la ventana y se esfumaba en la despejada noche otoñal. Ambas estaban emocionadas con lo que la noche les tenía reservado, y ninguna quería perderselo ni por un segundo.

Charlotte oyó el timbre y se precipitó escáleras abajo ya que Petula parecía no tener ninguna prisa en abrir. Se deshizo en falsas sonrisas, justo igual que las Wendys, cuando abrió la puerta y las hizo pasar.

—Que empiece la fiesta —exclamó Seudo Scarlet pecando quizá de exceso de entusiasmo a la vez que le daba al Play del mando del CD.



Con la música sonando a tope y más amigas llamando a la puerta, Petula bajó las escaleras de manera apesadumbrada, más que fastidiada por el momento de gloria del que insólitamente estaba disfrutando su hermana.

* * * *

En la otra punta de la ciudad, era el timbre de otra puerta el que sonaba. La señorita Wacksel, una extraña, repelente y excéntrica agente inmobiliaria a la que le había sido asignada la venta de Hawthorne Manor, se encontraba en el porche y estaba a punto de enseñar la casa a los Martin, una pareja joven e inquieta en busca de una ganga que esperaba adquirir la reliquia como una inversión asequible para reformar. Hacía viento y mucho frío, y a cada minuto que pasaban en el porche, más de-sagradable se volvía. Hacía tiempo que Wacksel sospechaba que la casa podía no estar deshabitada del todo, pero intentó poner buena cara ante los jóvenes.

A su espalda, un enorme y viejo cartel de «Se vende» chirriaba mecido por el viento. Piccolo Pam se había encaramado a las ramas de un retorcido árbol seco y trataba desesperadamente de dar con alguna señal de Charlotte. Las melancólicas notas que brotaban de su garganta se mezclaron con el aullido del viento, proporcionando a la señorita Wacksel una lastimera música de fondo con la que comenzar la visita.

—¿Y por qué llama al timbre si aquí no vive nadie? —preguntó el marido, que no veía el momento de entrar.

—Tiene toda la razón, señor Martin —dijo la señorita Wacksel con nerviosismo—. No hace falta llamar, tengo llave.

Dominando el temblor de la mano, introdujo la vieja llave maestra en la cerradura, pero a cada intento ésta le era escupida de nuevo a la mano.

«Aquí no vive nadie», se repetía una y otra vez, luchando empedernidamente con la cerradura y la llave. De haber podido ver a Silent Violet taponando el ojo de la cerradura con el dedo desde el otro lado de la puerta, es posible que la señorita Wacksel hubiese dado por concluida su jornada laboral. Pero se trataba de una mujer obstinada, y pensar en la comisión que obtendría por el viejo caserón era un gran aliciente.

—Esta casa tiene tanta... personalidad —dijo por decir algo a los cada vez más impacientes recién casados, cuando conseguía por fin introducir la llave en la cerradura y hacerla girar antes de que Violet pudiera meter el dedo hasta el fondo. Silent Violet, la primera línea de defensa de Muertología, había fallado. En un abrir y cerrar de ojos se esfumó de allí y reapareció en lo alto de la escalera antes de que la pareja tuviese tiempo de entrar. Acto seguido, empezó a regurgitar una plasta negra



como el alquitrán que le subió desde el estómago a la garganta, y de allí se escurrió escalones abajo, colándose en cada grieta de la madera que hallaba a su paso.

—«Ven, pasa al salón», le dijo la araña a la mosca —citó la señorita Wacksel mientras abría la pesada puerta de castaño e invitaba a la pareja a entrar. Una ráfaga de aire gélido los envolvió al instante, prácticamente cortándoles la respiración.

—Qué curioso, hace más frío aquí dentro que fuera —observó la señora Martin.

—Es que no dejamos la caldera encendida hasta más avanzado el otoño —informó Wacksel mirando a su alrededor en busca de una ventana resquebrajada o quizá alguna otra fuente natural del frío—. De todas formas, en estas casas viejas siempre hay corriente. Es parte de su encanto, querida. Nada que una manta o un abrazo extras no puedan solventar —dijo con una sonrisa forzada.

El trío atravesó el vestíbulo, que descansaba al pie de las escaleras, de camino al salón, y al hacerlo empezaron a resbalar y a patinar sin control.

—Vaya, ya no fabrican ceras como las de antes —dijo Wacksel tratando nerviosamente de recuperar el equilibrio y el de los otros—. Perpetuas.

Tan pronto hubieron recuperado los tres el equilibrio y pudieron escapar, continuaron por el salón, donde admiraron los altos techos, la chimenea de fábrica de ladrillo, las paredes de escayola y la madera repujada, que seguían prácticamente intactas. Los detalles, tonalidad y artesanía de las molduras, el pasamanos y el enlosado eran impresionantes.

—Ya no se construyen casas así —dijo el señor Martin, calculando de forma solapada las ganancias que obtendría de revender la casa al precio actual del mercado.

—Desde luego que no —Wacksel asintió con la cabeza, mientras deshacía con el pie pequeños montoncitos inadvertidos de serrín de Suzy, la *scratcher*, que se amontonaban en las esquinas.

Justo en ese momento, al señor Martin le pareció advertir que se desplazaba un mueble. El movimiento fue tan gradual que no estaba seguro de si eran sus ojos los que le estaban jugando una mala pasada o si es que la deslucida silla negra bordada con rosas rojas en efecto se había movido. Enseguida, los tres se percataron de que la habitación se hacía cada vez... más pequeña.

Bud, posicionado bajo el entarimado del suelo, había desplazado una de las vigas maestras, haciendo que la casa se inclinara levemente. Ante el lento reptar de los muebles hacia ellos, resultó innegable que algo sobrenatural ocurría en la casa, pero la señorita Wacksel le restó importancia, tomándoselo a broma.

—¿Cómo le llaman a eso los amarillos? —preguntó, demostrando cuan políticamente incorrecta era en verdad—. ¡¿Jo Del... Feng Shui... o algo así?! —exclamó mientras se apresuraba a conducir a la escamada pareja al baño de arriba.



Lo único que alcanzaban a ver en el baño era la cortina de ducha, que aparecía corrida delante de la bañera de porcelana con patas. A estas alturas, la imaginación les había desbordado por completo y estaban obsesionados pensando qué se agazapaba tras la cortina. Prue empezaba a estar algo preocupada, porque ya deberían de haber salido despavoridos, y lo cierto era que los chicos no tenían un plan alternativo. No contaba con la avaricia desmedida ni de Wacksel ni de la pareja. Con una señal, avisó a Mike, Jerry y Bud, que tenían asignado el *show* del baño, de que empezaran con lo suyo.

Wacksel se acercó despacio, con tiento, como caminando sobre cascaras de huevo, la respiración contenida, agarró la cortina y la abrió de un tirón. No había nada. La pareja se aproximó con cautela, temblando, para echar un vistazo. De pronto, un líquido marrón asqueroso salió expulsado del sumidero de la bañera, empapando a la pareja de cieno hediondo de pies a cabeza.

Tras empalmar sus «cañerías» a la fontanería, Mike, Jerry y Bud habían procedido a bombear sus aguas residuales tuberías arriba hasta el baño, creando así un nefasto hedor.

La señorita Wacksel se llevó a los Martin a la cocina en volandas para que pudieran limpiarse, temiéndose que el incidente iba a dar al traste definitivamente con la venta.

—¿No decías que querías algo para reformar? —dijo el señor Martin, esforzándose por sonar optimista y que su mujer no se tomara demasiado a pecho tener la cara, el pelo y la ropa cubiertos de porquería.

Wacksel respiró larga y hondamente, agradecida por el socorrido comentario del marido. Mientras se adecentaban, la pareja no pudo evitar admirar la ebanistería artesanal. El marido abrió uno de los armarios, y una nube cegadora de bichos irritados emergió del interior e invadió la cocina. Rotting Rita estaba escupiendo alimañas de cada uno de sus orificios, incluidos sus lechosos ojos velados.

En un abrir y cerrar de ojos, la señorita Wacksel echó mano a su bolso de cuero sintético y extrajo de su interior un bote de insecticida tamaño viaje.

—Parecen termitas —dijo la señora Martin completamente asqueada mientras daba palmetazos a las diminutas criaturas que revoloteaban a su alrededor.

—Las apariencias engañan —dijo Wacksel matando bichos a diestro y siniestro con su aerosol.

* * * *

Todo eran apariencias, en cambio, en casa de Petula, donde Charlotte-convertida-en-Scarlet disfrutaba de la sesión de manicura y pedicura entre las demás chicas, que



cotilleaban sin parar. La minicumbre de popularidad era ya un insondable mar de camisoncitos rosas, todos idénticos al de Petula, salvo en el caso de Charlotte, que vestía la combinación vintage verde azulado oscuro con encajes negros de Scarlet. El gran tema de la noche era «Citas para el Baile de Otoño». Quién tenía, quién no y qué pensaban hacer para solventarlo.

—... Es mono, pero estuvo saliendo con la fresca esa de Gorey High —dijo Wendy Thomas, descartando de un plumazo a un posible aspirante mientras retiraba afanosamente la laca negra de las uñas del pie de Charlotte y se las pintaba de color rosa.

—Seguro que encuentras a alguien. Eres tan guapa —contestó Charlotte.

—¡Lo se! —convino Wendy Thomas.

Petula, encajada entre las Wendys, se volvió hacia Wendy Anderson, que estaba a su derecha.

—No me puedo creer que se esté comportando así —le susurró Petula refiriéndose a Scarlet.

—Pobrecilla. La explosión del laboratorio de química debió de afectarla más de lo que pensamos —dijo Wendy Anderson—. Ya sabes, la gente no deja de comentar lo fuerte, valiente y abnegada que eres por tener que tratar con una hermana que ha sufrido daños cerebrales.

—Bueno, es duro, pero soy una persona muy espiritual —contestó Petula—. O sea, por Dios, ¿es que no tengo bastante ahora mismo con el director Styx acosándome por la movida de Educación Vial?

—No te agobies, Pet. Ya darás con la manera... —dijo Wendy Anderson señalando a los pechos de Petula—... o *las* maneras de librarte del castigo.

—Sí, no puedes perderte el Beso de Medianoche —intervino Sue.

—Forma parte de la tradición del instituto. Perderte el Beso puede cambiar tu futuro —le explicó Sue a Charlotte, intuyendo que no estaba al tanto de la leyenda del Beso.

—Sí, como Marcy Hanover, que se perdió el Beso el año pasado porque se le estropeó el coche, y ahora está trabajando de modelo —comentó otra de las chicas—... ¡de tallas grandes!

Las chicas reaccionaron con estupor y horror.

—Ese Beso marca tu destino —dijo Sue. Las chicas asintieron conformes.

La expresión de preocupación en el rostro de Charlotte superaba la capacidad de enmascaramiento del maquillaje más exclusivo y caro mientras se obsesionaba con su destino y el legendario Beso de Medianoche. No necesitaba que ninguna de las chicas le recordara lo importante que era ir al Baile de Otoño. Ya lo sabía. Pero ¿y el Beso de Medianoche?



* * * *

Mientras el desasosiego abría una brecha en la noche casi perfecta de Charlotte, Scarlet volaba muy alto... por encima de hileras de tejados cortados con el mismo patrón hasta llegar a una fabulosa y tétrica estructura que se cernía como un nubarrón sobre las demás casas, indistinguibles, del barrio. Flotó de ventana en ventana, asomándose a cada una de ellas, hasta que localizó una mochila sin deshacer, una agenda y un portátil tirados sobre una colcha de chenilla.

—Esto tiene que ser suyo—dijo Scarlet.

Entró en el dormitorio de Charlotte atravesando una vidriera alargada y estrecha que se extendía del suelo al techo en el hastial superior del tejado. Había visto la casa desde fuera en muchas ocasiones, y lo mejor que se podía decir de ella era que era vieja. Ahora, sin embargo, contemplada desde ese otro estado, se le apareció transformada, rutilante de intensos y ricos colores, muebles ornamentados e historiados candelabros y arañas que lloraban cristales tintados como piedras preciosas.

—Me parece que he muerto y subido al cielo —se dijo, admirando la decoración. Scarlet se tiró en la enorme cama con dosel y aterrizó junto a la montaña de trastos de Charlotte—. Pues parece que sí puedes llevártelo contigo —dijo mientras hurgaba entre las cosas de Charlotte.

Se fijó en el portátil, en cuya pantalla aparecía el recorte de un vestido de fiesta de alta costura con la cabeza de Charlotte pegada encima. Scarlet presionó la barra espaciadora y vio cómo aparecía un chico en sus brazos y ambos empezaban a bailar por la pantalla.

—¡Puaj! —exclamó Scarlet.

De pronto, un fortísimo ruido proveniente de la planta de abajo llamó su atención, sustrayéndola de realizar una inspección más pormenorizada del ordenador. Scarlet optó por ir a su encuentro en lugar de esperar a que éste la encontrara a ella.

* * * *

Entre tanto, en la planta de abajo del caserón, la señorita Wacksel entró en el comedor acompañada de los Martin.

—¿Qué me dicen de la sensación de espacio que da esta habitación? ¿No es maravillosa? —preguntó.



La estancia era realmente espaciosa, pero la pareja parecía más interesada en el techo y la araña de cristal que de éste colgaba. La señora Martin fue la primera que se fijó en ella y le dio un codazo a su marido.

—¿No te parece preciosa esa antigualla? —dijo.

En ese instante, y gracias a Simón y Simone, la gigantesca lámpara empezó a mecerse como un péndulo, primero muy despacio y luego más deprisa conforme ganaba velocidad. Prue se había anclado a la escalinata y tiraba de los gemelos, quienes a su vez estaban agarrados al candelabro.

—Sí, estas arañas antiguas ciertamente acaban teniendo vida propia —comentó la señorita Wacksel, sin reparar en cuánta razón tenía.

Los Martin apenas podían moverse, hipnotizados por el vaivén, mientras sus sombras se aparecían más largas y siniestras a cada pasada de la araña.

—Debe de haber alguna corriente —explicó la señorita Wacksel—. En cuanto cambien las ventanas verán cómo se acaba el problema.

Prue tiró de Simone más fuerte aún, haciendo que la araña se meciera más deprisa. Justo cuando se echaba hacia atrás, Scarlet salió del dormitorio de Charlotte, sobresaltando a Prue.

—¿Y quién diablos eres tú? —espetó Prue, soltando a Simón y Simone. Sin el anclaje de Prue, los gemelos perdieron el control de la araña, que se precipitó contra el tabique. Ellos, encaramados a la lámpara, se estrellaron contra la pared, abriendo en la misma un enorme boquete.

—¡Oh, Dios mío! —gritó la señora Martin a la vez que su marido se interponía a modo de escudo entre ella y la lluvia de cristales. A cámara lenta, el suceso habría ofrecido un bello espectáculo, con todos aquellos fragmentos de cristal reflejando la luz del sol que se colaba por la ventana y precipitándose delicadamente sobre el suelo como lanzas diamantinas. El señor Martin apartó a su mujer de un tirón en el mismo instante en que la última esquirra rasgaba el aire e iba a clavarse justo en el lugar donde la mujer había estado segundos antes, atravesando el suelo.

—¡Podía haberla matado! —exclamó el señor Martin, que ahora intentaba examinar a su mujer por si se le había clavado alguna esquirra.

La señorita Wacksel estaba muda.

—¿Conque no había termitas, eh? —preguntó él con sarcasmo.

La señorita Wacksel se rehízo una vez más.

—Bueno, eh, estoy convencida de que este, mmm, reciente deterioro se verá reflejado en el precio —dijo, tratando desesperadamente de volver al tema que les ocupaba, a la vez que deseaba con todas sus ganas salir de allí con vida además de con una venta.



Ante la perspectiva de un importante descuento, la avaricia del señor Martin entró de nuevo en escena. Se acercó a inspeccionar el boquete.

Scarlet, a quien la escena había dejado por completo paralizada, se había escondido detrás del destrozado tabique para evitar tanto a Wacksel y a los Martin como a Prue y a los demás chicos muertos, cuyo plan acababa de desbaratar.

—¿Qué es esto? —preguntó el señor Martin conforme se aproximaba a Scarlet y a una pila de trozos de escayola que habían caído del techo.

Scarlet salió disparada del boquete, pero Prue la agarró rápidamente de los tobillos antes de que pudiera huir.

—¡Ni hablar de comprar esta casa! —anunció el hombre de forma tajante.

Los chicos muertos no podían creer las palabras que acababan de brotar de su boca.

—Ni nosotros ni nadie —añadió el hombre.

Todos los que estaban muertos se pusieron a gritar y chillar y bailar de alegría por toda la casa, incluso los gemelos, que seguían atrapados en los brazos retorcidos de la araña.

—Pero ¿qué dice? —preguntó la señorita Wacksel totalmente abatida.

—¡Mire! —reclamó, desmenuzando un pedazo de la escayola del techo y reduciéndolo a un fino polvo grisáceo—. Parece asbesto —dijo el señor Martin con voz severa—. Esta casa va a tener que ser... —Prue apretó aún más los tobillos espectrales de Scarlet mientras aguardaba a escuchar el veredicto.

—... condenada —reconoció la señorita Wacksel en voz baja.

Pensar que pudieran vender la casa era terrible, pero la perspectiva de que fuera demolida resultaba devastadora.

—¡¡¿Condenada?!! —rugió Prue retorciéndole los tobillos a Scarlet.

—Mierda —murmuró Scarlet, que no lograba zafarse de sus garras.

Recuperada de la conmoción, Prue se dio cuenta de que la situación era la peor imaginable. Relajó su agarre sobre Scarlet, que se retorció para liberarse del todo y salió disparada hacia su casa como alma que lleva el diablo.

—Si la casa está condenada, también lo estamos nosotros —dijo Prue, apesadumbrada.



Capítulo 14





**El fin no siempre
justifica los medios.**

A todos nos utilizan en un momento u otro de nuestra vida. Es más, a menudo lo aceptamos con gusto. Es un trato que se hace para conseguir lo que se quiere o lo que se necesita: un trayecto en coche hasta el instituto, una entrada para el partido, una cita con un tío bueno, una invitación a una fiesta. En definitiva, una transacción justa y consensuada... las más de las veces. Pero sentirse utilizado es otra cosa. En ese caso, no eres más que instrumento de la ambición del otro. Espectador entre el público y testigo mudo de su fantasía.



Damen y sus amigos se habían atrincherado entre los arbustos y se asomaban clandestinamente a las ventanas de casa de Petula, espiando a las chicas en sus camisoncitos.

—Disculpad la E.P.E. —dijo Max mientras se debatían a codazos por hacerse con un sitio delante de la ventana.

Los chicos se volvieron hacia Max, desconcertados.

—Exhibición Pública de Erección —dijo con una carcajada, para vergüenza ajena de los demás.

Petula se percató de la presencia de los chicos en el jardín y procedió a darles cuerda.

—Esta noche hace mucho frío ahí fuera. No queremos que os quedéis tiesos —dijo Petula de forma provocativa, inclinándose hacia delante.

—Demasiado tarde —dijo Max.

—Si os corréis un poco podréis entrar —dijo Petula abriendo la ventana.

—¡Todavía no! —dijo Max mientras trepaba a la ventana el primero.

Conforme entraban los demás por la ventana, uno derribó un refresco sin calorías. La botella giró sobre sí misma y se detuvo apuntando a Wendy Anderson.

—¿Quién juega a la botella? —dijo Max con tono lascivo.

—¡Qué recuerdos! —exclamó Wendy Anderson—. ¡Yo primer!

Hizo girar la botella y acabó morreándose con Max.

—Te toca —instó con vehemencia a Charlotte-convertida-en-Scarlet un chico con pinta de no comerse una rosca.

Charlotte no es que tuviera muchas ganas pero miró a Damen de reojo y se armó de valor. La botella giró y se detuvo apuntando al chico soso.

Horrorizada, Charlotte concentró toda su energía en la botella por si podía emplear la telequinesia para moverla y que apuntara a Damen. Para su sorpresa, funcionó.

Damen vaciló, sin saber muy bien qué hacer. No deseaba besar a la hermana de Petula delante de sus narices. La situación era violenta como poco, pero también había que pensar que era un juego.

—¡Venga, tío, no te rajes! —dijo Max.

Petula se quería morir, pero intentó con todas sus ganas hacerse la dura.



—Adelante. No es más que un juego —afirmó, dándole el visto bueno a Damen delante de los demás.

Damen, no obstante, sabía que estaba cabreada, de modo que o bien besaba a Scarlet y conseguía así que los demás le dejaran en paz, o bien no lo hacía y se libraba de tener que aguantar más tarde a Petula despotricando sin parar. Decidió que lo mejor era seguir el juego, besarla y no ser aguafiestas.

Charlotte cerró los ojos y se inclinó hacia delante al mismo tiempo que Damen. Los demás observaron con la respiración contenida cómo los dos se acercaban más y más en el centro del corro. Justo cuando sus labios estaban a punto de rozarse, Scarlet entró volando por la ventana; estaba hecha un desastre y aparecía visiblemente aterrorizada.

—¡¡¡Charlotte!!! —gritó a la vez que se lanzaba contra ella—. ¡Esto no es consensuado!

Se zambulló en su cuerpo y noqueó a Charlotte, pero la intensidad del impacto la propulsó contra Damen, forzando un «beso» de lo más estrambótico en su hombro. A Damen le fascinó aquel gesto tan peculiar y se echó a reír. Y con Petula aliviada, el juego continuó.

—Colega, esa tía es una friki —le susurró Max a Damen.

Todavía aturdida, Charlotte levantó la vista y vio tomo Prue atravesaba la ventana en desenfrenada persecución de Scarlet.

—¿Prue? —dijo Charlotte preocupada, ahora que la veía claramente.

—¿Así que quieres alternar con los vivos? Pues ahora vas a ver cómo se alterna con los vivos —amenazó Prue, a la vez que ponía los ojos en Wendy Anderson—. ¡Me toca! —siseó incorporándose al juego—. ¿Quieres ponerte a cien? —le preguntó a Wendy Anderson justo antes de hacerla levitar a unos milímetros del suelo y obligarla a girar como la botella de su juego de besos. Los demás la miraron aterrados.

—Joder, sí que es buena esta mierda —dijo Max refiriéndose a su taza de ponche.

Wendy Anderson, con mucho cuidado de no estropear su manicura, trataba de agarrarse a lo que fuera para dejar de dar vueltas. No tenía buen aspecto, y se sentía mucho peor.

Prue detuvo los giros de forma brusca y Wendy quedó apuntando directamente hacia Charlotte.

—Besa esto —le bramó Prue a Charlotte en el instante en que Wendy se ponía a vomitar con violencia a causa del mareo y se desplomaba en el suelo.

La desbandada para evitar los repugnantes restos de Wendy fue generalizada, salvo en el caso de Max, que siguió dándole a su bebida.



—¡Mentirosa! Pensaba que hoy no habías comido ni una miga —la reprendió Petula, observando cómo el vómito se escurría por las paredes como en una pintura centrífuga.

—¿No te dijimos que te quedaras con los de tu clase? —le advirtió Prue a Charlotte, que estaba demasiado asustada para responder.

Prue se desvaneció y regresó a Hawthorne Manor, dudando qué hacer con Charlotte, Scarlet y la casa, que ahora debían salvar como fuese. Entre tanto, Scarlet subió corriendo a su habitación.

Wendy Anderson seguía tumbada en el suelo, humillada.

—Es capaz de cualquier cosa con tal de llamar la atención —le susurró maliciosamente Wendy Thomas a Petula mientras contemplaban a su magullada amiga rebozada en bilis. Wendy Anderson hizo de tripas corazón y muy poco a poco alcanzó a llevarse la mano a la cara, limpiarse parte del vómito de las puntas de los dedos e inspeccionarse la manicura por si se le había saltado la laca. Evidentemente, la fiesta había llegado a su fin. No hizo falta pedirle a nadie que se fuera.

Charlotte siguió allí sentada, desenmascarada y totalmente sola.

—Me ha faltado taaan poco —lloró compadeciéndose de sí misma—. Se acabó, estoy muerta —concluyó, imaginando lo que la esperaba en la Residencia Muerta y en la Eternidad.

* * * *

En su dormitorio, Scarlet se puso una bata china de seda con dragón, volvió la cabeza por si Charlotte andaba cerca y encendió el ordenador. Abrió el navegador y empezó a buscar obituarios locales.

—Tiene que estar por aquí en alguna parte —dijo Scarlet, resuelta a averiguar cuanto le fuera posible de la tal Prue.

Tras revisar páginas y páginas de vínculos irrelevantes, finalmente dio con uno que parecía prometedor y hizo clic sobre él. Era un archivo de noticias de sucesos locales extraídas de un periódico que había echado el cierre hacía siglos, tanto era así que Scarlet sólo recordaba haber visto una o dos de sus páginas un año cuando desenvolvía los viejos adornos de Navidad de sus abuelos. El *Hawthorne Advance*. El archivo tenía una base de datos con buscador, y Scarlet introdujo en el formulario la única información de la que disponía.

—P-R-U-E—dijo a la vez que tecleaba, y presionó la tecla Enter.

Se recuperaron tres artículos, pero ninguno era una necrológica.

—Genial —trinó frustrada.



Leyó dos de ellos de cabo a rabo, pero no halló nada pertinente, sólo referencias a «Prue», la vieja criada que preparaba en conserva «¡las mejores verduras del condado!», e incluso a una pava apodada Prue que había conseguido el indulto del alcalde por Acción de Gracias. Dos fallos.

Y entonces Charlotte se deslizó a través de la puerta. Scarlet apagó el ordenador.

—¿Quién diablos era esa zorra chalada de Prue? —preguntó Scarlet.

—Ésa era una de mis compañeras muertas de clase... Está furiosa porque yo estaba aquí y no en la casa, que era donde se suponía que debía estar. Lo siento mucho —dijo Charlotte, que trataba sinceramente de comprobar si Scarlet estaba bien de verdad o no.

—¿Qué es lo que sientes? A) ¿Haber entrado en la cuadrilla de animadoras? B) ¿Haber intentado besar al novio de mi hermana? O C) ¿Haber conseguido que haya estado a punto de matarme una mal bicho endemoniada? —repuso Scarlet.

Charlotte se hundió en la silla roja y negra de calaveras de Scarlet.

—He tenido la oportunidad de ver tu bonito salvapantallas mientras estaba en la residencia —dijo Scarlet, que tenía fundadas sospechas sobre quién era el chico que en él aparecía y, no obstante, se guardó de darle a entender a Charlotte que no estaba segura al cien por cien.

Charlotte sufría en silencio, imaginándose con precisión lo que Scarlet había visto en su ordenador. Tenía carpetas y carpetas de jpegs de la cabeza de Damen que había reunido a lo largo de los dos últimos cursos. Sonrisas, muecas, perfiles, retratos — todos los estados de ánimo y todos los ángulos—. Pero lo que más la delataba era la descarada animación del salvapantallas, que había diseñado con el Photoshop después de escanear recortes de revistas vintage y las fotografías de sus respectivas cabezas. Cuando presionó la barra espaciadora, ¿había visto Scarlet el collage de una pareja —la cabeza de Charlotte unida a un precioso vestido Chanel gris perla y la de Damen a un traje Givenchy de color gris con un pañuelo de seda blanco en el bolsillo de la pechera— que bailaba pegada? De ser así, la habían desenmascarado pero bien, y de nada servía tratar de ocultarlo. Concluyó que lo mejor era sincerarse. En todo.

—¡Está bien! ¡Está bien! No es cierto que esté dando clases a Damen sólo para que pase el examen de Física —dijo Charlotte, consciente de que no podía seguir mintiendo a Scarlet.

—Hasta ahí llego —espetó Scarlet, ahora con el convencimiento de que el chico era Damen, sin lugar a dudas.

—Le estoy dando clases para que pueda ir al baile —admitió Charlotte.

—¿Y por qué habrías de preocuparte de que vaya al baile con mi hermana? —preguntó Scarlet.



—No me preocupa. Le estoy dando clases para que pueda ir al baile... conmigo — dijo Charlotte—. No es que quiera ir, es que tengo que ir.

—Ésa sí que es buena —dijo Scarlet con sorna.

—En serio. Verás, cuando morimos inesperadamente, nos llevamos con nosotros asuntos que no hemos tenido tiempo de resolver. Asuntos que debemos resolver antes de poder... seguir adelante —explicó Charlotte.

—A ver si lo entiendo. ¿Tienes que ir a un estúpido baile con un idiota para alcanzar un plano espiritual más elevado? —dijo Scarlet, atónita ante la audacia de Charlotte.

—Sí. Mira, tú no sabes lo que es esto. Yo, ahora y siempre, he sido invisible para todo el mundo —contestó Charlotte.

—No voy a permitir que utilices mi cuerpo para ir a un baile con el tontaina del novio de mi hermana... Ni para eso ni para nada, que lo sepas —anunció Scarlet, y, como quien espanta a un gato, echó a Charlotte de su dormitorio y cerró la puerta de golpe.

—Pero ¿qué hay entonces de Damen? ¿Qué hay de su examen? —chilló Charlotte desde el pasillo, obligando a Scarlet a abrir la puerta, lanzarle una mirada furibunda y cerrar de un portazo otra vez.



Capítulo 15





Percepción frente a realidad.

En el instituto, son prácticamente una misma cosa. Nos ponemos maquillaje y cascos de fútbol, nos pagamos operaciones de nariz y coches potentes, todo para acentuar la percepción y mantener a raya la realidad. Y aún, las personas pueden ser mucho más de lo que son a simple vista, pero para descubrirlo debes estar dispuesto a escarbar bajo la superficie. La mayoría no lo está, en tanto que supone trastornar el orden establecido; pero hay unos pocos, muy pocos, que sí están dispuestos.



Charlotte se asomó a la ventanilla de la puerta del aula de Física, la misma a la que se asomara cuando exhaló su último aliento, sólo que esta vez, se encontraba, literalmente, al otro lado. Vio que Damen las estaba pasando canutas con el control de Física bajo el «ojo» escrutador del profesor Widget. Todos en la sala estaban nerviosos, aunque ni de cerca tan angustiados como Charlotte.

Damen ya estaba atascado con la primera pregunta «fácil», incapaz de decidirse entre las dos respuestas optativas. ¿Era una pregunta trampa o de verdad era así de fácil? Se encontraba tan nervioso que empezó a repensar y poner en duda sus conocimientos.

Charlotte no podía soportar más su agonía y finalmente se decidió a entrar y echarle una mano. Traspasó la puerta y se dirigió al fondo del aula, hacia el pupitre de Damen. El minisistema solar que colgaba del techo se puso a girar al aproximarse ella a Venus, el planeta bajo el cual se sentaba Damen.

Charlotte se situó de pie detrás de él y trató de mover su mano telepáticamente hacia la respuesta correcta, aunque sólo para constatar, de nuevo, cuan difícil le resultaba emplear sus poderes con Damen. Hallarse inclinada sobre su hombro como estaba, en tan íntima posición, mirando el examen, con su mejilla prácticamente pegada a la de él, era una experiencia increíble para ella, si bien a él no le venía nada bien. Sin quererlo, le tiró el lápiz de la mano, llamando la atención, ni mucho menos deseada, del profesor Widget, que leía absorto el último número de *Physics Today*. Widget cazó a Damen tratando de recuperarlo de debajo del pupitre de Bertha la Cerebrita.

—La vista fija en sus exámenes, chicos —recordó a la clase sin hacer referencia alguna a Damen.

A lo largo de su carrera, había visto suficientes técnicas audaces de copieteo como para llenar un libro, desde el viejo y sencillo recurso de mirar de reojo el examen de al lado a las más tecnológicamente avanzadas de la era digital: fotografías de exámenes vía móvil, SMS con las respuestas, consultas al Google desde el navegador del móvil... Lo había visto prácticamente todo, de modo que se cuidó mucho de no perder de vista —con el ojo sano, claro está— a Damen.

—Un tirón —articuló Damen, señalándose la mano, mientras Widget respondía sacudiendo la cabeza y retomando la lectura de su revista.

Charlotte volvió a intentarlo de inmediato. Abrazó a Damen por la espalda y tanto se excitó que la corriente eléctrica rosada que de vez en cuando lanzaba chispas en una bola de cristal junto a Damen se transformó en una auténtica tormenta eléctrica. Dio un paso atrás, para no llamar más la atención sobre el chico, pero sólo consiguió meterle la goma del lápiz hasta el fondo de la nariz. Damen empezaba a estar algo



asustado y Widget, que no le quitaba el ojo de encima, se hallaba en estado de máxima alerta.

Consciente de que de continuar por ese camino podía costar le a Damen no sólo el pasaporte para el Baile de Otoño sino también su puesto en el equipo de fútbol, Charlotte se esforzó al máximo para concentrarse en la tarea que se traía entre manos. No prestó atención a su ancha espalda, a sus fornidos brazos, a su preciosa cabeza, de espesa pelambreira, a sus increíbles ojos, sus dulces labios y su nariz perfecta, y sin más dilación tomó su mano y con delicadeza la fue guiando hasta las respuestas correctas en el momento en que el tiempo para el examen llegaba a su fin.

—¡Abajo los lápices, chicos! —dijo el profesor Widget con la agresividad de un policía desarmando a un peligroso asesino—. ¡Se acabó el tiempo!

Los rezagados marcaban a ciegas las últimas respuestas sin ni tan siquiera leer las preguntas, a la vez que pasaban el examen.

El profesor Widget en persona se encargó de arrancarle a Damen el examen de la mano con la última pregunta todavía en blanco. Charlotte agarró desesperadamente de la mano de Damen, quien del tirón salió disparado de su asiento como un receptor tratando de interceptar un larguísimo pase en el último segundo de partido, y marcó la última respuesta. Esta agresividad dejó completamente, apabullado a Widget, y hay que decir que también a Damen.

* * * *

Deseosa de poder disfrutar de un día más normal (o tan normal como podía serlo para alguien como ella), Scarlet estaba en el pasillo sacando sus cosas de la taquilla cuando escuchó un golpecito al otro lado de la puertecilla metálica.

—Vete —dijo Scarlet, sin molestarse en mirar quién era. Se sucedieron entonces varios golpecitos más, que irritaron a Scarlet lo suficiente para llamar su atención. Cerró la taquilla y vio el examen de Damen, marcado con un enorme «SB» en rojo, tapándole el rostro.

—¿Te lo puedes creer? —preguntó Damen, estampando ahora el examen en la cara de ella.

La gente empezó a mirarlos, y aunque Scarlet agachó la cabeza para intentar pasar desapercibida, a Damen no pareció importarle que los vieran juntos. Estaba demasiado emocionado.

—Y eso que en ningún momento tuve la sensación de que estuviéramos estudiando en serio —dijo Damen, pletórico.

—Qué me vas a contar a mí —contestó Scarlet.



—Ojalá lo hagamos la mitad de bien en el examen final —añadió Damen, mientras se alejaba marcha atrás—. Te veo después de clase.

—¿Cómo que *hagamos*? —preguntó Scarlet—. Oye, espera, estoy liada...

Él ya no la podía oír, y Scarlet no tuvo tiempo de oponerse, aunque sí lo tuvo, y mucho, para renegar de Charlotte.

Damen llegó a casa de Scarlet, bueno, mejor dicho a casa de Petula, aparcó delante y entró como casi siempre, sin llamar al

* * * *

Damen llegó a casa de Scarlet, bueno, mejor dicho a casa de Petula, aparcó delante y entró como casi siempre, sin llamar al timbre. Sabía que Petula tenía entrenamiento de animadoras y que todavía tardaría en volver a casa. Recorrió el pasillo de la segunda planta y torció a la izquierda en dirección al dormitorio de Scarlet, en lugar de a la derecha, como acostumbraba, para ir al de Petula. Se le hizo un poco raro.

Se acercó al dormitorio de Scarlet, hizo caso omiso del genuino cartel de PROHIBIDO EL PASO prendido a la puerta, y entró. Bajo las luces atenuadas parpadeaban por toda la habitación lo que parecían centenares de velas ornamentales. Era precioso, Damen buscó a Scarlet con la mirada, pero no dio con ella hasta que divisó su silueta en el techo, proyectada por la luz de las velas. Conforme iba hacia allí, reparó en un pompón clavado a la pared con un cuchillo de cocina. Se acercó a Scarlet, en el suelo junto a la cama, su iPod sonaba a todo volumen mientras ella seguía la música como una posesa, ajena a lodo.

—Supongo que esto significa que se acabaron las concentraciones de animadoras, ¿eh? —dijo Damen al tiempo que arrancaba el cuchillo de la pared y liberaba el pompón que se cernía sobre ella.

Scarlet estaba completamente ida y no le oyó. Le dio unos golpecitos en el hombro mientras con la otra mano sujetaba el cuchillo, que fue lo primero que vio ella. Scarlet se arranco los auriculares de un tirón y de un salto se plantó sobre la cama, mientras la habitación se llenaba con los morbosos acordes de lo último de Arcade Fire.

—Huy, perdona —dijo Damen, cayendo en la cuenta de que parecía un asesino.

Dejó el cuchillo sobre la mesilla di- noche y se fijó en el eslogan de un cartel de la película de culto de género indie *Delicatessen*, que rezaba: «Un cuento moderno de amor, gula y canibalismo».

—Oye, ¿no es ésa en la que el prota tiene una carnicería en el bajo de un edificio de viviendas y se dedica a hacer picadillo a los inquilinos y luego vende la carne? —inquirió.



A Scarlet la dejó de piedra que conociera la película, pero como no quería que él lo notara, se rehízo lo mejor que pudo.

—Estoy pensando en hacer una versión ambientada en Hawthorne en la que una alumna despechada consigue trabajo de camarera en el club de campo local y se dedica a triturar a los chicos populares para luego servirlos como paté a sus inadvertidos padres —dijo ella en un desesperado intento de intimidarle.

—Verás, es que como he llegado un poco pronto he pensado que, si no estás ocupada, lo mismo podríamos estudiar unos minutillos, ¿qué me dices? —preguntó.

—Sí, precisamente quería hablar contigo sobre toda esa historia de la tutoría... —repuso ella.

Damen reparó en su guitarra —una Gretsch de semicaja color morado pálido—, que descansaba sobre un soporte, y la cogió, interrumpiendo el discurso de Scarlet.

—No sabía que tocases —dijo mientras se pasaba por la cabeza la correa de cuero negra.

—¿Y por qué ibas a saberlo? —preguntó ella, con leve sarcasmo.

Damen se sentó sobre la cama de Scarlet y empezó a toquetear la guitarra.

—Huy, perdona, ¿te importa? —preguntó.

—No, no, qué va... —contestó ella, a fin de perder algo de tiempo—... Adelante.

Damen miró la guitarra, cerró los ojos y, guiándose por el tacto, tocó el *I Will Follow You Into The Dark* de Death Cab for Cutie.

—No sabía que... —empezó Scarlet, asombrada de que no sólo supiera tocar, sino que además conociera una de sus canciones favoritas—... tocases.

—Sí, sí lo sabías. ¿Recuerdas? Yo mismo te lo comenté —dijo él.

—Ya. Supongo que lo había olvidado —contestó ella, figurándose que habría sido cuando Charlotte la poseyó.

Damen estaba intrigado; en su experiencia con las chicas, éstas siempre se aferraban a sus palabras, y recordaban cada coma de cuanto él decía.

—Nunca pensé que fuera a tocarle esta canción a una «animadora» —se rió él mientras rasgueaba la guitarra.

—Ex animadora —atajó ella, esbozando una pequeña sonrisa. Scarlet no podía dejar de sonreír, impresionada por su elección musical.

—¿Sabes qué? Tengo entradas para el concierto de los Death Cab del sábado por la noche... —dijo mientras tocaba los últimos acordes de la canción.

—¿Ah, sí? —dijo ella recurriendo a su habitual tono de indiferencia, para evitar a toda costa que él pudiera descubrir o intuir siquiera cuan capaz era ella de matar a



un animal amoroso e inocente o, incluso, a uno de sus familiares más próximos por una entrada.

—A Petula no es que le gusten demasiado, la verdad, y ya está haciendo otros planes —dijo él tanteando el terreno—. ¿Tú crees... no sé, que podrías hacer una excepción y aceptar acompañarme? —preguntó.

La pregunta se quedó flotando en el aire perfumado mientras se sucedía un silencio embarazoso como pocos.

Inmersos en aquel momento trascendental, no oyeron un coche detenerse ante la casa, ni la puerta de entrada al abrirse, ni a Petula jurando en arameo porque se había cancelado el entrenamiento sin previo aviso y por la pérdida de su precioso tiempo que ello suponía.

—O sea, ya sabes, en agradecimiento por toda tu ayuda y eso —añadió él.

—Mmm... Sí... Supongo que sí, cómo no —accedió, esforzándose por parecer indiferente, aunque completamente emocionada por dentro. Su reacción la sorprendió.

—¿Damen? —gritó Petula, llamando a su novio por toda la casa.

Scarlet y Damen se ruborizaron, como si los acabasen de sorprender besándose y entregados a la más feroz de las pasiones.

—Será mejor que me vaya —dijo Damen, soltando la guitarra y alisándose la camisa y los pantalones.

—Sí... —contestó ella, haciendo ver como que no le importaba lo más mínimo.

—Bueno, pues eso, nos vemos el sábado, quedamos fuera de la sala —dijo al salir de la habitación—. Por cierto, ¿no me ibas a decir no sé qué de la tutoría?

—Oh, nada, no era nada... —respondió ella.

Damen entró un segundo en el baño que separaba los dormitorios de las dos hermanas y tiró de la cisterna, proporcionándose una pequeña coartada de sonido que le acompañó mientras abría la puerta y bajaba a toda prisa las escaleras.

—¡Ya voy! —le gritó a Petula—. Estaba cambiándole el agua al canario.



Capítulo 16





Todos queremos ser estrellas.

La idea de ser reverenciado y envidiado es bien seguro que se encuentra codificada en algún oscuro rincón de nuestro ADN. Como también lo está seguramente el deseo de reverenciar y envidiar a otros que imaginamos mejores, más aceptados y más populares que nosotros mismos. El único problema es que las cualidades esenciales que se requieren para ser una celebridad —egocentrismo, egolatría, desvergüenza— son las que menos atraen en un amigo.



Lo mismo es un efecto colateral de la posesión —rumiaba Scarlet en el pasillo de camino a su taquilla. «¿Podía ser que le empezara a gustar Damen Dylan como... persona?», se atrevió a pensar. «¿Como tío?» En un desesperado intento por ahogar los desagradables pensamientos que rondaban por su cabeza, buscó consuelo nuevamente en el control del volumen de su iPod, haciendo girar la ruedecilla hasta un nivel capaz de hacerle saltar a uno los tímpanos, tan alto que quienes se encontraban medio pasillo más adelante pudieron reconocer su lista de reproducción.

Mientras se dirigía a la taquilla ataviada con una descolorida camiseta vintage de Suicide y cargando con una mochila de los Plasmatics, escrutó el pasillo en busca de Charlotte, cuya ausencia ya se hacía notar, pero sólo divisó a Damen, que esperaba apoyado contra una taquilla contigua.

—Qué tal —dijo él nada más verla.

Damen escarbó en el interior de su mochila y extrajo de debajo de su abrigo un CD pirateado de Green Day.

—Anoche grabé esto para ti. Se me ocurrió que a lo mejor te molaba —le dijo tendiéndole el CD.

—Gracias —murmuró ella, sin esforzarse demasiado en ocultar su ambivalencia.

Su tibia respuesta sugirió a Damen que se equivocaba.

Ella abrió su taquilla, examinó detenidamente el portacédés personalizado que guardaba en la parte inferior y escogió uno para él.

—¿Los Dead Kennedys? —preguntó Damen.

—Nunca mejor dicho —contestó Scarlet.

—*Fresh Fruit for Rotting Vegetables* —dijo Damen leyendo el título en voz alta—. Qué considerado de tu parte.

Mientras se encontraban sumidos en su discusión musical, un reducido grupo de jugadores de fútbol se los quedaron mirando, y luego unas chicas se percataron de cómo éstos se fijaban en Scarlet.

—La gente me está mirando con cara rara —le dijo Scarlet a Damen mientras las chicas la miraban de arriba abajo.

—¿Y eso es una novedad? —preguntó él, impresionándola con su sorprendente sagacidad.

—Oye, que esté paranoica... —empezó ella.



—... no significa que no vayan a por mí —dijo Damen, completando el pensamiento de ella a la vez que asentía con la cabeza.

No eran exactamente almas gemelas, pero no había duda de que cada vez se sentían más cómodos juntos. Scarlet resolvió dejarse llevar por la corriente, al menos hasta que ésta se precipitara en cascada al vacío. Se sacudió la ansiedad por el momento y aceptó reunirse con Damen algo más tarde para una sesión de tutoría. Sólo había un problema: no tenía ni idea de Física.

* * * *

Charlotte estaba sentada a su pupitre de Muertología, pasando mecánicamente las páginas de su *Guía del Muerto Perfecto*. Después del examen de Damen, le había invadido una inexplicable desazón y decidió que lo mismo le venía bien concentrarse en sus estudios. Siempre le había funcionado, pero, lamentablemente, esta vez no.

«Seguro que están pasando muchísimo tiempo juntos», pensó. La repentina punzada de inseguridad la cogió por sorpresa.

Pam, que se encontraba estudiando en la otra punta del aula, no pudo evitar lanzar a Charlotte una mirada de «te lo dije».

—Cotilla —dijo Charlotte con sarcasmo, mientras cerraba el libro y se quedaba allí sentada con la mirada perdida.

* * * *

Ese mismo día, algo más tarde, Damen y Scarlet se encontraban en plena sesión de «tutoría» en la sala de música de Hawthorne, salvo que sus libros descansaban cerrados sobre el suelo mientras ellos intercambiaban frases a la guitarra. Levantaron la vista el tiempo suficiente para fijarse en que las chicas que se habían fijado en los jugadores de fútbol fijándose en Scarlet lucían ahora todas exactamente la misma camiseta de Suicide que ella, gracias a la tienda de camisetas indie que había pegada al instituto.

—Llama al exterminador. Este sitio está infestado de imitadoras —dijo ella sin dejar de rasgar la guitarra.

—Eres un icono. Ahora todo el mundo sabe lo guay que eres en realidad —dijo Damen con una sonrisa de suficiencia.

Scarlet pareció molesta pero lo cierto es que se sentía halagada. Dejó pasar el comentario sin más, decidida a hacerse la dura. Entrar al trapo sería como sucumbir



a lo que más detestaba, y que había incluido, hasta muy recientemente, al chico que tenía delante.

Damen llevó una mano a la funda de su guitarra, extrajo otro CD y se lo pasó a Scarlet. Esta vez la impresionó más con su selección.

—¿My Chemical Romance en versión pirata? Te vas acercando —dijo ella, mientras apenas lograba contener su emoción. Él estaba más que acercándose con esa elección. Ella a su vez le tendió de modo alentador una copia del álbum *Loveless* de My Bloody Valentine, y ambos se echaron a reír.

—Me lo olvidaba —dijo Damen cuando sonó el timbre. Recogió su libro de Física del suelo y lo embutió en la mochila.

—Sí, más te vale no olvidarlo —dijo Scarlet con un leve deje de culpabilidad, y alivio, en el tono.

Scarlet salió del aula hacia la clase de Gimnasia recapacitando sobre si no estaría involucrándose demasiado. Decidió despejar la mente y disfrutar de esa pequeña pausa nada realista que consiste en dejarlo todo de lado para participar durante cuarenta y cinco minutos en un deporte de equipo obligatorio. Lo que más le fastidiaba era que la clase estuviera partida en dos, mitad principiantes y mitad veteranos; como si no fuera humillación bastante tener que cambiarte delante de los tuyos. Es más, con esa medida, el instituto estaba logrando introducir todo un nuevo nivel de humillación. Aunque ideada para salvar la brecha entre el cuerpo estudiantil, lo cierto era que sólo conseguía agravar el sentimiento de ineptitud terminal en lo que al cuerpo de los estudiantes se refería.

Entró en el vestuario y se cruzó con una sección de sus maleables imitadoras, quienes era obvio que habían estudiado y memorizado su perfil en MySpace y aparecían ahora emperifolladas para la próxima convención de Trash y Vaudeville, con el mismo tono que ella en los labios y luciendo melenas cortas y flequillos radicales, zapatones creepers, gargantillas vintage de cristales y una plétora de camisetas de grupos underground: The Birthday Party, PiL, Bauhaus, New York Dolls, Sonic Youth, The Damned, Sick of It All, The Creatures, BowWowWow, The Germs y Killing Joke, por citar solamente unos pocos. Conforme las chicas se iban desvistiendo, sus camisetas se fueron amontonando en el suelo, formando la que probablemente era la pila de ropa de vestuario más guay de la historia.

Lo normal hubiese sido que Scarlet se sintiera ofendida y fustigada por aquel peloteo sartorial, pero en su lugar se descubrió pensando en Charlotte. Sólo podía pensar en lo feliz que se pondría Charlotte de ver que la gente popular la empezaba a emular, y en cómo todo se debía precisamente a ella. No era algo que la entusiasmara, pero sabía lo mucho que significaría para Charlotte, aun cuando no se hablasen.

Scarlet abrió la cremallera de su bolsa de gimnasia, y mientras revolvía en su interior buscando la ropa deportiva —una camiseta rota de color gris con el mensaje



GOTH IS DEAD que se encajaba encima de su top magenta, unos descoloridos pantalones cortos negros y unas Converse All Stars de lona—, se encontró el CD del *Disintegration* de The Cure en el fondo.

—Estás que te sales —dijo triunfante; insertó el CD en su reproductor y escuchando *Plainsong* a todo volumen subió las escaleras hasta el gimnasio.

* * * *

Petula no llevaba nada bien el salto a la fama de Scarlet en Hawthorne, pero se aferraba con rencor a la esperanza de que no fuera más que una moda pasajera y que la gente no tardaría en recuperar el sentido común. Ella había sido el modelo de belleza americana por excelencia durante los últimos cuatro años, y no iba a ceder su corona a nadie, menos aún a su hermana. Estaba acicalándose, como de costumbre, delante del espejito de su taquilla antes de ir a su siguiente clase, cuando apareció en el cristal el reflejo de un atleta ataviado con una nueva cazadora de fútbol de estilo gótico, toda negra con un círculo de halcones rojos a modo de logotipo. A continuación vio que se acercaban las Wendys. Tampoco ellas parecían haberse librado de la influencia de Scarlet.

—¡Que cunda el terror! —dijo Wendy Anderson con desdén mientras pasaban de largo.

Lo más irritante, sin embargo, no era tanto el recién adquirido *cutreglamour* de sus amigas y compañeros de clase, como las informaciones que le habían ido llegando sobre Damen y Scarlet y sus sesioncitas de improvisación. Petula se había entretenido en su taquilla a la espera de que surgiese la oportunidad de enfrentarse a Damen. Una oportunidad que se le puso ahora a tiro cuando le vio detenerse junto a su taquilla.

—He oído por ahí que has caído de lo más bajo —dijo Petula, corriendo hacia él.

—¿Cómo? —preguntó Damen.

—¿Es que no ves lo que parece? —preguntó Petula.

—¿Lo que parece el qué? —contestó Damen, bastante reacio a mantener esa discusión en público.

Petula descubrió el CD de Scarlet en la taquilla y lo sacó con sus garras rosa fosforito.

—¡Ay, Dios, te ha contagiado! —dijo Petula, confirmando su peor pesadilla.

—Mira, me ha estado dando clases de Física, ¿vale? —dijo Damen, que quería dejar las cosas claras antes de que Petula sufriera una combustión espontánea en medio del pasillo.



—¿Es así como lo llaman los frikis? —preguntó Petula.

—Es para aprobar el examen y poder ir al baile —explicó Damen.

—Vale, pues entonces búscate a otro que te ayude —dijo Petula dando un zapatillazo en el suelo recién encerado.

—Estás paranoica —rió él de forma nada convincente,

—Y tú vas a buscarte otro tutor —dijo ella sosteniendo en alto el CD—. O eso —afirmó, como una presentadora modelo de segunda de *El precio justo* ante el escaparate de un comedor una nuevo—, o... —Petula alejó de su cuerpo el CD sujetándolo con la pinza de los dedos—... esto.

En ese instante, Scarlet emergió del gimnasio y los vio discutir. Se escabulló a la vuelta de la esquina para poder observarlos sin ser vista. Petula prosiguió con su ultimátum, se arrancó la vieja cazadora del equipo de Damen y la arrojó contra él. A Damen la rabieta de Petula le resultó, por primera vez, más divertida que amenazadora. A Scarlet, que la conocía mejor, no.

—Te vas a arrepentir —dijo Petula con afán de venganza mientras daba media vuelta para irse.

—Ya lo estoy —contestó él con sarcasmo.



Capítulo 17





**Arrepentimiento.
La palabra más triste
del diccionario.**

Todo acto tiene sus consecuencias; sólo que no siempre resulta tan obvio en el momento. Nunca sabes a ciencia cierta cómo saldrá ni cómo te sentirás, no hasta después. De ahí el arrepentimiento. Lo mismo da que no puedas cambiar las cosas, pero al menos puedes sentirte mal por ello. Qué importa si te persigue el resto de tu vida o, como a Charlotte, más allá.



En Hawthorne Manor ya corría la voz de que con Charlotte se podía contar cada vez menos. Para entonces era obvio que su obcecación y su absoluta incapacidad de renunciar a su «vida» habían hecho peligrar la misión de los chicos muertos. La casa estaba sobre el tajo y, que Prue supiera, también lo estaban sus cabezas.

Apostada en el umbral del cuarto de juegos, Charlotte observaba a los chicos muertos matar el tiempo para liberar la tensión que los agarrotaba.

DJ hacía girar discos en el aire, y lanzaba los viejos LP de vinilo a la cabeza de Simón y Simone como si de sierras giratorias se trataran. Silent Violet estaba sentada a un pupitre y se metía el dedo en la garganta con el arrojito de una bulímica, buscándose la voz. Kim se arrancaba mecánicamente las costras de la herida de la cabeza mientras parloteaba sin cesar. Suzy grababa distraídamente la palabra «lávame» en la espalda de Rotting Rita, mientras ésta iba pescando los gusanos que le salían reptando de la nariz, los hacía una bolita con los dedos y se los tiraba a Mike y Jerry, quienes aguardaban el lanzamiento con el pulgar y el meñique levantados, como postes de rugby.

—¡Gol! —exclamaba Mike cada vez que Rita atravesaba los postes.

CoCo, entre tanto, escarbaba entre las esquirlas de cristal de un espejo hecho añicos, rasgándose los dedos a tiras, tratando de juntar las suficientes para poder ver su reflejo.

Todos dejaron sus quehaceres cuando Charlotte entró en la habitación. En la clase de Muertología siempre hacía algo de frío, pero la fría espalda que ahora le ofrecieron los demás la dejó completamente helada.

—Qué hay, Kim —dijo Charlotte—. ¿Con quién hablas?

—Estoy ocupada —articuló Kim con displicencia a la vez que retomaba su «conversación» telefónica y se alejaba.

Charlotte se dirigió entonces a los musicoadictos Mike, Jerry y DJ.

—¿Oye, qué escucháis, colegas? —preguntó Charlotte con afán—. ¿Os importa si me uno a vosotros?

Los chicos estuvieron tentados de contestar, viendo en ésta una oportunidad para departir sobre música —en especial Mike, quien, literalmente, tuvo que morderse la lengua—, pero Charlotte los había decepcionado demasiado. Mike se retiró uno de los auriculares y declinó el ofrecimiento.

—Creo que vamos a pasar —dijo, contestando por Jerry y DJ también.

—¿A mejor vida? ¡Demasiado tarde! —bromeó Charlotte, tratando de ganarse de nuevo su amistad. Jerry se limitó a sacudir la cabeza.



—Ahuecando el ala —dijo DJ haciendo gala de su mejor jerga ochentera, mientras apartaba a los chicos de Charlotte como si ésta tuviera la peste.

Sintiéndose rechazada, Charlotte se volvió hacia Silent Violet y se puso a hablar para sí en voz alta, utilizando a Violet como caja de resonancia. Violet la miró impasible.

—¿Se puede saber qué he hecho? —lloriqueó Charlotte—. Ni siquiera estaba en la casa. Yo no quería que pasara esto.

Pam, que se encontraba en la otra punta de la habitación, no pudo aguantar más sus plañidos.

—¡Asume tu responsabilidad, Charlotte! —la increpó con un fuerte pitido—. Sabías más que de sobra que no debías relacionarte con los vivos y menos aún traer a nuestro mundo a esa protegida viva tuya. ¿En qué estabas pensando?

—Supongo que no pensaba —contestó Charlotte humildemente.

—Desde que te conocemos no has hecho otra cosa que intentar ganarte el favor de gente que te patearía con gusto a la menor oportunidad —dijo Pam lanzando las manos al aire.

—Si pudiera rectificar, lo haría —confesó Charlotte.

—Yo no estoy tan segura —dijo Pam con escepticismo—. Pareces un disco rayado.

DJ lo cogió al vuelo y proporcionó a Pam un efecto de sonido perfecto arañando el vinilo con una uña larga y afilada.

A estas alturas, los demás se habían colocado a la espalda de Pam y escuchaban la conversación de brazos cruzados y con las cejas levantadas.

—¿Y qué quieres que diga, Pam? —preguntó Charlotte, con una excitación y una tos en aumento—. ¿Que estoy contenta de estar aquí mientras la vida sigue su curso sin mí?

—Es el Destino, Charlotte —dijo Simón.

—Asúmelo de una vez —añadió Simone.

—¡No, no lo creo! —respondió Charlotte.

—Entonces, ¿qué crees? —preguntó Pam.

—Que fracasé —murmuró Charlotte—. Soy un fracaso. Todos lo somos.

—A los demás no nos metas —advirtió CoCo.

—*Fracasamos* en nuestra vida y a mí, personalmente, me está costando un poco asimilarlo —continuó Charlotte—. *Ella* no prestó atención. *El* no respetó el límite de velocidad. *Ella* no quiso escuchar. ¡*El* no comió como es debido! —dijo Charlotte paseándose por la habitación.



El dolor en la mirada de sus compañeros era evidente, pero Charlotte estaba decidida a exponer los argumentos, por duros que fueran, tanto para ella como para el resto.

—Ni vivir es ganar, ni morir fracasar —replicó Pam.

—Es el rechazo definitivo —dijo Charlotte—. Y de eso ya tengo más que de sobra.

—Entonces ¿qué? ¿Vas a dejar que tus deseos interesados comprometan nuestro futuro? —preguntó Kim—. ¿Y qué pasa con la resolución? ¿Con la aceptación de tus faltas?

—Acepto... que prefiero estar viva —afirmó Charlotte.

—¿Sabes por qué Prue es tan fuerte? —preguntó Pam, aparentemente cambiando de tema.

—¿Porque es la que más tiempo lleva aquí? —conjeturó Charlotte; en su opinión, era posible que Prue contara incluso con décadas de Muertología en su haber.

—No. Es porque comprende su propósito —la informó Pam—. Ella no pregunta por qué.

La verdad atronó en los oídos de Charlotte. A Prue se le daba muy bien lo de estar muerta y controlaba a la perfección todas sus habilidades. No sufría ninguno de los conflictos internos que tenían a Charlotte estancada. Es más, Charlotte tenía la certeza, desde el instante en que la conoció, de que a Prue, de hecho, le gustaba estar muerta, si es que eso era realmente posible.

—Puede que a veces sea una mandona, pero al menos sabemos de qué lado está —dijo CoCo con tono cortante.

Con ese corte hiriente, Pam y los demás dieron media vuelta y dejaron a Charlotte sola en la habitación para que lo meditara.

* * * *

Aquella noche, la calle aparecía salpicada de charcos después de que un chaparrón de media tarde dejara su impronta en el exterior del Buzzard's Bay Theatre. El reluciente asfalto negro era lo más parecido al charol que puede llegar a ser el asfalto, tanto que hasta podía leerse en él el turbio reflejo del rótulo «Death Cab» que ocupaba la marquesina de principios de siglo. Scarlet esperaba bajo la cubierta, ataviada con un minivestido vintage de color malva, sobre el que lucía un amplio jersey negro de lentejuelas, y sus botas moteras. Llevaba sus ojos de mapache muy perfilados y se veían tan negros como su pelo. Los labios se los había pintado de un tono pálido.



No podía estarse quieta de los nervios mientras aguardaba impaciente a Damen. Llegaba tarde. Con las palmas de las manos sudorosas y el pie golpeando el suelo de manera frenética, Scarlet no estaba segura de qué la inquietaba más, si que se presentara o que no.

—¿Necesitas entradas? Entradas. Tengo entradas —oyó que le decía un reventa de aspecto más que dudoso que fue a situarse subrepticamente a su lado.

—No, gracias, ya tengo —dijo ella mirando en dirección opuesta.

—¿Qué asiento tienes? Yo tengo unos buenísimos —insistió el tipo.

—Pues no sé, las tiene mi colega —respondió Scarlet por si así le ahuyentaba.

—Bueno, ¿y dónde está tu amiga? —preguntó el reventa.

—Mi *amigo* está de camino —respondió Scarlet a la vez que se trasladaba al otro extremo de la entrada.

—Bueno, pues cuando llegue tu cita a lo mejor queréis pagar un poco más a cambio de unos asientos mejores —le gritó él a la espalda.

—¡No es una cita! —chilló ella, reacia a que el tipo, que era un completo extraño, se fuera con la idea de que tenía una cita, porque si así se lo parecía a un reventa, entonces cabía la posibilidad de que sí fuera una cita, y no iba a permitir que un vulgar reventa decidiese si tenía una cita o no—. *¡Ni lo pienses!* —volvió a chillar a la vez que él se escurría entre las sombras y Damen aparecía en su lugar.

—¿Ni lo pienses? —preguntó Damen.

—Sí, ya ves, el reventa ese, que quería venderme una entrada con fecha de otro día —dijo ella, haciéndose la dura.

—Pues ya hay que ser iluso para comprar una entrada con fecha falsa —añadió Damen.

—Sí, iluso —dijo Scarlet.

—Buah, esto sí que es mejor que estudiar —elijo Damen mientras dejaba caer la mochila encima de la mesa exterior pan que la registraran.

—Sí, y hablando de eso... Estaba pensando que tal vez sea mejor dejarlo... —vaciló Scarlet—... Ya sabes, lo de la tutoría.

—¿Por qué? —preguntó Damen.

—Pues, bueno, es sólo que me parece que tal vez... te convenga... estudiar con alguien más de... tu nivel, ¿no? —contestó Scarlet.

—¿De mi nivel? Si hago eso, entonces seguro que no apruebo —dijo Damen riéndose a la vez que recogía la mochila de la mesa y se la echaba al hombro.



—No, no me refiero al mismo nivel de Física, me refiero, bueno, ya sabes, a tu nivel... —dijo Scarlet mientras depositaba el bolso en la mesa para que se lo registraran.

—Ah, ya veo... Bueno, pues si no quieres darme más clases me lo dices y ya está —dijo Damen, sintiendo el inminente golpe de rechazo.

—No, no es eso. Es que no sé si esto... te está sirviendo de algo —dijo Scarlet, tratando de ofrecerle una vía de escape.

—Gracias, pero... a mí... me está funcionando perfectamente, y estoy la mar de contento con el nivel en el que estamos —aseguró él.

A ella le empezaba a reconcomer la culpa, pero no pensaba volver al lado de Charlotte arrastrándose como un gusano. Recogió el bolso de la mesa y, en ese instante, se percató de que en el interior el grupo tocaba *I Will Follow You Into The Dark*, la canción que Damen había tocado con la guitarra.

—Anda, escucha, están tocando nuestra... quiero decir, tu canción.

—Sí... Deberíamos entrar ya —dijo Damen mientras se metía la mano en el bolsillo buscando las entradas.

—¿Cuánto te debo? —preguntó Scarlet.

—Oh, nada, yo invito... —dijo él mientras sacaba las manoseadas entradas—. Ya te dije que era para darte las gracias por las clases —dijo Damen tajantemente al tiempo que se hacía a un lado y sostenía la puerta abierta para que ella pasara primero al patio de butacas. Tomó su mano y la hizo pasar, apoyando con delicadeza su otra mano casi en su cintura.

—Ah, sí... claro —dijo Scarlet, gratamente sorprendida por el gesto atento de Damen.

El concierto pasó volando, mucho más aprisa que las dos horas que el grupo permaneció en el escenario; al menos eso le pareció a Scarlet. Una tras otra, las canciones se cargaban de más sentido del que jamás habían tenido antes de que las experimentara a su lado. Allí dentro había miles de personas, pero para ella era como si sólo hubiera dos.

No se dieron la mano, pero al mecerse con la música sus miradas se cruzaban accidentalmente, o sus hombros, codos o rodillas se rozaban con levedad, aturullando a Scarlet, y también a Damen.

La multitud abandonó el recinto mientras sonaban de fondo los lastimeros acordes de *Title and Registration*. Scarlet y Damen permanecieron sentados en silencio aguardando a que se vaciara la sala, satisfechos con el espectáculo cargado de éxitos y sin ninguna prisa por salir.

No hablaron demasiado de regreso a casa. Damen condujo despacio hasta la casa de Scarlet y la acompañó hasta la puerta.



La despedida fue breve y embarazosa, ninguno sabía si procedía un beso en la mejilla, un abrazo o un apretón de manos, y lo que debiera de haber sido un momento de ternura se transformó en una despedida de piedra-papel-tijera.

—Mmm, gracias —dijo Scarlet—. Lo he pasado... —se estrujó el cerebro para dar con la palabra idónea, pero lo único que se le ocurrió fue una torpeza— ... bien.

—Sí, yo también —Damen asintió tímidamente—. ¿Nos vemos... pronto?

Ninguno de los dos reparó en Petula, que los observaba con rencor desde la ventana de su dormitorio. Ni se les pasó por la cabeza levantar la vista; era noche de sábado, y para Petula Kensington quedarse en casa el sábado por la noche era algo, bueno, totalmente amish.

Damen descendió el paseo de piedra como en tantas ocasiones anteriores, pero notó que esta vez la sensación era del lodo distinta. Se metió en el coche, pulsó el selector de CD de su estéreo Bang & Olufsen, y mientras escuchaba Transatlanticism revivió cada detalle de la noche.

* * * *

A la mañana siguiente, Scarlet se acercó a la taquilla de Damen para pegar en la puerta una nota de agradecimiento, pero se percató de que estaba abierta y decidió dejársela en el interior. El último ejercicio de Física estaba apoyado contra la puerta y se deslizó hasta el suelo. Ella lo recogió y reparó inmediatamente en el grande y grueso «MD» que aparecía escrito en tinta roja en la parte superior del papel.

Scarlet supo que el suspenso no era de Damen; era suyo. Sin pensárselo dos veces, corrió por el pasillo hasta el ala abandonada del instituto, respirando hondo y tragándose su orgullo por el camino.

No había señales de vida en aquella ala del edificio. Llevaba en obras más tiempo del que nadie podía recordar, pero no parecía que éstas avanzaran ni que siquiera existiera algún plan para acometerlas. Era un lugar perdido en el tiempo, un lugar olvidado. Al menos así le pareció a Scarlet.

Arrancó algunos de los listones sueltos de madera que tapiaban el ala del resto del instituto y entró. Olía a ancianidad y a cartón mojado. Recorrió los pasillos, asomándose a distintas aulas, pero no vio a nadie, «nadie» que fuera Charlotte. Scarlet empezó a temerse que lo mismo le había ocurrido algo o que tal vez ya no podía verla debido a la discusión en la fiesta S.P.A. Lo mismo Charlotte se había ido para no volver.

Scarlet se asomó por las sucias ventanas al patio interior del ala cuadrada. El patio, invadido de hierbajos y hiedra, el pavimento agrietado y bancos y estatuas de piedra



rebozados en musgo, se parecía más a un viejo cementerio que al jardín inglés que supuestamente era en realidad.

Charlotte —en una esquina fuera de la vista de Scarlet— se acercó a Pam, que se encontraba estudiando. Sostuvo en alto un bonito atrapasueños que ella misma había confeccionado.

—En señal de paz —dijo Charlotte, y se lo tendió a Pam.

—¿Un atrapasueños? Es que no lo coges —refunfuñó Pam.

—Puedes colgarlo en tu habitación —dijo Charlotte, esperanzada.

—Muy irónico, teniendo en cuenta que pronto me quedaré sin habitación gracias a ti —dijo Pam a la vez que se giraba y le daba la espalda.

—Mira, lo siento —dijo Charlotte, reuniendo el valor para disculparse aun cuando sabía perfectamente lo frívolo que sonaría después de la indiferencia que había mostrado hacia Pam y los demás.

Pam, que siempre mostraba debilidad por Charlotte y sus fechorías, sonrió y decidió que dejaría que Scarlet se arrastrase un poco y se disculpara un mucho, y luego lo pasado, pasado.

—Se acabaron las fantasías, Pam. Quiero volver —dijo Charlotte.

Pam se volvió para mirar a Charlotte a la cara y aceptar sus disculpas, pero divisó a alguien a quien no esperaba ver. Allí estaba Scarlet, de pie en el umbral. Pam se sintió herida, convecida de que la tomaban por estúpida.

—¿Y ahora qué?, ¿pretendes utilizarme como coartada? —profirió Pam, mostrando un lado colérico desconocido para Charlotte.

Los ojos de Charlotte destellaron con una mirada confusa. Trató de decir algo en su defensa pero en su lugar le entró un acceso de tos.

—He intentado ayudarte, Charlotte, pero no pienso hundirme contigo —continuó Pam, con tono herido y sintiéndose traicionada.

Viéndola toser sin parar, Pam estuvo tentada de darle a Charlotte un palmetazo en la espalda, como ya hiciera en otra ocasión, pero en vez de eso dio media vuelta y se fue.

Ahora que Charlotte estaba sola, Scarlet emergió de las sombras y le dio unos golpéenos en el hombro desde detrás.

—Eh —dijo Scarlet.

—Me has asustado —dijo Charlotte, sobresaltada.

—¿Qué te parece el cambio de papeles? —dijo Scarlet, tratando de romper el hielo.

—¿Qué haces? No puedes estar aquí —Charlotte condujo a Scarlet hasta un rincón, oculto tras un tupido matojo.



Scarlet escarbó en su bolsa y extrajo el ejercicio suspenso de Damen.

—¿Un muy deficiente? —dijo Charlotte, atónita.

—Ya no se trata sólo de nosotras. El confió en mí, bueno, en nosotras, y ahora se ha quedado sin novia, suspende Física y es probable que lo echen del equipo de fútbol —dijo Scarlet.

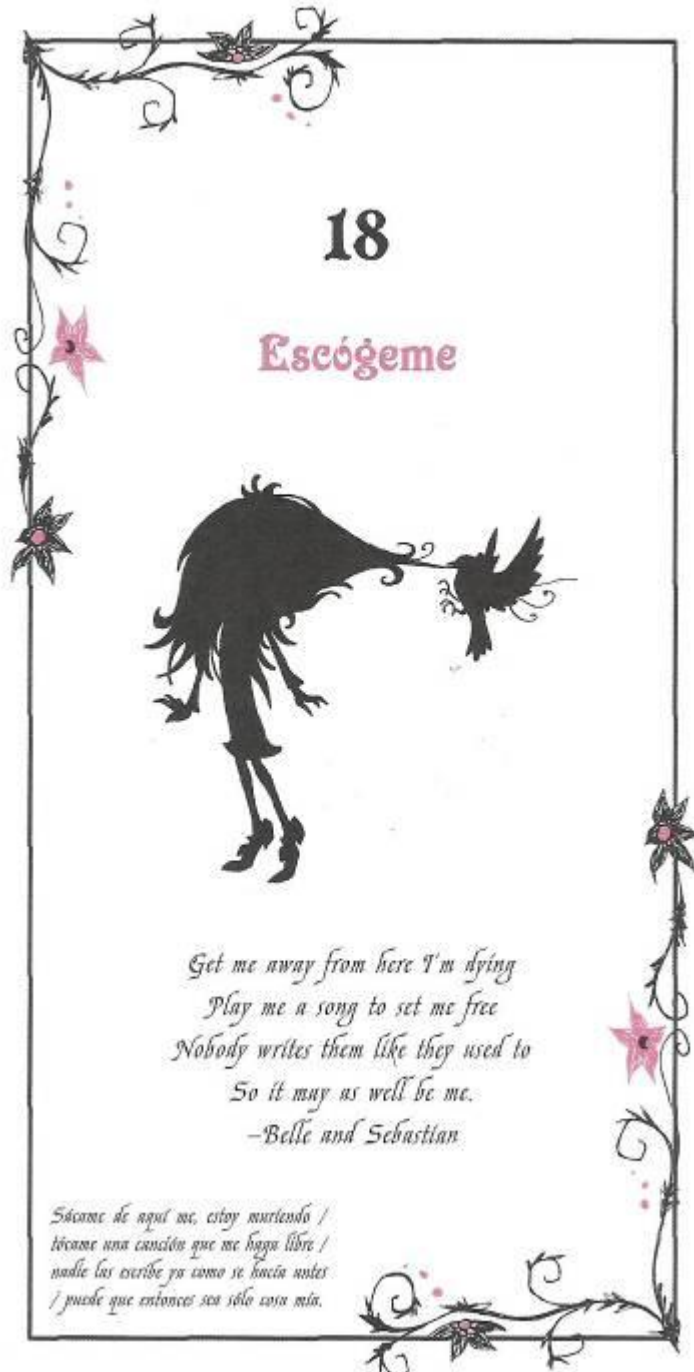
—¿De modo que vuelves a estar dentro? —preguntó Charlotte, incapaz de contenerse y cumplir con la promesa que le hiciera a Pam sólo unos minutos antes.

—Más bien tú vuelves a estar dentro —contestó Scarlet.

Pam observó desde lejos cómo Scarlet y Charlotte se reconciliaban y supo que Charlotte había vuelto a elegir a Scarlet antes que a ella, y a los vivos antes que a los muertos.



Capítulo 18





**La vida es una sucesión
de elecciones.**

Los magos y adivinos de feria nos hacen preguntas y nos plantean elecciones a fin de averiguar qué queremos escuchar. En otras palabras, nos manipulan. Charlotte y Scarlet deseaban que Damen hiciera su propia elección. Pero él ni siquiera sabía que hubiese una elección que hacer.



Era una tarde lúgubre y tormentosa y la sala de ensayos de la banda estaba preparada para el gran recital de otoño. Las gradas ocupaban todo lo largo y ancho de la sala, de modo que apenas quedaba espacio para pasar. Los rayos acompañados hacían vibrar los tambores en consonancia, y los instrumentos de viento, colgados como marionetas en sus fríos y estériles soportes, repiqueteaban al son de los truenos de la lejanía.

Charlotte, nuevamente en posesión de Scarlet, entró y buscó a Damen en la sala medio iluminada. Mientras paseaba la mirada por las sillas, un papel la golpeó en la cabeza.

—Aquí arriba —dijo Damen en algo más que un susurro.

Ella levantó su delicada barbilla y le vio en lo alto de la grada, haciendo gestos para que subiera.

—¿Estás bien? —preguntó él cuando ella tomó asiento.

—Oh, sí, es que estaba pensando en otra cosa —contestó ella a la vez que abrió el libro de Física y lo colocaba a la vista de ambos.

—Sí, yo también —dijo él, y cerró el libro—. Bajo la cremallera y empezamos.

Charlotte estaba estupefacta. Abrió el libro de nuevo y trató de conservar la entereza, pero al oír el sonido de una cremallera que se abría, la perdió por completo.

—¡Espera! ¿Qué haces? —dijo ella, enterrando la nariz aún más en el libro a la vez que procuraba olvidar el incidente de los vestuarios.

—Sacarla —respondió él.

—No, no, no... —suplicó ella cerrando los ojos. Se sintió muy aliviada cuando, al mirar de reojo, le vio sacar la guitarra de su funda.

—Toca la canción que tocaste ayer —dijo Damen.

—Oh, no, no, no puedo. Quiero decir, no podría —contestó Charlotte, nerviosa.

Damen dejó la guitarra en los brazos de ella, que en un gesto insólito trató de acunarla como quien toma por primera vez en sus brazos a un recién nacido.

Charlotte hacía lo posible para actuar con naturalidad, pero era evidente que ni siquiera sabía cómo coger una guitarra, y aún menos tocarla.

—Oye, ¿y qué me dices del violonchelo? Eso sí que lo sé tocar —sugirió.

Damen se rió, pensando que bromeaba.

—¿Qué violonchelo? —preguntó él.



Se acercó más y la animó a que empezara. Sin saber muy bien qué hacer, ella echó mano del arco de un violín que había allí cerca y frotó las seis cuerdas como un dios virtuoso de la guitarra y el rock clásico.

—Scarlet *unplugged*—dijo Damen, atónito.

—Ésa soy yo —contestó Charlotte.

Ella esbozó una sonrisa nerviosa y, después de un par de torpes intentos, empezó a tocar una melodía vaga y hermosa. Damen estaba fascinado.

—Desde luego que no es la canción que tocabas ayer —dijo él.

—¿Te gusta? —preguntó ella.

—Sí, me gusta. Es... diferente —repuso él.

—Bueno, ya sabes lo que me gusta tocar la guitarra, pero ¿y si estudiamos un poco para variar? —dijo Charlotte.

—¿Estudiar? —replicó Damen—. Pero ¿qué pasa contigo hoy?

Charlotte no podía seguir con la farsa de la guitarra mucho más tiempo, de modo que llevó la conversación de vuelta a su terreno. Lo suyo era la Física, y quería que a Damen le gustara su terreno tanto como le gustaba el de Scarlet.

—Mira, fíjate en esto —Charlotte abrió el libro de Física y le mostró un diagrama.

—¿Sí? —contestó Damen.

—Es una onda de sonido —anunció con orgullo a la vez que punteaba una cuerda de la guitarra.

—Lo de las ondas es que no me entra —dijo Damen.

—El sonido es la variación de la energía mecánica que fluye a través de la materia en forma de onda —explicó Charlotte—. Es invisible, pero no por ello deja de estar ahí.

Charlotte reparó en el desconcierto que reflejaba el rostro de Damen.

—¿Cómo te lo podría explicar? —pensó en voz alta. Charlotte levantó el mástil de la guitarra—. La cuerda de una guitarra no emite sonido alguno —instruyó, señalando a la silenciosa cuerda Mi— hasta que entra en contacto con tu cuerpo.

Tomó la mano de Damen en la suya y punteó la cuerda de la guitarra con el dedo de él.

—Cuando se produce la conexión, la vibración de la cuerda crea una onda que puedes oír cuando alcanza tu oído —concluyó.

Damen no acababa de creerse que se estuviera aprendiendo la lección sin apenas darse cuenta.



—Es decir, sin un cuerpo... las cuerdas pueden hacer más bien poco —dijo Charlotte, apuntando a algo más en su argumentación—. Se necesitan el uno al otro.

—*A Bell Is A Cup Until It Is Struck* —dijo Damen con orgullo, abrigando la esperanza de que resumir la lección de Charlotte con una oscura referencia al título del álbum clásico de Wire le conseguiría algunos puntos. No fue así—. Mola —dijo Damen, sintiéndose un estúpido.

—Eso es el sonido —dijo Charlotte con entusiasmo—. Serás mejor guitarrista si sabes cómo funciona el instrumento, así que piensa en la acústica como en un ensayo de guitarra.

Mientras Damen hojeaba por su cuenta la lección de Física, resultó evidente que ella le había impresionado.

—Casi me olvidaba... Te he hecho una cosilla —dijo ella, mientras se precipitaba grada abajo y cogía su bolsa.

Regresó corriendo hasta Damen y le tendió un pequeño paquete. Justo en ese momento, la sombra de Scarlet barrió el suelo a la vez que ésta se asomaba al umbral.

—¿Qué es? —preguntó Damen mientras lo abría y extraía de su interior una galleta blanca y negra—. ¿Me has hecho una galleta? No te hacía yo una cocinillas tipo Betty Crocket —dijo él.

—Oh, no es nada... —dijo ella—. ¿Anticuada, eh?

Damen mordió justo por el medio, donde el glaseado blanco se encontraba con el negro.

—Lo mejor de los dos mundos —bromeó él, devorando la galleta.

Desesperada por interferir en la cálida y aturrullada escena, Scarlet forzó la ventana y permitió que la fría lluvia pasara por agua aquel momento tan íntimo. Damen se sacó al instante la chaqueta del equipo y le cubrió los hombros a Charlotte, para mayor consternación de Scarlet.

—Me gusta este otro lado tuyo... —dijo él.

De pronto, una emoción hasta ahora desconocida para Scarlet embargó su cuerpo a la vez que su sombra retrocedía y se esfumaba por el umbral. Estaba celosa.

* * * *

Al día siguiente antes de clase, Charlotte introdujo a hurtadillas un pastelillo con carita sonriente en la taquilla de Damen. Cuando éste por fin la visitó y abrió la puerta, se quedó boquiabierto con el hallazgo del pastelillo, sólo que éste había sido «scarletizado» con un piercing facial, cuernos y una sonrisa malévol.



Damen volvió la cabeza y vio a Charlotte-convertida-en-Scarlet, que venía por el pasillo recién salida de su ritual de posesión matinal.

—¡Oye, Betiy Rocker! —llamó Damen.

Charlotte pareció desconcertada.

—No me puedo creer que hayas hecho esto. Nunca sé por dónde vas a salir —dijo, y hundió el dedo en el glaseado y se lo llevó a la boca.

Charlotte miró el pastelillo y vio lo que Scarlet había hecho con él.

—Ni yo —dijo ella.

—Es casi como si fueras dos personas distintas —dijo él.

—¿Y cuál te gusta más? —respondió Charlotte, convencida de que era su oportunidad para dejar las cosas claras de una vez por todas.

—Por fortuna no tengo que elegir —dijo él hincándole el diente al pastelillo.



Capítulo 19





**La vida es una sucesión
de elecciones.**

Los magos y adivinos de feria nos hacen preguntas y nos plantean elecciones a fin de averiguar qué queremos escuchar. En otras palabras, nos manipulan. Charlotte y Scarlet deseaban que Damen hiciera su propia elección. Pero él ni siquiera sabía que hubiese una elección que hacer.



Charlotte y Scarlet estaban pasando un rato i en el dormitorio de Scarlet, pero por primera vez ambas sentían que vivían en mundos distintos. Scarlet estaba tirada en la cama, entre cojines de terciopelo arrugado oscuro, dibujando inocentes muñequitas de porcelana de ojos grandes y siniestros cuerpos desproporcionados, mientras que Charlotte se paseaba de un lado a otro como un tigre enjaulado.

La tensión se podía cortar con cuchillo y Charlotte se moría de ganas de enfrentarse a Scarlet por lo ocurrido con Damen y el pastelillo, pero pensó que mejor era no menearlo, no fuera Scarlet a vetarle su cuerpo otra vez.

Necesitada de aprobación, Charlotte se acercó a la guitarra de Scarlet y apretó los dedos contra la afilada maraña de cuerdas retorcidas del clavijero.

—Sólo está contigo por mí—espetó, plantando batalla.

Scarlet siguió dibujando y ni siquiera levantó la vista.

—Lo sabes, ¿no? —dijo Charlotte dejándose caer en la cama y mirando a Scarlet a la cara.

—Toda esta historia fue idea tuya, ¿y ahora te cabreas? —preguntó Scarlet, todavía reacia a mirar a Charlotte—. Yo que tú metía la cabeza en el congelador; se te está pudriendo.

Charlotte se levantó y se acercó al cartel del tour de Death Cab for Cutie que Scarlet tenía colgado en la pared. Tratando de sacar a Scarlet de sus casillas, deslizó los dedos por el filo, como si buscara hacerse un terrible corte con la hoja. A otros les hubiese costado seguir mirando, pero Scarlet no quería darle esa satisfacción.

—Sólo quiero que te des cuenta de que él sólo te corresponde cuando yo estoy en ti, eso es todo —añadió Charlotte.

Las dos desviaron su atención hacia el televisor de plasma historiadamente enmarcado y fijado a la pared de Scarlet, donde ahora se promocionaba un programa para buscar pareja.

—Averigüen a quién elegirá él... a continuación —dijo el presentador en un tono aciago.

Scarlet y Charlotte intercambiaron miradas.

—¿Estás segura? Muy bien, entonces ¿por qué no dejamos que decida él? —contestó Scarlet con petulancia.

* * * *



A la mañana siguiente, Scarlet y Charlotte resolvieron poner en práctica su jueguito en la piscina del colegio con tiempo, antes de que comenzaran las clases de Gimnasia.

Las únicas luces que aparecían encendidas eran las que quedaban bajo el agua, de forma que los tímidos haces de luz se refractaban por el recinto de hormigón creando un marco de lo unís siniestro. Los vapores del cloro y el moho enrojecieron los ojos de Scarlet, aunque muy levemente.

—Muy bien, entonces, igual que en la tele, haremos turnos para estar con él. Yo iré primero, luego cambiamos, y veremos a cuál de las dos «corresponde» —dijo Scarlet.

—No es justo. Este sitio es tan oscuro... Tan lúgubre... Tan... cómo tú —dijo Charlotte paseando la mirada por el recinto—. No te hacía yo una fanática de la natación.

—No estamos aquí por el agua —dijo ella, que encendió el iPod y lo insertó en su reproductor estéreo LifePod que además le servía de bolsa de bandolera. La música reverberaba en las paredes de cemento y en el suelo alicatado lo mismo que si fueran los de una discoteca—. Estamos aquí por la acústica.

—¿Y a mí eso de qué me sirve? —preguntó Charlotte.

—¡Lo siento, no te oigo! —chilló Scarlet, subiendo el volumen de la música todavía más.

El crujido de la puerta al abrirse atrajo la atención de ambas. Damen atravesó el umbral oscurecido, escuchó la música atronadora y caminó hacia ella.

Charlotte se esfumó rápidamente y reapareció luego en lo alto del trampolín, para observar la escena que se desarrollaba más abajo.

—¿Por qué hemos quedado en la piscina? Lo normal es que al menos *pretendamos* estudiar —dijo Damen al aproximarse.

Se sentó al lado de ella en la grada. La luz de la piscina despedía un resplandor sobrecogedor que los rodeaba como lava en la boca de un volcán. Las sombras de la ondulación del agua bailaban sobre el rostro de Scarlet hipnotizando a Damen, que se esforzaba por sacarse unas palabras de la cabeza y hacerlas brotar de su boca.

—Yo-yo estaba esperando una oportunidad para decirte... —tartamudeó.

Charlotte estaba fuera de sí. Temiéndose lo que pudiera decirle a Scarlet, se lanzó en picado desde su percha y la poseyó antes de tiempo.

Scarlet salió expelida de su cuerpo y fue a aterrizar junto al borde de la piscina, confusa al principio y, luego, solamente furiosa.

—Espero que no sea que te da miedo el agua... —dijo Charlotte, atajando su discurso y prosiguiendo con la conversación deprisa y corriendo. Sin esperar a la respuesta de él, Charlotte se fue despojando de la ropa seductoramente hasta



quedarse en el top vintage de Scarlet y el culotte a juego, y acto seguido se lanzó al agua.

—No puede ser —boqueó Damen con incredulidad ante una visión y suerte semejantes.

Damen se arrancó la camiseta, se sacudió las chanclas y se zambulló detrás de ella.

Scarlet estaba paralizada de desolación e ira. No podía creerse lo bajo que había caído Charlotte en el buen sentido de la palabra.

—He pensado que un chapuzón antes de estudiar nos despejaría la cabeza —dijo Charlotte.

—Sí, a mí se me está despejando por momentos —dijo Damen con un ligero escalofrío, mirando fijamente su bañador improvisado, que se hacía más transparente y ceñido cuanto más se mojaba—. Venga, te echo una carrera —dijo él, por ver si así quemaba algunas de las hormonas que le consumían.

Ambos salieron disparados hacia el extremo opuesto de la piscina, chapoteando con brazos y piernas. Él podía haber ganado fácilmente, pero no se trataba de eso. Charlotte nadaba con tanto empeño que aminoró, admirado por el espíritu competitivo y la determinación de ella, y ambos tocaron la pared al mismo tiempo.

—Ha estado genial —dijo Damen, que se secó los ojos con la mano y quedó ciego por un instante. En el espacio de ese latido, Scarlet recuperó el control de su cuerpo en lo que se estaba convirtiendo en un absurdo tira y afloja ultramundano.

—Venga. Se acabó la piscina —anunció Scarlet como una madre impaciente.

—¿Por qué? Justo ahora que empezábamos a acostumbrarnos al agua. Estoy algo confuso, la verdad —dijo mientras echaba a nadar hacia el otro extremo de la piscina.

Scarlet se sumergió en el agua, se impulsó contra la pared y nadó hasta él. Cuando lo alcanzó, rozó levísimamente su cuerpo contra el de Damen.

—Bueno, pues ¿qué tal si te des-confundo? —dijo Scarlet, mientras el agua cristalina se deslizaba por su pelo negro, le recorría el cuerpo y volvía a caer en el agua—. Cierra los ojos y dime qué beso te gusta más.

Damen cerró los ojos. Scarlet le empujó juguetonamente contra la esquina y le plantó un potente beso en sus húmedos labios.

—A ver. Compara ése a... —dijo Scarlet mientras le hacía un gesto a Charlotte para que ésta entrara en su cuerpo.

—... a éste —dijo Charlotte rematando la frase.

Charlotte se acercó para besarle, pero la hermosura de sus rasgos la cogió desprevenida, y vaciló. Comenzó a besarle suavemente el cuello, ascendiendo despacio, provocándole, provocándose. Abrió los ojos para mirar sus labios antes de



besarlos, pero le faltó poco para tragarse la lengua cuando vio a Prue flotando junto a la piscina.

—¡Jacuzzorra! —chilló Prue, ordenando a los demás chicos muertos que empezaran a nadar en círculos. Charlotte se vio arrastrada lejos de Damen por el vórtice sobrenatural justo cuando estaba a punto de besarle. A estas alturas, ya estaba más que harta de esos *déjà vus*.

Scarlet, consciente de que prefería la humillación delante de todo el instituto antes que presenciar cómo Prue descargaba su cólera sobre Charlotte, se dejó llevar por el pánico y recuperó su cuerpo.

El remolino aumentó su presión hasta que una ola se levantó sobre el bordillo, desbordó la piscina y fue a estrellarse contra el tabique que separaba la piscina del gimnasio. El torrente de agua hizo vibrar la pared, se filtró por debajo y entró en el gimnasio. Los chicos vivos que se encontraban en clase de Gimnasia repararon en la inminente inundación que avanzaba poco a poco hacia ellos y corrieron rumbo a las salidas.

—¡¡¡Tsunami!!! —gritaron con cierto dramatismo, advirtiendo a los demás compañeros, pero ya era demasiado tarde para la mayoría. Atrás quedaron bolsas de deporte, sacos de pelotas, mochilas de libros, chándales, pantalones de entrenamiento, sudaderas con capucha y toda clase de material deportivo, que acabaron completamente empapados. El viejo parqué empezó a levantarse, los enchufes echaban chispas, las luces parpadeaban y los plomos de todo el instituto saltaron en cadena. Aunque ni mucho menos de proporciones bíblicas, sí que causó daños considerables.

Lo peor, no obstante, fue el momento en el que el tabique se vino abajo como en un efecto dominó. Scarlet y Damen quedaron a la vista de todos, abrazados, aferrándose el uno al otro como a la vida, lo mismo que dos naufragos del *Titanic* escupidos a la orilla por un mar desatado.

Los del gimnasio se sobresaltaron más ante la visión de ellos dos en tan comprometedor postura que ante la destrucción que las aguas habían causado a su paso. Cuando el agua empezó a discurrir por las puertas, Prue reunió a los demás y emprendieron la retirada a Hawthorne Manor. Allí ya no le quedaba nada más que hacer.

* * * *

Faltaba que el caos en el gimnasio llegara a oídos del director Styx, pero, entre tanto, éste afrontaba otro problema igualmente catastrófico: imponer un castigo a Petula por el incidente de Educación Vial.



—La verdad, director Styx... yo no sé nada de ningún accidente de coche. ¿Qué le hace pensar que fui yo? —preguntó Petula con un tono coqueto totalmente fuera de lugar.

—¿Es esto suyo? —preguntó Styx sosteniendo en alto una barra de labios.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó Petula.

—Del coche —contestó Styx.

Petula le arrancó la barra de la mano, a la vez que en su rostro la cara de zorra se mudaba por la de una perra calculadora.

—Me temo que no puedo pasar por alto el incidente este del coche —adivirtió él—. Los daños ocasionados al vehículo, el municipio, la tuba y el instituto son considerables y alguien debe responder por ellos. Podían haberse producido heridos o algo peor —la reprendió Styx.

—Pero no los hubo —dijo Petula con un desdeñoso gesto de la mano—. ¿Verdad, profesor... perdón, esto, director?

—Me temo que voy a tener que castigarla sin el Baile de Otoño —dijo Styx, emitiendo su veredicto.

—¡Yo SOY EL BAILE! —gritó Petula. En su afán por conseguir un aplazamiento, echó un rápido vistazo al informe disciplinario y montó su defensa—. Un momento, en su informe sólo pone «Kensington». ¡Tengo una hermana pequeña! —argumentó—. Tengo pruebas. ¡Esta barra de labios es suya! Mire, es de color carmesí. ¿Acaso tengo yo pinta de usar color carmesí?

—Mi decisión es inamovible —explicó él, que desconocía la afición de Petula por el perfilador de labios rosa nacarado y los brillos naturales.

Antes de que Petula pudiera pronunciar otra palabra malsonante en su defensa, la secretaria de Styx irrumpió en el despacho.

—¡El gimnasio está inundado! —chilló excitada, disfrutando de la tragedia que acababa de insinuarse en su rutinaria y aburrida vida.

El director Styx, examinando todavía la barra de labios y con Petula a la zaga, corrió hacia el gimnasio.

Mientras él se aprestaba a evaluar los daños y un posible parte de heridos, Petula reparó repentinamente en Damen y Scarlet, que seguían abrazados, medio desnudos, si bien ya al menos fuera del agua.

—¡Es ésa! —se despepitó—. ¡Lo hizo para robarme a mi novio! ¡He ahí el móvil! —se desgañitó Petula, pero el director estaba demasiado ocupado evaluando los daños como para prestar atención a sus acusaciones.



Petula se aproximó a ellos como si fueran radiactivos y se burló con una mueca de la vulnerable y comprometida postura en la que ella y la totalidad del alumnado los habían sorprendido.

—Oye, he oído que están liquidando letras escaríala en Hot Topic —dijo Petula, mirando a Scarlet con desprecio.

—¡Déjalo ya! —le instó Damen mientras el bedel les tendía unas toallas.

—¿Te gustaría, eh? —le cortó Petula, que pareció que se preparaba para una pelea a tortazo limpio al más puro estilo programa de Jerry Springer cuando se volvió de nuevo hacia Scarlet.

—No te preocupes. Son ataques propios de las de las deficientes en calorías —bromeó Scarlet.

—Nadie va a tomarte en serio jamás. ¡Mírate! Das risa —dijo Petula, esforzándose al máximo por humillar a Scarlet delante de Damen.

—¡Petula, basta ya! —gritó Damen.

Scarlet parecía avergonzada y dolida, pero trató de ocultarlo como pudo. Charlotte la miró con pena.

—Jamás te sacaré en público en una autentica cita. ¿Qué te dijo, «Oh, mantengamos esto entre tú y yo»? —sondeó Petula—. ¿Fue eso lo que te dijo?

Scarlet se quedó callada y Damen pareció que se sentía un poco culpable.

—Te equivocas de cabo a cabo —dijo Damen.

—Eres un sucio secretito —dijo Petula lanzándole a Scarlet una puñalada más.

—¡Sí, ya, pues este sucio secretito va a ir al Baile de Otoño conmigo! —anunció Damen.

Petula y Scarlet se quedaron mudas de asombro. Hasta a Damen le sorprendió haber soltado la proposición.

Scarlet, aturdida por la paliza verbal y física que acababa de encajar, se alejó sin mediar palabra. Mientras se secaba, Charlotte se le apareció.

—¡Es increíble! ¡Vamos a ir al baile! —exclamó Charlotte, incapaz de contenerse.

—¡Eres increíble! —dijo Scarlet, completamente asqueada, al cabo de un rato—. ¿Qué?, ¿si no puede ser tuyo, no lo puede ser de nadie más... es eso?

—Yo no he sido —contestó Charlotte—. ¡Sabes que no!

Scarlet la atajó antes de que pudiera explicarse.

—¡Y además casi me matas! Cada vez que consiento que me poseas pasa algo horrible —la reprendió Scarlet—. No puedo permitir que vuelvas a hacerlo.

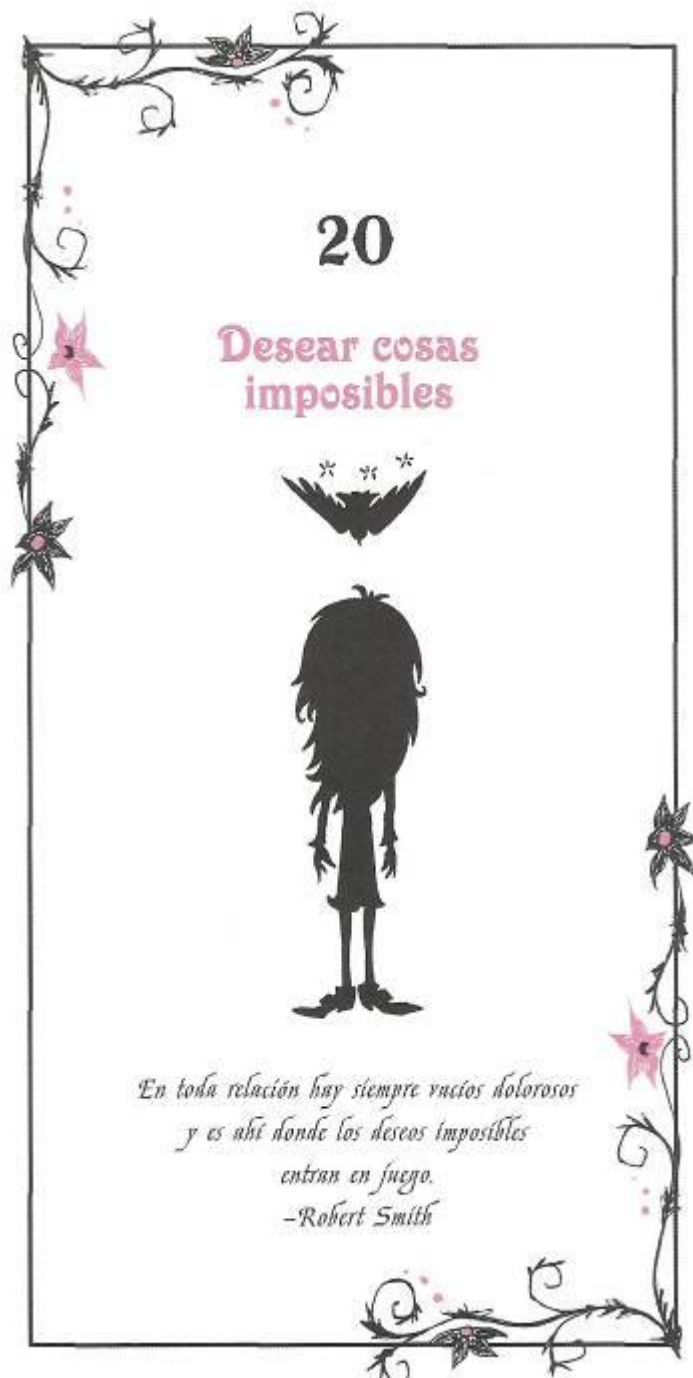
—Scarlet, por favor... —imploró Charlotte—. ¡Por favor, no me hagas esto!



Scarlet volvió la cabeza, incapaz de mirar a Charlotte a la cara, y siguió escurriendo su ropa. Al hacerlo, cayeron unas gotas ante el rostro de Charlotte, casi como si llorara, que era lo que más deseaba hacer en ese momento.



Capítulo 20





**La vida es aleatoria y el amor
puede ser igual de aleatorio.**

Si te paras a pensar en ello seriamente, al final todo se resume en un único, y profundo, pensamiento: ¿para qué preocuparse? La única razón para vivir es amar y la única razón para amar es vivir. Charlotte no tenía ninguna de las dos... Al menos no todavía. Ella aún lo amaba. Siempre lo haría. Él era su «para qué preocuparse».



La lluvia inclemente atravesaba a Charlotte y se precipitaba al suelo mientras caminaba melancólicamente por la calle oscurecida lamentándose de su mala suerte. Deseó sentir la fría llovizna contra su cuerpo de nuevo, pero no podía. No era más que un recordatorio de que era tan hueca como la guitarra Ovation de Damen, y poco podía hacer ella ya para solucionarlo, ni ahora ni nunca. Nada podía tocarla, ni siquiera el chaparrón, pensó mientras vadeaba los charcos que se acumulaban. A decir verdad, Charlotte no tenía adonde ir, y no había dónde estar. No tenía hora de llegar a casa, ni nadie que la esperara despierto, ni aun necesidad de dormir.

Deambuló por las calles en silencio hasta que se despejó el cielo, revelando los últimos instantes fugaces del atardecer recortados contra el contorno de Hawthorne. A pesar de encontrarse sumida en su decepción, reparó en el frente frío que soplaba a través de ella disipando la humedad, aunque no su mala conciencia. Había avergonzado y herido a sus amigos, y era más que probable que se hubiese condenado a sí misma y a los compañeros de Muertología.

No sólo estaba triste, sino celosa además. Se sentía excluida. Su plan para conquistar el amor de Damen y el respeto de Petula le había estallado en las manos, y ello era en gran parte culpa suya. En gran parte, claro está, porque también había tenido parte de culpa Scarlet, ¿o no? Y Prue. En ningún momento tuvo intención de que las cosas salieran como en efecto lo habían hecho, se justificó Charlotte. No eran más que —¿cómo llaman a las bajas los militares?— «daños colaterales».

—¿Asuntos pendientes? Y que lo digas —siguió parlotando para sí.

El crepúsculo dio paso a la noche y la noche a la noche cerrada mientras ella proseguía sin rumbo por las gélidas calles bajo la atenta mirada de los gabletes que se alzaban majestuosos por doquier. De encontrarse solo en plena noche recorriendo penosamente oscuros callejones y bocacalles, otro no habría cesado de volver atrás la cabeza, pero lo único que podía temer Charlotte era la constatación de que sus sueños jamás se harían realidad.

—Al fin y al cabo es lo que hacen los fantasmas, ¿no? —pensó en voz alta, resignándose al olvido—. Vagar. Lamentarse.

Mientras pasaba bajo un viaducto de piedra y atravesaba un macizo de árboles muertos estrangulados por enmarañadas trepadoras, no podía dejar de obsesionarse con Damen y Scarlet —se encontraban bajo la misma luna que ella— y de preguntarse qué estarían haciendo.

El pensamiento empezaba a reconcomerla por dentro cuando, de manera inexplicable, se halló en el exterior de la casa de Damen. Era un lugar hasta el que había pedaleado muchas veces en verano. Necesitaba ver que dormía, que estaba solo y que, de momento, no sucedía nada entre él y Scarlet. Necesitaba, como mínimo, ese tanto de paz de espíritu.



Charlotte avanzó con sigilo hasta el pie de su ventana y lo vio allí, bañado por la luz de la luna, dormido en su cama doble. Podía ser que, como ella, necesitara aparcar los problemas, la confusión, y desconectar un rato. Una de las piernas le sobresalía de debajo de la sábana, una pierna desnuda, y podía entrever parte de sus boxers blancos bajo las sábanas verde militar. Sabía que había trabajado de voluntario en la Cruz Roja el verano anterior porque ella tenía el recorte de periódico pegado a su espejo, y pensó lo genial que era que le hubiesen dado unas sábanas oficiales. La ventana estaba abierta una rendija para que el calor de la calefacción pudiera disiparse en la fresca noche otoñal. Consideró ese factor como una invitación silenciosa y se coló al interior.

Nunca antes había estado en el dormitorio de un chico, y menos en el de un chico como Damen, y para su sorpresa descubrió que era tal y como imaginaba. Dormía bajo una estantería con CD, trofeos y su equipo de música, que sonaba tan alto que se preguntó cómo siquiera podía dormir.

Sin pensárselo dos veces, se deslizó bajo la sábana de la Cruz Roja, acurrucándose contra su cálido cuerpo, la cabeza suavemente reposada sobre su pecho escultural. No tenía nada que perder y le necesitaba todo para ella, sólo por un ratito.

—¿Damen? —le susurró desesperadamente al oído, tanteando, por si hubiera alguna parte de él que ella todavía pudiese tocar.

Al principio no respondió, pero luego se volvió muy despacio y abrió los ojos, su mirada caló en lo más hondo de sus pupilas, como si le resultaran familiares, y entonces... Entonces... gritó despavorido.

Charlotte salió volando hasta quedar de espaldas contra la pared y observó con impotencia cómo él se incorporaba en la cama, el cuerpo chorreándole sudor, presa de la agitación en un estado postraumático. Ella había penetrado en su sueño, pero no de la forma en que él penetraba en el suyo.

—Soy su pesadilla —admitió mientras huía de su dormitorio.

Para ella no había salida. Ni consuelo. Había agotado todas las posibilidades y todas sus esperanzas se habían disipado, arrastradas por la intensa lluvia y el sudor nocturno de Damen.

El infatigable paseíllo de la deshonra de Charlotte se prolongó la noche entera. Con las primeras luces del día, cambió de dirección y puso rumbo a Hawthorne High, en cuya escalinata de cemento se hizo un ovillo, esperando las primeras señales de vida. Cerró sus ojos cansados y se quedó dormida.

Con el sol de la mañana llegaron los autobuses y los profesores y los estudiantes y las clases, y con el ruidoso ajetreo de los últimos rezagados, Charlotte despertó y cayó en la cuenta de que llegaba tarde a clase. Tenía el aspecto y la sensación de haber sido pisoteada por centenares de chicos vivos, como en efecto lo había sido. Se dirigió de inmediato al aula de Muertología, pero cuando llegó estaba vacía; todos se



encontraban ya en el patio disfrutando del descanso, salvo Prue, a quien el profesor Brain había retenido.

—¿La piscina? —dijo Brain echando humo—. No deberíais haberlo hecho, tú menos que nadie.

—¿Yo? —preguntó Prue—. ¿Y por qué no se lo dice a esa «llorica muerta»?

Prue estuvo tentada de largarle lo de Scarlet, Damen, todo, pero se mordió la lengua y siguió callada. Era un acuerdo dicho de solidaridad entre los chicos muertos que ni su ira podía incitarla a violar.

—Sé que no te llevas bien con Charlotte —dijo Brain— pero lo único que haces es empeorar las cosas.

—Las cosas no podrían ir peor —espetó Prue.

—Lamentablemente, sí —sentenció Brain—. Ya no quedan plazas, Prue, y nuestro momento se acerca.

—... O no —dijo Prue—. Ella solita podría arruinárnoslo todo.

—Pues entonces busca otra manera de hacerla entrar en razón —dijo Brain, por evidente que fuera—. No iremos a ninguna parte si no es con ella.

—Eso no lo puede saber con absoluta seguridad —dijo Prue—. Los demás ya se han unido a nosotros y...

—Claro que lo sé —la atajó Brain—. Y tú también.

Prue le miró con gesto inexpresivo.

—Ya sé que es muy duro dar un paso atrás y dejar que Charlotte tome el mando —dijo Brain comprensivamente—. Siempre has sido la líder de la clase.

—¿El mando? —se quejó Prue—. ¡Es una borrega! Por ella como si nos quedamos aquí estancados toda la eternidad, es que no le importa lo más mínimo.

—Entonces haz que le importe —dijo Brain—. Ese es *tu* reto.

—Pero es que no estudia —se quejó Prue.

—¿A qué te suena familiar? —dijo Brain intencionadamente.

El crujido de una puerta que se abría interrumpió su conversación, y ambos se volvieron hacia la entrada.

—Hablando del rey de Roma —dijo Prue.

—Hola, Charlotte —dijo Brain con tono afable.

—Supongo que se ha agotado mi tiempo —rezongó Prue, los celos asomándose a cada una de sus palabras justo cuando Charlotte asomaba la cabeza por el umbral para comprobar si Brain estaba libre.



Prue dio media vuelta y se marchó toda enfurruñada, sin apenas dirigirle una mirada a Charlotte y cerrando telequinésicamente la puerta de golpe tras de sí, de modo que les dejó bien claro a ambos lo que opinaba de Charlotte.

No contenta con ello, Prue volvió a la puerta, pegó la cabeza al cristal y se deslizó hacia abajo, dejando un rastro baboso en su mofa de la muerte de Charlotte.

—¿Por qué me odia tanto? —le preguntó ésta al profesor Brain.

—No te odia, Charlotte —explicó Brain—. Pero necesitamos apoyarnos los unos en los otros para alcanzar una meta común, y hasta ahora has demostrado ser... poco fiable.

—Lo estoy intentando —dijo ella.

—¿Ah, sí? —preguntó Brain de forma algo retórica.

Charlotte recapacitó e hizo una pausa a la vez que crecía su desesperación.

—No sé lo que hago —admitió—. Estoy fracasando en todo lo que me importa. Ni baile, ni Damen, ni amigos, ni casa, ni vida —dijo Charlotte, sincerándose por completo, con la esperanza de obtener alguna respuesta y algo de ayuda.

—Tal vez sea ésa la lección, Charlotte —sugirió Brain—. Debes dejar de vivir y empezar a morir. Estás negando la realidad.

—Intento pasar página, pero cada elección que hago es la errónea —dijo con abatimiento—. Me había esforzado tanto para conseguir ese Beso de Medianoche... digo, la resolución —se delató.

—¿Beso de Medianoche? —preguntó el profesor Brain, que empezaba a encajar piezas—. Charlotte, ¿es que hay alguien que puede verte?

El silencio de Charlotte le dijo a Brain cuanto necesitaba saber.

—¿Te has parado a pensar que ser vista implica mucho más que conseguir lo que quieres? —preguntó aproximándose a ella.

—¿A qué se refiere? —preguntó Charlotte.

—Tus elecciones nos afectan a todos, Charlotte, y no sólo a ti —dijo Brain con gravedad—. La interacción con los vivos está, casi sin excepción, estrictamente prohibida. El riesgo es demasiado grande para ellos... y para nosotros.

—¿Y desde cuándo importan las elecciones que yo haga? —lloriqueó Charlotte—. Yo no quiero esa responsabilidad. Pero si yo apenas puedo resolver mis propios problemas, cómo voy a atender los de los demás.

—Me temo que no depende de ti que la aceptes o no, Charlotte —contestó Brain—. Tus problemas empiezan a serlo también de los demás.

—Genial, así que vengo aquí a que me aconsejen... —dijo Charlotte mientras Brain permanecía con la mirada fija al frente, completamente sumido en sus pensamientos.



—Pero existe otra posibilidad —conjeturó Brain.

—A ver, ¿cuál? —le apremió Charlotte.

—Quizá el que a ti puedan verte —teorizó Brain— y a nosotros no sea, de hecho, una llave para resolver tu problema... y el nuestro.

—¿Me está diciendo que se supone que debo ir al baile? —preguntó Charlotte, con renovada esperanza en la voz—. ¿Podría ser que el Beso de Medianoche fuese *mi* llave para la resolución?

—No adelantemos acontecimientos —advirtió Brain—. Yo no he dicho eso.

—Pero alguna probabilidad habrá, ¿no? —le presionó Charlotte.

—Eso no lo podemos saber hasta después —manifestó Brain de forma críptica—. Depende de tantas cosas...

Charlotte interrumpió la explicación del profesor Brain, sopesando sus opciones en voz alta y con un tono no exento de cierto dramatismo.

—Besar o no besar —dijo mientras paseaba de un lado al otro de la estancia como el actor principal de una producción escolar de tercera del *Hamlet*.

—Es mucho lo que nos jugamos, Charlotte —advirtió él—. Posiblemente estemos poniendo en tus manos... nuestro futuro.

Charlotte hizo un cálculo mental de probabilidades. Pero en ningún momento dudó de cuál iba a ser su respuesta.

—Es un riesgo que estoy dispuesta a asumir, profesor Brain —dijo Charlotte, repentinamente ávida de cargarse semejante peso sobre los hombros.

—Recuerda: que *puedas* hacer algo, no significa que *debas* hacerlo —recalcó Brain.

Ella apenas prestaba ya atención. Brain le había dicho justo lo que quería oír. El baile, Damen, el Beso de Medianoche eran suyos.

—Gracias —dijo Charlotte con sinceridad—. Me acaba de salvar la vida.

—¿Salvar la vida? —dijo Brain, a cuyos ojos se asomó una mirada de preocupación—. No es eso lo que yo tenía en mente, que digamos.

—*Besar* —Charlotte suspiró y salió del aula a punto del desvanecimiento.

Prue, que esperaba escondida detrás de la puerta abierta, estaba ahora más decidida que nunca a detenerla.

—O *no* besar —se murmuró para sí con un tono sombrío.

* * * *



Entre tanto, Charlotte tenía un pequeño, pero no por ello menos importante, asunto que resolver. Scarlet. Seguían sin hablarse, y sin su cooperación nada era posible.

Justo entonces, resonó en los pasillos vacíos del instituto el siguiente anuncio del director Styx:

Atención, alumnos de Hawthorne. Debido a la inundación del gimnasio, nos resulta imposible celebrar el Baile de Otoño en dicho espacio este año. De no hallar otro lugar conveniente, nos veremos obligados a cancelarlo. Y permítanme informarles que las perspectivas no son nada halagüeñas.

Pareció que nadie reaccionaba igual al notición. Petula, que se encontraba en Expresión Oral leyendo ante toda la clase un artículo sobre «Cómo complacer a un hombre» sacado del último número de Cosmo, rebosaba de rencoroso placer ante la noticia.

Damen, que estaba acabando de cambiarse para el entrenamiento de fútbol, parecía visiblemente fastidiado, y Scarlet, que se hallaba sentada en clase de Historia, se vino abajo en silencio.

Afuera en el patio, Charlotte pasó de largo junto a Prue con renovada confianza.

—¡Ya lo tengo!— chilló emocionada.



Capítulo 21





Dulce persuasión.

A fin de que alguien influya en ti, sobre todo a la hora de que hagas o creas algo que en absoluto va contigo, esa persona ha de gozar de cierta credibilidad. Tiene que existir un grado de confianza entre las dos partes. Pero la confianza, una vez perdida, es difícil de recuperar. Charlotte había avanzado en sus dotes persuasivas, pero hasta el momento la cosa no había tenido nada de dulce.



El arreglo para vientos y timbales del *Love Will Tear Us Apart* de Joy División asaltó las clases de primera hora mientras la banda de música de Hawthorne High daba vueltas al edificio. Charlotte estaba muy por encima de todo ello, posada en una cornisa de piedra sobre la entrada. Al cabo de un rato divisó a Scarlet, que se aproximaba al edificio. Se apareció delante de ella y le dio un susto de muerte.

—Mira, sé que ya no somos amigas —dijo Charlotte sin rodeos—, pero ¿qué te parecería ser «amienemigas»?

Scarlet se sacó los auriculares, pausó su iPod y cruzó los brazos con fuerza, en un gesto que Charlotte interpretó como levemente abierto a la conversación.

—A ver, qué... —la retó Scarlet, otorgándole un segundo para plantear su argumento.

—Tal y como están las cosas, no puedes ni vengarte de tu hermana ni ir al baile... a no ser que encuentren un sitio nuevo —explico Charlotte.

—Bueno, eso parece bastante poco probable —atajó Scarlet—, así que yo no dejaría que esos encogidos organitos tuyos se emocionaran demasiado.

Había sido una ingenuidad pensar que vengarse de Petula sería motivación suficiente para Scarlet, pero lo que Scarlet no podía reconocerle a Charlotte ni reconocerse del todo a sí misma era lo entusiasmada que estaba ante la perspectiva de ir al baile con Damen.

—¿Y si se celebra en Hawthorne Manor? —espetó Charlotte antes de que Scarlet tuviera tiempo de encajarse de nuevo los auriculares y marcharse para clase.

—Tu propuesta tiene dos graves problemas. Uno: «la señorita rigor mortis hormonas alteradas» —dijo Scarlet.

—Tú deja que yo me ocupe de Prue. Si accedes a que te posea el día del baile, yo buscaré la manera de echarlos a todos de casa —replicó Charlotte.

—... y dos: ¿cómo diablos vas a conseguir que la Comisión de Fiestas acceda si la casa está a punto de ser condenada? —preguntó Scarlet.

—No lo haré yo —contestó Charlotte—. Lo harás tú.

* * * *

Esa noche, Scarlet se coló tan tranquila en la reunión de la Comisión de Fiestas y se dirigió a los asistentes.

—Ya sé dónde podemos celebrar el baile —dijo sin perder un segundo.



En la sala reinó el silencio y cuantos allí había apoyaron sus respectivos refrescos, intrigados por lo que Scarlet tenía que contar.

—Ya hemos mirado en el cementerio y está reservado... Hay un montonazo de gente que se muere por entrar —gritó un gracioso desde el fondo de la sala. Una chica popular le tiró del brazo para que cerrara la boca, y Scarlet continuó, sorprendida por el respeto que al parecer se había ganado.

—¿Dónde? —preguntó la chica.

* * * *

Entre tanto, Charlotte asistía también a una reunión en la Residencia Muerta.

—¿Que celebremos aquí el baile? ¿Y cómo va eso a salvar la casa? —preguntó Metal Mike.

—Si desalojamos la casa y permitimos que los chicos vivos celebren aquí su baile, las autoridades comprobarán que es segura y no la demolerán —respondió Charlotte con confianza— Es más, verán que se le pueden dar otros usos al edificio —añadió, y aguardó inquieta la reacción de los demás, temiéndose lo peor y deseando lo mejor.

* * * *

Scarlet exponía simultáneamente su propuesta en la otra punta de la ciudad.

—Es lo bastante grande. Está vacía... —dijo Scarlet... o casi.

Lucinda, la profesora titular responsable del grupo de animadoras de Hawthorne High, se levantó inmediatamente para apoyar la propuesta de Scarlet. Era igualita que Dolly Parton, sin su talento, con una fabulosa pelambreira blanca, el rostro supermaquillado y unas larguísimas uñas pintadas de rojo chabacano.

—Bueno, hay cierta persona en el centro de la ciudad que me debe un favor... Estoy convencida de que podemos conseguir que nos den el visto bueno para utilizar la casa por una noche —dijo, guiñándole un ojo a Scarlet.

A Scarlet le alivió comprobar que tenía a alguien de su lado.

—Incluso podríamos montar una atracción tipo casa encantada para reunir fondos con los que costear la reparación de los daños del gimnasio —dijo Scarlet, cuyas ideas cabalgaban ya desenfrenadas sobre sus pies enfundados en medias de rejilla y botas de punta de acero.

—Suena como guay eso de celebrar el baile en un tétrico caserón abandonado —añadió la chica popular, dando por sellado el plan en un giro insospechado.



* * * *

—Entonces, estamos de acuerdo. Dejamos que los vivos celebren aquí su baile —dijo Piccolo Pam guiñándole un ojo a Charlotte—. Además, ¿qué podemos perder?

A Charlotte le costaba creer que, con todo lo que había hecho, Pam la apoyara todavía.

—¿Habrás alfombra roja? —preguntó CoCo, completamente deslumbrada.

Todos rebotaban de entusiasmo, salvo Prue, que estaba más que furiosa por que Charlotte hubiese conseguido que se aceptara su plan.

Charlotte fue recibiendo la enhorabuena de todos conforme salían de la sala. Era su momento de gloria, y de qué modo. Estaba radiante hasta que apareció Prue al final de la fila.

—Sé que crees que estás predestinada a ir al baile —dijo Prue con tono provocador—. Encaja a la perfección con esa egoísta agendita tuya.

—¿De qué hablas? —preguntó Charlotte, abochornada.

—Puede que a los demás sí, pero a mí no me engañas —proclamó Prue—. Salvar la casa por el bien de todos nosotros te trae al fresco.

—¿Qué pasa? Acabas de estar en la reunión —replicó Charlotte—. He dado con la solución. Lo que te ocurre es que estás celosa porque soy yo la Elegida y no tú —dijo Charlotte ingenuamente.

Prue hizo una pausa para conseguir el efecto deseado antes de responder.

—Lo que eres es una atorada, ¿o se te ha olvidado?

* * * *

Scarlet y Charlotte no perdieron el tiempo por temor a que cualquiera de las partes cambiara de opinión e inmediatamente se pusieron a arrear al personal para hacer todos los preparativos de cara al baile.

Las brigadas de limpieza asignadas por la Comisión de Fiestas de Hawthorne se partieron los cuernos para dejar presentable la vieja casa. Barrieron los restos de azulejos y yeso caídos del techo y los retiraron en carretillas. Fregotearon los suelos, aspiraron el polvo, repararon muebles y lámparas y enceraron las maderas.

La futura casa encantada no tardó en cobrar vida. Ajenos a las fantasmales presencias que los rodeaban, los chicos vivos pulverizaron tela de araña sintética por las esquinas y en el umbral de las puertas, vertieron chorreones de sirope de fresa y



tinte rojo por las paredes, tendieron los rieles y el trayecto algo enclenques de la «atracción» de la casa encantada y trajeron una buena provisión de hielo seco para las máquinas de humo. La decoración de los chicos muertos era algo más... auténtica.

Rotting Rita escupió arañas auténticas por la boca para poblar las telas de araña. Kim aplastó la herida de la cabeza contra otra pared y la hizo rodar, dejando una sangrienta huella violácea enmarcada por materia orgánica. Hecho esto, dio un paso atrás y admiró su obra como quien contempla una pintura renacentista de valor incalculable. La cosa se animaba.

Scarlet estaba montando la cabina del pincha y hacía pruebas de sonido, alternando entre su leal iPod y los dos mezcladores de CD. Llevaba los auriculares puestos y estaba totalmente concentrada, sopesando cada selección como si le fuera la vida en ello.

—Tengo que hablar contigo —dijo Charlotte, emitiendo la voz a través del iPod de Scarlet.

Sobresaltada, Scarlet se arrancó los auriculares y se encontró con la inquietante presencia de Charlotte a su espalda.

—¿Es que no puedes darme un golpecito en el hombro como una persona normal? —preguntó Scarlet—. Ya sé lo que vas a decir. No te preocupes; tendrás tu turno.

—Bueno, el caso es que tengo que ser yo la que baile con él a medianoche por lo del beso —dijo Charlotte.

—Pero ¿quién te crees que eres? ¿Cenimuerta? —preguntó Scarlet—. Eso no es más que un cuento. Una chorrada.

—No es una chorrada. El profesor Brain me lo ha explicado —contestó Charlotte a la vez que resonaban en su mente las mordaces palabras de Prue—. Scarlet, soy la Elegida.

—¿Que eres la Elegida? —preguntó Scarlet, desconfiando todavía de los motivos de Charlotte.

—Sí, por una vez, lo soy de verdad —Charlotte procedió a ofrecerle una explicación atropellada—. Ese beso, el hecho de que puedas verme y todo lo demás demuestran que Damen es mi asunto sin resolver. Que ese beso supondrá la resolución no sólo para mí sino para todos los chicos muertos —dijo Charlotte—. El es mi destino y tú mi única esperanza.

Scarlet la miró inexpresiva mientras Charlotte continuaba con su explicación.

—Scarlet, puede que no me creas, pero sí que crees *en mi*, ¿verdad? —preguntó Charlotte, tratando de recuperar aunque fuera una minúscula porción de la confianza perdida.



—Seguro, claro que sí, es sólo un beso, ¿no? —se avino Scarlet, recordándose que lo que para ella era sólo una noche era una eternidad para Charlotte.

* * * *

Mientras todos aunaban esfuerzos con los preparativos para el baile en Hawthorne Manor, Petula y las Wendys aunaban los suyos para arruinarlo. Del dormitorio de Petula no brotaban maliciosos cotilleos. Estaban muy serias ellas, y era evidente que Petula empezaba a desquiciarse un tanto.

—Bueno, ¿qué os parece, chicas? —preguntó Petula volviéndose hacia ellas, mientras se aplicaba pintalabios carmesí de Scarlet, el que le había arrebatado al director Styx, y juntaba los labios para separarlos al instante con un chasquido.

—Estás igualita que Marilyn —dijo Wendy Anderson, asombrada—. Que Marilyn Manson, ¡claro está!

Las Wendys estallaron en carcajadas ante el aspecto de Petula.

—Eres tan graciosa, Petula —se rió Wendy Thomas.

—¿Ah, sí? ¿Conque te parezco graciosa? —dijo Petula con un estudiado gesto de impasibilidad—. ¿Graciosa como qué?

—Ya sabes, graciosa, como graciosa, ja, ja —dijo Wendy con nerviosismo.

—¿Te refieres a graciosa como un chiste? —preguntó Petula con ojos desorbitados—. ¿Como que estoy aquí para divertirte?

El ambiente en la habitación se tornó muy pero que muy serio.

—*Es broma* —dijo Petula a la vez que se le pasaba la psicosis al momento.

Las Wendys se miraron entre ellas, suspiraron y volvieron a entregarse ansiosamente a urdir la venganza de Petula.

—Venga, chicas, pensad —dijo Wendy Thomas.

—Quiero que el castigo se adecuó al crimen —dijo Petula entre sus perlados dientes blanqueados.

—Bueno, pues entonces tendrá que ser en el baile —razonó Wendy Anderson—. Claro que allí va a ser difícil acceder a ella.

Petula se quedó pensativa un minuto y la interrumpió.

—¿Qué es lo peor de lo peor que se le puede hacer a una chica gótica delante de todo el instituto? —preguntó Petula.

—Podemos echarle encima un cubo de sangre —sugirió Wendy Anderson.



—Eso está muy visto, Wendy. Además, seguro que le encantaba —dijo Petula—. Pero puede que no andes desencaminada...

* * * *

Scarlet decidió hacer otra intentona para investigar a Prue. Había llegado a la conclusión de que el saber es poder y quería estar preparada. Volvió a teclear «Prue», si bien en esta ocasión armada con la contraseña —«listoparaimprimir»— de su supervisor de prensa, el profesor Filosa, la cual había «obtenido» del cajón de su mesa.

Con ella tendría mayor acceso a la base de datos y a los archivos online del instituto. Esperó y esperó a que se completara la búsqueda avanzada. Finalmente, el enlace a un único artículo apareció en la pantalla.

«Atropello y fuga de Hawthorne declarado accidental», rezaba el titular. Scarlet se desplazó hacia abajo en el texto, con la mano temblorosa y la certeza de que por fin había dado con lo que buscaba.

UN JUEZ DE LOS JUZGADOS DEL DISTRITO DICTAMINO HOY QUE LA MUERTE POR ATROPELLO Y FUGA DE LA ALUMNA DEL INSTITUTO REGIONAL DE HAWTHORNE, PRUDENCE SHELLEY, DE DIECISIETE AÑOS, FUE ACCIDENTAL. SHELLEY SE DIRIGÍA EN COMPAÑÍA DE LA ESTRELLA DE ATLETISMO RANDOLF HEARST AL BAILE ANUAL DE LA VENDIMIA CUANDO, SEGÚN DECLARACIONES DE ÉSTE, ELLA LE PIDIÓ QUE LA DEJARA APEARSE DEL COCHE. ÉSA FUE LA ÚLTIMA VEZ QUE SE LA VIO CON VIDA. TRAS DOS DÍAS DE BÚSQUEDA, UN REPARTIDOR DE LECHE HALLÓ SU CUERPO EN UNA CUNETETA.

—*Prudence* —dijo Scarlet dándose una palmada en la frente.

LA POLICÍA, QUE DESDE EL PRIMER MOMENTO SOSPECHÓ QUE HEARST OCULTABA INFORMACIÓN RELATIVA A LA MUERTE, PROCEDIÓ A ACUSARLE DE HOMICIDIO IMPRUDENTE CON VEHÍCULO A MOTOR, PERO POR FIN NO SE PUDO PROBAR LA IMPUTACIÓN ANTE EL JUEZ. NO HUBO OTROS SOSPECHOSOS.

EN DECLARACIONES EN EXCLUSIVA PARA NUESTRO PERIÓDICO, EL FISCAL HA AFIRMADO: «DADA LA NATURALEZA DE LAS HERIDAS QUE PRESENTABA EL CUERPO, NADIE VA A CONVENCERME JAMÁS DE QUE ESTO FUE UN SIMPLE ATROPELLO Y FUGA».



SUS AFLIGIDOS PADRES HAN COMENTADO A SU VEZ: «LA ADVERTIMOS DE QUE NO ANDARÁ CON ESOS NIÑOS RICOS. QUE ESO SÓLO LE IBA A TRAER PROBLEMAS. PERO NO NOS HIZO CASO, NUNCA PRESTABA ATENCIÓN A LO QUE LE DECÍAMOS».

—Qué horror —dijo Scarlet—. Encima van sus padres y le echan a ella la culpa.

HEARST PIENSA RETOMAR SUS ESTUDIOS EN LA UNIVERSIDAD, DONDE SE ENCUENTRA REALIZANDO UN MASTER EN FINANZAS, NO HA QUERIDO HACER COMENTARIOS SOBRE EL AUTO, PERO SU ABOGADO, RUFUS BENCH, HA DECLARADO QUE HEARST SE SENTÍA «ALIVIADO».

Se quedó mirando la pantalla fijamente durante un buen rato, reflexionando sobre el trágico episodio. Scarlet tenía por fin sus respuestas... y su munición.

* * * *

En Hawthorne High, Prue, a solas entre el mar de trastos del aula de Muertología, arañaba con las uñas la pizarra de arriba abajo, una y otra vez, echando humo todavía por el asunto de la violación del código y la cagada de Charlotte.

—Ya sé, ahuyentemos a los compradores —espetó burlonamente con tono nasal, culpándose tanto a sí misma como a Charlotte de las terribles consecuencias de «la casa encantada» original.

Esta panzada de autocompasión no era propia de Prue, pero estaba convencida de que con la nueva estrategia de celebrar el baile en la casa a fin de conservarla, y el asunto aquel del Beso de Medianoche, Charlotte los había arrastrado peligrosamente cerca del Olvido. Es más, se sentía por completo, o casi, incapaz de hacer nada para detenerlo.

—Asustarlos —dijo en voz alta, levantando los brazos en el aire estancado—. Vaya estupid... —hizo una pausa a mitad de la frase y guardó silencio—. Brain tiene razón —se dijo tajantemente a sí misma a la vez que contemplaba la mesa y silla vacías del profesor—. Voy a tener que encontrar otra manera de hacerla entrar en razón.

»No hay mucho que yo pueda *hacerle* —teorizó Prue—. Pero los demás... —dijo, esta vez con la convicción de un auténtico creyente.



Capítulo 22





**La vida nos transforma y nos
transforma el amor.**

Cuando nos transformamos, no dejamos de hacerlo nunca. Cambiamos. No completamente, pero nos adaptamos más o menos a nuestra nueva forma o a nuestros nuevos sentimientos. Lo más difícil en este proceso natural es dejarse llevar y permitir que ocurra. Hay un momento y un lugar para cada cosa. Un momento en la vida para ser alguien, y luego una vez pasado, una oportunidad para transformarse en alguien más. Y, si tenemos suerte, hay también un momento para amar a una persona y, como era de esperar en el caso de Charlotte, transformarse en persona amada.



El salón había sido transformado como por arte de magia en un elaborado bosque encantado, con bonitos esqueletos del Día de Muertos mexicano colgados de enormes árboles muertos que alcanzaban los altísimos techos, envueltos todos en miles de luces parpadeantes, espejo de las diminutas azucenas estrelladas blancas que Charlotte se había colocado entre sus negros mechones. Era más espectacular de lo que jamás podría haber imaginado. No podía creer que se encontrara a un paso de hacer realidad sus sueños más salvajes.

Charlotte dejó atrás el exterior de la casa encantada de camino a la pista de baile y se maravilló con los juegos macabros, como «La pesca del pato muerto» y un juego de dardos con réplicas de cera de las cabezas de sus profesores montados sobre un muro a modo de dianas. Allí disfrutó de lo lindo observando cómo un estudiante lanzaba un dardo a la cabeza del profesor Widget y se lo clavaba en pleno ojo sano. Charlotte se rió mientras el estudiante recibía de premio una muñeca rota vestida con una sucia sudadera de Hawthorne High hecha jirones.

Echó un vistazo a la atracción de la casa encantada y se fijó en una chica vestida de reina del baile muerta que esperaba a entrar. Charlotte observó cómo se dirigía a los demás de la cola, todos muy agarraditos y, por lo que se veía, interesados únicamente en arrastrar a la oscuridad a sus respectivas parejas.

—¿Alguien ha visto mi corona? —preguntó la reina del baile muerta encaramándose a una silla gótica de terciopelo rojo y respaldo alto—. ¡Oh, mira dónde estaba... En mi cabeza! —gritó mientras se la encajaba en la cabeza y asperjaba chorros de sangre sintética en todas direcciones un instante antes de ser propulsada hacia la oscuridad.

En realidad, Charlotte era la única que prestaba atención. Ansiaba disfrutar de cada segundo de la velada. Era su noche y no quería perderse absolutamente nada. Miró hacia las mesas redondas dispuestas en el perímetro del suelo ajedrezado de la pista de baile. Todas lucían torres de exquisitas rosas negras que se apilaban junto con velas negras ornamentales.

En un extremo de la atestada estancia divisó a Damen. Los cielos se abrieron y un rayo de luz celestial le iluminó, al menos eso le pareció. Allí estaba sentado, tan fino y galante como una estrella de cine, en un esmoquin negro y blanco, igualito al de su salvapantallas. Hablaba con su amigo Max y la pareja de éste inclinado hacia ellos con suma elegancia, como el modelo de un anuncio arrancado del mismísimo *Vogue* británico. Ella se quedó allí plantada un buen rato, disfrutando de la vista.

—¿Dónde está? —preguntó Damen, retóricamente, en voz alta.

—No te agobies, seguro que se ha apuntado a un concurso de Halloween o algo por el estilo de camino —le susurró Max a la vez que se ponía en pie para irse con su



chica—. Bueno, nos vamos a dar una vuelta por la *oscurísima* casa encantada —dijo, guiñándole un ojo.

—Ya, bueno, luego nos vemos —dijo Damen sin prestarle demasiada atención. Escudriñó la sala durante unos minutos y de pronto su mirada se cruzó con la de Charlotte.

Charlotte lanzó un grito apagado al percatarse de que la miraba a ella —¡podía verla!— y tragó saliva para humedecerse la garganta, que se le había quedado seca y contraída por los nervios. Le saludó ligeramente con la mano para hacerle saber que lo había visto.

Damen sonrió y devolvió el saludo.

Max y su chica estaban a punto de entrar en la casa encantada, pero se detuvieron y miraron también hacia donde estaba Charlotte.

La música ganó intensidad justo como en una de esas viejas películas de Hollywood en blanco y negro. Charlotte no podía creerse lo que allí estaba sucediendo.

Al echar a andar, reparó en que los ojos de Damen no se movían con ella. Volvió la cabeza, y vio a Scarlet, de pie, a su espalda. Era Scarlet a quien él miraba tan fijamente.

Es más, todas las miradas se posaron en ella cuando entró, como una joven estrella de los años cuarenta, enfundada en el mismo vestido que Charlotte había entresacado del vestidor la noche que se conocieron —un vestido vintage de chiffon azul noche hasta algo más abajo de la rodilla cosido con cristales Swarovski—. Llevaba los labios pintados de un clásico rojo anaranjado mate y su pelo negro recogido en un delicado moño.

Damen se quedó boquiabierto cuando Scarlet quedó totalmente a la vista, y lo mismo le sucedió a Charlotte.

Scarlet se acercó a Damen despacio y se sentó junto a él.

—Pareces... —dijo Damen, que apenas podía articular palabra.

—¿Normal? —preguntó ella, acabando la frase por él.

—De eso nada —dijo él, con una amplia sonrisa.

Charlotte los observó con anhelo. Su soso vestido vintage combinaba a la perfección con el papel estampado que tenía detrás, tanto era así que apenas se la distinguía contra el fondo. Miró y se sintió más que nunca como parte integrante de la decoración.

—Resulta que toda esa historia de «encontrar a alguien en una habitación repleta de gente» no suena tan tópica cuando le pasa a uno —dijo Damen mientras acompañaba a Scarlet a tomar asiento—. Entonces, ¿qué? ¿Te apetece... bailar?



—¿Bailar? No —contestó Scarlet, levemente aturdida y abrumada.

—Oh, está bien —respondió Damen, interpretándolo como una negativa.

—¡No! —dijo Scarlet—. Me refiero a que no acostumbro a bailar.

Damen y Scarlet se decantaron por hacer algo que les gustase a ambos y echaron a andar hacia la cabina del pinchadiscos. Embutidos en el reducido espacio, escogían discos y reían y pinchaban música a un tiempo. Lo estaban pasando de miedo escogiendo temas anticuados de la selección de vinilos, que luego mezclaban con lo último de lo último que almacenaba Scarlet en su iPod. El ambiente estaba de lo más animado y la pista se llenaba a reventar con cada una de sus mezclas.

—¡Eres la caña! —gritó Damen, disfrutando con cada nota de la sesión de Scarlet.

Pasado un rato, la voz del maestro de ceremonias irrumpió en la sala a través de los altavoces saludando a la sudorosa muchedumbre.

—¡Bienvenidos al Baile de Otoño anual de Hawthorne High!

»Hay magia en el aire, así que no os perdáis...

»... ¡el Beso de Medianoche!

Scarlet miró hacia su mesa y vio a Charlotte sentada en su silla, aguardando pacientemente a que Scarlet estuviera libre.

—Ahora vengo —le dijo Scarlet a Damen, interrumpiendo el personalísimo tándem a los platos. Scarlet bajó de la cabina y le hizo a Charlotte un gesto con la cabeza para que la siguiera.

—¡Date prisa o te perderás mi mezcla de Slim Whitman con The Horrors! —gritó él a su espalda.

—Mmm, no sé qué hacer, si hacérmelo encima o esperar a Slim —bromeó Scarlet mientras extendía las manos, palmas hacia arriba, como sopesando ambas opciones—. Mejor voy a hacer un pis.

Damen esbozó una sonrisa mientras Scarlet se llevaba a Charlotte detrás de uno de los siniestros árboles muertos.

—Gracias por hacer esto por mí —dijo Charlotte—. No me puedo creer que vaya a conseguir mi... baile.

—Sí, tu... baile —dijo Scarlet, al tiempo que levantaba los brazos para que Charlotte empezara con el proceso.

Charlotte creyó detectar una nota de tristeza en la voz de Scarlet, pero ésta la disimuló con una sonrisa. La posesión se completó sin problemas y muy rápidamente.



—Te estás haciendo toda una experta —la elogió Scarlet, cayendo en la cuenta de que se había perdido la intensa sensación de libertad que la embargaba cuando abandonaba su cuerpo.

—Más vale tarde que nunca —contestó Charlotte con timidez.

Ambas sonrieron y se separaron a toda prisa, Charlotte al mando del cuerpo bonitamente ataviado de Scarlet para buscar a Damen, y Scarlet para inspeccionar la casa encantada.



Capítulo 23





**Te amo, pero no estoy
enamorado de ti.**

Ésta es una falsa distinción. Una falacia pura y dura, si se para uno a pensarlo detenidamente. Amar es amar. Lo que en realidad conlleva «estar enamorado» es obsesión, adicción, encaprichamiento, no amor en sí. «Estar enamorado» es una declaración de las necesidades y deseos propios que no un intento de satisfacer los del otro. El amor verdadero, sin embargo, es un puente entre dos personas. A Charlotte le había costado descubrirlo buena parte de su vida, y la totalidad de la otra.



Charlotte se sentía como en una nube mientras se abría camino entre la abarrotada pista de baile y se reunía con Damen en la cabina del pinchadiscos. El estimulante frenesí que le producía el mero hecho de encontrarse allí, de ser la protagonista del momento más memorable de su vida —y ahora, de su muerte— era casi insoportable. Era la razón por la que había vivido y la única y sola razón por la que había muerto, y allí estaba, sucediendo ante sus ojos.

—¿Quieres bailar? —preguntó Charlotte dándole unos golpecitos a Damen en el hombro.

Damen al principio se echó a reír, pensando que bromeaba, pero se dio cuenta enseguida de que hablaba en serio.

—De verdad que no te entiendo —dijo Damen, que pinchó una canción lenta, le pasó el control de los platos a un colega y, tomando su delicada mano, la condujo hasta la pista de baile—. Creo que hemos hecho un buen trabajo ahí en la cabina —afirmó, tirando de ella hacia sí.

Charlotte cambió de tema. La música era cosa de Scarlet, pero el baile era suyo, todo suyo.

—Sí, pero mejor bailar con la música que escucharla a secas, ¿no crees? —preguntó ella.

A Damen no dejaba de desconcertarle su conducta esquizofrénica, pero también le encandilaba. Ella apoyó la cabeza en su hombro y se sintió encantada de que todos los miraran mientras avanzaban por la pista de baile.

—Ahora sí que podría morir tranquila... —suspiró Charlotte.

Mientras bailaban, pasaron junto a las Wendys, que acechaban como halcones desde el perímetro de la pista de baile. Las dos enviaron al instante sendos SMS con foto a Petula, para informarla y aun para irritarla de esa manera pasiva-agresiva que era especialidad de ellas. Petula esperaba delante de su ordenador, y al abrir sucesivamente cada mensaje y jpeg, su rabia rayó lo psicopático.

«¡Está en marcha!», rezó el mensaje con que Petula contestó simultáneamente a las dos Wendys.

* * * *

Como quería evitar a toda costa ver a Charlotte besar a Damen, Scarlet se subió a un coche vacío e inició un trayecto por la casa encantada. Se detuvo delante de un grupo de chicos que reconstruía una escena de su película favorita, *Delicatessen*. Una



de las chicas guardaba un insólito parecido con Scarlet y fingía estar triturando niños populares para convertirlos en paté y ofrecérselos de comer a sus inadvertidos padres.

—Se ha acordado... —dijo Scarlet, conmovida por que se hubiese esforzado tanto por montar algo así, pero también triste por que él no estuviera allí para compartirlo juntos.

De pronto, Scarlet se percató de que el aire que exhalaban los chicos vivos por nariz y boca era perfectamente visible, como si estuvieran en pleno invierno. La casa encantada se sumió en un silencio atroz y un frío sepulcral lo invadió todo. Scarlet sintió que se le encogía el estómago al divisar una peculiar silueta trayecto adelante.

* * * *

—¿Sabes? Nunca llegamos a darnos el beso aquel de la piscina... —dijo Charlotte, mirando en el reloj cómo se aproximaba la medianoche.

—Claro que sí, ¿no te acuerdas? —contestó Damen.

—Ya... pero... no llegamos a darnos el otro beso —dijo Charlotte.

—Tenemos tiempo de sobra para lo que queramos —dijo Damen—. Tenemos toda nuestra vida por delante.

—Ya, toda nuestra vida —dijo Charlotte, hundiendo la cabeza en su hombro un poco más.

—Ven aquí, Ojos Verdes —dijo él, levantando la barbilla de ella para que le mirara a los ojos.

—¿Verdes? —preguntó Charlotte.

En ese mismo instante, Charlotte vio el reflejo de ellos dos en un espejo gótico de marco repujado que llegaba hasta el techo. Era a Scarlet, y no a ella, a quien Damen veía y estaba a punto de besar.

—Esto no está bien —dijo, apartándose.

—¿De qué hablas? —preguntó Damen.

Antes de que ella pudiera responderle, se oyeron unos gritos de socorro provenientes de la casa encantada, y sonaban auténticos. Comprendió que su amiga estaba en peligro, y eso sólo podía significar una cosa: Prue.

* * * *



Scarlet miró hacia arriba y vio cómo Prue se lanzaba en picado hacia ella. Paralizada de miedo, se acurrucó y cerró los ojos con fuerza.

—Scarlet —susurró Charlotte, que abandonó el cuerpo de Scarlet con un destello y se internó en la casa encantada.

De forma simultánea, Scarlet regresó a su cuerpo, que despertó con una sacudida en el instante en que Damen le plantaba un beso, *el beso*. A Damen le gustó la sacudida, que interpretó como resultado de la electricidad entre ambos, y tiró de ella hacia sí. Confusa y desorientada por completo, Scarlet le devolvió el beso. Por un segundo, cuitas, temores y preocupaciones se desvanecieron por completo. Cuando sus labios se separaron, Scarlet apoyó la cabeza en el hombro de él.

—¿Estás bien? —preguntó Damen suavemente, pero Scarlet no contestó.

Se sacudió las telas de araña y comprendió que acababa de recibir el beso al que Charlotte había renunciado. Y que Charlotte había ocupado su puesto en la casa encantada.

—Charlotte —dijo, y se adentró corriendo en la atracción.

—¿Quién? —preguntó Damen totalmente confundido, y corrió tras ella.

* * * *

Charlotte se vio atrapada en medio de una pesadilla cuando Prue empezó a tirar la casa abajo —literalmente—. Los carriles y escenografías quedaron hechos trizas, y los enclenques tabiques de conglomerado de madera se combaban a la voluntad de Prue. Mantenía a raya a Pam y los demás chicos muertos, dejando que Charlotte le hiciera frente ella sola.

—Pelea de gatas —gritó Jerry, regocijado.

—¡Esto está que arrrrrdeeeee! —chilló Metal Mike al más puro estilo de un comentarista de boxeo mientras Pam, Kim y CoCo los fulminaban con la mirada, advirtiéndoles de que más les valía cerrar la boca. Charlotte también temía por ellos, consciente de que el ambiente iba a peor.

—¿Os parece gracioso? —reprendió Prue.

—¡No, señor! —Mike y Jerry tragaron saliva.

—Bueno, pues a ver qué piensan ellos —dijo Prue, señalando a los chicos vivos, que parecían confundidos por las fuerzas invisibles que hacían estragos a su alrededor—. ¿Esto es lo que quieres, verdad? —dijo mirando fijamente a Charlotte, mientras empezaba a atravesar a cada chico muerto, zarandeándolos hacia adelante y hacia atrás como una titiritera desquiciada. Uno a uno, los chicos muertos se volvieron visibles en toda su «decrepitud»: ensangrentados, magullados, mutilados y



putrefactos. Ellos se vieron reflejados en los espejos de feria, y por primera vez les fueron desveladas la fealdad y finalidad de su propia muerte.

—¡Prue, no!—Charlotte profirió un lamento ultramundano y se hincó de rodillas, sollozando de angustia por el dolor de sus amigos.

Al principio, los chicos vivos, desorientados y aturridos, creyeron que eran unos efectos especiales destinados a asustarlos, pero cuando los chicos muertos empezaron a llorar y gemir avergonzados y humillados, comprendieron que no era ni mucho menos un truco visual. El descubrimiento les hizo revolcarse de asco y echarse a temblar de miedo.

—¡No les hagas esto! —suplicó Charlotte.

—¿Quién? ¿Yo? ¡Tú eres *la Elegida* que les ha hecho esto! ¡Así es como se les recordará siempre gracias a ti! —chilló Prue.

—¿Por qué haces esto? —gritó Charlotte—. ¿Qué te he hecho yo?

—Podías habernos ayudado a salvar la casa, a salvar nuestra alma... Pero tú, tú sólo piensas en ti misma —dijo Prue con un alarido—. Y ahora se acabó.

—Prue. ¡Por favor, no lo hagas! —rogó Charlotte, tratando de ganar tiempo para que los chicos vivos salieran de allí ilesos. Pero Prue no la escuchaba. Estaba decidida a provocar la mayor confusión y destrucción posibles.

—Este baile ya no tiene salvación —dijo Prue—. Y gracias a ti, tampoco nosotros.

La pista de baile se convirtió en un pandemónium tan pronto los chicos emergieron de la casa encantada, huyendo de las terribles apariciones que acababan de ver.

—¡Pánico en la disco! —chilló un chico en la pista de baile.

* * * *

Scarlet se abrió camino entre la muchedumbre, se escabulló en la casa encantada y llegó en el momento en que el enfrentamiento entre Charlotte y Prue ganaba intensidad. Damen aún estaba algunos metros más atrás, retenido por un tropel de chicos que le aconsejaban que saliera corriendo en dirección opuesta. Y momentáneamente perdió de vista a Scarlet en el maremágnum.

Scarlet sabía que Charlotte se había cambiado por ella a fin de salvarla, y ahora ella quería devolverle el favor. El gran problema era cómo. Charlotte había cerrado la puerta entre ambas, no porque estuviera enfadada sino porque trataba de protegerla.

—¡Charlotte! —gritó Scarlet al entrar en la atracción, atrayendo hacia sí sin quererlo la atención de las dos litigantes.



—¡Scarlet! —gritó Charlotte, tanto para advertir como para saludar a su amiga. Prue se precipitó hacia la entrada mientras Charlotte la seguía de cerca.

Cuando Scarlet miró hacia arriba no vio a Charlotte ni a Prue, sino a los chicos muertos que ya viera en su primera visita a Hawthorne Manor, estragados y oscilando en el aire, sus sollozos desgarradores tan desconcertantes como la sirena de una ambulancia.

Presa del miedo pero incapaz de apartar la vista, Scarlet se dio cuenta de algo más. Ponerse laca de uñas negra, medias de rejilla y siniestra vestimenta vintage, escuchar a lúgubres grupos indie y leer poesía romántica eran cosas que a ella le encantaban. Era la forma que tenía de definirse a sí misma y aun una forma de manifestar que no era otra pija mujer robot de instituto esperando la invitación a una fiesta o el reconocimiento de un tío bueno. Para ellos, sin embargo, aquélla no era una forma de expresar su individualidad, de manifestar que no deseaban pasar por el aro: aquélla era su realidad.

—¿Te apetece unirte a ellos? —preguntó Prue, gesticulando hacia los chicos muertos y concentrando la vista en la estructura que soportaba el riel de iluminación. Poco a poco, el riel empezó a ceder.

Damen corrió hacia Scarlet una vez dentro de la casa encantada, y Charlotte llegó a tiempo de contemplar con impotencia cómo el destino de sus amigos parecía ya sellado para siempre.

—¡Damen, cuidado! —chilló Scarlet, señalando hacia arriba.

Pero era demasiado tarde. La estructura se precipitó sobre él antes de que pudiera reaccionar, y el golpe lo dejó inconsciente en el suelo. El amasijo de hierro, madera y cristal tenía a Scarlet atrapada en el suelo junto a él. No podía mover las piernas, y sobre ella, otra estructura de focos y barras de soporte amenazaba con venirse abajo de un momento a otro.

—¡Creo que sé por qué lo hace! —le gritó Scarlet a Charlotte, con la esperanza de proporcionarle algo de munición para el enfrentamiento final—. Leí sobre su muerte en Internet —continuó Scarlet sin aliento—. Murió en un accidente de coche. Él era un niño rico. Una estrella de atletismo. Mala gente. Todos le advirtieron que se alejara de él, pero no quiso escucharlos.

La cabeza de Charlotte le daba vueltas mientras oía hablar a Scarlet.

—Iban al baile —continuó ella—. A *este baile*. Y las cosas debieron de salirse de madre. El la dejó en el arcén. La atropellaron y murió en una cuneta.

—¡Prue! ¡Él no es como los demás! ¡Es diferente! —gritó Charlotte, que ahora comprendía lo que estaba en juego.

Prue, mientras tanto, no estaba de humor para psicoanálisis de todo a cien.



—No hay manera de que lo cojas. ¡No se trata de él, se trata de que tú nos has condenado a todos sólo para tenerle! —Prue miró a Charlotte desde lo alto, en silencio—. Has convertido nuestra casa en una atracción de feria —continuó—, te has burlado de nuestras esperanzas de cruzar al otro lado.

—¡No le he besado! —espetó Charlotte—. Tú tenías razón. Yo no era la Elegida.

Prue se mostró visiblemente sorprendida por la confesión de Charlotte.

—¿Y por qué iba a creerte? —preguntó, pero lo cierto era que sí creía a Charlotte.

El cambio que experimentó su expresión, de rencor a alivio, fue palpable.

—¿Qué? —preguntó Charlotte a su castigadora.

—Yo-yo... a lo mejor estaba equivocada —confesó Prue.

—¿Ah, sí? —preguntó Charlotte, levantando la voz.

—Pensaba que la única manera de salvar la casa, de salvarnos todos, era impedir que fueras al baile —explicó.

—Claro. Sin baile, no hay beso —murmuró Scarlet para sí.

—Supongo que no hacía ninguna falta que intentara detenerte, después de todo —concluyó Prue.

—¿Ah, no? —preguntó Charlotte, elevando aún más la voz.

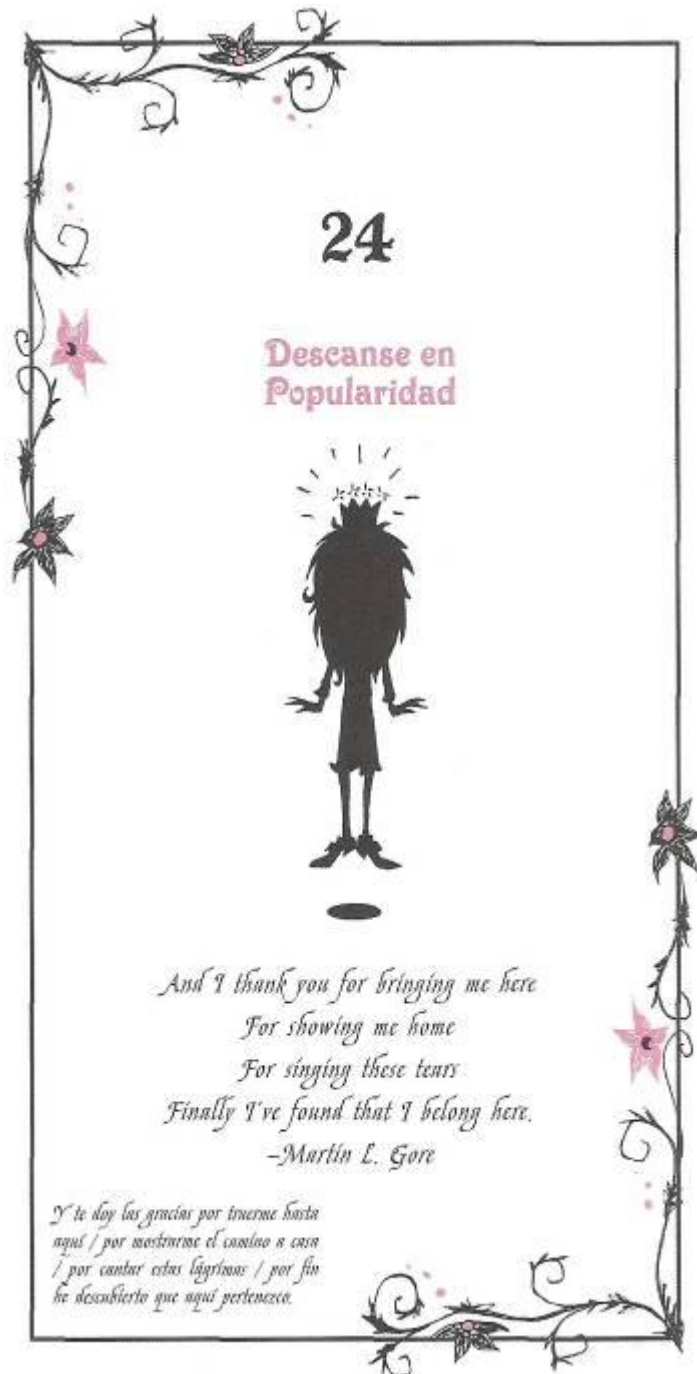
—No fui yo quien impidió el beso. Lo hiciste tú sola —dijo Prue, reconociendo el gesto desinteresado de Charlotte—. Comprendiste quién eres y el lugar al que perteneces.

—Cuando llegó el momento —ponderó Charlotte en voz alta—, sentí que no era lo correcto —sus hombros se relajaron.

—Lo has conseguido por todos nosotros, Usher —dijo Prue—. Resulta que no eres una atorada después de todo.



Capítulo 24





¿Dónde acabo yo y empiezas tú?

Nos mueven nuestros anhelos, necesidades, deseos y sueños. Cuando éstos desaparecen, también lo hacemos nosotros. Nuestro éxito o fracaso en la vida se mide tanto por lo que dejamos atrás como por lo que nos llevamos con nosotros. Charlotte hacía tiempo que sufría, aquejada de lo único que supera en dolor a la muerte: el amor. Aprendió, con algo de ayuda, a desprenderse de su vida y de su amor, a permitirse un final, y con ello, por primera vez, dejó de renegar de sí misma.



Damen volvió en sí muy despacio, sin memoria alguna de lo recién acontecido.

—He soñado que me estaba muriendo —le dijo a Scarlet, que hasta ese momento le acariciaba la cara dulcemente.

—No seas tonto —dijo ella—. Tienes mucho por lo que vivir. Los dos lo tenemos —se sacudieron el polvo y se dirigieron al salón.

La aceptación de Charlotte por parte de Prue tuvo un efecto calmante, casi narcotizante, en todo y todos. Los chicos muertos, encantados con la tregua entre Prue y Charlotte, se desvanecieron. Los chicos vivos recuperaron el conocimiento y abandonaron la atracción, sin saber muy bien si habían estado soñado o es que los habían drogado.

—¡Ha sido la mejor casa encantada de la historia! —exclamó un chico.

Y tenía razón. *Había* sido la mejor casa encantada de la historia.

—He de reconocer que los del departamento de Arte se han superado este año, ¿no es así? —dijo el director Styx en medio de algunos aplausos aislados mientras accedía al centro del escenario—. Bueno, toda esta excitación es difícilmente superable, de modo que por qué no anunciar ya al rey y la reina del Baile de Otoño del Instituto de Hawthorne High —anunció por el micrófono.

Todos se reunieron al pie del escenario, todos salvo Petula, que había entrado en la casa disimuladamente en plena conmoción, y aguardaba de incógnito al fondo del salón.

—Y el rey y la reina de este año son... —dijo, abriendo el sobre con el resultado de la votación ante la totalidad del alumnado—. Damen Dylan y... ¡Scarlet Kensington!

Damen y Scarlet oyeron sus nombres conforme salían de la casa encantada y apenas se lo podían creer, tan lejos estaban de allí mentalmente.

—Alucinante cómo os habéis enganchado ahí dentro, ¿no, tío? —dijo Max mientras Damen se remetía la camisa y Scarlet se estiraba el vestido—. ¡Por cómo se movía la casa ha debido de ser un buen calentón!

Damen se volvió hacia Max y le dio un cachete en la cabeza, y el equipo entero de fútbol lo subió en volandas al escenario.

Mientras subía los escalones, Scarlet buscó desesperadamente a Charlotte hasta que de pronto la localizó entre bastidores. Corrió hasta ella y las dos se quedaron allí plantadas mirándose la una a la otra. Scarlet levantó de inmediato las manos, más que preparada y dispuesta a entregarse por última vez. Pero Charlotte no asió las manos de Scarlet como solía. Le dio un fuerte abrazo en su lugar.

—Pero ¿qué haces? —preguntó Scarlet.



—Elegir —dijo Charlotte—. Ya no puedo vivir más a través de ti.

Cuando corrieron la cortina roja, Scarlet y Charlotte salieron al escenario juntas, cogidas del brazo.

—Nunca he llegado a entender por qué te esforzabas tanto en integrarte, si era evidente que estabas destinada a sobresalir —dijo Scarlet mientras Charlotte le daba un codazo para que se adelantara y se acercase a Damen—. ¿Y qué hay de lo de «ser vista», de tu resolución? Me diste tu beso. Deberías quedarte tu con la corona —dijo Scarlet en un último esfuerzo por cederle el momento a Charlotte.

—No era mi beso —dijo Charlotte, y de un empujoncito situó a Scarlet en el lugar que le correspondía, junio a Damen.

En el mismo instante en que Scarlet iba a ser coronada, Petula apareció como de la nada con un enorme aerógrafo turbo para bronceado. Alzó la pistola y disparó el chorro de bronceador pulverizado hacia Scarlet.

—¡Turbobronceado! —jalearon las Wendys al unísono.

—Con motor de inyección para emergencias —dijo Petula apuntando vengativamente a Scarlet con el bronceador líquido.

Prue, que acababa de regresar al salón, se percató de las intenciones de Petula y la agarró del brazo pulverizador, chindóle un susto de muerte. Con el agarrón, el disparo de Petula se desvió y alcanzó a Charlotte en vez de a Scarlet. El vapor bronceador se posó sobre ella, haciéndola visible ante todo el instituto. Entre el público se hizo un silencio sepulcral.

—¡Eh, es la chica que murió en el instituto! —chilló un chico desde el fondo del salón.

Petula gritó con tantas ganas que se le erizaron todos los pelos del cuerpo, hasta los teñidos del labio. Un guarda de seguridad contratado por Hawthorne High reparó en su comportamiento irregular e intentó apresarla. Para su sorpresa, ella saltó a sus brazos nada más verlo.

—¡Veo a gente poco guay! —repetía sin cesar mientras el guarda la acompañaba a la salida. Como era habitual, los fotógrafos del anuario estaban esperando. Pero esta vez su momento pasarela se convirtió en un «paseo del reo». Los flashes parpadearon, capturando una instantánea más apropiada de una ficha policial que de un anuario.

Un murmullo de inquietud recorrió la muchedumbre y algunas personas empezaron a retirarse lentamente del escenario hacia la salida.

—¿Forma esto parte de la casa encantada? —chilló una chica que estaba pegada al escenario.

—¡Esperad todos! —dijo Scarlet—. Ella es la que sacó adelante lo del baile.



Todos los que se encontraban en la sala se detuvieron y miraron a Charlotte, desconcertados.

—No os asustéis. Se lo debemos todo a ella... —dijo Scarlet— ... Todo.

Scarlet encaró a Damen y confesó cuanto había estado ocurriendo.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que actuaba como dos personas distintas? Bien, pues... lo era —dijo Scarlet—. Comprendería perfectamente que no desearas volver a dirigirme la palabra nunca más.

Damen se quedó mirando a Scarlet con ojos inexpresivos durante unos instantes, y luego dio media vuelta y, en silencio, se acercó a Charlotte. Ella abatió la cabeza, desconociendo lo que podría venir a continuación. El se quedó allí plantado durante lo que pareció una eternidad, mirándola y nada más. Luego, con delicadeza, Damen movió la mano hacia la barbilla de ella, como para levantarla. Charlotte alzó la cabeza muy despacio hasta que sus ojos se encontraron con los de él.

—Te recuerdo —dijo él, buscando la mano de Charlotte y conduciéndola hasta el centro del escenario.

—Esto en realidad te pertenece a ti... —dijo Scarlet, que se retiró la corona, le apartó a Charlotte el pelo de la cara y se la colocó suavemente en la cabeza.

—No tienes que compartirla conmigo —dijo Charlotte.

—No la estoy compartiendo contigo. Es tuya —dijo Scarlet mientras la corona flotaba hasta la posición correcta.

—Exacto —dijo Damen con tono tajante—. ¡Se acabó lo de compartir!

Scarlet y Charlotte se encogieron ante la dureza de su voz.

—A no ser que sea *conmigo* —dijo mirando de reojo a Scarlet y esbozando una enorme sonrisa—. Gracias por toda tu ayuda —le dijo Damen a Charlotte, se inclinó y la besó con ternura en la mejilla. Sus labios eran suaves y bondadosos. Ella cerró los ojos y saboreó cada instante. Sobrepasaba todo lo imaginado por ella. Con mucho.

—Tienes razón, no es como los demás —dijo Prue mientras Charlotte se elevaba sobre la muchedumbre, brillando como un millar de barritas fluorescentes en un concierto para el que no quedan localidades. Su vestido se transformó en el tan soñado vestido gris perla de chifón, el del salvapantallas, mientras se elevaba. Estaba preciosa.

Prorrumpió entonces una ovación que fue ganando intensidad conforme el temor y la incredulidad eran sustituidos por la más absoluta admiración.

Los chicos muertos, también presentes en la coronación, empezaron a volverse visibles de nuevo, aunque en esta ocasión lucían birretes y togas de graduación. Aparecían recobrados, hasta el sanguinolento collar negro «CC» Chanel de CoCo se había metamorfoseado en uno de oro nuevo y reluciente.



—¡Es una revolucionaria! —trompeteó Piccolo Pam celebrando con sincera emoción el momento de gloria de Charlotte, desaparecido repentinamente el sonido aflautado de su voz.

DJ se acercó bailando a la mesa de mezclas y empezó a pinchar una serie de temas de éxito; Suzy lanzó los brazos al aire al son de la música, y comprobó extasiada cómo su piel aparecía de pronto libre de costras.

—¡Oye, baja el volumen! —chilló Mike, para sorpresa de DJ y Suzy, curado por fin de su pernicioso fijación auditiva. Ahora que todos volvían a prestar atención a Charlotte, Silent Violet abandonó su silencio. Dedicó un grito a Charlotte y rápidamente se llevó la mano a la garganta, asombrada por el hecho de ser capaz de decir algo.

—No volveré a cotillear nunca más...

Pam y los demás se quedaron sobrecogidos cuando finalmente entrevieron cómo el viaje de Charlotte, y cuanto éste tenía de bueno y de malo, estaba contribuyendo a que se les viera tal cual eran.

Deadhead Jerry recibió una coqueta invitación a bailar por parte de una chica viva popular. Ahora, con la mente aclarada por completo, le invadió una renovada confianza.

—Ya conoces el dicho, «una vez lo pruebas con un muerto, ya no quieres salir del huerto» —le susurró Jerry a Mike mientras ponía rumbo a la pista de baile.

—¡Reza por nosotras, Charlotte! —gritó Wendy Thomas entre la muchedumbre, santiguándose y tratando de sacar provecho del «milagro» que estaba presenciando.

—Oye que porque esté muerta no necesariamente va a ser una santa; igual que tampoco por ser animadora se es necesariamente una puta —espetó Wendy Anderson.

Se quedaron calladas y cayeron en la cuenta de que todas las animadoras de Hawthorne eran, efectivamente, unas putas.

—¡Sí, reza por nosotras, Charlotte! —suplicó Wendy Anderson.

—De modo que en esto consiste ser popular —dijo Charlotte, levitando levemente sobre el escenario.

Sonrió y todos prorrumpieron en aplausos.

—Así se hace, *Ghostgirl* —le gritó Prue a su nueva amiga.

—¡Vaya, he conseguido un nombre de muerte! —Charlotte sonrió radiante.

—Y yo un baile —dijo Prue, poniendo los ojos casi en blanco y arrimándose a Max—. Supongo que al final ha resultado que sí que eras la Elegida después de todo.

—Sí, pero no lo habría descubierto jamás sin vosotros —Charlotte sonrió—. Ni sin ti —dijo, volviéndose hacia Scarlet.



—Sí, sobre todo lo de cómo conseguir un bronceado para el equipo —dijo Scarlet, admirando su tez morena—. Pero no entiendo cómo un absurdo bronceador lia hecho posible que te volvieras visible —dijo Siarlet.

—No ha sido el bronceador—contestó Charlotte.

—¿Qué?—preguntó Scarlet, confusa.

—Ha sido que estaba preparada para que me vieran, tal cual soy —contestó Charlotte abrazando a Scarlet.

Scarlet supo que aquélla era la despedida, y le cayó una lágrima que fue a aterrizar en la mejilla de Charlotte.

—Yo estaré bronceada, pero tú vas a bailar —dijo Charlotte empujando a Scarlet hacia la pista de baile con Damen. Se colocaron muy juntos y empezaron a moverse con la música, atolondradamente al principio, y luego como viejos expertos.

A Charlotte la embargó una sensación de calma, como si todo estuviera en su debido sitio. La sensación del deber cumplido y de que había llegado el momento de mover ficha. Aunque le dolía en el alma tener que separarse de Scarlet, no pudo evitar sonreír al contemplarlos a todos allí bailando juntos. Habían vuelto a dejarla fuera, justo como en el laboratorio de física, pero eso había dejado de tener importancia para ella.

Antes de que pudiera compadecerse demasiado de sí misma, un chico increíblemente atractivo vestido de traje, como recién salido de su propio funeral, se apareció a su lado. Llevaba la etiqueta identificativa prendida a la muñeca, igual que lo había hecho Charlotte al morir.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Esto, no estoy muy seguro —contestó él—. Pero... ¿te apetece bailar?

—Claro que sí —contestó ella, aceptando la invitación.

Mientras bailaban un vals, Charlotte le tranquilizó asegurándole que no pasaba nada y que ya le explicaría todo en su debido momento, pero que mientras tanto lo único que deseaba era bailar.

—Mira eso, ya ha movido ficha —dijo Damen con la vista fija en Charlotte.

—¿Cómo? ¿Estás celoso? —preguntó Scarlet a la vez que Damen tiraba de ella hacia sí.

Damen soltó una risita y le plantó un minúsculo y dulce beso en la mejilla.

El último baile de Charlotte se vio interrumpido por la repentina aparición del profesor Brain, que sostenía en la mano un birrete. Charlotte supo al instante que había llegado el momento de que ella y los demás se fueran.

—Ahora vas a necesitar esto —dijo él retirándole la corona y sustituyéndola por el birrete—. Gracias a ti, todos vamos a necesitar uno.



Charlotte miró al profesor Brain con admiración y reparó en su hermosa testa de pelo blanco, sin cresta cerebral ni colgajo de piel a la vista.

—Llévemonos esto «al otro lado», ¿eh? —dijo con dulzura, echándose hacia atrás la borla con una sonrisa de oreja a oreja—. Enhorabuena, Charlotte Usher.

Al instante, uno de los focos que iluminaban la pista de baile empezó a brillar con una intensidad cegadora. Era como si una estrella del cielo se hubiese colado por la ventana y brillara ahora en el interior del salón. Pero ésta no pertenecía a ningún proyector. Prue agarró a Pam de la mano e instintivamente se volvieron hacia la luz en exultante anticipación. Todos los chicos muertos se unieron a ellas en línea, cogidos de la mano.

—Ya no la veo.

Damen estrechó a Scarlet mientras ella observaba cómo su amiga se empezaba a desvanecer.

—No llores porque se acabe. Sonríe porque haya sucedido —la consoló Damen.

—Dr. Seuss —dijo Scarlet, regalándole una sonrisa de agradecimiento.

Mientras Damen confortaba a Scarlet, Charlotte corrió para unirse a Piccolo Pam.

—¿Lista? —preguntó Pam.

—Lista, Piccolo Pam —dijo Charlotte mientras se daban un abrazo.

—Ahora ya vuelvo a ser Pam a secas —dijo Pam con gratitud.

Con Brain a la cabeza, uno a uno caminaron hacia la luz, siguiendo el orden de su llegada a la asignatura de Muertología. Prue la primera. Charlotte la última. Cuando llegó su turno, echó la vista atrás, satisfecha, se retiró el birrete y lo lanzó al aire, y muy despacio se desvaneció en la acogedora luminosidad.

Se había ido.

Mientras miraba hacia lo alto, Scarlet vio la sombra del gorro solitario de Charlotte, que volaba hasta el techo. Era una señal que le enviaba Charlotte, y supo enseguida cuál era su significado: que estaba en un lugar mejor. Las dos lo estaban.



Epílogo





A todos nos gusta pensar que el mundo se acaba con nosotros.

Lo cierto es que nuestros conocidos, nuestros amigos y nuestros seres queridos nos sobreviven, y a través de ellos, también nosotros. No se trata de lo que tenías, sino de lo que diste. No de lo que parecías, sino de cómo viviste. Y no se trata únicamente de ser recordado. Se trata de dar a los demás una buena razón para que te recuerden.



Una nieve prematura caía suavemente al otro lado de las vidrieras cubriéndolo todo, desde el frío y duro suelo a los árboles desnudos, de un mar de blanco. Costaba creer que hubiese pasado un año entero desde aquella noche portentosa. Parecía que hubiese sido ayer cuando se celebrara la coronación de una leyenda de Hawthorne en aquel mismo salón, hoy convertido en el local de moda de la ciudad.

Como en el juego del teléfono, los detalles de lo ocurrido aquella noche cambiaron y cambiaron conforme los días y las semanas pasaban volando, cada persona añadiendo algo más a la narración, hasta que la historia de Charlotte Usher se convirtió en leyenda.

El antaño decadente caserón había sido restaurado y renovado, y el salón de baile donde todo sucediera era un exquisito café repleto de sillones de terciopelo arrugado en tonos que imitaban a los de las piedras preciosas, impactantes cuadros de gran tamaño y provocadoras fotografías en blanco y negro, cortinajes que caían desde el techo hasta el suelo, arañas historiadas y sillas, mesas y reservados de madera oscura.

Las Wendys ocupaban su reservado de terciopelo mostaza vestidas al más puro estilo gótico chic.

—Este sitio es una pasada —dijo Wendy Thomas mientras escudriñaba el salón para ver «quién» estaba.

—Sí, me alegro de que emplearan el dinero que reunieron en el baile para arreglarlo —dijo Wendy Anderson reparando en Petula, que retiraba los platos de una mesa cercana—. ¿Verdad que sí, Petula?

—Por cierto, ¿cuántas horas de servicio a la comunidad te faltan por cumplir todavía? —preguntó Wendy Thomas mientras ambas se reían del patetismo de Petula.

—Muy gracioso —dijo ésta, agarrando su carrito Rubbermaid.

—Pues claro que lo es; lo hemos dicho nosotras —dijo Wendy Anderson con tono cortante, devolviéndole a Petula con mucha saña sus propias palabras.

En el centro de la sala, Scarlet —con un jersey negro ajustado sobre una blusa verde azulado oscuro, finos pantalones de trabajo negros, pintalabios rojo, laca de uñas negra y un delantal vintage confeccionado a partir de una vieja cortina de los años cincuenta— preparaba con destreza cafés con leche, capuchinos, espressos y variedad de té exóticos apostada tras una barra de diseño ultramoderno.

A su espalda había una pizarra donde rezaban todas las especialidades, y también un cartel que publicitaba una proyección especial de *Delicatessen* para la noche del sábado. Sam Wolfe estaba sentado darás de la caja leyendo el *Wall Street Journal*; su



aspecto era el de una persona completamente normal, sin trazas de discapacidad o minusvalía algunas.

—¿Sam? —dijo Scarlet con escepticismo.

Mientras Sam plegaba el periódico, un chico popular se acercó con paso lento pero decidido, impulsando a Sam a actuar de nuevo con lentitud y servilismo, ofreciéndose a prepararle un café.

—Que sea un café de avellana semidescafeinado ton crema desnatada y un par de sobrecitos de sacarina, Chico Lobo —le ordenó el chico de mala manera.

—Un momento... Entonces, ¿sólo te haces el retrasado? —preguntó Scarlet.

—Instinto de supervivencia para encajar —replicó Sam con una sonrisita de suficiencia mientras removía el café del guaperas.

Scarlet le lanzó el trapo de secar los platos y sacudió la cabeza repugnada, a la vez que admiraba su ingenuidad. Cuando Sam se acercaba a la mesa del guaperas para servirle el ardiente mejunje, la taza salió despedida de forma inexplicable de su mano y fue a aterrizar en la entrepierna del chico. El guaperas soltó un alarido de dolor, se arrancó los pantalones y salió corriendo del café, humillado por completo.

—Inspección de suspensorios —articuló Sam involuntariamente como el muñeco de un ventrílocuo.

—Estás muerto —le gritó el guaperas a Sam, que no tenía ni idea de qué era ese no-sé-que que le había dado.

—No, yo lo estoy —susurró una voz al oído de Scarlet con una carcajada.

Scarlet supo instintivamente quién era el culpable y sonrió en el mismo instante en que Damen entraba por la puerta.

—¿De qué te ríes? —preguntó Damen.

—De nada —dijo Scarlet a la vez que saltaba la barra y se lanzaba a sus brazos. Mientras le abrazaba, miró hacia la puerta de entrada del café y la inscripción que había pintado sobre el dintel en memoria de Charlotte.

LOS AMIGOS SON COMO LAS ESTRELLAS. NO LOS VES A TODAS HORAS, PERO SABES QUE ESTÁN AHÍ.

—Te echaba de menos —dijo ella... a ambos.

Scarlet miró a Damen a los ojos y le dio un beso de muerte.

¿Fin?



Agradecimientos

A mi amado, Michael Pagnotta. Sólo Dios sabe qué sería yo sin ti.

Mi agradecimiento y cariño a mi madre, Beverly Hurley, por saber que era escritora antes que yo misma, y a mi hermana gemela y mejor amiga, Tracy Hurley Martin: tu aliento y apoyo perpetuos han hecho posible este libro. Gracias muy especialmente a mis abuelos Anthony y Martha Koleneik: descansad en paz hasta que volvamos a estar juntos; y a Mary Nemchik, Tom Hurley, Mary Pagnotta y Vincent Martin.

Mi más sentido agradecimiento a todos los que han contribuido a dar vida a *Ghostgirl*: Nancy Conescu, Craig Phillips, Megan Tingley, Hardy Justice, Jane Rosenthal, Lawrence Mattis, Andy McNicol, Chuck Googe, Jr., Zack Zeiler, Andrew Smith, Tina McIntyre, Lisa Laginestra, Andrea Spooner, Christine Cuccio, Van Partible, Stephanie Voros, Alison Impey, Jonathan Lopes, Shawn Foster y Chris Murphy.

A todos vosotros que pasáis desapercibidos: «Un día os amarán».